# LYDIA CACHO

# ESCLAVAS DEL PODER

UN VIAJE AL CORAZÓN DE LA TRATA SEXUAL DE MUJERES Y NIÑAS EN EL MUNDO

» PRÓLOGO DE ROBERTO SAVIANO

G

Grijalbo

# Esclavas del poder

## Un viaje al corazón de la trata sexual de mujeres y niñas en el mundo

LYDIA CACHO

Prólogo de
Roberto Saviano

Grijalbo

*A Jorge, por su amor incondicional*

La verdad es sencilla: si no hubiera demanda la prostitución no existiría. La prostitución no es un asunto de la sexualidad femenina, es una creación masculina. Si los hombres alrededor del mundo no demandaran sexo pagado no habría necesidad de acorralar, quebrantar y someter a millones de mujeres y niñas en esta existencia deshumanizante.

VICTOR MALAREK, autor de *The*

*Johns*:
*Sex for Sale and the Men Who Buy It*

La violencia no es buena porque duele y me hace llorar.

YERENA, sobreviviente de la trata,
diez años de edad

# Prólogo

## El poder de la ética

Lydia Cacho es un modelo para cualquiera que desee convertirse en periodista. Es una mujer de una gran valentía que ha sufrido prisión y tortura por defender a una minoría a la que nadie prestaba atención, por llamar la atención de la gente

ante los atropellos que mujeres y niños sufren en México y en los rincones más pobres del mundo. Ha sacado a la luz información nunca antes vista y se ha expuesto a enormes riesgos al informar sobre poderosos hombres de negocios y políticos.

Yo mismo he acusado al crimen organizado. He abierto ventanas que mostraban la colaboración entre el crimen organizado y los políticos, pero no he atacado explícitamente al gobierno de mi

país. Vivo amenazado por la Camorra, pero soy defendido por el gobierno italiano.

Lydia Cacho tuvo que soportar una estancia injusta en la cárcel, ha sido amenazada y torturada para amedrentarla, y finalmente se comprobó que sus acusaciones estaban bien fundadas. La importancia de sus pruebas tiene validez universal. Allí donde un gobierno es débil, donde la sociedad acepta el crimen, las mujeres y los niños son las

primeras víctimas. La trata y explotación de seres humanos es el más primitivo de los crímenes pero, a diferencia del tráfico de armas y drogas, proporciona un margen de beneficios exorbitante con unos riesgos mínimos.

ROBERTO SAVIANO

# Introducción

Cuando tenía siete años, mi madre nos advertía a mi hermana Sonia y a mí que siempre que saliéramos a la calle evitáramos a la robachicos, una vieja conocida en el vecindario porque secuestraba niñas; las atraía regalándoles caramelos y luego las vendía a extraños. La palabra equivalente en inglés, *kidnapper*

(«robaniños»), es utilizada hoy en día para referirse al secuestro de personas de cualquier edad. Cuarenta años después de aquellas lecciones infantiles, descubrí que lo que en mi infancia parecía una anécdota propia de un relato de Dickens, con los años se convertiría en uno de los problemas más serios del siglo XXI. La sociedad en general tiende a considerar la trata de niñas y mujeres como una reminiscencia de otro tiempo, de un pasado en que la

«trata de blancas» era un pequeño negocio de piratas que secuestraban mujeres para su venta en prostíbulos de países lejanos. Creíamos que la modernización y las fuerzas del mercado global habrían de erradicarla y que el abuso infantil en los oscuros rincones del «mundo subdesarrollado» habría de disiparse al simple contacto de las leyes occidentales y la economía de mercado. La investigación que sustenta este libro demuestra

justamente lo contrario. El mundo experimenta una explosión de las redes que roban, compran y esclavizan niñas y mujeres; las mismas fuerzas que en teoría habrían de erradicar la esclavitud la han potenciado a una escala sin precedentes. Estamos presenciando el desarrollo de una cultura de normalización del robo, desaparición, compraventa y corrupción de niñas y adolescentes en todo el planeta, que tiene como finalidad convertirlas en objetos

sexuales de alquiler y venta. Una cultura que además promueve la cosificación humana como si fuera un acto de libertad y progreso. Esclavizadas ante una economía de mercado deshumanizante, que nos han impuesto como destino manifiesto, millones de personas asumen la prostitución como un mal menor y eligen ignorar que en ella subyace la explotación, los maltratos y el gran poderío del crimen organizado en menor y mayor escala en el mundo entero.

Mafiosos, políticos, militares, empresarios, industriales, líderes religiosos, banqueros, policías, jueces, sicarios y hombres comunes conforman una enorme cadena en el mapa internacional del crimen organizado que ha existido durante siglos. La diferencia entre los delincuentes solitarios, o pequeños grupos de bandas locales, y las redes criminales globalizadas radica en las estrategias, los códigos y la mercadotecnia. Sin

duda alguna, su poder y su esencia estriban en la capacidad de corrupción que las mafias tienen para generar poder económico y político en todas las ciudades en las que conducen sus negocios. El lazo vital que les une es la búsqueda del placer para disfrutar el resultado de su enriquecimiento y empoderamiento. Unos crean el mercado de la esclavitud humana, otros lo protegen, lo promueven, lo alimentan, y otros más renuevan la demanda de la materia prima.

El crimen organizado es un negocio ilegal con fines económicos y a los que participan en él se les llama gángsteres, mafias, redes o cárteles. Estos personajes se inscriben en la llamada *shadow economy* («economía en la sombra»), aquella que no paga impuestos directos a los gobiernos legítimos, pero que necesita negociar con ellos para sostenerse. Los delitos más evidentes del pacto entre el Estado y los delincuentes organizados son

la compraventa de armas, drogas y personas. Las actividades que caracterizan a estos infractores están perfectamente definidas por los especialistas en seguridad: robo, fraude y transporte ilegal de bienes y personas.

El siglo XXI ha sido testigo de la recreación y profesionalización de los grupos del crimen organizado. Siguiendo las reglas capitalistas del mercado de libre comercio, las mafias han creado rutas de comunicación nunca antes vistas

para traficar bienes y servicios entre países y continentes. Generar violencia y vender protección es su negocio; adquirir y ofrecer dinero, placer y poder es su meta fundamental.

La trata de personas[1] —documentada en 175 naciones— demuestra las debilidades del capitalismo global y la disparidad provocada por las reglas económicas de los países más poderosos; pero sobre todo revela la normalización de la crueldad

humana y los procesos culturales que la han fortalecido. Cada año, 1.39 millones de personas en todo el mundo, en su gran mayoría mujeres y niñas, son sometidas a la esclavitud sexual. Son compradas, vendidas y revendidas como materia prima de una industria, como residuos sociales, como trofeos y ofrendas.

Durante cinco años, mi tarea fue rastrear las operaciones de las

pequeñas y grandes mafias internacionales a través de los testimonios de sobrevivientes de la explotación sexual comercial. A mi paso encontré a hombres, mujeres e infantes víctimas de la trata laboral y del matrimonio servil; sin embargo, mi investigación sigue la pista concreta de un fenómeno criminal que nació propiamente en el siglo XX: la trata sexual de mujeres y niñas. La sofisticación de la industria sexual a nivel mundial ha creado un mercado que muy

pronto superará al número de esclavos vendidos en la época de la esclavitud africana que se extendió desde el siglo XVI hasta el XIX.

No existe una sola historia de mafias en la que el sexo no esté presente. A las mujeres y niñas se las compra, vende y regala, o se las secuestra, alquila, presta, viola, tortura y asesina. La noción de la mujer como objeto de placer está siempre presente en la biografía de las agrupaciones criminales japonesas denominadas yakuzas, las

triadas chinas, las mafias italianas, rusas y albanesas, así como en los cárteles de la droga latinoamericanos. El poder económico y político precisa del placer sexual para existir. De acuerdo con los códigos machistas, las mujeres son valoradas como objetos y no como personas, e incluso aquellas que participan en organizaciones criminales reproducen los patrones de desprecio y misoginia.

Eros y Tánatos están

perpetuamente presentes en la psicología criminal. El poder de asesinar, torturar y decapitar a los adversarios necesita siempre de un equilibrio que genere cierta estabilidad. Por ello, los grandes líderes de las mafias compran, venden, maltratan o asesinan a mujeres de todas las edades. Asimismo promueven diversas formas de prostitución y crean los escenarios adecuados para que el comercio sexual esté presente.

El acceso al placer sexual

funciona como una gran herramienta de cohesión y negociación entre grupos masculinos empresariales y militares, hasta el punto de que el comercio sexual es, entre la venta de armamento y el comercio de drogas, el negocio más rentable del mundo. Adultas, niñas, adolescentes; las edades no importan mientras puedan ser controladas, utilizadas y sometidas por sus propietarios.

Este libro explora la mentalidad masculina respecto a las mujeres y

la sexualidad: en voz de los propios actores conoceremos un fenómeno considerado como un «bumerán del feminismo», que impulsa a muchos hombres a buscar mujeres cada vez más jóvenes y de otros países donde la cultura de la sumisión femenina sigue vigente. También se da voz a diversas mujeres que ejercen la prostitución callejera, así como a aquellas que se autodenominan «prostitutas libres» y conforman colectivos que defienden la prostitución como un

trabajo más en un mundo capitalista y explotador. Sin ellas no podríamos explicarnos las complejidades del debate global sobre la esclavitud sexual y la prostitución.

Viajar alrededor del mundo e indagar sobre las mafias de tratantes de personas cambió radicalmente mi perspectiva sobre la intercomunicación entre los grupos criminales. La impunidad con que éstos llevan a cabo sus negocios resulta alarmante y

sospechosa, sobre todo en este momento histórico en el que los países más poderosos han situado la lucha contra la trata de personas como uno de los temas principales de las agendas de seguridad nacional e internacional. ¿Por qué existen tantas contradicciones en las políticas migratorias y los tratados de libre comercio? ¿Cómo se feminizaron los flujos migratorios? ¿Cuántos países avalan legalmente la explotación laboral en aras de mejorar la economía? ¿Por qué

prevalece la opacidad en el manejo de permisos de internación temporal de emigrantes de países pobres en países ricos? ¿Cómo operan las maquiladoras y cuál es la mecánica de los empresarios y los gobiernos para elegir los territorios de explotación laboral?

La confrontación emocional con el hecho de ser una mujer periodista hizo más compleja esta investigación. El reto fue mayúsculo. A pesar de que hablo cuatro idiomas, tuve que poner mi

confianza en mis traductores, y en *stringers* nativos que conocían los rincones de las ciudades y las reglas de los grupos criminales locales. Varios reporteros de diarios internacionales, todos hombres, me recomendaron con choferes, informantes y guías. Ninguno de mis colegas había seguido con detalle la pista de los tratantes de mujeres, si bien algunos habían cubierto el tema como parte de otras tramas de corrupción o del crimen organizado. Sin despertar

sospechas, muchos de ellos pudieron entrar en los burdeles y bares de karaoke donde se lleva a cabo la trata de jovencitas en una veintena de países. Son hombres, y ése es su pasaporte a la escena del crimen.

En Camboya, Tailandia, Birmania y Asia central me vi obligada a emplear distintas estrategias para evitar el peligro. Enfrenté enormes frustraciones, como cuando tuve que salir corriendo de un casino camboyano

operado por una triada china en el que se efectuaba la compraventa de niñas menores de diez años.

Los obstáculos no fueron pocos. En todos los sitios turísticos del mundo hay taxistas, conserjes o choferes que alquilan servicios, promueven la prostitución y son parte de las redes de tratantes, por lo que resulta difícil asegurarse de que no te traicionarán. Existe una alta probabilidad de que quien te lleva por las calles de Sri Lanka, Miami o Cuba informe a las redes

criminales locales de que una reportera está preguntando por tal o cual servicio, o que quiere ir a ciertos barrios donde viven los proxenetas y las víctimas de la trata.

El miedo siempre presente fue eminentemente femenino; me hizo ser más cautelosa, pero también me impulsó a mejorar mi búsqueda de fuentes directas y a realizar un trabajo más acucioso. De igual forma me enseñó a ser empática con las víctimas que se atrevieron a

revelar sus historias, y me recordó que ser mujer es peligroso en cualquier sociedad patriarcal.

Entrevisté a varias sobrevivientes y especialistas, pero también tenía que acercarme a quienes estaban dentro de las redes y salir viva para contarlo. Para alcanzar mi objetivo puse en práctica las enseñanzas de Günter Wallraff, maestro alemán de periodismo y autor de *Cabeza de turco*. Conocí a Günter cuando visitó mi país y tuve la oportunidad

de compartir experiencias. Siguiendo sus métodos de trabajo, en mi viaje desde México hasta Asia central me disfracé y asumí personalidades falsas. Gracias a ello pude sentarme a beber café con una tratante filipina en Camboya; bailé en un centro nocturno al lado de bailarinas cubanas, brasileñas y colombianas en México; entré en un prostíbulo de jóvenes en Tokio donde todos parecían personajes salidos de un manga; y caminé vestida de novicia por La Merced,

uno de los barrios más peligrosos de México, controlado por poderosos tratantes.

Aunque todas las formas de la trata de personas responden a la búsqueda de poder económico, la trata sexual fomenta, recrea y fortalece una cultura de normalización de la esclavitud como respuesta aceptable a la pobreza y la falta de acceso a la educación de millones de mujeres, niñas y niños. El poder de la industria internacional del sexo se

basa en la mercantilización del cuerpo humano como un bien para ser explotado, comprado y vendido sin consenso de su propietaria. Steve Harper, uno de los más reconocidos mercadólogos e impulsores de la industria del sexo, declaró en una entrevista realizada en la Feria Mundial del Sexo de 2009: «La gente se equivoca, aquí no estamos por las personas, sino para hacer dinero». «Make no mistake. This is all about money, not people» es el eslogan que

Harper utiliza en los entrenamientos para empresarios del sexo. Los millones que estos inversionistas gastan anualmente para hacer un *lobby* político a favor de la normalización de la esclavitud podrían salvar del hambre a un país entero.

Antes de emprender este viaje, un general retirado del ejército mexicano me dijo que un cargamento ilegal de fusiles AK-47 no necesita más que un empaque adecuado, un comprador, un

intermediario corrupto del Estado y un vendedor. Una esclava humana, en cambio, necesita ser convencida de que su vida no vale más que para su vendedor y su comprador. El poder de los tratantes se sostiene al eliminar toda posibilidad de que las víctimas potenciales tengan opciones de vida dignas y libres. La pobreza es no sólo el campo fértil, sino el motor para la siembra de esclavas y esclavos en el mundo. La complicidad de los gobiernos es innegable.

En este libro aparecen todos los personajes de la tragedia: las voces de los tratantes, de las víctimas que se convirtieron en victimarias y de las que sanaron su cuerpo y su mente y lograron transformar su vida; y las voces de los intermediarios y los clientes, las madames, los militares y los servidores públicos, honestos y corruptos, de todos los niveles y países. Madres que me ofrecieron venderme a sus hijas y mamás de jóvenes secuestradas por tratantes,

que las buscan desesperadamente. También hablaron personajes que participan en redes locales de turismo sexual. Sus voces, sus amenazas y sus esperanzas están aquí.

Está claro que no podríamos entender este negocio criminal sin seguirle la pista al dinero. ¿Cómo lavan el dinero y en dónde? Los bancos y la inversión bursátil son actores relevantes. Para comprender el fenómeno resultó imprescindible hacer un análisis de

la postura de varios países respecto a la trata de personas y a la prostitución, examinar las ganancias que la legalización, o la regulación, representa para los gobiernos, y el valor cultural que sus hombres y mujeres dan al comercio sexual de mujeres. Así, me encontré con naciones profundamente religiosas, como Turquía, en donde no sólo está legalizada la prostitución sino que el propio gobierno maneja los burdeles. Por el contrario, Suecia ha penalizado el consumo de sexo

comercial y protegido legalmente a las mujeres que son víctimas de la esclavitud sexual comercial.

Por último, este trabajo no estaría completo sin los millones de personas que dedican su vida a rescatar y sanar a las víctimas de la trata, desde China hasta Brasil, desde la India hasta Los Ángeles, desde Guatemala hasta Canadá y Japón.

Éste es, pues, un mapa de la esclavitud contemporánea, una investigación que responde a las

preguntas esenciales del periodismo: quién, cómo, cuándo, dónde y por qué en pleno siglo XXI se venden cada vez más seres humanos, más armas y drogas. La respuesta para abatir este crimen se encuentra en manos de los ciudadanos del mundo. Espero que cada ser humano pueda trazar su propia ruta hacia la libertad y la esperanza más allá del pánico moral que este tema ha generado en los últimos años.

# 1

# Turquía: el triángulo dorado

Reviso mi pasaporte, el boleto y la visa turca. Estoy lista para embarcarme camino a Asia central por segunda vez. Observo el mapa y vienen a mí los recuerdos del viaje

anterior.

Hace años llegué a Finlandia, de allí bajé a San Petersburgo, Moscú y Kiev. Luego volé hacia Tbilisi, en Georgia, donde aprendí a respetar a la periodista Anna Politkóvskaya, que me hizo entender las complejidades de la región. Recorrí las tierras de Azerbaiyán y Armenia. Visité Tashkent y Samarcanda, la que fuera una de las ciudades más hermosas del Imperio persa. Desde Uzbekistán me trasladé a la frontera de Ashjabad

en Turkmenistán. Aquella vez viajé en octubre y sufrí el invierno como lo sufrimos las mujeres tropicales que estamos incapacitadas para soportar estoicamente temperaturas por debajo de los 10 grados bajo cero.

En esta ocasión es febrero, el frío no será tan cruel. Regreso al mapa y trazo mi ruta, siguiendo los pasos de los tratantes de esclavas. Volaré de Londres a Turquía, y visitaré Ankara y Estambul, las principales ciudades de ese

hermoso país.

Me invade una mezcla de emociones. Cuántas veces de niña soñé con viajar por el mundo, admirando civilizaciones y culturas nuevas para mí. De pequeña vislumbré caminar por las ciudades subterráneas de Capadocia, un submundo cuyas rocas, imaginaba, susurrarían historias secretas a sus visitantes. Recuerdo cuando mi madre me contó la emoción que supuso para ella haber conocido la iglesia de Santa Sofía, en Estambul.

Me dirijo a un país que representa un puente entre civilizaciones. Antes de salir de México, releo a Orhan Pamuk. Esta vez no voy tras las voces del pasado. Entraré por esta república secular que ha desempeñado un papel muy importante como conexión entre Asia y Europa. Las fronteras son porosas: imagino el reto monumental de vigilancia que enfrentan las autoridades. Turquía limita al nordeste con Georgia, al este con Armenia y Azerbaiyán, al

sudeste con Irán, al norte con el mar Negro, al oeste con Grecia, el mar Egeo y Bulgaria. Al sur están Irak y Siria y, por supuesto, el mar Mediterráneo. Las rutas comerciales de la Antigüedad no han cambiado mucho, mi tarea es descubrir cómo se han transformado las dinámicas de los grupos contrabandistas a partir de la globalización del crimen organizado.

Turquía, un país de casi 75 millones de habitantes, logró firmar

en 1996 un tratado de libre comercio con sus vecinos de Europa, y se enfrenta a la misma paradoja que la mayoría de los países que han abierto sus fronteras: propiciar el crecimiento de la economía lícita y al mismo tiempo de la ilícita. Aunque Turquía es un Estado asociado con la Unión Europea, aún no cumple con los requisitos para ser admitida.

Al aterrizar en Estambul es de noche y pierdo el aliento ante la

belleza del cielo estrellado con pinceladas violetas. Instalada en un taxi rumbo al hotel, bajo la ventanilla, y los olores de la ciudad se revelan ante mí: el diésel, las especias y el hálito salado del mar. Cada ciudad tiene un aroma que la distingue.

El taxista, orgulloso de su patria, elige darme un paseo. Me explica que nos encontramos en la separación entre Anatolia y Tracia, formada por el mar de Mármara, el Bósforo y los Dardanelos: los

estrechos de Turquía que definen la frontera entre Asia y Europa. «Estamos a punto de ser reconocidos como parte de la Unión Europea —advierte con voz simpática en un inglés turístico que combina acentos variopintos—. Aquí todo es bueno —me asegura —, convivimos musulmanes, judíos, cristianos, agnósticos, protestantes. Aquí todo el mundo es respetado y bienvenido.» Habla como si recitara un credo. Sonrío y pienso en los informes de PEN

International —una organización defensora de la libertad de expresión— sobre la persecución y el encarcelamiento de escritoras y periodistas turcos. Pero guardo silencio, sé que el mundo no es blanco y negro y que todos los países, como las personas que los habitan, son diversos, complejos y magníficos a la vez.

La amabilidad de la gente, su sonrisa, la hermosura de los ojos del joven maletero que me recibe en el hotel y la dulce voz de una

recepcionista que habla un inglés perfecto hacen que me sienta bienvenida. Me recuerdan que la oscuridad no se ve sin conocer la luz, que la bondad está también en todas partes. Imagino que algunas de las 200,000 mujeres y niñas que han sido traficadas en los últimos cinco años a este país puente ha encontrado a su paso la bondad de alguien que las habrá visto como humanas, y que les habrá sonreído haciéndoles sentirse menos solas en un mundo desconocido.

Entro en contacto con Eugene Schoulgin, un extraordinario escritor, novelista y periodista de origen ruso-noruego nacido en 1941. Eugene ha vivido en Afganistán e Irak y ahora reside en Estambul, donde es director de PEN International. Eugene me ayuda a programar algunos encuentros con analistas políticos y fuentes directas. Este entrañable amigo me cuida amorosamente, y yo lo mantengo al tanto de las personas y los sitios que visitaré, para que

sepa cómo y dónde buscarme si algo sucediera. Sin sus consejos de seguridad, mi viaje no habría sido tan exitoso para obtener información.

## El informante

Cae la tarde de febrero en el barrio Maslak, que algunos llaman el «Manhattan» de Estambul. Los rascacielos de la moderna zona financiera de la ciudad turca

contienen la mezcla cosmopolita de esta joya geográfica que es mitad europea y mitad asiática. El aire frío invita a la gente a refugiarse en los bares y cafés que huelen a tabaco oscuro, café fuerte y, en algunos casos, a cordero recién cocinado. Mujeres jóvenes vestidas a la moda italiana o francesa, delgadas, con minifaldas, medias y botas altas, entran en los bares como dueñas del mundo. Otras caminan ensimismadas, llevan la cabeza cubierta con finos pañuelos

de seda y vestidos recatados. Los jóvenes, perfumados y acicalados, lucen trajes Hugo Boss —algunos originales y otros de imitación—, se saludan con un abrazo y un choque de mejillas que remeda el doble beso masculino que se dan sus abuelos. Una música pop turca invade el aire, el tono de la voz femenina se asemeja al de Britney Spears.

Estoy parada frente a la barra de un bar bebiendo una cerveza local mientras espero a mi contacto. Al

poco tiempo, un hombre alto, atractivo, de tez morena clara, cabello al rape, cejas pobladas y chamarra de cuero color café, se detiene a mi lado. Quitándose la bufanda de lana, sin mirarme y aún con la nariz enrojecida por el aire helado, dice mi nombre y pide un trago.

Me mira de reojo y en un francés titubeante masculla que allí no podemos hablar: «En hotel cinco estrellas, nos vemos mañana en hotel cinco estrellas». Saco de mi

bolso una tarjeta de mi hotel y se la entrego. La revisa y me observa, y nuevamente dirige la mirada a la tarjeta. «Ése es el barrio Taya Hatún», dice. «Sí, es un hotel pequeño, sólo turistas», insisto. «Nueve de la mañana, sólo usted, madame.» Paga el trago sin haberlo acercado a sus labios, sale del bar y se sube al tranvía mirando a los lados.

Mahmut es policía, y uno de los buenos, según me dijo un colega corresponsal extranjero. Fue

entrenado por el equipo de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) para el grupo especial contra la trata de personas en Turquía. El Departamento de Estado estadounidense ha invertido aquí siete millones de dólares para luchar contra la trata, y la cooperación noruega otro tanto. Mahmut es un turco laico, un tipo extrañamente culto para pertenecer a un grupo policiaco de este país heredero del Imperio otomano. Él cree que la lucha contra la

explotación sexual de mujeres en Turquía y en la Ruta de la Seda que en otro tiempo atravesara Marco Polo es una gran farsa. Por ello, después de meses de negociaciones con contactos, decidió hablar conmigo.

Le espero en el pequeño hotel boutique bebiendo un delicioso y perfumado café turco. Un grupo de turistas españolas charlan alegremente en el restaurante. Su guía turístico ha llegado y al levantarse me preguntan si voy con

ellos. «No», les respondo sonriendo. Una sevillana me advierte que me arrepentiré de no tomar ese tour. «Seguramente», digo. Me despido con amabilidad y pienso que estas turistas pasarán por la avenida paralela a la calle de los burdeles turcos sin saber que allí, tras las ventanas oscurecidas, se esconden esclavas de otros países.

Me siento en el bar. Es un lugar elegante con aire palaciego, casi de novela. Está amueblado con

sillones color miel y cómodos cojines de *velour* y algodón bordados con diferentes estilos. El sitio es luminoso y se escucha música suave, nada parece indicar que allí se pueda tener una conversación sobre la compraventa de seres humanos. El policía entra y el joven de la recepción apenas lo mira, dándole la bienvenida con un afable saludo.

La solemnidad con la que se coloca cerca de mí nos mantiene en tensión. Lo invito a sentarse, mira a

su alrededor y en voz muy baja me dice: «Si se enteran de que fui yo quien le dio la información, me pudriré en la cárcel si no es que me matan antes por haber violado el artículo 301 y por traición a la patria y al código policiaco. Los medios son nuestros enemigos, según el Estado, nunca debemos confiar en ellos». Lo sé, el código penal de ese país llevó a más de mil escritores y periodistas a juicio por atreverse a dar su opinión sobre el Estado turco. El caso de

persecución judicial en Turquía contra la libertad de expresión de Orhan Pamuk es quizá el más conocido en Occidente.

Las autoridades aseguran que han cambiado la ley por exigencia de la Unión Europea, pero los jueces siguen consignando casos similares. Pamuk evidenció las matanzas de un millón de armenios y de 30,000 kurdos en Turquía, un suceso ocurrido en 1915. Sus declaraciones, según el gobierno, insultaron la identidad turca y

ameritaban tres años de cárcel.

Pedimos una jarra grande de un exquisito té perfumado con cardamomo. Sonreímos educadamente. De pronto, él señala, en silencio, las cámaras en el techo del bar. Le digo que podemos subir a mi cuarto y acepta. Es cauteloso. La habitación es pequeña, pero tiene un sillón y una silla; le ofrezco el primero.

Poco a poco se va soltando, me pregunta qué sé de la corrupción turca y de la trata de mujeres.

Mientras hablo, él pone atención a cada palabra. De pronto pide permiso para quitarse la chamarra, asiento con la cabeza y mi vista se congela ante la presencia de un arma colocada en la sobaquera de policía. Pierdo el hilo de mis ideas durante algunos segundos. Con el bolígrafo en la mano y la libreta sobre mis piernas, pienso que estoy en Turquía, en una habitación de hotel, con un hombre armado, y sólo él y yo lo sabemos. Intuye mi ansiedad y comienza a hablar de su

esposa y de las mujeres admirables que ha conocido en la OIM. Con un suspiro, hacemos un silente acuerdo de confianza, ese pacto sin el cual los reporteros no podríamos subsistir.

Los especialistas revelan que en la medida en que se dan a conocer más casos de trata de mujeres en el mundo, sorprende el notorio descenso registrado por la policía turca sobre mujeres traficadas hasta Turquía desde Rusia, Moldavia, Georgia y Kirguizistán. ¿Cómo es

posible que en un par de años la policía turca asegure que ha abatido en más del 50 por ciento los índices de la trata de mujeres? ¿Por qué no existen estadísticas de la trata interna?

Mahmut toma con los dedos índice y pulgar el pequeño vaso de cristal transparente cargado de té, y le da un par de tragos. Mientras observa sus zapatos, me explica que la nueva estrategia del gobierno turco para lograr entrar en la Unión Europea consiste en firmar todos

los tratados internacionales y aceptar los diálogos respecto a los derechos humanos. Al mismo tiempo han fortalecido su ejército y los cuerpos policiacos especializados en seguridad nacional. Sin embargo, Mahmut advierte:

> Ellos [los jefes de la policía y el ejército] ven la prostitución como un negocio, y ellos mismos son clientes. Consideran que son los norteamericanos y algunos europeos nórdicos quienes la llaman

«esclavitud sexual», pero eso es problema de otros, no nuestro. Todo es cuestión de enfoques, madame. Por ejemplo, una gran cantidad de noruegos y suecos vienen a Turquía por el turismo sexual. En su país no lo hacen, y aquí sí porque es legal y nadie los reconoce.

Esta observación da en el clavo del debate mundial que plantean los abolicionistas. En la medida en que la prostitución esté avalada o regulada por los gobiernos, toda política pública para establecer una

división entre víctimas y «profesionales» resultará infructuosa. Mahmut asegura que

> hoy, más que nunca, las mafias albanesas y rusas cooperan con las mafias locales para el transporte de mujeres que terminan en el negocio de la prostitución. Siempre ha sucedido así. La diferencia es que ahora que los países que se dicen civilizados han decidido combatir este crimen, se ha convertido en un negocio mejor para todos: los tratantes, los que hacen porno y los que simplemente venden un sueño

falso a las mujeres. La llegada de los mercaderes de la guerra a Irak y Afganistán ha mejorado el negocio del tráfico de drogas, armas y mujeres. Nadie habla de eso. Usted ya verá que en unos años los medios se sorprenderán ante la cantidad de dinero que han ganado los terroristas y los mercenarios norteamericanos con la venta de mujeres de la región. Los yakuzas compran anfetaminas procesadas en Irán y las llevan a Japón, Italia y Estados Unidos; también compran niñas en todo el mundo.

Mientras escribo estas líneas me detengo para observar las fotografías que tomé, y escuchar las grabaciones que hice un mes después de estar en Turquía. Las entrevistas con una norteamericana y una colombiana vendidas a los yakuzas en Tokio y Osaka, así como la historia de una niña mexicana asesinada por ellos, me recuerdan que la información está ahí para quien quiera verla. El problema es lo que los gobiernos eligen atender, o desatender, una vez que conocen

estas historias de la globalización de la esclavitud.

Decido contarle a Mahmut los detalles de una reunión que tuve con el doctor Muhtar Cokar, fundador y director de la Human Resource Development Foundation, una organización que cuenta con un refugio para mujeres víctimas de la trata; sus oficinas se encuentran en el centro de Estambul, donde lo entrevisté. Cokar, un hombre sereno e incapaz de mirarme a los ojos, afirmó que muchas de las mujeres

jóvenes de Moldavia, Rusia y otros territorios vecinos, primero son forzadas a la prostitución en sus países para luego venir a Turquía con la promesa de un trabajo mejor y mucho dinero. Sin embargo, al llegar a Turquía se encuentran solas, sin trabajo y con el alegato local de que los hombres turcos enloquecen con las mujeres rubias o pelirrojas, de piel alabastrina y piernas largas, las de los países de Europa del Este, como si los turcos no fueran también europeos. No hay

muchas prostitutas turcas; según la versión oficial del doctor Cokar, son un pueblo con una moral bastante sólida, y en las familias que profesan alguna religión resulta imposible admitir que una hija sea prostituta. La ley actual, que data de la década de 1930, prohíbe que las prostitutas estén casadas y tengan hijos.

Las extranjeras son perfectas para ser las prostitutas de los turcos, y de los extranjeros también. Según las mujeres rescatadas, un 40

por ciento de los turistas sexuales provienen de Rusia. Según el médico, muchas de las prostitutas operan de manera independiente, juntan dinero, y cuando la policía comienza a molestarlas o extorsionarlas, terminan en algún lugar desde donde se las extradita o, dicho de manera políticamente correcta, se las repatría. Pasan un promedio de dos semanas en un refugio de Estambul (aunque algunas han llegado a permanecer hasta seis meses). Posteriormente

vuelven a su país, con sus familias e hijos, a la pobreza y al hambre. Luego intentan regresar a Turquía pagando 15 dólares por una visa en la frontera, y de allí es posible que se dirijan a Grecia o Italia, desde donde las mafias albanesas las llevan a Inglaterra o Francia. Los viajes no son gratuitos, y muchas de ellas son capaces de cualquier cosa por enviar dinero a casa, aseguró el médico.

Me sorprendió la clara y serena convicción del doctor; la manera en

que se expresaba sobre las *natashas* me inquietaba, diría que era casi despectiva. Cuando el doctor notó el extrañamiento en mi mirada, hizo una observación curiosa: «Mire, Lydia, a veces los extranjeros no entienden las costumbres y juzgan sin pensar…». Se levantó y encendió un cigarrillo, expeliendo fuertemente el humo por la ventana; estaba a unos cinco metros de la mesa en la que me encontraba. «Por ejemplo —continuó—, ahora está la discusión

de si las mujeres deben usar velo en Turquía; ustedes pueden decir que es machismo [jamás me pronuncié al respecto], pero en realidad es bueno, porque así las mujeres ortodoxas pueden salir de casa. Es una medida feminista —aseguró—. Son costumbres que si no se comprenden pueden ser mal apreciadas —me dijo mientras tiraba el cigarrillo por la ventana —. Hay tres mil trabajadoras del sexo registradas en Turquía. En el burdel gubernamental dividido en

tres edificios hay 131 trabajadoras sexuales mayores de edad. Hay extranjeras escondidas en casas privadas que funcionan como burdeles ilegales»; el doctor narró cómo funciona el turismo sexual, con las mismas reglas en todo el mundo: hoteles de cinco estrellas donde clientes adinerados consiguen *call girls* de alto precio; las regiones turísticas y militares siempre atraen y fomentan la prostitución. Aunque él no corroboró esas cifras, citó que,

según algunas fuentes fidedignas, en Turquía hay casi 100,000 prostitutas ilegales. El refugio de Cokar, abierto en 2005, atendió a 400 mujeres víctimas de la trata en un periodo de cuatro años. En todos los casos no encontraron evidencia de «violencia física severa», según el médico, pero sí de violencia psicológica y sexual. Los tratantes inyectan antibióticos una vez al mes a las prostitutas para proteger a los clientes que, en general, se niegan a usar condón. Aseguró que esta

costumbre genera un problema de salud terrible para ellas, pues las hace resistentes a los medicamentos más potentes. «El 50 por ciento de las mujeres emigrantes que entran en Turquía terminan en redes de prostitución», asegura un informe del especialista. La OIM revela, a su vez, que en cinco regiones del país se han rescatado a adolescentes traficadas como esclavas sexuales desde China, Filipinas y Sri Lanka.

La doble moral es notable. La

prostitución de travestis y transexuales es famosa en Turquía y atrae su propio turismo, pero para el Estado son «pecadores». La demostración de la homosexualidad está prohibida en sitios públicos; sin embargo, en casas ilegales de prostitución especializadas en turismo sexual hay 2,000 travestis ofreciendo servicios perfectamente organizados que incluso aceptan tarjetas de crédito.

Le pregunté sobre la legalización de la prostitución, y me dijo que no

creía que la abolición fuera una opción para Turquía. «Nuestra organización considera la prostitución como una forma de violencia sexual contra las mujeres, pero en estas condiciones se convierte en un asunto de sobrevivencia. Las apoyamos a ellas como seres humanos, pero no apoyamos el negocio de la prostitución.» Además, Cokar consideraba que la trata aumentaría con la prohibición. Guardó silencio cuando le pregunté si creía que la

propiedad y la compraventa de mujeres estaban culturalmente aceptadas. Como respuesta, me entregó los folletos de su institución y habló sobre el proyecto para prevenir el sida.

El doctor Cokar insistió en que las mujeres viajan por voluntad propia, pero Mahmut cree todo lo contrario. Él dice que son contadas las que buscan prostituirse. La mayoría de ellas quieren un trabajo digno como

meseras o empleadas domésticas. El policía afirma que en realidad casi ninguna extranjera opera de manera independiente en Turquía, a menos que se haya convertido en amante de algún hombre casado que la mantenga, y hay muchos. Fuentes locales aseguran que en Turquía, al igual que en la mayoría de los países musulmanes, la doble moral para la sexualidad favorece la prostitución y la infidelidad.

El último informe de The Protection Project adscrito a la

Universidad Johns Hopkins revela que en Turquía existen plenamente identificadas 200 bandas de tratantes de mujeres y niñas. Según datos de la OIM, desde 1999 hasta la fecha, 250,000 personas han sido traficadas para diversos fines a través de Turquía. La mayoría de ellas son mujeres originarias de Azerbaiyán, Georgia, Armenia, Rusia, Ucrania, Montenegro, Uzbekistán y Moldavia. Cabe apuntar que la OIM es la organización con mayor éxito en el

rescate y la detección de víctimas. En comparación, las autoridades turcas reconocen oficialmente que, entre 2003 y 2008, se identificaron como víctimas de la trata sólo a 994 personas.

Según doce organizaciones civiles turcas, se han registrado infinidad de casos de niñas que fueron robadas de orfanatos de Rumanía y vendidas en Turquía. Con la promesa de que desde Turquía una empresa las enviará a Alemania o el Reino Unido, la gran

mayoría son engañadas para viajar con contratos falsos de meseras, niñeras, secretarias, modelos, bailarinas o trabajadoras domésticas. Luego cientos de jovencitas son llevadas en ferry por el mar Negro hasta Trebisonda o desde el puerto albanés de Vlorë hasta San Foca, en Italia. Allí el sacerdote Cesare Lodeserto, un abolicionista irreductible, ha rescatado y refugiado a miles de víctimas de las mafias de tratantes en esa región.

Mahmut asegura que el gobierno de su país sí realiza diversos esfuerzos para evitar la trata. Por ejemplo, la policía turca ha llevado a cabo varios proyectos, junto con los gobiernos de Moldavia y Ucrania, que consisten en producir películas educativas para advertir a las mujeres y jóvenes de esos países sobre los engaños de los tratantes. Por otro lado, sostiene mi fuente, el problema es que el gobierno turco también ha legalizado la

prostitución y el propio Estado maneja los burdeles. El policía conoce bien las cifras y recuerda que el 79 por ciento de las víctimas de la trata en todo el mundo son vendidas y compradas para la explotación sexual comercial. Mahmut me explica gesticulando apasionadamente que

> los clientes en su mayoría son turcos, y los tratantes son locales y foráneos. El negocio de la prostitución aporta mucho, mucho dinero, madame. Miles de turistas vienen a la costa y a

Estambul a buscar placer, claro que también hacen los tours de las bellezas históricas de nuestro país, que son muchas. Por desgracia, hay quienes explotan niñas. Hemos encontrado mujeres de dieciséis años que trajeron a los catorce; estaban en burdeles con papeles falsos y el gobierno miró para otro lado. Cuando los tratantes se cansan de las muchachas, simplemente llaman a la policía y las entregan. O llaman y, cuando se hacen redadas, es curioso que no aparezcan los explotadores para ser arrestados. La mayoría de las jóvenes tienen papeles auténticos

pero ilegales.

El policía se refiere a lo que he descubierto en todo el mundo: servidores públicos de los ministerios de Asuntos Exteriores, así como cónsules e incluso algunos embajadores, se prestan a emitir pasaportes auténticos a partir de documentación falsa.

Mi entrevistado evoca las complejidades de detectar a una esclava sexual cuando los papeles son legales: si los agentes de

migración se basaran en apariencias o simples sospechas, las fronteras se volverían un caos y las crisis diplomáticas entre países serían irremediables. «Por ello —asegura Mahmut—, ante la posibilidad de equivocarse, muchos pasan por alto las sospechas. Además, hay razas en las que las mujeres parecen más niñas, como las mongolas o las camboyanas. He visto mujeres de Filipinas que aparentaban ser jóvenes de dieciséis años y resultaron tener veinticinco.

Simplemente no se sabe bien», reflexiona en voz alta el experto.

Según ECPAT, [1] el 16 por ciento de las víctimas de la trata rescatadas en Turquía son menores de edad y vendidas para la explotación sexual comercial. El policía asiente ante las cifras que le ofrezco. Reitera que la del sexo es percibida como una industria y no como una actividad delictiva. Asimismo coincide con los informes de Save the Children, que aseguran que allí donde está

legalizada la prostitución con adultas, muchos pedófilos buscan asilo y se convierten en clientela fiel que fomenta el mercado de la explotación sexual infantil.

A pesar de la gran publicidad que hace el Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, sus propias cifras no mienten: mientras en 2006 se registraron 422 arrestos, en 2007 fueron 308 y a finales de 2008 sólo se arrestaron a 255 hombres, en su mayoría clientes y en algunos casos víctimas consideradas por la

autoridad como cómplices de la trata. Todo parece indicar que el gobierno turco, como muchos otros, ha criminalizado la explotación sexual de manera parcial para amainar las exigencias de los líderes abolicionistas como Estados Unidos y Suecia, si bien un poco de investigación a fondo revela que los burdeles ilegales funcionan y florecen bajo la venia del Estado, mientras que las autoridades dan cada vez menos permisos para ejercer la prostitución legal con la

finalidad de que la comunidad internacional crea que está reforzando la ley.

De acuerdo con algunos informes de la CIA, lo mismo sucede en el tema de las drogas. Los informes de la agencia estadounidense aseguran que Turquía sigue siendo el eje central de la ruta de la heroína hacia Europa y Asia: el 41 por ciento de la heroína mundial, producida en Afganistán y Pakistán, es llevada a Europa a través de Turquía. Las vías aéreas, carreteras

y aeropuertos ven pasar toneladas de morfina afgana, que es convertida en heroína en los laboratorios de Kirguizistán o Estambul. El cultivo legal de opio abona la laxitud de los controles policiacos.

La OIM logró convencer al gobierno turco de implementar una línea telefónica para denuncias (la *toll free* 157). Desde que se inauguró, el 23 de mayo de 2005, hasta principios de 2009, fueron rescatadas 114 víctimas. El

operativo de salvamento y atención está a cargo de un par de organizaciones civiles sin fines de lucro y de la propia OIM. Sin embargo, las cifras no son tan optimistas cuando logro hablar con algunas jóvenes de Moldavia y Croacia, quienes me aseguran que la repatriación es una farsa, que se trata de una vulgar deportación de mujeres elegidas que ya llevan demasiado tiempo en el negocio. Las más nuevas son las que pueden ser controladas, las que no

hablan… todavía.

El turismo produce 21,000 millones de dólares anuales en Turquía, y una de las principales ofertas para los europeos es el sexo. En este país se puede identificar claramente el aumento de turismo sexual masculino y femenino. A diferencia de las mujeres, la mayoría de los hombres prostitutos no tienen manejadores, simplemente pagan una cuota de protección policiaca. En cuanto a los varones menores de edad,

utilizados eminentemente para turismo sexual con pedófilos, las reglas de esclavitud, secretismo y amenazas operan igual que con las niñas y adolescentes.

## Las hijas de Matilde

Matilde Manukyan, de origen armenio, nació en Turquía en 1914 en el seno de una familia aristócrata. Fue educada en la mejor escuela de monjas francesas,

se casó y quedó viuda. Heredó un hermoso edificio en el distrito rojo de Karaköy. Con el tiempo se convirtió en la reina de los burdeles: controlaba un total de treinta y dos prostíbulos y tenía catorce edificios en los que operaban redes de prostitución legal. En varias ocasiones fue señalada por explotar sexualmente a niñas menores de edad. Sin embargo, sus relaciones con el Estado la mantuvieron protegida toda la vida. Incluso el gobierno

turco la reconoció —con diplomas y todo— como la ciudadana que más impuestos había pagado en un lustro (1990-1995). Todas sus ganancias se originaron con el comercio sexual. En 1975 sufrió un atentado con una bomba en su automóvil. Se le practicaron doce cirugías reconstructivas y logró sobrevivir. Matilde se había granjeado muchos enemigos entre las nuevas mafias de tratantes. A partir de 1990 las mafias transnacionales perturbaron el

ambiente de la prostitución turca y ella, acostumbrada a ser la reina, se negó a pagar las cuotas de protección de los criminales coludidos con la policía.

En 1996 se logró evidenciar públicamente la explotación a menores de edad en sus burdeles, y la alta sociedad que la procuraba dejó de hacerlo. Cuando fue descubierta como tratante, Matilde anunció que se había convertido al islam y, según el profeta Mahoma, quienes se declaran musulmanas

son liberadas de sus pecados. Más tarde, apoyada por el gobierno, en un acto que muchos juzgaron indigno, utilizó el dinero obtenido de la trata y la explotación de niñas para construir una hermosa mezquita. Aunque, según dicen, fue perdonada por Alá, una buena parte de la sociedad turca se sigue refiriendo a ella como «tratante de mujeres y niñas». Se sabe que las relaciones de Matilde con la policía turca fueron cercanas hasta 2001, año en que murió y fue

absuelta debido a su conversión religiosa.

En Londres logré entrevistar a Ulla, una mujer siria de treinta y nueve años que fue robada y luego vendida en Estambul a un hombre que la llevó con Matilde. Ulla estuvo trabajando en dos burdeles desde los dieciséis hasta los veinte años. Ahora está casada y trabaja en una tienda de autoservicio, oculta su pasado a la mayoría de sus amistades, y hace voluntariado de traducción con una organización

civil londinense que defiende los derechos de las mujeres. Éste es un fragmento del testimonio de Ulla:

> En aquel entonces creíamos que el trato era bueno. Escuchábamos que a otras jovencitas las llevaban a lugares espantosos, como auténticas esclavas. Las historias nos aterrorizaban, se decía que los hombres allí eran salvajes y pagaban centavos por las jóvenes; que tenían enfermedades extrañas y las mujeres no podían bañarse o arreglarse. A nosotras nos mantenían arregladas y limpias, nos pagaban poco y a veces

nos castigaban. Algunos clientes eran obscenos y violentos, pero era parte del trabajo. A mí me compró un cliente —a los veinte años ya era considerada vieja— y me llevó a Londres. Allí estuve como ilegal varios años; además, era adicta. Después logré encontrar ayuda de otras mujeres y cambié mi vida. Ahora miro hacia atrás y me doy cuenta de que era una esclava sexual, pero en aquel momento no podía entenderlo. Cuando no tienes salida y estás sola, es mejor no ver la realidad, sólo la vives y evitas pensar mucho. Yo pensaba: «¿Qué tiene de

malo vender mi cuerpo si es lo único que tengo para vender?».

No podías escapar, ya que en Turquía los burdeles son legales. Los policías y los políticos eran los mejores clientes. Querían tanto a la dueña que mandaban a sus enfermeras a revisarnos porque se presumía que éramos las prostitutas más obedientes y las más sanas de toda Turquía.

Pasaron varios años antes de que Ulla admitiera que una de las mujeres del prostíbulo la había hecho adicta al opio, y que gracias

a esa adicción pudo superar el terror de estar encerrada, de ser prostituida y violada por diez o doce hombres cada día: «El opio me permitía volar, no sentir, no estar, no ser yo», dice Ulla.

Otras mujeres no viven el prostíbulo como una gran tragedia. Sonya, originaria de Montenegro, llegó a Turquía a los veinticuatro años y ahora tiene treinta y cinco. Cuando la llevaron a Turquía ya sabía que ejercería la prostitución. En tres años pagó su deuda y

entonces pudo salir a la calle sin que la molestaran. Sonya recuerda:

> Vivía con el terror de que alguien dentro del sistema se molestara o se cansara de mí, y se llevara a cabo una de las redadas sistemáticas que hace la policía cuando traen mujeres nuevas. Tenía terror de que fueran por mí para expulsarme del país. Nos decían que la policía tenía registros de nuestras fotografías, y que si hacíamos algo mal nos deportarían. No quería volver al hambre, a la violencia, no tengo nada en mi país… ya no tengo país. Ser

prostituta no era lo mejor, pero era algo para vivir mientras tanto.

La historia de Matilde Manukyan, la gran alcahueta turca, ejemplifica perfectamente cómo algunas proxenetas se convierten en tratantes de esclavas sexuales. No sólo trabajan con el sistema y se alían con la policía y el gobierno, sino que incursionan en empresas lícitas de manera reconocida e incluso valorada en ciertos grupos sociales, incluidas las élites

aristocráticas y políticas. Una vez validada en el sistema de la prostitución legal, Manukyan se introdujo en el negocio de la trata de menores. Más tarde invirtió el dinero de la trata de mujeres y niñas en bienes raíces. Antes de morir era propietaria de tres hoteles de cinco estrellas, más de 120 apartamentos en diversos puntos turísticos de Turquía, una empresa exportadora y un negocio de más de 300 taxis de lujo. Poseía una colección de automóviles Rolls-

Royce, Mercedes-Benz y BMW. Construyó un hotel en Alemania y tenía un megayate de lujo en el que paseaba a sus poderosos amigos.

El caso de Matilde me permite entender mejor la complejidad para discutir, más allá del pánico moral, la diferencia entre prostitución y explotación sexual comercial. ¿En qué momento una mujer involucrada en la prostitución legal elige esclavizar a adolescentes y niñas? ¿Cuántas proxenetas como Matilde hay en el mundo que en este

momento están tomando decisiones sobre la vida y el futuro de una niña o una adolescente bajo la consigna «Lo que es bueno para mí, es bueno para todas»? ¿Qué sucede cuando la prostitución y la trata se mezclan? Cuando la persona que maneja a las prostitutas tiene poder económico y político, nada se puede hacer para desarticular la red de esclavitud en el sistema legal. A este respecto, Mahmut observa:

Es muy complicado. Cuando se

comenzó a atacar el problema de la heroína en Turquía, sucedió algo parecido. Corría el año 1998, y para el gobierno turco era más fácil quedarse callado cuando las mafias turcas, albanesas y kosovares operaban en este territorio. Turquía tiene la maldición y la bendición de pertenecer a Europa y Asia, de ser el paso entre los dos mundos. La ruta de los Balcanes ha sido desde siempre complicada. No podemos decir que las autoridades turcas no sean corruptas, en todo el mundo hay políticos y policías que se venden por dólares o euros.

Aquí, en Turquía, tenemos a la OIM para que los europeos y los norteamericanos nos miren como iguales. Nadie habla de cómo han cambiado los acuerdos de las mafias. Cuando a ciertos países les interesa detener el tráfico de armas, se ocupan de inmediato, pero es sólo cuando supone una amenaza para sus intereses nacionales o económicos. El tráfico de mujeres, que ahora llaman «trata», ha sido un gran negocio desde hace al menos veinte años para las mafias rusas y albanesas que operan en Macedonia y negocian con las mafias turcas.

A pesar de que algunos especialistas internacionales como Moisés Naím insisten en que creer que las mafias más poderosas actúan juntas en todo el mundo es una fantasía policiaca, los expertos que trabajan en las calles aseguran que es un hecho: la globalización de las mafias es parte del mundo empresarial internacional. Un par de meses después de mi entrevista con Mahmut, entendí la dimensión de sus comentarios al enterarme de la siguiente noticia: la policía turca

especializada en delincuencia organizada había detenido en Estambul a cuatro japoneses, miembros de un brazo de los yakuzas, operando en la región junto con narcotraficantes iraníes que les habían vendido metanfetaminas. Dos de los yakuzas fueron arrestados con 150,000 pastillas de esta droga, y el resto de sus cómplices fueron atrapados con otras 200,000 pastillas en dos ocasiones diferentes. Las rutas del narcotráfico de Irán hacia Estambul

son las mismas detectadas en la venta de esclavas regionales. Mahmut aclara que los traficantes que llevan la droga y los que mueven mujeres y niñas no son necesariamente los mismos, pero los que controlan las rutas sí lo son. El policía asegura conocer a colegas turcos e iraníes que se indignan ante el narcotráfico, pero aceptan el tráfico de mujeres y niñas porque las consideran prostitutas por voluntad propia.

Mahmut me habla sobre las

grandes redadas de mafias kosovares y albanesas en Escandinavia a finales de la década de 1990.

El 23 de febrero de 1993 el llamado «padrino» kosovar Princ Dobroshi, nacido en 1964, fue arrestado por la policía noruega mientras lo buscaban en Suecia y Dinamarca por delitos similares. Lo sentenciaron a catorce años, pero escapó de la prisión de Ullersmo en 1997. A pesar de haberse sometido a diversas operaciones de cirugía

plástica, la policía de Praga lo detuvo nuevamente en 1998. Según los informes oficiales, Dobroshi admitió que el trasiego de heroína a países europeos había servido para comprar armas que más tarde fueron utilizadas en la guerra kosovar. Parte de las investigaciones revelan, sin darle gran importancia, que la trata de blancas y la venta de protección a prostíbulos era uno de los negocios menores de este sujeto. La mayoría de los mafiosos del cártel de

Dobroshi terminaron en cárceles suizas y checas.

El 10 de diciembre de 1998 el diario inglés *The Independent* reveló que las mafias albanesas controlaban el 70 por ciento del mercado de heroína en la región. Mahmut, al igual que otras fuentes, señala que los herederos de estas mafias son cada vez más jóvenes y más sofisticados, y que siguen manejando el negocio de la trata y la prostitución forzada en la región. Actualmente, las mafias tienen

mejores tecnologías y, al igual que los gobiernos, hacen pactos regionales y transnacionales. Otra marcada diferencia entre las «nuevas generaciones» y las mafias precedentes, y que detecto en diversos países, es la participación activa de mujeres en las redes de tratantes. Muchas que han sido víctimas de la trata, al ser designadas las consentidas de ciertos líderes, se especializan como reclutadoras y entrenadoras de mujeres y niñas. El mercado y

sus operadores, coincide mi informante turco, es tan sofisticado como requieren los tiempos.

Los altos mandos parecen no aprender la lección. En enero de 2005 Princ Dobroshi, considerado un terrorista y uno de los gángsteres más crueles de la región, fue puesto en libertad bajo palabra por las autoridades noruegas, a las que había sido entregado por los checos. La razón de su liberación, según un informe de la OTAN, fue «por buen comportamiento».

Mahmut mira su reloj. Hablar en francés y buscar las palabras para expresar sus preocupaciones sobre las operaciones de las mafias le resulta agotador. Un diccionario turco-francés se convierte en nuestro aliado.

El hombre que tengo frente a mí ha bebido ya cinco vasos de té negro. Mira hacia la ventana y guarda silencio cada vez que se escuchan voces en el pasillo del hotel. De pronto saca su celular del

pantalón y me muestra el video de una hermosa niña de tres años bailando con música de fondo. Habla como para sí mismo: «La gente de la OIM nos preguntó durante el entrenamiento: "¿Qué harían si una de estas mujeres vendidas para ser explotadas sexualmente fuera su hija?"; por eso estoy aquí», dice guardando el celular y aclarándose la garganta.

Un tanto arrepentido de lo que podría ser un signo de debilidad para un hombre como él,

simplemente afirma que su padre lo educó para anteponer sus principios morales a todo. Sus antepasados franceses le legaron el deseo de elegir ese idioma en un momento de su vida en que pudo estudiar un poco más que el promedio de los policías turcos. Su esposa, como más de la mitad de las mujeres turcas, es analfabeta funcional. Él quiere que su hija se sienta segura.

En lo que juzgo como una extraña confesión, admite que alguna vez fue «carnalmente tentado por las

*natashas*», pero no es su costumbre acudir a los burdeles.

«Usted me dijo que viajó a Inglaterra —murmura bajando la cabeza y con las pupilas flotando bajo las cejas negras—, ¿qué le dijeron sobre la llegada de mujeres desde Turquía y de los famosos proxenetas albano-turcos? ¿Ya vio cómo llegan a Italia? Usted sabe que tenemos fronteras marítimas [se refiere a las cinco mil millas de costa de la península de Anatolia]. Vaya y busque qué hay dentro de

los contenedores en los cargueros.»

Turquía es un área geopolíticamente estratégica. Sus vínculos con el Cáucaso, Asia central y los Balcanes, así como su gran apertura económica la han vinculado con tratados de comercio a Japón y Corea del Sur. Su creciente participación en la industria automotriz, siderúrgica, de materiales de construcción, así como de electrodomésticos, resulta importante, pero los especialistas aseguran que el punto clave está en

el creciente mercado de materiales militares. No es ningún secreto que Turquía cuenta con la segunda fuerza armada más poderosa de la OTAN, sólo por detrás de Estados Unidos. Esta nación tiene 1,043,550 soldados listos para ir a una guerra y en la base aérea de Incirlik posee noventa bombas nucleares B-61.

Las víctimas de la trata con quienes hablé aseguran que los soldados son los mejores clientes de los miles de prostíbulos legales e ilegales en Turquía. Su

participación en la producción, venta y reventa de artefactos nucleares y militares también lo ha convertido en un país ideal para las mafias que trafican con armas.

«¿Qué sería más fácil para mí, comprar una niña asiática o un AK-47?», le pregunto a Mahmut. Él me mira sonriente y contesta: «Un 47 ya es viejo, puede comprarlo mañana por unos 250 dólares, pero para una mujer —dice casi jugando, aunque no estoy segura de ello— es mejor un AKM [una versión mucho

más ligera], ése lo consigue por 400 dólares. Le costaría más o menos lo mismo comprar un arma que una mujer "nueva" para explotarla. La droga no le conviene… De los tres productos, es la única que no puede usar y revender». El tono del policía me pone nerviosa, pero escribo sus palabras tal como las arroja. Se da cuenta de que ha dicho lo necesario y concluye con algunos datos sobre el comercio lícito e ilícito y la dificultad para diferenciarlos.

«¿Sería lo mismo con las mujeres? —le pregunto—. El negocio de la esclavitud precisa de la existencia de la prostitución lícita para que resulte más complejo distinguir cuál es cuál.» «Exactamente, señora —asegura—, por ello hay tantos interesados en fomentar la regulación de la prostitución.»

En su boyante economía, Turquía está entre los cuatro países que más barcos, yates y megayates construyen y venden en el mundo.

Solamente en 2008, Turquía importó bienes y servicios por un total de 141,800 millones de dólares, y por sus fronteras salieron ese mismo año 204,800 millones de dólares en productos.

«Revise los chárters y la mirada ciega en los aeropuertos; vaya con cuidado», me dice Mahmut al despedirse, poniendo su mano en el corazón y haciendo una leve reverencia. «No se preocupe —le respondo bajando la cabeza suavemente—, vengo de México.

Allí las cosas no son tan diferentes para las periodistas.» A pesar de no ser religioso, llevado por la costumbre, Mahmut se despide deseándome que Alá me proteja.

# 2

# Israel y Palestina: lo que oculta la guerra

## Esclavas nuevas, ideas viejas

Estoy sentada frente a una mujer de ojos inmensos y sabiduría poética. Su nombre es Rim Banna, una mujer

símbolo de los territorios ocupados de Palestina, la región geográfica situada en Oriente Próximo, en la ribera suroriental del mar Mediterráneo que comprende Cisjordania y la franja de Gaza.

Rim vive en Nazaret, donde nació en 1966. Su herramienta es la música, y tiene como consigna hacer transparente la realidad más allá de la manipulación mediática y de los hechos políticos concretos. Ha compuesto y grabado once discos, cada uno mejor que el

anterior. Es una poeta palestina y defensora de los derechos de las mujeres. Su compañero Leonid, también músico, es padre de su niña y de su niño, y juntos trabajan por la libertad y la paz.

Nos encontramos en una antesala con dos sillas de madera. Preparo mi cámara y tomo el bolígrafo. Comenzamos a hablar sobre la vida y la seguridad de las mujeres y las niñas en los territorios ocupados de Palestina. A los pocos minutos de haber comenzado la explicación,

suena su celular. Pidiendo disculpas, Rim lee un mensaje SMS y sonríe de tal manera que se le ilumina el rostro. Me muestra la pantalla: es un mensaje de Baylasan, su pequeña hija. Avisa a su madre que ha llegado bien a la escuela; la pequeña se ha tomado una fotografía sonriendo y la ha enviado por esa vía. Me siento conmovida mientras Rim explica que esto no es un simple juego entre una madre y su hija de seis años. Así es como viven entre

bombardeos y militares, entre secuestros y arrestos ilegales. Y han encontrado ese método para tranquilizarse mutuamente, para recordarles a sus seres queridos, cada minuto, que siguen vivas, libres. Al menos por hoy.

Me pide que le cuente las historias de las niñas y mujeres de México. Después la cantante, poseedora de una inteligencia emocional que he visto en pocas personas que arriesgan la vida cada día, me recuerda que la situación de

la trata de mujeres y niñas se parece mucho a la ocupación de un pueblo:

> La historia verdadera nunca será comprendida por el mundo, hasta que entiendan que no se puede resolver un conflicto cuando hay una desigualdad tan grande de poder, de dinero, de armamento, de ideas; cuando es un lado el que tiene la voz de los patriarcas; cuando son unos los que mandan y otras las que son forzadas a obedecer, a someterse, a prostituir su alma y a aceptar la colonización porque son *las otras*.

No estoy a favor de la violencia, no creo en ella. Por eso mi música muestra el lado humano de Palestina, la historia de las personas, de las mujeres y de las niñas como mi hija. Le canto a la fortaleza de los niños para aprender a jugar a la pelota y a reírse juntos a pesar de saberse vigilados por soldados israelíes; a las niñas y mujeres que mantienen y sostienen al pueblo entero, que trabajan y pierden a sus padres; a sus esposos, a sus hermanos, a sus hijos, que siguen trabajando, creyendo en la vida, soñando con el futuro, con una libertad que llegará cuando

amanezca algún día… Tal vez con la luz de la mañana llegará la libertad, la paz, el entendimiento.

Durante sus conciertos, en varios lugares la han amenazado y la han llamado musulmana extremista. Pocas personas saben que Rim es cristiana. «El diálogo con quienes no quieren escuchar y descalifican cualquier crítica es imposible. Investigar la violencia contra las mujeres en este ambiente es muy difícil», asegura. Por eso los grupos feministas que rescatan mujeres lo

hacen casi a escondidas. Los recursos son para la guerra, no para la paz.

Palestina es en muchos sentidos un territorio minado. Los enemigos no están solamente en las vallas de contención israelíes. El antagonismo con el Líbano, así como el que existe entre árabes, cristianos y judíos, tiene raíces profundas: resultan casi incomprensibles los niveles de desprecio, intolerancia y racismo entre quienes en apariencia podrían

ser naciones hermanas.

Le pregunto a Rim si ella cree que, mientras no llegue la paz, las niñas y las mujeres están en mayor peligro de ser secuestradas y vendidas: «Sí, así es, la guerra abre la puerta a todos los males, por eso yo canto a la esperanza, no podemos perderla», me dice.

Rim me habla sobre los últimos cuarenta años (1967-2006), en los que el ejército israelí ha ocupado los territorios palestinos de Gaza, el este de Jerusalén y la franja del

oeste. Las políticas de ocupación imponen un severo control de movimiento, tanto en el interior de cada área del territorio como hacia las fronteras exteriores. Palestina ha quedado fragmentada. La ocupación y su violencia, así como la represión derivada de ella, generan un ambiente de guerra en el que no tienen cabida los derechos humanos.

Los caminos están rodeados de trincheras y puestos de vigilancia que cambian de acuerdo con las

necesidades y tácticas del gobierno israelí. Un edificio derruido aquí, los restos de una escuela más allá. De pronto se instalan cercos en las carreteras o en las calles para controlar la movilidad de las personas. Cuando los niños que van hacia la escuela se enfrentan a un bloqueo, ya casi sin decir nada dan media vuelta y buscan otro camino para llegar a su destino. El silencio de estos niños es el del que sabe que hablar puede costarle la vida. Las criaturas y sus madres han

aprendido a guardar sus energías y a elegir sus batallas; recurren al juego, a una broma subrepticia para romper la tensión del miedo que les recorre el cuerpo al ver un nuevo puesto militar a las afueras de la casa de la abuela. Un pequeño levanta una rama, la tía de veinte años lo ve y se dirige hacia él casi iracunda, le arrebata la rama y la rompe en pedazos. Sólo en ese momento entendemos que la rama a los lejos podría parecer un rifle. Me recuerda los ataques de los

militares mexicanos a los jóvenes chiapanecos que llevaban consigo palos de madera y que luego el ejército aseguró, ante las fotografías, que en la distancia parecían rifles.

Unicef ha informado de que en los territorios ocupados de Palestina decenas de niños y niñas siguen muriendo a causa de los conflictos armados. Los niveles de pobreza han aumentado de manera notable desde el año 2000. Debido a los controles y las barricadas en

los caminos, a la población se le hace cada vez más difícil llegar a sus lugares de trabajo, a las escuelas y los establecimientos de atención médica. Si se tiene en cuenta que la mitad de la población de Gaza es menor de dieciocho años, las labores de defensa de la infancia adquieren un carácter particularmente urgente.

Al contrario de lo que sucede en otros países, en Palestina y en Israel la prostitución es ilegal y está considerada como un acto altamente

inmoral por las autoridades de ambos países, tanto desde la perspectiva social como desde la religiosa. Lo cual no significa, claro está, que no exista; simplemente es más difícil investigarla por sus características de ocultamiento, muy parecidas a las que encontramos en Irak e Irán, donde, avalados por preceptos religiosos, los grupos ortodoxos consideran a los hombres propietarios de las mujeres y su destino.

El recorrido por el territorio palestino es muy complejo. La discriminación hacia las mujeres es parte de una fuerte carga cultural que en muchos casos se ve reforzada por la religión. Basta ver la fotografía de una boda pública organizada por Hamas, en la que hombres de entre veinticinco y treinta y cinco años que acababan de contraer nupcias con niñas de diez años desfilaban por las calles de Gaza.

En Israel, la frontera entre las

personas ortodoxas y las liberales es más clara, razón por la cual en este país encontramos muchos más casos de explotación sexual de mujeres y niñas y de prostitución forzada, generalmente de niñas y mujeres que no son judías. La alteridad desempeña un papel fundamental: cuanto más conservador y religioso es un país o un grupo social, más clara es su laxitud para explotar sexualmente a niñas, niños y mujeres de otras razas, creencias y países.

En Palestina hasta las organizaciones de defensa de los derechos humanos niegan la existencia del problema de la trata y la explotación sexual de mujeres y niñas, excepto una que trabaja en ello de manera silenciosa para evitar ser fustigada. El sexismo y la misoginia hacen mucho más difícil el trabajo de investigación, particularmente el que llevan a cabo mujeres que, como yo, se ven en la necesidad de entrevistar a autoridades policiacas y militares

poco dispuestas a hablar sobre estos temas «inmorales» y a dialogar con alguien que no pertenezca a medios protegidos y validados por cada bando.

En el creciente mercado global de la esclavitud y la compraventa de seres humanos, la fragilidad de las niñas y los niños en ese territorio debe ser tenida en cuenta de manera especial, casi con tanta urgencia como en los países africanos o latinoamericanos en los que la ley y el orden no están al

servicio de la población ni protegen a la infancia. De acuerdo con Unicef, casi el 10 por ciento de los niños menores de cinco años sufren desnutrición crónica en los territorios ocupados de Palestina. La situación es especialmente grave en Gaza, donde el número de niños desnutridos llega a 50,000 (de una población de 800,000 menores). La mitad de los niños menores de dos años son anémicos, y el 70 por ciento sufren de carencia de vitamina A. Cerca del 10 por ciento

de las niñas de quince a dieciocho años están embarazadas o ya han tenido hijos. Los altos porcentajes de embarazos adolescentes e infantiles nos hablan de la violencia sexual contra las mujeres y niñas. Ahí está la primera pista: ¿quiénes son los agresores y dónde viven?

Gracias al esfuerzo de Unicef, más de 50,000 niños han recibido orientación psicosocial para poder hacer frente a la violencia. Cuando miro a los ojos a los cientos de criaturas que antes de cumplir los

diez años ya sufren ataques de ansiedad y depresión, entiendo la tarea de mujeres como Rim Banna. La mitad del estudiantado ha testificado la toma de sus escuelas por parte de las fuerzas armadas israelíes, y más del 10 por ciento ha presenciado la muerte de algún maestro o maestra de su escuela. El monumental trabajo de campo hecho por Unicef ha implicado entrenar a miles de personas adultas para dar asistencia a los pequeños, a quienes les imparten cursos para

que aprendan a caminar de tal forma que no pisen las minas antipersona.

Según Zaide, una mujer palestina que rescata mujeres maltratadas de hogares machistas y que ha denunciado la desaparición de niñas, un creciente número de adolescentes y jóvenes son víctimas de la trata de personas para la explotación sexual y, aunque en menor grado, para la venta de órganos. La capacidad para medir el peligro en situaciones como las

que analizaré a continuación es infinitamente menor en alguien que vive desde la infancia el síndrome de estrés postraumático.

El primer y único estudio formal sobre la trata de personas en la región fue desarrollado por Sawa – All the Women Together, Today and Tomorrow («Todas las Mujeres Unidas, Hoy y Mañana»), una organización de mujeres que protege a víctimas de la violencia doméstica. Gracias al Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer

(Unifem), Sawa logró publicar el documento titulado «Trata de mujeres y prostitución forzada de mujeres y niñas palestinas: una forma de esclavitud moderna».[1]

Las rutas que seguí fueron las mismas analizadas por Sawa, que prácticamente son las únicas vías de acceso y de movimiento de gente. Desde la franja oeste hacia Jerusalén, desde Gaza hacia Jerusalén y dentro de la propia franja oeste, encontré la ruta del tráfico de venta de mujeres. En el

momento de escribir este libro, en los territorios ocupados existen 561 obstáculos militares que restringen el movimiento de 2.4 millones de palestinos, lo cual significa que las comunidades están fragmentadas. En el caso de Jericó se ha cavado de tal forma en los alrededores que sólo hay una salida que no da hacia lo que las mujeres locales llaman «el precipicio». Así, las personas que desean moverse entre los enclaves de Nablus, Ramala y Hebrón, así como a Jericó,

únicamente pueden hacerlo pasando bajo la estricta vigilancia de los militares.

El estudio de Sawa revela lo que sucedió en un pequeño hotel en la vieja ciudad de Jerusalén. Después de que el establecimiento se enfrentara a serios problemas económicos, su propietario aceptó convertirlo en un burdel. La mayoría de los clientes eran lugareños, y algunos eran autoridades (el documento no especifica si policías, políticos o

militares).

Catorce niñas y mujeres entre catorce y veintiocho años fueron introducidas ilegalmente desde la franja de Gaza y el lado oeste. Durante el día las ponían a trabajar como mendigas y de noche las forzaban a la prostitución. La madame cobraba 200 shekels (aproximadamente 54 dólares) por el uso de la habitación; el cliente le pagaba a la niña o la mujer lo que creía que valía, generalmente entre 30 y 200 shekels, dependiendo de

su «experiencia» y «belleza».

La policía israelí arrestó al propietario, que fue acusado y sentenciado por regentar un prostíbulo. Ocho horas después la investigación se cerró. Las autoridades deportaron a las mujeres y las niñas por haber cometido el delito de estar en Jerusalén sin los permisos legales del gobierno israelí. El caso no fue consignado como trata de personas.

Un hotelero de Jerusalén que prefirió mantenerse en el

anonimato, indignado por la explotación sexual de mujeres y niñas, narró la historia a las investigadoras de Sawa tal como la vivió:

> Hace tiempo una niña de Nablus se quedó hospedada en mi hotel durante un mes. Dijo que era enfermera, que trabajaba en un hospital de Jerusalén y que su turno era siempre por la noche. Eventualmente descubrimos que estaba trabajando como prostituta en un poblado israelí de Jerusalén. Me

he enterado de muchos casos de mujeres palestinas de la franja oeste que trabajan en la prostitución en Jerusalén. Les puedo asegurar que la vieja ciudad de Jerusalén está llena de prostíbulos.

Las técnicas de captación son las mismas que en todos los países. En muchas ocasiones las niñas y las adolescentes son vendidas por algún familiar o persona conocida de su comunidad. Quien dirige el burdel es una mujer, y los tratantes amenazan a las jóvenes y adultas

con mostrar fotografías pornográficas tomadas durante las violaciones iniciáticas a las que son sometidas.

El discurso del «honor» de las familias y de las propias víctimas es efectivo para someter la voluntad de las víctimas, quienes saben que de ser expuestas ante su comunidad, sobre todo ante los grupos más religiosos y conservadores, el castigo puede ser brutal y podrían ser relegadas al ostracismo. Los tratantes en el caso palestino

forman pequeñas redes locales, generalmente protegidas por militares o policías de la localidad receptora. No hay indicios de que las redes internacionales, o alguna mafia en concreto, estén involucradas en la trata de mujeres y niñas en los territorios ocupados de Palestina. Sin embargo, la situación de la infancia en conflictos armados, tal como ha informado reiteradamente Unicef, es un caldo de cultivo perfecto para cometer actos violentos contra

menores, que van desde convertirlos en niños soldados hasta crear grupos de niñas y adolescentes forzadas a la prostitución para satisfacer «las necesidades biológicas de los soldados».

Hasta el momento resulta muy difícil investigar la situación de las mujeres adultas que ejercen la prostitución y determinar cuántas niñas y adolescentes están sometidas por pequeños grupos de tratantes. La sexualidad y su libre

ejercicio no son un tema fácil de abordar en este territorio. Como ya se ha dicho, a las niñas palestinas no se les habla del peligro de ser reclutadas para ser vendidas, sino de cómo evitar pisar minas antipersona, cómo bajar la mirada y guardar silencio ante los patriarcas de su país, y cómo actuar ante un bloqueo militar que les exige buscar otro camino para dirigirse a la escuela. El sexismo, la iniquidad y la situación de guerra las mantiene en un estado de

indefensión extrema.

Otra pista queda al descubierto: el estudio de Sawa revela que algunas de las mujeres jóvenes involucradas en la prostitución llegaron a ella escapando de situaciones insoportables de violencia doméstica. Como en México, Afganistán, Vietnam, Filipinas, Colombia y otros países, la violencia dentro del hogar expulsa a las adolescentes, quienes en una sociedad discriminatoria y desigual no encuentran más

opciones que la prostitución como medio de subsistencia. Los tratantes lo saben y confían en la fortaleza de la maquinaria machista que mueve el mundo.

En Turkalem, el 16 de junio de 2007 un hombre palestino decidió vender a sus dos hijas de trece y catorce años a dos hermanos de diecisiete años procedentes del campo de refugiados Quadura. Los jóvenes pagaron por ellas 1,150

dinares jordanos (unos 1,600 dólares). Un año después, la más pequeña llegó a un hospital desangrándose por una hemorragia vaginal. La adolescente mostraba malos tratos y la exploración médica demostró que estaba embarazada. La policía intervino a petición de uno de los médicos, y los muchachos que explotaban sexualmente a las dos jovencitas fueron arrestados. El juez determinó que como el padre las había vendido y las niñas ya no eran

honorables (habían perdido su virginidad), debían casarse con los jóvenes. El juicio se celebró ante la presencia de los hombres, y a las víctimas no se les permitió entrar en el juzgado, y menos aún opinar. El caso quedó cerrado con el matrimonio entre las niñas y sus compradores. De esta manera, la maquinaria institucional reivindica la esclavitud de las mujeres y el derecho de los hombres a explotarlas y apropiarse de ellas legalmente. La cantidad de niñas de

doce y trece años que se rebelan luego de haber sido vendidas en matrimonio a hombres mayores va en aumento en diversos países. Muchas criaturas valientes de Irán y Afganistán, así como de Palestina, han dado a conocer la forma en que se trata como objetos sexuales y esclavas domésticas a las niñas-esposas.

Debido a las condiciones de ocupación, con los territorios fragmentados, el tráfico de mujeres y niñas para fines de trata es

calificado como un delito internacional, pues los puestos militares israelíes y los controlados por la Autoridad Nacional Palestina son considerados cruces fronterizos. Aunado a este complejo problema está el de los campos de refugiados. Todas las fuentes con las que hablé, tanto palestinas como jordanas, libanesas e israelíes, aseguran que es en los campos de refugiados donde se da la mayor explotación y maltrato de mujeres y niñas, sin control alguno.

Investigarlo fue complicado, y demostrarlo, al menos en esta ocasión, resultó imposible. A pesar de todo, el caso de las adolescentes de Turkalem resulta ejemplar.

## ISRAEL: EL OTRO LADO DE LA MONEDA, LAS CIFRAS ALEGRES

En 2000 la Knesset, el parlamento israelí, aprobó una ley contra la trata de mujeres y niñas. Como muchos países, el Estado judío ha

equiparado la prostitución con la trata para fines de explotación sexual. Así, se enfrenta a los mismos problemas de las autoridades que, por un lado, fustigan la prostitución con argumentos moralistas y dogmáticos y, por otro, otorgan permisos para la apertura de bares y burdeles donde se ejerce la prostitución adulta y se oculta la explotación sexual de adolescentes.

El 11 de noviembre de 2009 Yitzhak Aharonovich, el ministro de

Seguridad Interna de Israel, declaró ante la Knesset que el gobierno de su país estaba revisando una ley que incrementaría el castigo a proxenetas y clientes (*pimps*, *johns*) a dieciséis años de cárcel. Ante el comité parlamentario contra la trata de mujeres, el ministro aseguró que se revisarían aquellos negocios que administran prostíbulos con licencia del Estado, y también que *intentaría* que esos permisos se revocaran. Por su parte, la ministra Orit Zuaretz, presidenta del

subcomité, habló sobre las técnicas de captación de víctimas introducidas en Israel:

> La posición del ministro [Yitzhak Aharonovich] es consistente con mi perspectiva a lo largo de estas audiencias temáticas. Debemos elevar el nivel de castigo a aquellos que han sido arrestados por vender y traficar con los cuerpos de las mujeres. Llamo a la policía y a otras fuerzas de la ley para que actúen acorde con la ley existente que prohíbe la trata de mujeres y el empleo bajo condiciones de

esclavitud para propósitos sexuales. Que incluya sentencias de dieciséis años.

Durante la sesión le tocó el turno de hablar a los representantes de los cuerpos policiacos del Estado. Declararon que en los dos últimos años habían visto una favorable disminución del fenómeno de la prostitución organizada, incluyendo una baja notable en el número de víctimas del tráfico ilegal para fines de trata en Israel.

En los cinco últimos años,

solamente he escuchado dos declaraciones en las que se sostenga que el fenómeno ha disminuido: la primera fue en Camboya, donde la flagrante corrupción policiaca avala, oculta y permite la explotación sexual de mujeres y niñas. La segunda fue en Israel, donde ningún miembro del parlamento exigió cifras concretas a los policías comparecientes. Por otro lado, instituciones como la Interpol y la Europol, así como la policía especializada de Gran

Bretaña —una de las más reconocidas del mundo—, han dicho que el fenómeno global de la trata para fines sexuales va en aumento.

A pesar de que Israel asegura que está controlando la prostitución forzada llevándola casi hasta su extinción, las declaraciones de los jefes de la policía, durante las entrevistas que sostuve con ellos, así como las organizaciones locales de protección de las víctimas de la trata revelan cifras sorprendentes.

De 1990 a 2004 entre 3,000 y 3,500 mujeres eran introducidas en Israel para ejercer la prostitución forzada, la mayoría de ellas a través de Egipto. Y sólo cuando las organizaciones civiles locales, así como el gobierno de Estados Unidos y la ONU, comenzaron a presionar al gobierno israelí, éste admitió el problema. Israel también tiene sus propias contradicciones. La prostitución no está penalizada, pero sí lo está mantener un burdel o ser proxeneta. Basta caminar por el

barrio de Neve Shaanan en Tel Aviv para descubrir, como en el resto del mundo, burdeles bajo la apariencia de spas, casas de masaje, baños públicos e incluso alguno que otro cibercafé.

Mientras la policía informa en entrevistas y ante el comité de la Knesset de que tienen registradas no más de dos mil prostitutas, las ONG que defienden los derechos de las mujeres en ese país, tales como la Organización de Protección de Emergencia a los Migrantes,

señalan que hay más de 20,000 prostitutas, y que un alto porcentaje llegaron allí forzadas y sometidas a una deuda con sus traficantes, quienes retienen sus documentos oficiales para impedir que se vayan. El jefe de la policía antitrata Raanan Caspi declaró a la BBC de Londres que las mujeres sometidas a la prostitución forzada están en «mejores condiciones, mucho más humanitarias que antes». Yedida Wolfe, del grupo de trabajo contra la trata de mujeres, ha dicho que las

medidas policiacas no deben celebrarse tanto, pues aunque se han producido arrestos y sentencias significativas el precio de la prostitución sigue estable, lo que significa que la oferta no ha bajado. Ahora los tratantes abren servicios más finos de edecanes, acompañantes y *call girls* que van directamente a los hoteles con los clientes: la oferta se ha diversificado y sofisticado como en casi todo el mundo.

Israel muestra las cifras «más

alegres del mundo»; si pudiera comprobarlas, el Estado judío debería compartir sus técnicas con todos los países. La ley israelí contra la trata de mujeres fue aprobada en el año 2000 y, según el último informe de la policía nacional entregado a la Knesset en 2009, los resultados son impresionantes: «Cuando se comenzó a trabajar en la detección de víctimas de la trata, el número aproximado era de tres mil. Actualmente creemos que la cifra

no sobrepasa un par de decenas de víctimas».

Sin embargo, hay algo que no cuadra en esos informes. Según documentos oficiales estudiados por organizaciones feministas de Jerusalén, tan sólo en 2007 la policía emprendió 21 investigaciones sobre casos de trata de mujeres para fines de explotación sexual, y en 2008 y 2009 se iniciaron 10 investigaciones más. En 2009 la policía abrió 331 expedientes por

delitos relacionados con la prostitución, la mayoría de ellos relacionados con el lenocinio o la gestión de burdeles, casi el doble de los casos similares investigados durante 2008.

Hay que señalar que en 2006 se aprobó que se incluyera entre los delitos de la trata la esclavitud laboral y, siguiendo el Protocolo de la ONU para Prevenir, Reprimir y Sancionar la Trata de Personas, la policía no requiere que la víctima demuestre los medios por los

cuales fue traficada. Sin embargo, en otros países como México la carga de la prueba recae sobre la víctima.

## Refugiadas

El refugio Maagan abrió sus puertas en 2004, y desde entonces ha atendido a 130 mujeres rescatadas de manos de sus tratantes en Israel. Se encuentra en un edificio de ladrillos rojos, cuyos muros

parecen tener vida. Está rodeado por hermosos jardines y cuenta con instalaciones muy bien cuidadas para albergar hasta 40 mujeres al mismo tiempo. Aunque fue fundado por el Departamento de Bienestar Social en el marco de la «Ley Antitrata», el trabajo de atención a las víctimas se lleva a cabo en colaboración con la organización civil Keshet. Otras asociaciones que trabajan con las víctimas son Sha-le-Isha y el Centro de Ayuda a Trabajadores Extranjeros Todaha,

que ayuda a las víctimas de la violencia sexual. La ley facilita refugio a las víctimas que estén dispuestas a denunciar a sus tratantes; tal como en Estados Unidos y México, si la víctima pide ayuda pero teme o se niega a ser parte del juicio penal en contra de los tratantes o traficantes, el Estado retira su ayuda y las deporta bajo la figura políticamente correcta de la «repatriación».

Retomo mi libreta: busco los apuntes de las entrevistas con agentes de la OIM durante mi viaje a Asia central. Encuentro los informes sobre jóvenes kirguizas y kazajas que fueron secuestradas por tratantes para ser vendidas como enfermeras para cuidar ancianos en Israel, particularmente en Tel Aviv. Lo que nunca se les dijo es que vivirían encerradas en situación de esclavitud y con sus documentos retenidos, imposibilitadas de salir con libertad y de hacer una vida

normal.

El gobierno quiere lo mejor para las mujeres israelíes: educación, progreso y libertad. Por ello permite la entrada de extranjeras para realizar trabajos que, por sus condiciones de esclavitud, ninguna israelí estaría dispuesta, voluntariamente y con otras opciones a la vista, a llevar a cabo. La mayoría de las mujeres rescatadas son originarias de Uzbekistán, Moldavia, Rusia y Ucrania. Otras son originarias de

Letonia, Kazajistán, China y Bielorrusia. Casi todas son menores de veintisiete años y al menos el 50 por ciento dejaron algún hijo o hija en su país de origen. La necesidad de darles una vida mejor a sus pequeños se convierte en un motor para buscar trabajo, y es a la vez el instrumento que los tratantes utilizan para recordarles que el sacrificio vale la pena. En algunos casos incluso las amenazan con asesinar a sus hijos si no pagan su deuda. Todas las mujeres traficadas

desde Uzbekistán son musulmanas. De los cinco casos específicos de mujeres menores de veinticinco años detectados por las ONG en Israel, cuatro eran musulmanas de Uzbekistán y una era de origen chino: a todas las habían contactado previamente bajo la promesa de llevarlas a Israel, pagarles una fuerte suma de dinero y conseguirles un trabajo legal a cambio de donar un riñón.

## Órganos para israelíes desde Latinoamérica y Asia

A lo largo de los años en que he investigado la trata de personas, he entrevistado a cientos de servidores públicos y expertos en todo el mundo. La gran mayoría de los jefes de la policía, entre ellos el desaparecido zar anticrimen organizado de México, José Luis Santiago Vasconcelos, insistieron en que el tráfico de órganos es casi un mito de la prensa amarilla, la

excepción y no la regla. «Si existen casos, son prácticamente aislados», me aseguraron las autoridades de varios países.

Israel es uno de los pocos países que ha detectado con claridad varios casos de trata para extracción de órganos con víctimas de naciones pobres; del mismo modo, ha admitido que es un territorio receptor del tráfico de órganos.

El 5 de noviembre de 2009 el director de la policía de Jerusalén

organizó la primera presentación pública de criminales arrestados que pertenecían a un grupo de tratantes de personas con la finalidad de traficar con sus órganos. Gilad Behat, el jefe de la policía, aseguró que Sammy Shem-Tov y Dimitri Orenstein eran cómplices del delito de trata de personas y tráfico de órganos. Shem-Tov, de sesenta y siete años, había trabajado en el Hospital Universitario Hadassah, donde ambos delincuentes lograron

establecer contactos con varias familias cuyos pacientes estaban en una larga lista de trasplante de órganos. La gran mayoría eran pacientes que necesitaban un riñón, pero un par requerían un hígado. Según las autoridades del hospital, los trasplantes de hígado se han convertido en operaciones comunes en todo el mundo.

Por lo general, un hígado sano se obtiene de un donante que haya muerto recientemente, pero que no haya sufrido alguna lesión hepática.

El hígado sano se transporta en una solución salina refrigerada que lo conserva hasta ocho horas. Esto permite realizar las pruebas necesarias para determinar la compatibilidad entre el donante y el receptor. El hígado enfermo se extirpa a través de una incisión quirúrgica en la parte superior del abdomen. El hígado donado se coloca en su lugar y se une a los vasos sanguíneos y a las vías biliares del paciente. Esta operación puede durar hasta doce

horas, y requiere que el paciente reciba una gran cantidad de sangre a través de una transfusión. En algunos casos, un donante vivo puede donar una parte de su hígado para un trasplante a un miembro de la familia u otra persona sana. Esto supone algún riesgo para el donante debido a la naturaleza de la operación; sin embargo, el hígado se puede regenerar por sí mismo hasta cierto punto. Normalmente, los hígados de ambas personas funcionarán bien después de un

trasplante exitoso.

La policía comenzó la investigación al descubrir que en varios periódicos había anuncios que solicitaban personas sanas dispuestas a donar algún órgano a cambio de una sustanciosa retribución económica. Los anuncios se publicaron en varios idiomas, incluidos el ruso y el español. El subteniente Behat aseguró que todas las cirugías para extraer los órganos —que después fueron introducidos en Israel— se

habían llevado a cabo en países de Latinoamérica y en Filipinas, aunque sospechaban que podría haber países de otras regiones involucrados.

Cada cirugía cuesta al menos 200,000 dólares. El contacto se lleva unos 2,000 o 3,000 dólares y a la víctima no le dan más de 1,000 dólares, todo depende del acuerdo. El resto se divide entre cirujanos, costos de hospital y pago de expertos en la manipulación de órganos, así como en «propinas» de

corrupción para llevarlos de un país a otro, o de una ciudad a otra, en condiciones adecuadas.

No fue hasta 2008 cuando en Israel se aprobó la Ley sobre Trasplantes de Órganos, que especifica que la venta de órganos es ilegal. En un caso excepcional la policía especializada en fraudes pudo interrogar a diez personas que habían sido contratadas para vender sus órganos. Ninguna de ellas era originaria de Israel. La investigación aún sigue su curso, y

se tienen indicios de que cientos de órganos fueron introducidos de contrabando desde Latinoamérica hasta Israel para ser trasplantados en pacientes muy graves.

Pude entrevistar a tres doctoras del Hospital Universitario Hadassah y del Hospital Infantil Dana de Tel Aviv. Todas coincidieron en que una familia desesperada es capaz de hacer cualquier cosa para salvar la vida de un ser querido: si necesitan pagar por un órgano sano, lo hacen.

Lo que está claro es que las complejidades de un trasplante efectivo de órganos implican la participación de verdaderos expertos, desde el momento en que se evalúa al donante, durante la extracción del órgano y hasta su traslado. Las redes de corrupción parecen ser las mismas. ¿La policía israelí estaba al tanto de ellas? Por lo pronto, más allá de los dos responsables, ningún servidor público o médico ha sido arrestado por el caso que presentó Gilad

Behat. Varios fueron interrogados y algunas horas más tarde los dejaron ir.

¿Quién los lleva? ¿Quién hace las intervenciones quirúrgicas? ¿Quién transporta los órganos? Éstas son las preguntas que nadie pudo o quiso responder.

## LOS VACÍOS LEGALES EN LA VENTA DE ÓRGANOS

La policía israelí se vio en serios

aprietos cuando recibió la llamada de una mujer de Tel Aviv que había sido llevada a Ucrania por una red de traficantes de órganos para extraerle un riñón a cambio de 35,000 dólares. Podrían llevar a cabo los arrestos en colaboración con la policía ucraniana, pero lo más probable era que, sin importar las evidencias, los culpables tuvieran que ser liberados porque las leyes ucranianas no prohibían *explícitamente* el tráfico de órganos. En este caso las mafias

rusas, al igual que las mexicanas y las chinas, han logrado vincularse con el mercado de la oferta y la demanda de órganos. Cuando se trata de salvar la vida de un ser querido, muchas personas son capaces de comprar órganos sin preguntar nada, simplemente se aseguran de que su dinero pague por los servicios médicos adecuados.

Alex Kaganski, portavoz de la policía israelí, admite que el reto es monumental: en la medida en que su

gobierno refuerza las leyes contra el tráfico de órganos, las personas viajan a países cercanos donde se llevan a cabo los trasplantes. La abogada Lizzy Troend asegura que la compraventa de órganos sí está prohibida; sin embargo, el hecho de que una persona permita que le extraigan un órgano no está tipificado por la ley. Este debate se ha abierto en varios países en vías de desarrollo. En la India, Pakistán, Filipinas, México, El Salvador y varias naciones de África, la gente

se pregunta por qué el gobierno cree tener derecho sobre su cuerpo. En una entrevista, varios jóvenes paquistaníes que vendieron sus riñones reclamaban su derecho a hacerlo, y que si vender un riñón les sacaba de la pobreza durante seis meses, ésa era su prerrogativa. Pero ¿qué hay detrás de la venta de órganos? La respuesta es: redes criminales, terroristas, guerrilleros y tratantes que esclavizan a mujeres y menores. ¿Son todos los mismos? De ninguna manera. Las

complejidades de este fenómeno son exactamente las mismas que las de la trata para fines sexuales. Nos enfrentamos a cadenas de personas cuyos intereses precisan de la protección especializada de mafias locales o internacionales. Estas redes criminales funcionan como la maquinaria de un reloj cuyo recuento de los minutos y las horas representa el flujo de millones de dólares que transitan por los vacíos legales entre un país y otro.

Si el lector busca una

explicación simple, no la encontrará. Lo más difícil es vislumbrar las formas en que se ha trazado una frontera entre lo lícito y lo ilícito en una economía global. Las fronteras en el crimen, al igual que las fronteras en la política, son invisibles, flexibles y porosas.

El semanario *The Christian Science Monitor* hizo un trabajo extraordinario para explicar cómo se vinculan las naciones en la

compraventa de órganos. A continuación presento un resumen de los hallazgos principales:

- 2001. Ilan Perry de Israel busca a Roderick Kimberley en Durban, Sudáfrica. Se asocian en una red de tráfico de órganos y en dos años logran hacer 107 trasplantes. Las cirugías se llevan a cabo en el Hospital Saint Augustine de Durban. Los donantes proceden de Brasil, Rumanía y, probablemente, Rusia. Todos los receptores son

israelíes.

• 2002. Hernani Gomes da Silva es contactado por primera vez por la mafia de traficantes de órganos de Recife, Brasil. Después vuela a Durban. Se le extirpa el riñón izquierdo y se le registra como «donante vivo». Amiram Aharoni, de Israel, recibe el riñón de Hernani.

• 2003. En Israel, Ari Pach se niega a vivir con diálisis por problemas severos en el riñón. Vuela a Durban para recibir un

nuevo riñón extirpado de un brasileño. Mientras tanto, en Durban el investigador Johan Wessels es contactado por las autoridades del Departamento de Salud para indagar datos sobre una red de traficantes de órganos.

• Un donante israelí llamado S. Zohr es operado en Saint Augustine y confirma la existencia de una mafia internacional de compraventa de riñones.

• La policía de Durban hace una redada en el Hospital Saint

Augustine. Una semana después la policía de Brasil y la de Sudáfrica arrestan a 14 personas involucradas en la red en ambos países.

- Agania Robel, de Israel, paga una multa a las autoridades de su país (770 dólares) por haber ido a Durban a recibir el trasplante de un riñón y violar las leyes del Estado judío.
- 2004. El señor Kimberley, el traficante de Durban, se confiesa culpable de formar la red y pide clemencia. Se le sentencia a seis

años de prisión, que se le condonan con una multa de 38,000 dólares. Delata a los médicos de la clínica y los acusa de haber realizado 107 operaciones de riñón. Mientras tanto, Hernani testifica en la legislatura de Pernambuco, Brasil, y dice estar amenazado de muerte. Cuatro miembros de la mafia son arrestados en Sudáfrica, y se descubren más redes en Ciudad del Cabo y Johannesburgo. De todos los implicados, tres terminan en prisión, uno con sentencia

condonada por testificar.

- Casi todas las personas originarias de Israel pagaron entre 150,000 y 200,000 dólares por recibir un órgano en las fechas en que lo solicitaron. En Pakistán, los compradores pagan 1,000 dólares a quienes venden su riñón y lo venden hasta por 150,000 dólares a clientes europeos y norteamericanos.

# 3

# Japón: la mafia de las geishas

## Tokio *unplugged*

Rodha es una mujer hermosa de piel alabastrina y una cabellera pelirroja que ningún tinte artificial

podría imitar. Sus grandes ojos verdes parpadean al ritmo de las palabras más intensas mientras habla. Me visita en mis oficinas de Cancún, y no sólo está dispuesta a contarme su historia, sino que además ha llegado con un donativo para el refugio de mujeres y niñas que dirijo. Su capacidad de compasión parece inagotable. Hasta que me adentré en su historia y viajé a Japón no pude comprender cabalmente por qué esta norteamericana dedica su vida y su

obra a una misión de justicia. Así narra su encuentro con la cultura japonesa:

> La libertad, cuando no conoce límites, puede ser tan destructiva como peligrosa. Acababa de cumplir dieciocho años y me liberé de mis padres. Me sentía tan viva, tan excitada por esa libertad recién adquirida: era un día que había esperado durante mucho tiempo. Toda mi vida había estado en una caja de cristal. Mi cajita contenía familia y religión, eso es todo, no conocía nada fuera de esa caja.

Escuela cristiana, ir a la iglesia tres veces a la semana, «tiempo de Biblia» diariamente; cada semana estudio de las Sagradas Escrituras… Mi vida transcurría entre la historia del bien y el mal, pero no conocía absolutamente nada de la maldad real. Tenía la mentalidad de una niña de cinco años, en el sentido de inmadurez, para comprender el mundo real. Mi gran debilidad fue no haber sido educada para enfrentarme al mundo humano más allá de los preceptos religiosos y las fantasías televisivas; no me proporcionaron conocimientos y nunca desarrollé

herramientas para protegerme de la violencia. Mi libertad despertó una necesidad de viajar, una urgencia que no podía ser frenada.

Cuando cumplí diecisiete años decidí que en cuanto tuviera dieciocho viajaría a Japón con un contrato para cantar. Me habían descubierto y sabía que debía aprovechar la oportunidad. Contra las recomendaciones de toda mi familia hice las maletas y me preparé para explorar Asia con mi voz y mi música. Mis padres estaban asustados. Al principio se negaron, pero luego mi padre se encargó de

revisar el contrato y asegurarse de que no me exigieran usar minifaldas o ropa provocativa para cantar. Mi primer viaje fue un sueño. Quedé fascinada con la cultura y las costumbres japonesas, aunque luego descubriría que sus sonrisas artificiales y sus modos amables son una forma de hipocresía social. Ellos ven a los norteamericanos como una sociedad sin orgullo, y piensan que somos incapaces de contener nuestras emociones, por eso nos desprecian, pero eso lo aprendí mucho después. Mi primer viaje me hizo creer que todo era hermoso y

que podría triunfar.

Volví a casa en mi pueblo sureño de Estados Unidos y vi un anuncio en el periódico en el que buscaban cantantes y edecanes en Japón. La agencia era diferente de la primera, pero me gustó porque ofrecía mucho más dinero.

El club nocturno al que Rodha llegó a trabajar era de lo más elegante. Sentada al lado de un rico empresario japonés, mientras bebía un whisky con Coca-Cola, ella intentaba responder a la pregunta

que le hacía asegurándole que, efectivamente, todo el pelo de su cuerpo era del color rojo brillante de su melena. Luego la llamaban a otra mesa y seguía departiendo con los distinguidos clientes; sin embargo, ya habían pasado varios días y aún no le habían permitido cantar, diciéndole que debía esperar. Justo a la semana comenzaron a llegar los yakuzas. Muchas jóvenes del mundo que se acercan a las élites de mafiosos quedan impresionadas por el aire

de misterio y lujo que los rodea. Así lo cuenta Rodha:

> Me sentí invadida por un azoro total: «¡Vaya, mafiosos de verdad!, me dije en silencio. ¡Como en las películas!». Pero los mafiosos reales y la más cruel maldad humana no conectaron entre sí dentro de mi cerebro adolescente. Más tarde, demasiado tarde, me enteré de que esa noche estaba siendo ofrecida a los compradores. Era un club de venta de esclavas finas.

La joven había firmado un

contrato para cantar y eventualmente grabar un disco. Al principio sólo realizaba un trabajo de edecán, pero ella estaba encantada: los tragos se servían gratis y el ambiente era sofisticado. A los dieciocho años creyó que estaba experimentando una entrada en la vida adulta. Sin embargo, con el paso de las semanas comenzó a sentirse enojada e inquieta, y exigió que la llevaran al club en el cual debía cantar —como la primera vez —. Reclamó que no estaban

cumpliendo con su contrato de trabajo, el mismo que su padre había revisado. Poco a poco se reveló el principio de la pesadilla. Su abogado se había quedado con la visa y el boleto de regreso, argumentando que los necesitaban para obtener un permiso de trabajo. Además, en lugar de entregarle el apartamento que señalaba el contrato, la tenían hospedada en un hotelucho cuya habitación era casi del tamaño de un armario. Por si eso no fuera suficiente, no había una

sola persona norteamericana a su alrededor con la que pudiera hablar: estaba sola.

Una madrugada, cuando los clientes ya se iban, una geisha adolescente llamada Miko la invitó a bailar en otro club:

> Me sorprendió, las geishas son malas y déspotas con las extranjeras. Miko difícilmente me dirigía la palabra, así que me dejó perpleja con la invitación, pero me sentí halagada, y pensé: «¡Tal vez ahora le caigo bien y podré tener una amiga!». Así

que me fui con ella, creyendo que el hecho de que otras jóvenes adolescentes japonesas me vieran con la geisha haría que se acercaran a mí. La mayoría de las edecanes eran japonesas, sólo estábamos una niñita de China muy bella, otra niña de Filipinas y yo. Llegamos a un club en el sexto piso de un edificio. Cuando entré con ella me pareció extraño que no hubiese nadie bailando; de hecho, no había más que un grupo de diez hombres, y todos eran japoneses. Noté que alrededor de las mesas redondas estaban sentados los yakuzas,

quienes actuaron como si nos estuvieran esperando. Reconocí a un par de ellos que habían estado antes en «nuestro» club. Estaba absolutamente fascinada con esos elegantes mafiosos. Los miraba como si fueran una novedad, y para mí lo eran, con su dedo meñique mutilado.[1] En mi mente inmadura no podía verlos como lo que en realidad eran. Su poder y riqueza son impresionantes, y yo, como otras adolescentes, me dejé llevar por el asombro de ese poder. En lugar de hacer una leve reverencia como la que acostumbran todos los japoneses

a modo de saludo, la gente saluda a los yakuzas casi besándoles los pies.

Luego de haber escuchado la historia de Rodha en América, ya en Japón seguí las huellas de los bares y rutas en los que operan los yakuzas. Quería conocer el ambiente que Rodha describía.

Eran las nueve de la noche. Caminaba por el barrio de Ginza, el equivalente japonés a la Quinta Avenida de Nueva York. Sabía lo que buscaba. Paseaba lentamente

con mi pequeña cámara fotográfica y mi videocámara. De pronto vi salir a tres jóvenes geishas de un callejón y me acerqué. Tras ellas salieron dos hombres con traje negro por una puerta sin señalizar que era vigilada por un guardaespaldas alto e impecablemente vestido. Decidí filmar la escena, y de inmediato el vigilante se dirigió a mí con un tono iracundo. Le dije que era una turista que estaba filmando mi viaje. «Nihongo wakaranai» («No sé

hablar japonés»), le decía. A continuación le pregunté en inglés poniendo cara de ingenua: «¿Por qué le molesta?». Él simplemente me tomó del brazo, me llevó hacia la avenida y me dijo en japonés que me largara de allí. Caminé dos manzanas y entré en un pequeño restaurante para revisar mi material, comer algo y recuperar el aliento. Más tarde, cuando le pregunté a un policía si aquél era un bar yakuza, me dijo que muy probablemente, pero que ellos no

podían demostrarlo porque los mafiosos «no quebrantan la ley».

## RODHA CONTRA LOS DRAGONES

Miko y yo estábamos sentadas, rodeadas por esos mafiosos, y me sentía impresionada de que hombres como ellos, como en las películas, quisieran estar de parranda conmigo. «¡Qué aventura!», pensé. Me pidieron que cantara una canción en el karaoke y canté la única que conozco en japonés. Encantada con

los aplausos, luego me senté a beber el trago que habían ordenado para mí.

Quince minutos después de tomar el trago, me sentí muy pesada. Nunca había experimentado esa sensación al beber alcohol. Algo estaba mal, de pronto me sentí como si hubiesen inyectado cemento en mis venas. Un par de yakuzas me levantaron de los brazos y me llevaron hacia el elevador. No podía comprender lo que estaba sucediendo, les hablaba en inglés y no respondían. ¿Dónde estaba Miko? ¿Por qué estaba dando vueltas el

edificio? Una vez dentro del elevador ya no sentí las piernas, las rodillas se me doblaron y uno de los yakuzas me cargó como si fuera una niña.

La joven estaba consciente, pero su cuerpo permanecía paralizado. Al salir pudo ver una larga fila de Mercedes-Benz y luego perdió el conocimiento. Se dejó ir, aterrorizada; en su mente sabía que algo estaba muy, pero muy mal. Más tarde descubriría que la habían drogado para que formara parte de una ceremonia sexual.

Me desperté en medio de una bruma mental, estaba completamente vestida, sentada en un sofá. Miré a mi alrededor. Era una suite impresionante, lo más lujoso que jamás hubiera visto. Había una enorme cama redonda en el centro, sofás, un sauna y lo que parecía un cuarto de vapor. A mi mente vino un poco de tranquilidad: tal vez me había mareado el alcohol y esos hombres me habían ayudado a subir a su suite para que descansara un poco.

Posteriormente aparecieron ante

mí varios yakuzas desnudos, sólo cubiertos por una toalla en la cintura.[2] Absolutamente todo su cuerpo estaba tatuado. Sentada en el sofá, el miedo se apoderó de mí, sentí que me consumía el terror. Finalmente, vinieron a mi mente las palabras de mi tío Jim. Él no quería que mis padres me dejaran viajar a Japón, insistía en que allí se llevaban a las jovencitas para hacerlas esclavas sexuales. «¡Trata de blancas!», lo había llamado mi tío. De pronto, en un ataque, me levanté y corrí hacia la puerta. Antes de que me diera cuenta, tres yakuzas

estaban deteniéndome, uno de ellos golpeó mi cabeza contra la pared y oí el crack de mi cráneo. No pude más y me desmayé.

Cuando Rodha despertó estaba desnuda en la cama con los ojos vendados. Obviamente los hombres que la habían violado no querían ser reconocidos. Dos agentes del FBI a quienes entrevisté sobre este caso me aseguraron que la consistencia de la historia de Rodha y la coincidencia detallada con otros testimonios de las pocas

estadounidenses rescatadas de los yakuzas les habían dado elementos suficientes para entender el grado de crueldad de esos mafiosos. Para realizar una ceremonia de unión entre ellos, eligen a una mujer que les sirve de objeto ritual.

> Estoy segura de que el primero que me violó era el jefe de la secta Yamaguchi-gumi, llamado 0293845 0934, él era el jefe de unos 38,000 miembros de la secta de yakuzas en aquellos tiempos. Durante la noche la venda se cayó, literalmente, de mis

ojos. Eso no debía estar sucediéndome. Yo era de verdad una buena chica. En secundaria había ganado los concursos a la más sensible y los concursos de talento artístico. Recuerdo llorar casi en silencio mientras se turnaban. Me decía: «Mamita, mamita, por favor», pero sólo oía las risas masculinas. Finalmente, cuando ya no pude más, comencé a gritar el nombre de Jesús. Ellos se miraban entre sí, tratando de entender el significado de mis palabras. «¡Dios mío, ayúdame!», seguía gritando. Supongo que el nombre de Dios hizo que uno de

> ellos se enojara mucho, pues me abofeteó con fuerza. Mis gritos eran más como susurros, por el miedo, el cansancio y la droga.

Rodha ha contado su historia un centenar de veces: con una valentía inusitada, es una de las pocas sobrevivientes de los yakuzas que ha sido capaz de hablar públicamente, de ayudar a las autoridades con datos exactos, nombres y descripciones de lugares y personas. Sin embargo, los efectos del estrés postraumático en

ella son evidentes. Una víctima no puede revivir una y otra vez todos los detalles de su historia creyendo que no le afecta y sin detenerse a buscar sanación. La joven es consciente de ello, y nutre su fuerza de fe religiosa. Está convencida de que Dios le permitió salir viva de Japón para dedicarse a salvar a otras jóvenes como ella. Después de nuestro encuentro me escribió una carta:

Esa noche morí. Era el 21de abril

de 1989. ¿Quién soy desde aquel entonces hasta hoy, en 2007? No lo sé, lo único que sé es que soy una criatura de Dios.

Durante veinticuatro horas unos 40 hombres me violaron de todas las formas posibles. Uno de ellos tenía una fijación con las niñas, me cargó y me arrullaba como si fuera un bebé, me metió en el jacuzzi y me bañó delicadamente cantando muy suave, como un psicópata. Era calvo, musculoso, y con el típico tatuaje en todo el cuerpo de los yakuzas. Todo eso era aterrador. ¡Yo, que crecí en un hogar religioso, protector, estaba

allí en manos de esos hombres! A él le faltaban dos dedos. Jamás imaginó que aquello le costaría otro dedo. Yo no estaba dispuesta a dejar que se salieran con la suya. Las cosas que me sucedieron durante los tres días siguientes dentro de esa suite son inenarrables, inconcebibles para la mayoría de los seres humanos. Cada uno tenía sus propias perversiones. Algunos me introdujeron objetos, de tal forma que tuve graves hemorragias. Hasta la fecha, las cicatrices que me dejaron en los genitales me impiden ser madre.

Tres días después, mientras dos yakuzas dormían en la suite, la joven se levantó, y desnuda salió corriendo hasta llegar a la calle. Comenzó a golpear las puertas del vecindario sin saber cómo pedir ayuda, y lo único que se le ocurrió fue gritar: «¡Yakuza, yakuza!». Finalmente, una niña le abrió su apartamento y ella entró corriendo. La pequeña llamó de inmediato a la policía y cubrió el cuerpo dolorido de Rodha con una pequeña bata tipo quimono.

La narración de la joven sobre el trato de los policías japoneses es prácticamente idéntica a las que escuché en México, Colombia, Guatemala, Tailandia y Rusia: son insensibles, no tienen empatía por las víctimas y les transmiten la noción de que son prostitutas y carecen de derechos. La policía japonesa suele humillar en público a las jóvenes sometidas a la trata para fines sexuales. En el caso de Rodha, lo verdaderamente impresionante fue que, luego de

sacarla del hospital, la llevaron a donde había sido vendida para que allí mismo reconstruyera «su versión de los hechos». Golpeada, desgarrada y aterrorizada, vestida tan sólo con unas zapatillas y la bata que le había obsequiado la niña que la rescató, tuvo que testificar.

> Recuerdo haber subido las escaleras por las cuales había escapado. Ahora iba acompañada por policías. Al llegar al piso de la suite, había un enjambre de

reporteros, cámaras y micrófonos. En un inglés muy básico, atacándome con sus cámaras y micrófonos, me hacían mil preguntas y yo sólo podía verlos. Tenía la mente en blanco y no podía hablar. Entré en estado de shock y así estuve durante un año.

Esa noche, semidesnuda, cubierta sólo con el quimono, murmuré un par de respuestas, pero no recuerdo qué dije. No entendía cómo habían llegado allí los reporteros. La policía abrió la puerta de la suite y se llevaron evidencias como las sábanas llenas de sangre, objetos de la

basura, etcétera.

Las siguientes tres semanas fueron una locura. Las autoridades llevaron a Rodha a una casa de seguridad situada a dos horas de la ciudad. Pasaba todo el día declarando en la comisaría de policía. La obligaron a recostarse en una mesa para que explicara con detalle, frente a los oficiales, todo lo que le habían hecho. Revisó cientos de fotografías de criminales y logró identificar a varios de los

yakuzas. Cuando logró superar el shock nervioso llamó a sus padres: «Tardé más de dos semanas en atreverme a llamar a mi madre y a mi padre para contárselo todo, en parte por el estado de shock y en parte por la vergüenza que sentía tras lo que me había sucedido. Mientras pasaba todo esto, a nadie se le ocurrió decirme que había una embajada norteamericana con personas que hablaban mi idioma», dice Rodha con un aire de decepción. Pero su atrevimiento no

ha sido en vano, pues gracias a ella muchas organizaciones internacionales, incluidas las japonesas, han puesto su mirada en las estrategias operativas de los yakuzas. Como yo misma pude corroborar, están muy bien organizados y tienen más fuerza y poder que nunca. Su mercado principal es el comercio sexual.

Escribo un correo a Rodha para despedirme y decirle que estoy lista para emprender mi viaje a Japón. Cariñosa y emocionada, me da

claves y *tips* para saber dónde buscar a los tratantes. A manera de despedida, me envía una impresionante canción grabada para exorcizar a los demonios yakuzas de su mente llamada «Dragons» que se puede escuchar en myspace.com/rodhakershaw.

# 4

# Camboya: escondite de Europa

Amanece en Phnom Penh: desde la ventana de mi habitación en el hotel Camboyana observo un paisaje idílico. Mesas redondas con manteles blancos y sillas metálicas

apostadas en un muelle de madera. Algunos turistas desayunan bajo el cielo azul transparente, los rayos del sol envuelven su piel húmeda y blanquecina. Con sus cámaras al cuello y sombreros de paja en la cabeza, la mayoría de ellos han comprado boletos para un tour que les llevará por el río Mekong hasta Vietnam, en un paseo que les recordará los filmes que los motivaron a visitar ese rincón del sudeste asiático. Vienen en busca de aventura y de la luz de una nueva

cultura. En cambio, yo estoy aquí para hurgar en la oscuridad de la esclavitud.

Tomo una fotografía en la orilla del Tonlé Sap, un brazo del Mekong, enmarcado por el verdor de las plantas tropicales. Una pequeña pagoda al estilo tradicional camboyano, con tallas de colores dorados, rojos y amarillos, atrapa mis ojos. Salgo a la avenida Preah Sisovath y subo al *tuk-tuk* que me espera. Jaz es el nombre americanizado del joven

conductor que me recomendaron. Le indico el lugar al que nos dirigimos. Primero debo ir a Western Union para recibir un envío de dinero desde México. Decidí corroborar las pistas del manejo de dinero cuyos rastros se diluyen al cruzar las fronteras imaginarias entre un banco y otro, entre un país y otro. Más tarde descubriría cómo se maneja el dinero negro a pequeña escala.

Subir a un *tuk-tuk* tiene lo suyo: los automóviles son para los

extranjeros, los ricos y los mafiosos; el resto de la población y la mayoría de los turistas se mueven en estas folclóricas casetas metálicas pintadas de colores, montadas sobre una motocicleta. «Three dollars», gritan los conductores: «Hello madame, three dollars». No importa si vas a dos manzanas o a veinte. La cuota inicial es siempre tres dólares estadounidenses. A los conductores no les gusta la moneda local (el riel), tal como sucede en todos los

sitios turísticos del mundo subdesarrollado: quieren una moneda con valor real y el dólar estadounidense lo tiene. Llevo mi mochila con una grabadora, las libretas, una cámara digital y una videocámara pequeña.

El cielo abierto, la temperatura de 34 grados centígrados y el aire húmedo, las palmeras mecidas por el viento suave, los monasterios budistas y el palacio real —imponentes y místicos a primera vista— hacen de esta zona turística

de Phnom Penh un paraíso terrenal. Cuanto más nos alejamos de la zona hotelera en la riviera, la ciudad se descubre más bulliciosa y colorida. Entre los oleajes rítmicos de miles de motocicletas que circulan con gran rapidez, cierro los ojos dos veces ante lo que me parece una colisión inminente. Las Vespas tapizan las calles como abejorros volando dentro de un panal, y algunas se desplazan con familias enteras: a bordo de una motocicleta van un hombre, una mujer y dos

pequeñas; una de ellas, de apenas dos o tres años, montada al frente, muestra un equilibrio digno de la trapecista más experimentada. La regla para conducir es que no hay reglas, sino movimientos masivos: grandes grupos de motocicletas y *tuk-tuks* se mueven al unísono en un ronroneo al que después de una semana es fácil acostumbrarse. Todos ceden el paso a los automóviles, las motos a los *tuk-tuks*, y los transeúntes a las motos: la cadena de poder vehicular es

clara. Los peatones cruzan también en grandes grupos. Los monjes budistas y los novicios que mendigan comida y medicinas con cuencos de madera entre las manos dan colorido a las calles con sus túnicas anaranjadas y doradas. Son los únicos a los que respetan los conductores.

Los automóviles nuevos de los ricos y de los políticos se abren paso fácilmente. Los *tuk-tuks* permiten que los turistas sean vistos sin cristales de por medio.

Hombres mayores de entre cincuenta y sesenta años viajan acompañados por niñas de doce o catorce años ante las miradas furtivas de los nativos, que saben que son *dadas* o *papis*, clientes extranjeros acostumbrados a ser tratados con la distinción de blanco y rico, el que tiene dólares y euros, el que paga por todos los lujos que desea. Camboya está calificada como nación de origen, tránsito y destino para el turismo sexual; es decir, vende, compra y explota

internamente a mujeres y menores.

A simple vista, la realidad contrasta con los panfletos que los agentes de migración ofrecen a los turistas a su llegada al aeropuerto. Entregan una revista con el mapa local y las reglas de urbanidad. Las leyes del reino de Camboya penalizan con cárcel a quienes sean descubiertos contratando servicios de turismo sexual infantil. Los folletos y la presencia efectiva de organizaciones civiles de diversos países (entre ellas, la famosa

AFESIP[1] de Somaly Mam, la sobreviviente camboyana de la trata, y ECPAT, la red para la erradicación de la explotación sexual infantil) han logrado probar y cuantificar la magnitud del delito de explotación sexual. Gracias al trabajo de estos organismos se sabe que cada año en Camboya dos mil niñas y niños son víctimas de la trata para fines sexuales; otros miles son sometidos a la mendicidad y a la esclavitud doméstica. Al igual que en

Tailandia, el 70 por ciento de los consumidores de sexo comercial y cómplices de la explotación sexual infantil son hombres nacidos en la región, y quienes operan y protegen estas redes son jefes de mafias vinculados con sus pares en otros países.

Luego de la parada en Western Union y después de beber un café doble en un pequeño establecimiento que sería mi guarida durante los ratos libres, me dirijo al restaurante de la

asociación civil Hagar, una organización cristiana que trabaja desde hace quince años en la región, especializada en el rescate y la reubicación de niñas víctimas de la trata y la violencia doméstica. Fue fundada en 1994 por Pierre Tami, un suizo cristiano decidido a implementar programas de empoderamiento de las mujeres y niñas para que encuentren opciones de vida libres de violencia.

Sue Hanna, representante de la asociación, es australiana; tiene el

cabello corto y el rostro redondo, las mejillas rosadas y la voz rítmica y dulce. Su mirada es transparente, con ojos que oscilan entre el dolor y la ternura, mientras explica el modelo de atención y la forma en que rescatan a las niñas de los tratantes, en la mayoría de las ocasiones acompañadas por la policía local. Tras charlar un poco y comer una buena ensalada, salimos en el oxidado jeep blanco de Sue hacia el refugio para niñas. He pedido a Jaz que me espere en

otro lugar.

Las instalaciones del albergue contrastan con la pobreza del barrio contiguo. El edificio de estilo occidental con una barda altísima es señal de que los recursos son extranjeros. Una guardia de seguridad nos recibe y a cambio de mi identificación me entrega una acreditación. Dejamos las sandalias en la entrada y un rápido recorrido por el refugio me permite ver las habitaciones, sencillas pero impecables, llenas de coloridos

objetos hechos por las niñas y sus cuidadoras. En cada habitación duermen tres pequeñas y una monitora, que las acompaña en sus procesos emocionales para rehacer su vida con nuevas reglas de respeto y comportamiento.

Los tratantes utilizan las técnicas típicas de los secuestradores: ambos incitan a la discrepancia y la rivalidad entre las víctimas que conviven en un mismo espacio, con la finalidad de que no se rebelen fácilmente. Utilizan técnicas de

premios y castigos desiguales y las convierten en las favoritas en la medida en que se someten a la explotación y asumen un carácter hipersexualizado, seductor y acomodaticio. Debido a la edad de las niñas, este condicionamiento emocional se convierte en parte de su personalidad. Entre ellas no hay juicios morales sobre lo que han vivido. Su vida entera ha consistido en ser esclavas, así que hallarse en un refugio significa la posibilidad de volver a nacer y reinventarse.

Abajo, en el jardín, un grupo de cuatro adolescentes subidas en una casita de madera en un árbol hablan en voz baja. Varias de ellas llevan más de dos años viviendo en la casa; no pueden devolverlas a sus familias porque seguramente las entregarían otra vez a los tratantes. Casi el 43 por ciento de las niñas rescatadas dijeron haber sido vendidas por su propia madre. A varias las trajeron de Vietnam y de los pueblos del sur de Camboya, algunas son de Filipinas, y otras

más fueron rescatadas de burdeles en Tailandia.

Las adolescentes nos observan durante varios minutos, las saludo con la mano, sonríen educadamente y, sin intención de interactuar, vuelven a lo suyo. Frente a nosotras hay una pequeña alberca: seis niñas pequeñas de entre cinco y diez años juegan y gritan, mojándose y pretendiendo ser un delfín y un pez. Algunas visten trajes de baño, otras llevan ropa ligera que les permite moverse en el agua. Sue me cuenta

sus historias. A una de ellas la vendieron a un tratante del pueblo que trabaja para las mafias en Phnom Penh, y más tarde fue explotada sexualmente con turistas extranjeros. Cuando Sue me las presenta, me regalan sonrisas de niñas libres que me conmueven.

No es el momento para preguntarles nada, están fuera de sus historias de violaciones sistemáticas. Las observo: pequeñitas de cabello negro y largo; delgadas pero bien nutridas;

algunas tienen la piel cobriza y otras alabastrina; algunas tienen ojos almendrados grandes y otras rasgados y afinados. May, de nueve años, se mueve con una sensualidad que sólo se ve en niñas que han sido víctimas del abuso. Dentro de la alberca, cada tanto se levanta y echa su cabellera mojada hacia atrás, como las modelos de la televisión. Sabe que la estamos mirando y llama la atención de acuerdo con la forma en que fue entrenada.

La psicóloga explica que las pequeñas saben que más vale aprender a seducir: una vez que conocen los códigos, los tratantes y los clientes las maltratan menos. Fueron entrenadas para ser prostituidas, ellas lo saben perfectamente. No comprenden por qué, pero a los nueve o diez años, con una voz infantil y tierna, aseguran que nacieron para eso, o al menos eso les dijeron sus tratantes. Las psicólogas trabajan para desactivar el discurso

impuesto a tan temprana edad. El reto es monumental, pues el desarrollo hipersexualizado de la personalidad, la erotización constante, impide que desarrollen barreras de protección, y también evita que comprendan los límites para acercarse a otras niñas y personas adultas. Con mucha paciencia y respeto, las terapeutas les enseñan a reestructurar su personalidad y a *deserotizar* su comportamiento diario. Lo más complejo es lograr que confíen en

las personas adultas, sin vivir sometidas a la culpa sobre su sexualidad.

May me sonríe, le pregunto si le gusta nadar, cuántos años tiene y cuál es su comida favorita. Está exultante, tiene la atención de la visitante desconocida. Toca mi cabello, me señala una bicicleta y presume que ya sabe montar en ella. Se ríe de la escena entre la traductora y yo. Yo hablo inglés y ella habla jemer (camboyano). Se distrae y comienza a jugar de

nuevo. Las niñas gritan haciendo pequeñas olas con sus manitas acunadas. De pronto May dice a toda voz: «That's it baby girl… good job». Hago evidente mi sorpresa, el acento norteamericano de la pequeña es impecable. «¿Quién le habrá enseñado esa frase?», se pregunta Sue intuyendo su origen. Más tarde descubrimos que eso le decían sus tratantes cuando se portaba bien mientras hacía *yum-yum* (sexo oral) o era violada por un cliente. Había que

sonreír, darle besos, así todo terminaba más rápido.

Para May, como para miles de niñas explotadas, la frase que horroriza a casi cualquiera por su significado resulta una herramienta de obediencia y liberación a la vez. Ellas aprenden que cualquier paliativo para que se las trate mejor es milagroso. Están recibiendo una educación. Se parecen a un niño que, luego de ser golpeado por su padre desde el nacimiento hasta que fue rescatado, le preguntó al

psicólogo: «¿Y tú con qué pegas?», aludiendo sin duda a que en algún momento se le maltrataría en la casa de acogida. Cuando el terapeuta respondió que jamás lo haría, el pequeño quedó desconcertado, molesto. Su única manera de establecer contacto era por medio de la violencia. Había que enseñarle otras formas de convivencia, educarlo para conocer y valorar los afectos.

Camino en silencio por el patio, a lo lejos veo a la maestra leyendo

un cuento a un grupo de pequeñas sentadas en círculo en el suelo. Tomo algunas fotografías. Uno de mis propósitos con este viaje es descubrir la perspectiva y el profundo testimonio individual de las víctimas sobre su experiencia. No pretendo narrar las historias desde la evaluación moral de sus cuidadoras o desde el pánico moral y el doble discurso de las autoridades. Viendo a May me descubro conmovida, preguntándome cómo habría vivido

yo a los nueve años una tragedia similar. De inmediato recapitulo: ellas viven en circunstancias particulares, a su edad ni siquiera han formulado una idea moral del sexo o el erotismo, de la disparidad entre personas adultas e infantes. Fueron vendidas por sus madres o padres desde pequeñas. Nuestra noción de amor materno no tiene cabida en su imaginario ni en su lenguaje. Por eso se ríen, gozan, se divierten, mientras el mundo adulto mira horrorizado la escena de lo

que en nuestro contexto es una infancia robada. Otras niñas no sonríen: las sometidas por hombres, las que padecen malos tratos y amenazas concretas, las que son utilizadas para pornografía infantil difícilmente sonríen. Este fenómeno no es monolítico, hay diferentes tipos y niveles de abuso, como los de crueldad extrema de los casos que documenté en 2005 sobre una red de pornografía infantil en México.

Pienso que el reto está en

descubrir si será posible algún día globalizar los conceptos de libertad, felicidad, amor, cuidados familiares y dignidad. Mientras contemplo el jardín me pregunto si esta normalización sociocultural del abuso infantil, prevaleciente en tantos países, puede ser revertida sin abusar, por un lado, de la imposición de dogmas religiosos y, por otro, sin adoptar un discurso filosófico progresista de la libertad total, el de quienes creen que los límites y conceptos de la sexualidad

son un producto desgastado que debe ser reinventado más allá de las fronteras de la moral. Isaiah Berlin escribió: «La libertad es libertad, no es igualdad, ni justicia, ni cultura, ni felicidad humana, ni una conciencia tranquila». Respiro el aire tibio de Camboya con una pregunta en los labios: ¿qué es la libertad para estas niñas, para aquellas mujeres? O es acaso la libertad de los hombres para fomentar una cultura de esclavitud asimilada.

Me dispongo a marcharme del albergue después de conocer los procesos de readaptación y educación de las niñas y adolescentes. Una vez que cumplan dieciséis años, tendrán que irse a vivir en comunidad con otras jovencitas. Volver a su pueblo o a su hogar materno no es una opción para la mayoría de ellas. El desprecio familiar hacia las niñas en muchas ocasiones las impulsa a volver con los tratantes, al convencerse de que pertenecen a

una casta indeseable, y que su único territorio de supervivencia económica y afectos es el de la venta de su cuerpo. El gran triunfo de los tratantes es convertir a sus víctimas en parias, en que crean que nadie las querrá salvo sus captores.

Algunas, las más pequeñas, en ocasiones son adoptadas legalmente por familias extranjeras que desean darles una segunda oportunidad, pero la tarea no es fácil. La superación del estrés postraumático de las niñas esclavas sexuales,

dependiendo del tipo de explotación, puede durar hasta diez años. Quien las adopte deberá saber que es una misión de vida transformar la perspectiva que esa niña tiene de sí misma, de las mujeres, de la sexualidad y de su relación con los hombres. De otra manera se vuelven inadaptadas, escapan de casa y terminan en el ya conocido mundo de la prostitución donde las reglas son claras: todos mienten, saca lo que puedas.

«El amor y la paciencia no

bastan», me aseguró hace unos meses la psicóloga y sexóloga mexicana Claudia Fronjosá. El gran reto en todo el mundo es lograr la especialización de miles de terapeutas, ya sea en América, Europa o Asia, que sepan abordar efectiva, ética y respetuosamente a las niñas, los niños y adolescentes sometidos a la esclavitud sexual, que no se puede abordar igual que la esclavitud laboral de un niño que cose balones en Indonesia. Apenas comienza a desarrollarse una

cultura de hiperespecialización de los diversos tipos de trata.

Salgo del refugio preguntándome qué mafia tuvo a esas niñas esclavizadas. Antes de veinticuatro horas lo sabría y admiraría más que nunca la capacidad de las chiquillas para sobreponerse después de ver el rostro de sus captores.

## Somaly Mam y su ejército

Somaly tiene el porte de una

princesa, la fortaleza de una guerrera y la ecuanimidad de una vieja sabia. Esta mujer de piel cobriza y mirada penetrante va por la vida como quien conoce el secreto de la salvación del mundo y teme que la humanidad no reaccione a tiempo ante una hecatombe moral. Trabaja de día y de noche con una sola misión: abolir la esclavitud sexual femenina. Para ella, la prostitución debería ser eliminada, aunque de forma paulatina, con el fin de no maltratar a quienes ya

están atrapadas en alguna red. Considera que hay una trampa en denominar «trabajo sexual» a la prostitución, tal como explica su historia.

Esta hermosa camboyana es un símbolo mundial, una bandera internacional de la tenacidad y la estrategia para rescatar a mujeres y niñas víctimas de la trata y la explotación sexual. Su presencia ilumina la habitación, la voz es dulce y pausada pero llena de pasión. Se podría decir que es una

mujer típicamente camboyana por su aspecto físico y su manera suave de caminar y moverse. La conocí primero en Nueva York, cuando nuestra amiga mutua Marianne Pearl nos convocó a la presentación de un libro sobre defensoras de los derechos humanos en el mundo. Yo, como miles de personas, había leído la historia de Somaly. Fue vendida en Camboya por su abuelo en reiteradas ocasiones y explotada en un burdel durante años. Escapó tras presenciar cómo el tratante

asesinaba a su mejor amiga, otra niña prostituida. Ella superó el horror y desde entonces ha dedicado su vida a rescatar a las niñas asiáticas de la explotación sexual, pero también a erradicar la trata en el mundo. Es una líder mundial entre las abolicionistas de la prostitución.

Esta vez, cuando voy a su país, Somaly está de viaje recibiendo un premio por su labor. Llego en *tuk-tuk* a sus oficinas de AFESIP entre talleres de artesanos de madera,

locales donde reparan bicicletas, burdeles y pequeñas casuchas humildes de madera y paja. Dos kilómetros de terracería integran la zona. La pavimentación no llega hasta aquí. El edificio de AFESIP es privilegiado, pues no todos los vecinos reciben los servicios de agua y electricidad. Dejo mis sandalias fuera y me reciben el administrador de la organización y una voluntaria inglesa.

Somaly sobrevivió a la esclavitud sexual y, cuando

organizó el primer gran rescate de un grupo de 83 niñas víctimas, fue traicionada por la policía camboyana. Eso marcó su historia para siempre. Su equipo ha desarrollado estrategias de seguridad adaptadas a la realidad de su país: trabajan con la policía, pero desconfían de ella.

Las oficinas pequeñas, los escritorios amontonados y cientos de fotografías de Somaly con la reina de Suecia, los reyes de España vestidos de gala y una

veintena de personajes de talla mundial, entre ellos premios Nobel, abrazan a la defensora de las esclavas sexuales.

Es evidente que estos poderosos personajes se sienten honrados al lado de Somaly. No es para menos, sobre todo después de conocer Camboya y ver de cerca el reto monumental que se ha impuesto con diversas organizaciones civiles para erradicar la trata de mujeres y el turismo sexual, o después de advertir el poder de las mafias y de

saber cuántas veces este equipo se ha enfrentado a los poderes fácticos que protegen la trata en la región. La fundadora de AFESIP es una prueba viviente de que se puede sobrevivir a la explotación sexual y sanar el alma, el cuerpo y la mente. No sólo eso, sino que se puede trabajar para salvar a otras sin el menor rastro de odio, rencor o rabia por su propio pasado. Ésa es la magia de Somaly, que no necesariamente tienen todas las sobrevivientes de la trata

convertidas en activistas, incluso en otros países económicamente más poderosos a los que viajé para esta investigación. El odio es un mal consejero, aun cuando se quiere hacer el bien.

Sari, una abogada de treinta años, me explica que ya están listas las jóvenes que entrevistaré. Vamos al centro comunitario de salud, a un kilómetro de las oficinas. Subimos a su Vespa, que conduce a toda velocidad. Mi chofer del *tuk-tuk* nos sigue, sonríe y luego me dice

que estas mujeres conducen muy rápido y muy bien. Tres jovencitas me esperan. Dos de ellas siguen trabajando como prostitutas bajo el régimen de libertad parcial (pagan un porcentaje a la dueña de un burdel que semeja una crujía de mala muerte) mientras reciben capacitación para otro tipo de trabajo. La tercera joven logró escapar de su tratante, perteneciente a una red criminal que opera en bares y salones de masaje, y ahora está refugiada en una de las casas

de Somaly.

Para hablar conmigo en este sitio seguro, las primeras necesitan dejar de atender clientes. Llegamos a un acuerdo con la abogada como traductora: «Les puedes pagar las horas como pagan sus clientes», me dice. Reviso mi cartera, e ingenuamente cuento 120 dólares en efectivo. Pregunto cuánto debo y si en dólares les parece bien. Tres dólares la hora, eso es lo que cobran a sus clientes.

Da es la mujer más triste que he

visto en mi vida. No lleva maquillaje y viste una blusa roja luida con una falda negra. Nació en la provincia de Prey Veng y a los trece años su madre la mandó con su hermana a Phnom Penh, ya que no podía alimentarla y debía valerse por sí misma. Su hermana trabajaba en un *dance club* para turistas y tenía un bebé, una niña, a la que Da se encargaba de cuidar. La madre de Da cayó enferma y pidieron dinero para curarla; entonces la adolescente tomó un

empleo como masajista *thai*. El trabajo en ese negocio es igual que el de los *omicés* japoneses. Se registran y anuncian como casas de masaje, pero en realidad las jóvenes y niñas deben masajear a los clientes para terminar masturbándolos; a ellas se les exige que estén semidesnudas. Las autoridades saben que se ejerce la prostitución, pero a cambio de una cuota de protección les permiten operar sin contratiempos. El propietario le dio un préstamo de

400 dólares estadounidenses para enviar a su madre al médico; así adquirió una deuda prácticamente impagable, a menos, le dijo el jefe, que aceptara tener sexo con los clientes del masaje. Pasó dos años pagando la deuda sin derecho a salir sola. Fue advertida de que si intentaba escaparse antes de saldar su deuda la encontrarían fácilmente, pues los conductores de *tuk-tuks*, además de formar parte de la red que lleva y trae a clientes de los hoteles, busca a las chicas que se

escapan y las llevan de regreso para que reciban su castigo. Da vivía amenazada de muerte. El dueño conocía la dirección de su madre y de su hermana. Su cliente más cruel fue un chino de cincuenta años, propietario de una maquiladora en Camboya. Se trataba de un hombre que no podía tener una erección sin ejercer la violencia; por ello todas temían que las eligiera. Gustaba de insultar a las jóvenes, escupirles en el rostro, orinarse encima de ellas y violarlas

analmente, todo a cambio de una gran propina para el propietario de la casa de masaje. En una ocasión el chino tiró a Da contra la pared de la pequeña habitación y le fracturó una costilla. A modo de disculpa, le dio cinco dólares estadounidenses. El cliente más amable fue un francés que le salvó la vida.

Cuando Da comienza a hablar de Pierre, un boxeador de cuarenta años, mantiene la palma de la mano derecha sobre el corazón. Sus ojos se nublan aún más, pero sonríe,

como saboreando el secreto de su libertad. Pierre fue cliente del masaje y del sexo. Un día pagó al dueño 1,500 dólares por tener a Da en su habitación de hotel durante un mes. Una noche el francés se fue a Holanda y le explicó a Da que había comprado su libertad. Durante un año le estuvo enviando 150 dólares mensuales. Da perdió su cartilla de ahorro y jamás volvió al banco. Nunca más supo del francés. Mendigó y buscó trabajo durante seis meses. Una amiga le

prometió conseguirle trabajo como mesera y la vendió al bar Viva Night Club por 200 dólares. El propietario era un empresario vietnamita, y casi todos los clientes eran obreros tailandeses.

Todos los bares, karaokes, salas de masaje y restaurantes que ofrecen «entretenimiento» cuentan con permisos gubernamentales. Todos tienen una amplia red de *tuk-tuks* y moto-taxis que ejercen de transportistas y guardaespaldas de las jóvenes. Algunos de esos

guardianes, denominados gorilas, llevan navaja y están dispuestos a usarla en caso de que sus esclavas intenten escapar. Después de todo, son propiedad de quienes las compraron, aseguran las abogadas de AFESIP. Nadie que pase un par de días sumida en esa realidad puede decir que estas jóvenes carecen de voluntad para escapar del infierno. Viven sometidas a él y se resisten, aunque débilmente, porque su energía vital se malogra en la medida en que descubren,

desde la infancia, que haber nacido mujer es una pesadilla en sí misma y lo único que les queda es sobrellevarla, sometidas al sino, a la voluntad de los dueños de su vida, de su supervivencia económica y de su futuro.

Cuando Da cumplió dieciocho años, el dueño del Viva Night la vendió por 750 dólares al Burdel 55 porque estaba demasiado vieja y los clientes querían «carne joven». «Tengo suerte —dice con una sonrisa desganada—, hay niñas que

se las llevan desde los seis años, yo al menos tenía trece.»

Se quedó embarazada de un cliente, un hombre casado. Tuvo una niña de ojos negros y mirada triste, como la suya. Da dice que jamás dejará que su hija sea prostituta. Está aprendiendo costura, quiere trabajar en una maquiladora, ahorrar y comprar una parcela de tierra para sembrar arroz y alejar a su niña de los que compran esclavas. Le pregunto si el padre de la niña está de acuerdo.

Observa sus uñas cortas y un poco sucias. El padre de la niña es cliente de la prostitución, es policía. Dijo que cuando crezca él mismo hará la prueba para saber si su hija nació para ser puta. «¿Qué piensas de eso?», le pregunto. Simplemente mueve la cabeza y mira hacia la ventana, dando así por terminada la entrevista.

Por la tarde entro en mi habitación. Echo el cerrojo, dejo caer mi

mochila en la silla y me desplomo desganada en la cama. Miro al techo y siento la humedad de las lágrimas abriéndose paso por un canal tibio hacia mi cabello. Pienso en la pregunta que me han hecho las jóvenes mujeres al despedirnos: ¿qué se siente al hacer lo que una quiere, viajar y escribir? Yo, con mi libertad a cuestas, viajo por el mundo para documentar sus historias y buscar quizá una explicación, una salida. Mientras tanto ellas, las víctimas, pacientes

esclavas, hurgan en mis ojos, acaso escudriñando el secreto de mi libertad. Observan cómo la tinta se desgrana en mi libreta tejiendo sus palabras, el recuento de las infamias, las cifras, los nombres de quienes las venden y las compran. Lo que ellas desconocen, y han dejado de buscar hace tiempo, son los nombres de quienes las ignoran, de quienes subestiman su propia libertad y denuestan la esclavitud ajena.

Como un destello viene a mi

mente el rostro curioso y sonriente de una de las jóvenes que entrevisté hace poco. «¿Alguien va a leer nuestra historia? —me preguntó con la inquietud de quien jamás ha leído un libro—. ¿Y para qué?», inquirió sonriente. Ni ellas ni yo podemos explicar aún la perversidad de una forma de esclavitud que permite a su presa hablar, sólo para que unas horas después vuelva al infierno, sometida a sus dueños. Este absurdo sería impensable sin la complicidad de la maquinaria del

Estado y de la sociedad. Me levanto para darme un baño. La búsqueda debe seguir, la verdad debe ser revelada. Toda tragedia humana es producto de una idea y una estrategia, habrá que señalar a todos los cómplices.

## BABY GIRL LIMO SERVICES

Había acordado encontrarme con una turista norteamericana en el único casino legal de Phnom Penh:

Naga World, un centro de juego de 80,000 metros cuadrados, con un barco estacionario como distintivo y un hotel de lujo tipo Shanghai.

Pedí al *concierge* que me consiguiera un taxi de lujo. Una limusina, dijo, es lo más seguro para salir de noche. Una buena propina me aseguró que el conductor fuese primo del *concierge* y hablara un inglés comprensible. Al final resultó que el chofer hablaba mejor francés y pudimos comunicarnos

adecuadamente. Resultaba ridículo alquilar un automóvil para ir al casino que se encontraba a 200 metros de mi hotel, en la intersección con la avenida Tonlé Bassac, pero era parte de mi estrategia de seguridad.

Tomé un baño y me puse un vestido negro, tacones, un poco de maquillaje, revisé mi cartera de noche y me aseguré de tener en ella al menos 400 dólares en billetes de 20 y otros 300 euros. Unas tarjetas de presentación con un nombre

falso y un lápiz labial. Los bolsos son revisados minuciosamente a la entrada. Las mujeres que no van acompañadas de hombres son siempre sospechosas en los casinos que ocultan la prostitución.

Sabía que Naga World es propiedad del multimillonario malasio Tan Sri Dr. Chen Lip Keong, un hombre de sesenta y un años que, según la revista *Forbes*, tiene 195 millones de dólares, producto de la industria del juego. Recientemente, la Autoridad

Monetaria de Singapur (MAS, por sus siglas en inglés) decidió bloquear la oferta pública inicial (IPO, por sus siglas en inglés) de Naga Corp. Ltd., cuyo domicilio social está en las islas Caimán. Según el informe, Chen Lip fue rechazado porque sus negocios se encontraban entre los clasificados por la autoridad de Singapur como *out of bounds*. Las operaciones de Naga Corp. Ltd., dice el informe, no están sujetas plenamente a las reglas jurídicas para la regulación

de los casinos y la prevención del lavado de dinero, sino que están fuera del control territorial.

A pesar de las dudas sobre su compañía, el magnate Chen Lip consiguió lo imposible en Camboya: un permiso gubernamental por setenta años para la exclusividad de su megacasino. Su secreto radica en que es asesor en asuntos económicos del primer ministro de Camboya, Hun Sen.

Resulta interesante resaltar que, a

raíz de la miseria e inestabilidad generada por los años del régimen de los jemeres rojos del dictador genocida Pol Pot, el gobierno camboyano se ha enfrentado a un gran reto frente a la pobreza y la propagación del juego y los negocios de apuestas ilegales en todo su territorio. Pero en este caso parece no importar. Chen Lip es también el propietario de la Lotería Nacional de Camboya, cuestionada por la prensa y algunos miembros del gobierno, pues las ganancias

son millonarias y nadie ha ganado jamás un primer premio. Miembros del Congreso Nacional han exigido que se rindan cuentas sobre las actividades legales e ilegales del propietario de Naga Corp. Ltd., pero sus influencias políticas han detenido cualquier avance en términos de transparencia. La investigación de casinos probablemente vinculados con la trata de mujeres es sumamente compleja, ya que, desde Las Vegas hasta Camboya, los propietarios de

estas empresas están blindados por sus relaciones con políticos de alto nivel. No importa si es Nevada, Hong Kong, Macao, Londres, las islas del Caribe, o las casas ilegales de juego Pai Wo de Chinatown en Nueva York, las estrategias para comprar policías e incluso para abonar dinero negro en campañas de diputados, senadores, alcaldes, gobernadores, jueces y jefes de la policía han sido plenamente documentadas por las autoridades y por los medios.

Según datos de la Interpol, 100 millones de personas juegan en casinos cada año y el negocio aumenta en la medida en que se legaliza el juego en más países. La industria del juego produce más dinero que los espectáculos deportivos, el cine, la música, los parques temáticos y los cruceros juntos.

Mis fuentes locales me aseguraron que algunos europeos y norteamericanos, motivados por los documentales y reportajes sobre la

trata en Asia, se hacen los valientes y creen que van a entrar en los clubes nocturnos en Camboya o Tailandia y observarán niñas siendo prostituidas a la vista de todos, de las que podrán tomar fotografías. Nada más falso y peligroso. Las mafias que controlan la trata de mujeres y menores conocen su negocio, vigilan a las organizaciones de derechos humanos y sacan a golpes o amenazan de muerte a los periodistas que intenten

entrometerse. El casino y los bares de karaoke cuentan con guardias de seguridad, siempre pendientes de evitar que periodistas o activistas logren obtener información sobre la explotación sexual de menores en sus instalaciones. Al contrario que otros casinos de todo el mundo, Naga World es un sitio eminentemente masculino. Cuando llegamos, las únicas mujeres además de nosotras eran las *hostess*. Habría que conducirse con cautela.

Mis fuentes también me habían informado sobre la utilización del hotel para dar trato especial a cierta clientela «distinguida» que gusta de jugar fuertes sumas de dinero y busca sexo con menores de edad. La idea era jugar un poco, para lo cual soy malísima, de modo que planeé acomodarme en las tragaperras y hacer de fanática incontrolable. Pero mi nueva amiga, la norteamericana, resultó ser experta en blackjack, así que funcionó. Pedimos una botella de

champán y de inmediato el trato hacia nosotras se volvió servil y delicado. Descubrimos que cerca de nosotras había tres mujeres, probablemente de origen filipino, vestidas con ropa de marca, demasiado maquillaje y excesiva bisutería, que jugaban acompañadas por tres jovencitos no mayores de veinte años. En realidad, el 90 por ciento de los clientes eran hombres de entre cuarenta y setenta años. Un 30 por ciento eran japoneses y apostaban bastante dinero. Ellos y

dos grupos de hombres coreanos que, pude averiguar, venían en un tour especial, eran los más notablemente alcoholizados y ruidosos. «Karaoke, karaoke», comenzó a gritar un coreano barrigón que abanicaba un fajo de dólares estadounidenses al aire. Nosotras nos miramos. Los espacios de explotación de mujeres y niñas se esconden bajo la fachada de bares de karaoke en Tailandia, Camboya, Filipinas, Vietnam y Japón. La fachada de los

prostíbulos es un bar de karaoke perfectamente montado para cantar y con habitaciones para shows privados y para tener sexo. En Nueva York, que también se ha propagado esta modalidad, es la especialidad de las mafias coreanas y las triadas chinas.

Me dirigí hacia el elevador al que llevaron al primer grupo de coreanos, pero de inmediato un agente de seguridad con traje negro me frenó. En el elevador una jovencita vestida elegantemente de

seda rosa y con los labios rojos como único maquillaje les dio el paso, sonriendo y diciendo algunas frases en coreano. Ante la presión del guardia, pregunté por los baños de mujeres. Me hablaba en un inglés casi incomprensible y me instó a abrir mi bolso. Metió la mano sin mirarme y creí que sacaría el dinero, pero sacó mis tarjetas de presentación falsas como operadora de tours VIP. Las observó, me miró, dijo algo y tomó una. Yo señalé el dinero con la mirada y el hombre

echó una ojeada a los billetes. Entonces pensé que tomaría algo, un segundo después reaccionó y me pidió que cerrara el bolso, escoltándome hasta el baño. A partir de ese momento el guardia se mantuvo a un metro de mí y toda la conversación con mi amiga giró alrededor de las bellezas de Camboya. Ya me habían fichado, de modo que habría que buscar otras formas de documentar el turismo sexual en Naga World. Tuve suerte, pues luego escuché varias

anécdotas sobre activistas y reporteros que intentaron develar esas redes y terminaron amenazados de muerte o con golpizas en «asaltos callejeros».

Salimos y, una vez que la limusina arrancó para llevarnos en busca de un bar, un automóvil negro nos siguió a lo largo de la avenida. Luego dio la vuelta y no volvimos a verlo. Bebimos una cerveza en un pequeño bar, propiedad de unos hermanos ingleses que estaban haciendo voluntariado en las

oficinas de Somaly Mam. Jugamos al billar y conseguí despejar así la mente. Al día siguiente conocería a una sobreviviente que escapó de las mafias chinas.

## ESCAPAR DE LA MUERTE

Duermo poco. Me levanto, hago yoga y salgo a caminar cuando el sol despunta al amanecer. Por la avenida principal las familias de mendigos todavía duermen en la

calle, en sus hamacas y sillas. A las afueras del Ministerio de Cultura Budista duerme una joven mujer a quien vi despiojando a su pequeñita el día anterior. Me había ofrecido a la niña en venta sin pedir una cantidad determinada. Yo debía proponer un precio, aunque el pago tenía que ser en dólares y había de comprometerme a cuidarla bien. Ella, pobre y sin trabajo, no tenía manera de asegurar su bienestar y su futuro. Cuando le pregunté cómo podría llevarme a la niña a mi país,

para mi sorpresa la mujer me dijo que podría arreglar los papeles «legales» en tres días. O alguien podría entregármela en otro país, como yo quisiera.

Tomo algunas fotografías y a las ocho en punto, tal como había acordado con mi fuente, me encuentro en la cocina de una cafetería, aún cerrada al público, con el joven Pao y su hermana Qui, de diecisiete años. Él es un reportero novel de un diario local, y su hermana escapó de la banda de

tratantes chinos. Les explico el proyecto de este libro y Qui comienza a hablar. Ahora trabaja escondida en una organización civil de Camboya y pronto la llevarán a otro país, donde estará segura y estudiará la carrera de trabajo social para ayudar a las niñas camboyanas rescatadas en otros países.

Tenía doce años cuando su tío de la capital fue por ella al pueblo. Él prometió que la sobrina tendría casa y estudios, en lugar de vivir en

la pobreza como el resto de la familia. Una vez en Phnom Penh, el tío ya no era el adorable hermano de su madre, sino un hombre cruel que la segunda noche que la tuvo en casa la manoseó, aunque no la violó. Le dijo que estaría mejor con unos amigos. La llevó a la casa de una mujer filipina a quien llaman Yi Mam. Allí juntaron a un grupo de niñas; ella era una de las mayores, las otras tenían entre siete y diez años. Ante su incrédula mirada, un hombre dio una fajo de billetes al

tío y éste la miró diciéndole: «Más vale que te portes bien, porque si no vas a sufrir mucho».

Jamás volvió a verlo. Un grupo de hombres hablaban un idioma que luego descubriría que era chino mandarín. Qui habla sobre los primeros días de entrenamiento; lo hace en un tono de voz muy bajo, y su hermano lo traduce al inglés. De vez en cuando dice algunas frases con acento británico, para abundar en la traducción.

Las niñas fuimos seleccionadas y divididas en dos pisos diferentes de un mismo edificio en el centro de Phnom Penh. Las más pequeñas siempre iban acompañadas de una más grande. Yi Mam sacó de un bolso de flores tejidas unos consoladores de plástico en color piel. Nos llamó a todas y quedamos hincadas alrededor de la mesa. «Esto es un hombre, es *mister*, *daddy*», indicó Yi Mam como si nos estuviera enseñando un juguete infantil. Algunas, las más pequeñas, se reían al tocar lo suave del material. «Tóquenlo», ordenó Yi Mam. Las

niñas que habían visto a algún niño desnudo entendían que ésa era la parte del cuerpo llamada «pipi», pero nada más. Yo nunca había visto un pene.

Sentadas en el piso junto a la mesa, casi como un juego, tocamos los penes de plástico de tamaño mediano. «Ahora *yum-yum*», dijo la mujer viendo a una niña más o menos de doce años, que obedeció instantáneamente. Como una maestra cogió uno de los consoladores, con sus deditos apretó la base y se lo metió en la boca. Yi Mam sonreía aprobando con los

ojos. Era la mujer más cruel que he conocido y siempre sonreía, aunque te golpeara con una vara delgadísima. Sus tres sobrinos de catorce y quince años eran los que estaban junto a nosotras cuando llegaban los clientes; si llegaba la policía, ellos decían que eran víctimas también. Eran unos muchachos tan crueles como ella.

El entrenamiento paulatino implicaba que las niñas entendieran que, si se portaban bien con los hombres, ellos las tratarían bien y

les darían juguetes y comida. Un curso rápido de inglés consistía en que aprendieran a decir que una niña cuesta 30 dólares y dos niñas juntas 60. También sabían cómo decir su edad, «me ten years old» («Tengo diez años»), y «I am virgin, sir» («Soy virgen, señor»). Las menores de diez no tendrían coito hasta que llegara el hombre que pagara por ello. Las mayores de diez serían vendidas en varias ocasiones como vírgenes hasta en 300 dólares.

Comparadas con las mujeres de veinte o treinta años que pueden cobrar tres dólares por sesión, se entiende que los tratantes busquen cada vez niñas más pequeñas. Los clientes locales pagan poco, ciertamente, pero mantienen la estabilidad de la economía para invertir en la compra y el trasiego de esclavas, en la protección policiaca y en la publicidad para atraer el turismo sexual «seguro» de Europa, Asia, Canadá y Estados Unidos.

Después de la primera violación, las niñas entendieron que la única manera de sobrevivir era obedecer a los jefes y a los clientes, que en su mayoría son coreanos, japoneses, y tal vez en un 30 por ciento europeos y estadounidenses blancos.

Una de las niñas era especial. Tenía la cabellera negra azabache, los ojos verdes clarísimos y la piel de un tono moreno claro poco usual. Parecía una muñeca —dice la entrevistada—, como el hada de un

cuento. Ella quería escaparse, su papá la había vendido a un hombre en Vietnam y no hablaba un idioma que entendiéramos. Un día se escapó: Yi Mam salió con el chofer a hacer las compras al mercado y la niña se metió en el automóvil; no sabíamos cómo, pero ella estaba segura de querer irse, siempre estaba enojada y la encerraban mucho como castigo porque escupía a los clientes. Dos veces vino el médico a verla, le revisó sus partes [se refiere a los genitales] porque estaba sangrando mucho y eso la tuvo casi un mes sin que le pusieran clientes.

Ella estaba feliz. Parecía que se hubiera portado mal a propósito. Todas sabíamos que si te resistías, algunos clientes te lastimaban mucho. Era mejor obedecer.

Supimos que la muñeca se escapó porque Yi Mam nos golpeó a todas y nos encerró en diferentes cuartos. Ese día no nos dieron de comer ni nos llevaron con clientes. Al día siguiente sólo nos dieron un poco de leche por la mañana y al mediodía nos llamaron a todas al comedor. Yi Mam trajo a dos hombres. A uno de ellos nunca lo había visto, dijeron que era chino, no lo sé. Habló en un

idioma que no entendimos y Yi Mam dijo que lo que la muñeca había hecho estaba muy mal.

Qui se detiene. Bebe agua. Miro sus manos un tanto temblorosas. Dejo la libreta y la pluma en la mesa, saco una botella de agua de mi mochila y sonreímos. Su hermano se levanta y unos diez minutos después aparece con una tetera y tres vasos. Los tres bebemos un poco de té verde en silencio. Agradezco a Qui nuevamente su testimonio y le digo

que respeto su dolor. Ella suspira con un dejo de hastío, pero al mismo tiempo se siente arrobada por una gran convicción y un sentido de la responsabilidad por documentar las infamias.

> Nos ordenó que comiéramos. Todas teníamos mucha hambre y devoramos un curry de pollo con arroz. Ellos nos miraban allí parados. Cuando acabamos de comer, Yi Mam repitió lo que el hombre decía, y nos dijo que lo que acabábamos de comernos era el cuerpo de la

muñeca, y que si alguna se quería escapar, la cortarían en pedazos y las otras se la comerían. Todas enfermamos esa noche, yo creo que de miedo; vomitábamos mucho. Yo no me escapé sola. Meses después, un cliente de Bélgica vino tres noches seguidas y me dijo que se había enamorado de mí. Era muy bueno, cuidadoso, y no me lastimaba tanto. La tercera vez que me llevaron a su hotel él no me dijo nada, sólo llegaron en un automóvil por nosotros, él tenía su maleta, me dejaron en una casa de la organización que salva jóvenes

prostitutas y a él lo llevaron al aeropuerto. No sé si me compró, pero el primer año no salí ni a la ventana. Todavía tengo miedo de que me maten y me corten en pedazos. Nunca más he comido carne desde entonces.

Me despido de Qui y su hermano, no sin antes prometerles que seguiré investigando por qué las autoridades camboyanas insisten obsesivamente en negar la presencia de las grandes mafias en la trata de niñas y mujeres.

Cuando entrevisté a algunos activistas, en su mayoría de Europa y Norteamérica, me miraron con sorpresa ante la pregunta sobre la participación de las mafias. «Seguramente existe —dijo un inglés—, pero no tenemos tiempo para eso, queremos rescatar a las niñas y jóvenes, no pelearnos con las mafias.» Un pastor cristiano respondió: «Es la corrupción de las autoridades, la verdadera mafia es el gobierno que no detiene a los clientes». Una norteamericana

aseguró que «la Interpol dijo que no hay grandes mafias, que en esta región la trata es un problema cultural, de sexismo y pobreza». En mi país, México, las autoridades dijeron lo mismo, hasta que gracias a la publicación de mi libro *Los demonios del Edén: el poder que protege a la pornografía infantil*, presentamos grabaciones de un magnate implicado con gobernadores, senadores y policías en la trata de niñas y niños para la pornografía y el turismo sexual.

## Las triadas

No entiendo a qué viene tanto escándalo. La gente dice: «Ah, matan a las niñas». Los chinos matan a las niñas porque sólo pueden tener un hijo. Nosotros no las matamos, les conseguimos un trabajo. Oh, y dice: «Ah, las venden, qué malos son los chinos». Pero yo le digo: «Ellas tienen esposos y trabajo, les conseguimos eso en otros países». Y la gente dice: «Qué malos son los chinos». La gente es

estúpida.

Tratante arrestado en la provincia de Chongqing

«¿A quién le tienen miedo?», le pregunto al funcionario del Ministerio Social del reino de Camboya, que me mira sin comprender la pregunta. «¿A las triadas chinas o a los policías corruptos?», subrayo. Sus ojos se agrandan, se agacha hacia mí y

dice: «Madame, por favor, no diga esa palabra en voz alta». Une sus manos a manera de plegaria, respira profundamente con discreción budista y no vuelve a mirarme a los ojos durante el resto de la entrevista.

«El gobierno del reino de Camboya colabora con Estados Unidos en la lucha contra la trata de mujeres, un problema de dimensiones globales.» El funcionario sigue hablando como si leyera un guión enviado por el

ministro de Turismo. Tras un breve encuentro, me entrega una tarjeta sin decir palabra. En ella están apuntados los datos de una fuente en la policía camboyana. «Yo a usted no la conozco, señora», me dice con una reverencia de despedida. «Ni yo a usted», respondo a la reverencia uniendo las manos frente a mi rostro mientras sonrío agradeciendo su confianza. Mi amigo de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) fue nuestro contacto, confían

uno en el otro y yo fui beneficiaria de esa amistad profesional. En Camboya, como en todos los países, hay servidores públicos introducidos en el sistema que están dispuestos a colaborar en la batalla real contra la corrupción, pero saben cómo opera el monstruo porque viven en sus entrañas, razón por la cual evitan hablar de más en las oficinas gubernamentales, donde las paredes oyen y los aliados de las mafias pueden ser secretarias, mozos, asistentes o jefes.

A la gente le da miedo decir en voz alta la palabra triada, que nació por el símbolo del triángulo de la mafia Sanhehui, la sociedad de las tres armonías: la unidad entre el cielo, la tierra y la humanidad. El origen de las triadas, según informes de la policía de Hong Kong, data del siglo XVII. Cuando los invasores de Manchuria aniquilaron a la dinastía Ming, tomó el poder político la dinastía Ching, conocida como Manchú en casi todo el mundo. Un

grupo de resistencia civil leal a la dinastía Ming, denominado Tian Di Hui («la Sociedad de la Tierra y el Cielo»), creó un gran movimiento de obreros y ciudadanos dispuestos a defender sus ideas tribales. Para adquirir armas y mantenerse se fueron implicando cada vez más en actos delictivos. La reina Victoria, a quien se atribuye el papel de la primera gran mujer líder de un cártel de narcotráfico manejado por un gobierno, impulsó la economía del mercado del opio. Gran Bretaña

colonizó Hong Kong como su puerto mercantil, mientras millones de chinos se volvían adictos al opio y esta droga se comercializaba activamente en diferentes rutas marítimas con el sello real.

Mientras los gobiernos occidentales apoyaban al gobierno corrupto de la dinastía Manchú, los británicos bautizaron al grupo de resistencia como triada. Después de 1911, cuando la revolución del líder de las triadas Sun Yat-sen tomó el poder político, los grupos

se dividieron y la triada obtuvo un poder histórico.

Dejando atrás su batalla política pero no sus influencias en el poder del Estado, con el tiempo la mafia Sanhehui creó un gran monopolio del juego y las apuestas, la prostitución de niñas y mujeres y el tráfico de opio. La triada adquirió una gran fuerza política y un alcance criminal cargado de misticismo. Aún hoy en día los miembros más poderosos de algunas triadas llevan a cabo una

serie de 36 juramentos, que incluyen lealtad hasta la muerte. Como los yakuzas japoneses, los miembros de las mafias chinas se atribuyen rangos —«489 maestro de la montaña», «438 vicemaestro de la montaña», «415 abanicos de papel de arroz», «432 sandalia de paja»— y castigan con una ejecución dolorosa al traidor, al que da información a la policía. Sus armas favoritas, incluso actualmente, son los cuchillos de carnicero y el machete corto

tradicional para la cosecha del arroz. La destreza en su manejo es más respetada por las nuevas generaciones que la de un arma de alto calibre. Sin embargo, también utilizan armas militares de fuego, especialmente los fusiles AK-47, los más fáciles de conseguir, para la protección de sus operaciones comerciales en la compraventa de personas, la venta de drogas y las extorsiones en el negocio de las apuestas. A diferencia de la estructura monolítica que las triadas

mantenían todavía a principios del siglo XX, ahora se han reestructurado de una manera muy similar a la de los poderosos cárteles mexicanos. La industria del sexo, por su ambigua naturaleza entre lo lícito y lo ilícito, es más poderosa que ninguna otra. Todavía no produce tanto dinero como el narcotráfico o el tráfico de armas, pero ha logrado entrar en las redes comerciales globales de una forma ejemplar. Su secreto tal vez reside en el importante número de

mafiosos que han logrado transitar desde las provincias hasta los gobiernos centrales para fortalecer lo que Misha Glenny, autor de *McMafia*, ha llamado nexos político criminales (PCN, por sus siglas en inglés). Los PCN se definen como una relación profundamente corrupta entre magnates y líderes de partidos políticos: no importa si es Chen Kai en la provincia de Fujian en China, Kamel Nacif en Quintana Roo, México, o Michael Galardi en

Nevada, Estados Unidos. Los magnates que se han enriquecido con actividades opacas, por decirlo suavemente, logran lavar su dinero a través de campañas políticas, compran a los candidatos como lo hacen con los objetos de placer y las mujeres, imponen leyes favorecedoras y adquieren impunidad. En los países en vías de desarrollo es más evidente el impacto social que las mafias tienen en sus comunidades. Son los cárteles los que construyen

escuelas, pavimentan calles y erigen hospitales e iglesias. Difícilmente se encontrará a un mafioso de alto nivel que no haya entrado en el mercado global diversificando su oferta y sus relaciones criminales y políticas. Sus dos espacios favoritos son los casinos y los prostíbulos. Placer, poder y dinero.

## LA MUJER DEL MAFIOSO

La mujer policía llega puntual a la cita, y viene acompañada de otra mujer que viste al estilo occidental: jeans y una playera blanca con una blusa de algodón lila. Los lentes oscuros de imitación Dolce & Gabbana le cubren la mitad del pequeño rostro. Con las palmas unidas cierra los ojos y sutilmente baja la cabeza: «Madame Cacho», dice suavemente. «Gracias por venir», respondo a las dos imitando el saludo budista. Caminamos entre pequeños monos que comen

pepinillos en los jardines públicos de Wat Phnom, la pagoda de la montaña, y subimos por los pequeños senderos hablando del clima y de la belleza del lugar. Llegamos a la cima, damos la vuelta al templo y me siento en una escalera lateral, y ellas hacen lo mismo. Tomo fotografías de un elefante cuyo domador lo incita a hacer trucos para atraer a los turistas. La mujer policía me explica los alcances de las mafias chinas, insertas en la cultura

camboyana. Su acompañante, ex esposa de un narcotraficante, se encuentra aquí para colaborar con este libro, antes de partir, en un par de días, hacia su refugio en un país europeo, donde espera no ser ubicada por su ex pareja:

> Ellos tienen mucho dinero y poder. La economía de este país se tambalea y si ellos dejaran de mover su dinero, Camboya quedaría devastada. Trabajan juntos. King, mi ex esposo, pertenece a la mafia malaisio-china. Comenzaron con

niñas y mujeres jóvenes, todas menores de dieciocho años, y con el tiempo vieron que podrían intercambiarlas con sus socios de la región. Mueven los circuitos de niñas durante dos años. Después de explotarlas sexualmente con turistas, las mandan a las maquiladoras, de las que son socios. Ellos se especializan en vírgenes. Así venden a las mismas jóvenes a diferentes grupos. Han metido a sus muchachos en la policía: entran en la academia, los entrenan para ser los mejores y desde dentro trabajan para la hermandad. King decía que es mejor

invertir a largo plazo que simplemente comprar a un policía tonto. Tienen inversiones en las minas, en las maquiladoras, en las constructoras y en el turismo. Hay tres fábricas de metanfetaminas, aquí en la capital [Phnom Penh] está una de ellas. Envían los precursores químicos, ketamina y anfetamina, desde Pekín. [En China hay por lo menos 110,000 fábricas de productos químicos, la mayoría de ellas sin regulación alguna.]

Sus socios mandan mercancía pirata —DVD de cine y música— en cargamentos de materiales para las

maquiladoras. Nadie revisa los contenedores de los barcos que entran por el golfo de Tailandia o los aviones chárter que llegan y salen de Phnom Penh, por lo menos no los que están protegidos por King. La gente cree que ellos acaban de llegar, pero siempre estuvieron aquí. A pesar de los cambios políticos y del genocidio de los jemeres rojos [que aniquilaron a una tercera parte de la población], las redes comerciales se mantuvieron, y ahora las mafias las han retomado, sólo que han regresado con más fuerza y mejor mercadotecnia.

Respecto a sus vínculos internacionales, la señora King recuerda:

> Yo tenía veinte años cuando me llevó a Londres. Fuimos a un famoso casino y allí se encontró con sus socios. A México fuimos cuatro veces desde el año 2000. Dos a la capital y dos a Sinaloa, desde donde hizo tratos para enviar trabajadores. Fue varias veces a Cuba, pero no me llevó con él. Regresaba con cajas de puros que el general le había regalado, hacían los tratos para llevar

a los obreros chinos a Cuba y de allí a Miami y a México. Estaban haciendo tratos para abrir una fábrica de medicamentos para los pobres, que en realidad era un laboratorio para producir drogas sintéticas. [No sabe si el negocio abrió o si aún está en vías de hacerlo.] En la ciudad de México estuvimos en casa de un empresario libanés, en una mansión muy elegante. En Sinaloa estuvimos con un hombre que según vi en los diarios fue asesinado hace un par de años en la guerra contra el narcotráfico.

Le pido los nombres, duda y me dice que no recuerda. Baja la mirada y asegura que está muy cansada y debe irse. Cuando una organización de mujeres rescató a la señora King mientras huía del maltrato de su esposo, se les ocurrió hablar con el jefe de la policía de Camboya, pero éste les dijo que no se involucraran. Más tarde recurrieron a los empleados de la embajada estadounidense, a quienes narraron los hechos. Hasta la publicación de este libro,

desconocen si hay una investigación abierta al respecto.

Esta mujer de treinta años, como miles de esposas de criminales, conoce las entretelas de la mafia con la que convivió muchos años. Cuando habla de que ya estaban en Camboya, explica que desde el siglo XIX los comerciantes cantoneses sino-jemer controlaban el mercado del turismo y el petróleo. El historiador William Willmott asegura que los colonizadores franceses

permitieron que los chinos controlaran el 92 por ciento del comercio en Camboya en 1900. Algunos eran médicos descalzos (sanadores de la medicina tradicional china), pero también había magníficos agricultores, que crearon el mercado mundial de la pimienta de Kampot. Otros, los más poderosos, eran prestamistas, usureros, y mantenían el comercio en general, muchos de ellos creando sus propios códigos de conducta.

Los empresarios chinos controlan

el turismo, que deja 1,800 millones de dólares, más de dos veces lo que el Estado recupera en impuestos. El gobierno camboyano favorece la inversión de grupos chinos a pesar de tener evidencia de que algunos están vinculados con el crimen organizado. «Los prefieren porque, a diferencia de los europeos, los empresarios chinos no creen en los derechos humanos, a ellos no les importa que sean infantes quienes trabajen doce horas en las fábricas, y mucho menos cuando se trata de

maquilar productos piratas», dice la mujer policía. «Y de transparencia, mejor ni hablemos, no es un tema que se discuta —interrumpe la señora King—. Mi esposo y sus socios trafican niñas, artículos piratas y precursores de drogas artificiales. Él no bebe ni fuma porque dice que eso es veneno.»

La mujer policía interviene otra vez: «No es que compren policías, es que son los jefes y los militares los mismos que se sientan en los foros internacionales a hablar de

las leyes y campañas contra la trata y el turismo sexual. Ellos lo manejan desde el interior, ellos consumen sexo comercial, es perverso… muy perverso. Simplemente recuerde lo que sucedió en el Chai Hour II».

Fue en 2005 cuando Somaly Mam y su esposo Pierre Legros proporcionaron información para que la policía rescatara a las casi 250 niñas atrapadas en una red de prostitución dentro del hotel Chai Hour II. Las niñas, exhibidas en

pequeñas vitrinas como animalillos en una tienda de mascotas, marcadas con números, eran compradas por turistas asiáticos y europeos y por algunos hombres de poder locales que las violaban. La policía entró, y más tarde entregó a 83 niñas al refugio de AFESIP, dirigido por Somaly. Sin embargo, al día siguiente camiones de policías, soldados y civiles entraron por la fuerza en el refugio llevándose a las niñas de vuelta al burdel. En una afrenta para

demostrar su poder, las mafias llevaron a algunas de las adolescentes a hacer una demostración frente a la embajada estadounidense para denunciar «el intervencionismo yanqui en los negocios de Camboya». Además, el líder de la mafia, usando los nombres de algunas jovencitas que dijeron ser masajistas y bailarinas, demandó a Somaly Mam por 1.7 millones de dólares (una cuarta parte del presupuesto anual del refugio para niñas y mujeres), como

estrategia legal para debilitar a la organización. Desde entonces viven con amenazas de muerte, incluso varias veces se han enfrentado con pistoleros. Ésa es una de las verdaderas razones por las cuales las organizaciones internacionales que trabajan en Asia para rescatar a víctimas de la trata de todas las edades se concentran en la prevención y la atención; se sienten rebasadas por la corrupción del Estado, por los ya citados PCN.

## Camboyanas en Londres, chinas en Nicaragua

Gracias a su complicidad con los traficantes y las autoridades del Reino Unido, las triadas emigraron de la colonia inglesa de Hong Kong. Primero viajaron a Londres, y desde allí han extendido sus brazos a Malaisia, Singapur, Camboya y Kirguizistán (donde pelean por el territorio con la mafia rusa). Han fundado colonias de chinos basadas en el tráfico de

mercancías piratas, de obreros chinos, y en la trata de mujeres y el turismo sexual infantil. Todos estos negocios los llevan a cabo los diversos grupos de triadas en el Reino Unido, Sudáfrica, Nueva Zelanda, Australia, Canadá, Estados Unidos, Guatemala, Nicaragua y México. Poco a poco descubrí que en todas las ciudades del mundo en las que hay maquiladoras chinas, existe la trata de hombres, mujeres y niñas.

De acuerdo con los informes de

la Procuraduría General de la República (PGR) de México, a través de sus delegaciones estatales, en coordinación con el Instituto Nacional de Migración (INM), en Yucatán, Campeche y Quintana Roo encontraron pistas de una red de inmigrantes ilegales de origen chino que utiliza aeropuertos y puertos marítimos de Nicaragua y México para trasladar a ilegales hasta Estados Unidos. Esta investigación comenzó en julio de 2006 a raíz de una denuncia en

Managua, Nicaragua, sobre una red de chinos traficantes de esclavas.

Según las autoridades, esta mafia china está especializada en la compraventa de jóvenes asiáticas, a quienes se les ha llegado a ubicar trabajando en maquiladoras en condiciones infrahumanas, así como en el mercado de la prostitución forzada y centros de masaje asiático (prostitución encubierta) en la ruta que comienza en Cancún, sube a Los Cabos y llega hasta Los Ángeles, California.

En México se le siguió la pista a una triada en la península de Yucatán, tras detectar a una joven china en Cancún, y a dos filipinas que eran explotadas en una maquiladora de Guanajuato y que habían sido introducidas en el país por el Caribe, con la ayuda de agentes de migración corruptos.

En esta red dirigida por la mafia china resultaron implicadas alrededor de 300 maquiladoras de México, que fueron objeto de una investigación por el caso de Li Ye,

de treinta y cuatro años de edad, originaria de Fuzhou, capital de la provincia china de Fujian. Ella fue encontrada después de escapar de sus captores, quienes la mantenían secuestrada en una vivienda en Cancún. Ninguna de las maquiladoras fue clausurada en México, pues utilizan los mecanismos legales del gobierno para dar permisos de internamiento laboral temporal.

La joven Li Ye declaró con un intérprete que viajó desde China

hasta un aeropuerto de Centroamérica, donde los traficantes la encerraron en la bodega de un barco y abusaron de ella. Estos barcos procedentes de Nicaragua arribaron a Puerto Progreso en Yucatán, y Seybaplaya en Campeche; de allí las trasladaron en automóvil a Cancún y Playa del Carmen, en Quintana Roo. Las triadas se han convertido en las grandes especialistas en crear circuitos internacionales para la clientela del turismo sexual

infantil y juvenil. Han establecido claramente las preferencias de sus consumidores en el mundo: apostadores que gustan de la prostitución y hombres de negocios que necesitan mano de obra barata de personas que no conozcan el idioma y sean incapaces de defender sus derechos, tanto humanos como laborales, en los países a los que son trasladadas para trabajos forzados, en particular en maquiladoras y prostíbulos. Solamente entre 2000 y

2008 se incrementó en un 300 por ciento la apertura de casas de masaje asiático legales en México, un negocio que era prácticamente inexistente en este país.

En una entrevista con José Luis Santiago Vasconcelos le pregunté por qué no actuaban si ya se tenían pistas claras de las mafias que operan desde Fujian en China hasta el Caribe y México. La respuesta fue clara: «Necesitaríamos la cooperación del gobierno chino y lograr que las víctimas de los

tratantes aporten las pruebas suficientes». «Pero ¿no deben investigar ustedes?», insistí. «Sí, efectivamente, pero en esto de la trata dependemos mucho de las víctimas porque no hay recursos suficientes para hacer investigaciones transnacionales de ese calibre.»

Ése es el talón de Aquiles de la globalización: las desigualdades culturales, económicas, operativas y legales, así como la discordante capacidad de intervención entre un

país y otro, entre una región y otra, hacen casi imposible dar seguimiento a casos como los que aquí se presentan, por bien documentados que estén. La voluntad política o su ausencia es un factor clave para entender por qué el tema de la esclavitud humana ha permanecido durante una década en el discurso del horror y las anécdotas aisladas, haciendo parecer a este fenómeno criminal como un manojo complejo y desarticulado de historias

individuales, exacerbadas por la imaginación histérica de organizaciones civiles. Más allá de las opiniones o las hipótesis sociológicas, están los hechos. Estas niñas y mujeres nos señalan la ruta como los navegantes que en medio de la noche avizoran tierra firme y advierten los obstáculos para llegar a ella con vida y en tiempo. Sus testimonios con detalles asombrosos como direcciones, nombres, teléfonos y rutas de viaje, pasaportes falsos,

fotografías e incluso grabaciones telefónicas son desestimadas, como lo fueron en un principio las voces de las primeras cientos de víctimas que huyeron de la violencia doméstica cuando descubrieron que había otras formas de existir, de convivir con los hombres sin someterse, sin humillarse, sin dejar la vida en ello.

# 5

# Birmania: guerra contra las mujeres

## Las fronteras del miedo

Ella tenía seis años cuando sus padres cruzaron la frontera de Birmania para llevarla a Tailandia.

Allí la dejaron en un orfanato, el único lugar seguro para una niña perteneciente a la etnia shan, un grupo minoritario perseguido y acosado por los soldados birmanos que acababan de instaurar una dictadura.

De muy joven, Charm Tong perdió a muchas amigas que fueron víctimas de la explotación sexual comercial en Tailandia y asegura que tuvo suerte de seguir viva y no haber sido vendida a la prostitución forzada. Con el tiempo logró

convertirse en una activista de los derechos de las niñas. A los dieciséis años, cuando otras adolescentes del mundo jugaban a descubrir el amor y planeaban su futuro, Charm escribió:

> Los militares han hecho mucho daño a nuestros corazones, nuestras creencias, nuestras almas y nuestros derechos... Es difícil para la gente olvidar estas violaciones de los militares. Cada vez hay más violaciones de los derechos humanos en Birmania, en las zonas rurales y

las fronteras. Lo mejor que podemos hacer es luchar con nuestra mente y nuestro corazón para no someternos al miedo.

En 2005 Charm ganó el Premio Reebok de los Derechos Humanos. Sin duda, su mayor aportación ha sido su participación en el informe «Licencia para violar», en el cual, junto a organizaciones como Shan Women's Action Network (SWAN) y Shan Human Rights Foundation (SHRF), documentó y sistematizó la información de cómo el ejército de

Birmania violó y asesinó a más de 600 niñas y mujeres desde los cuatro años de edad. Además, fundó un centro de crisis para víctimas de la violencia sexual. Charm ha demostrado que en pleno siglo XXI el ejército de su país utiliza la violación como arma de guerra y esclaviza a niñas y mujeres de etnias minoritarias para trabajar en los campos de día y ser violadas por las noches para satisfacer a los soldados, tal como hiciera el ejército japonés con las *comfort*

*women* durante la Segunda Guerra Mundial.

Birmania[1] limita al norte con China, al sur con el mar de Andaman, al este con Laos y Tailandia, y al oeste con la India, Bangladesh y el golfo de Bengala. Su historia es vertiginosa.

En 1962 la antigua Birmania se transformó en un Estado socialista unipartidista. En 1988 estalló una rebelión de estudiantes y monjes,

conocida como «Levantamiento 8888», contra el gobierno. Sin embargo, el general Saw Maung, mediante un golpe de Estado, impuso una dictadura militar que reprimió las protestas causando casi 10,000 muertos. En 1990 Aung San Suu Kyi, la líder demócrata opositora al régimen, fue arrestada después de ganar las elecciones democráticas, que fueron invalidadas. A pesar de haber ganado el Premio Nobel de la Paz, Aung San sigue presa. En 2007

hubo un levantamiento social cuyas imágenes dieron la vuelta al mundo por la violencia militar contra los monjes budistas. En 2009 se ratificaron otros dieciocho meses de condena en arresto domiciliario contra Aung con la intención de inmovilizarla ante las elecciones de 2010. Desde hace años, la activista ha impulsado un boicot internacional contra el turismo en Birmania, tema que ha generado gran controversia incluso entre sus admiradores, puesto que la pobreza

se exacerbó con la brutal caída de la economía. La ausencia de turismo masivo como el de Tailandia y Vietnam hace más difícil y evidente la estadía de periodistas, investigadoras o activistas.

Quedarse en Birmania como periodista no es una buena idea. Tomé la decisión de hacer las entrevistas con gran sigilo, puesto que la dictadura militar arresta y tortura a quienes pretenden difundir las violaciones de los derechos

humanos. Estaba en Tailandia cuando preparaba mi viaje hacia Birmania: la manera más sencilla de entrar sería subiendo hasta Sawngthaew, en la región tailandesa de Mae Sot, y luego cruzar Mae Nam Moei. Para entrevistar a mis contactos en Birmania, necesitaba quedarme al menos dos días, lo que representaba un serio problema, porque cruzar el puente desde Mae Sot implicaba entrar con una visa especial cuyo costo es de 11 dólares y condiciona

el regreso a Tailandia ese mismo día por la tarde.

Los soldados que fungen como agentes de migración del pequeño puesto de Birmania retienen tu pasaporte a cambio de un recibo. Tenía que buscar la manera de quedarme más días sin ser detectada por las autoridades. Para ello debía lograr dos cosas: primero que las autoridades tailandesas del puente no sellaran mi pasaporte de salida, y después que las de Birmania tampoco lo

sellaran de entrada. Una activista tailandesa me dijo que bien podría poner a prueba la porosidad de las fronteras y saber a lo que se enfrentan en realidad quienes cruzan ilegalmente entre un país y otro. La idea era volver a Tailandia unos días después con mi pasaporte en la mano y la evidencia de la corrupción de los agentes de migración. Naturalmente, por motivos de seguridad, en Asia viajaba con visa de turista. Entregué mi itinerario a mis

contactos locales y a mis amigos de la OIM, por si acaso. A mi pareja no le dije nada, ya tenía suficiente preocupación por mis periplos con las mafias de Bangkok.

¿Qué tan difícil sería cruzar la frontera de un país cuya severa dictadura militar está vinculada con el crimen organizado y la trata de mujeres? Necesitaba hacerme acompañar por alguien capaz de llevarme a Mae Sot para desde allí cruzar el llamado puente de la Amistad. Afortunadamente, logré

contactar con un hombre que unos colegas me habían recomendado. Por la maniobra tendría que pagar 250 dólares estadounidenses: 50 para él, 100 para los soldados del puesto migratorio tailandés y 100 para los birmanos que me permitirían entrar sin visa y sin quitarme o sellarme el pasaporte. La misma suma me costaría regresar sana y salva a Tailandia con un primo de mi contacto, que me conduciría de vuelta a Mae Sot.

La orden fue sencilla: yo no

hablaría y entraría con un grupo de siete turistas regionales acompañados por Tomy, el «guía», al que entregué los 250 dólares. La oficina migratoria del lado tailandés es bastante más moderna. Allí Tomy hizo el trámite en menos de diez minutos y pasamos como si tal cosa. Cruzamos los 420 metros del arco del puente de la Amistad. Tuve que gastar otros 200 dólares: el gobierno de Birmania exige a todos los turistas que cambien esa cantidad por dinero oficial, no es

opcional.

En febrero el clima es caluroso pero soportable. Esa mañana estábamos a 36 grados centígrados. Nos pusieron en fila mientras Tomy se dirigía a un soldado. En apariencia, tener un pasaporte de México sería menos notorio que el de otros países occidentales que han adoptado una postura abierta y radical contra la junta militar y sus crímenes. Dos soldados vestidos impecablemente portaban armas y examinaban con cautela los

pasaportes: los dólares estaban entre las páginas de cada uno de los documentos. En otra fila revisaban a unos europeos mayores que llevaban una vestimenta estilo Indiana Jones. Un soldado se mostró interesado en la videocámara profesional de un alemán, mientras regañaba con severidad al guía del grupo: «¡No periodistas, no periodistas!», insistía. El guía lo tranquilizó asegurando que estaban allí únicamente para conocer las

bellezas naturales. Al final entraron con la visa de un día y les retuvieron sus pasaportes.

Me sentí nerviosa, inquieta. Eché un vistazo al escritorio del soldado que tenía mi pasaporte, y se me heló la sangre. Tenía una computadora: bastaba con que entrara en Google, escribiera mi nombre y descubriera mi labor como periodista. Mirando al suelo, respiré profundamente hasta tranquilizarme. Me sobresalté cuando sentí la mano del guía en mi brazo: «Vamos, vamos», me

apresuró en inglés. Más tarde me reí sola: no tenían acceso a internet, pero yo lo ignoraba.

Parecido a los mercados mexicanos, Mae Sot es ruidoso y circulan mujeres y hombres con vestidos tradicionales. Los turistas se mezclan entre los defensores de los derechos humanos que viven en la frontera y tienen mayor acceso a la realidad birmana sin correr tanto peligro. No obstante, de vez en cuando hay enfrentamientos de soldados de la junta para arrestar a

quienes pretenden obtener información del país. Éste es el centro del mercado negro entre birmanos, chinos, tailandeses y karens, una etnia birmana. Allí se intercambian tanto productos legales como ilícitos. Entre pintorescos restaurantes y puestos de artesanías típicas, los vendedores ofrecen desde pasaportes falsos hasta mujeres, niñas o niños en adopción; también hay contenedores de productos chinos que circulan entre los

distritos de Mae Ramat, Tha Song Yang, Phop Phra y Um Phang. El puente de la Amistad une el Mae Sot con Yawadi, y hacia el oeste la carretera nos lleva hasta las ciudades birmanas de Mawlamyine y Rangún. Desde antes de cruzar el puente hice un poco el papel de turista, compré un pequeño Buda y caminé entre el mercado, abrumada por los vendedores.

Aunque es una región con fauna y flora similares a las de Tailandia, el paisaje en Birmania se

transforma poco a poco. Los automóviles viejos me recordaban a Cuba cuando en sus calles no había más que coches de los años cincuenta, unos destartalados y otros arreglados con dignidad. También vino a mi memoria la isla caribeña por el parecido con los discursos acartonados que esconden el miedo de quienes temen enfrentarse a la dictadura y con una sonrisa falsa aseguran que en su tierra se vive con toda libertad.

Una hora más tarde estaba

caminando por las calles de Birmania. El aire húmedo y caliente pegaba en mi rostro mientras percibía el miasma de las aguas negras que emergían de las cañerías. En el exterior de un templo observé a un viejo dormido al lado de dos niños que cuidaban un cesto que contenía una cobra. En la misma acera un grupo de turistas rubios se aproximaron y de inmediato los niños comenzaron el espectáculo de encantamiento de la serpiente. Desde la esquina un

soldado vigilaba atentamente: las reuniones grupales están prohibidas para evitar que se conviertan en mítines o protestas políticas.

Birmania es uno de los países en los que se puede distinguir con certeza que la trata y la explotación sexual de mujeres es un negocio del Estado, y específicamente del ejército. Con una cautela extraordinaria, mi contacto y yo nos encontramos en un monasterio con las activistas que han consignado los casos de cientos de niñas y

mujeres birmanas violadas y asesinadas por el ejército; además, han conseguido fotografiar y demostrar la situación de esclavitud a la que son sometidas. El activismo y la solidaridad de los monjes budistas, parecidos a los que había encontrado y me habían cobijado en Sri Lanka un año antes, me animó. Contrastaban con los monjes de Camboya y Tailandia, que evitan dirigirse a las mujeres: si una quiere entregarles algo, no puede hacerlo sino por medio de un

hombre. Los monjes budistas que conocí en Sri Lanka, al igual que estos de Birmania, muestran esa compasión similar a la de los tibetanos que han comprendido que el sufrimiento del pueblo se comparte y que las tradiciones sexistas son inaceptables.

Las emociones que noté en la gente se parecían de alguna manera a aquellas que prevalecen en las zonas de guerra y represión, como los territorios ocupados de Palestina, Irak o Afganistán.

Quienes defienden los derechos humanos trabajan en la clandestinidad y se esconden para evitar exponer a las víctimas: «Ya hay más de 700 presos de conciencia, no se necesitan más personas muertas, ni heridas, ni silenciadas», me dice un español que en secreto hace un documental sobre los movimientos sociales en las provincias de Birmania. Las personas a quienes entrevisto hablan sobre el efecto desmoralizante que tiene la

violencia sexual que los militares ejercen sobre las mujeres y niñas de los poblados. Los movimientos sociales son impulsados por grupos eminentemente femeninos; también hay hombres, pero en general quienes están dispuestas a arriesgar sus vidas por su comunidad son las mujeres. Violarlas y someterlas significa vulnerar a su comunidad y advertirles que están vigiladas.

Nan tiene treinta años pero aparenta

cincuenta. Baja la mirada de vez en cuando, le avergüenza la enorme cicatriz que evidencia la pérdida del ojo izquierdo por un bayonetazo. Se salvó de milagro. Le digo que debe estar orgullosa de su valentía y fortaleza. Casi como una niña, me responde que no le gusta horrorizar a la gente, que eso le incomoda. Poco a poco me cuenta cómo fue vendida a un prostíbulo en Tailandia y el castigo que recibió en Birmania después de ser extraditada por el gobierno

tailandés.

En 1992 Nan tenía quince años y vivía con su familia en un poblado al norte de Birmania. Una noche su padre la mandó llamar y la presentó ante un soldado, que le aseguró que necesitaba llevar jóvenes sanas y vírgenes a trabajar para el gobierno. La virginidad resultaba importante, según dijo el soldado a los padres de Nan, porque no querían a una muchacha «deshonrada» que se metiera en problemas. Los padres recibieron

el equivalente a 60 dólares estadounidenses y la promesa de que su hija volvería en un año preparada para trabajar. Nan recuerda que había oído rumores sobre los soldados que violaban a las niñas y las mataban, pero no entendía mucho: «En casa jamás se hablaba de sexo, mis padres son campesinos, ignorantes y muy conservadores… Luego de caminar mucho me subieron a un viejo vehículo entre soldados, y cuando uno de ellos me tocó las piernas me

oriné en la ropa. Se burlaron y me insultaron».

Después de una violación tumultuaria, Nan fue vendida a un burdel en la frontera con Tailandia. Tras ser explotada durante dos años, una organización cristiana intervino para que las autoridades hicieran una redada en el prostíbulo. Los tratantes nunca fueron arrestados y Nan y otras doce jovencitas fueron enviadas de vuelta a casa. Todavía en Tailandia, dio una entrevista a un

diario de Bangkok en la que reveló que un soldado la había vendido. Al ser entregada por el gobierno tailandés a las autoridades de su país, Nan fue arrestada. La vejaron durante varios días, y más tarde un soldado la acusó de traición y la atacó con su arma dándola por muerta. A pesar de que Birmania ocupa el número 190, de los 191 países en servicios de salud, Nan perdió el ojo pero no la vida, gracias a un buen médico de la Cruz Roja que la atendió en un hospital

infestado de cucarachas, en el que pasó dos meses curándose una infección y de los efectos del estrés postraumático.

Nan ha logrado sobrevivir convirtiéndose en traductora para los grupos clandestinos de derechos humanos que trabajan en Birmania. Me da la sensación de que está poseída por una voluntad compasiva que jamás he visto. No hay enojo, ni rabia, ni sentido de venganza en la dulzura casi mística de esta mujer valiente. No sabe

escribir, pero su memoria prodigiosa recuerda con detalle las cifras y los nombres de los violadores.

La limpieza étnica exacerbada por los ataques de la dictadura militar ha producido matanzas, particularmente de mujeres de las etnias karen, mon, shan y rohingya (grupo étnico musulmán). Miembros del ejército han creado campos de esclavas sexuales secuestrando a cientos de niñas y adolescentes de origen shan y mon.

En 2006 el comandante Myo Win ordenó a 15 pueblos del distrito de Ye la entrega de dos jóvenes por aldea. Debían ser solteras, medir más de un metro sesenta y tener entre diecisiete y veinticinco años. Un destacamento de soldados se encargó de recoger a las candidatas hasta completar la participación en lo que los generales describieron como el «pase de modelos» del día de la Independencia. Las elegidas, todas ellas campesinas del estado birmano de Mon, fueron conducidas

al cuartel y obligadas a desfilar para los militares durante los tres días en que fueron violadas. Cuando volvieron a sus comunidades nadie se atrevió a preguntar nada.[2]

Según las organizaciones de mujeres, solamente en Rangún hay entre 5,000 y 10,000 mujeres obligadas a ejercer la prostitución como medio de subsistencia. Mientras los refugiados de Birmania buscan protección fuera de su país a causa de la represión y

la guerra étnica, se ha generado una gran tensión política con Tailandia, cuyo gobierno sigue firmando acuerdos comerciales con la dictadura, a pesar de que ambos países no han podido resolver su antigua pugna territorial.

En Tailandia hay 74,000 mujeres birmanas viviendo en campos de refugiados, y se calcula que entre 800,000 y 1.5 millones de personas huyen de Birmania hacia otros países en los que son explotadas y tratadas como esclavas. La

Coalición contra la Trata de Mujeres (CATW, por sus siglas en inglés) informa de que 200,000 mujeres y niñas de Birmania han sido traficadas a Karachi, Pakistán, para ser vendidas como esclavas sexuales y para la mendicidad. El Banco Asiático de Desarrollo ha informado de que el 25 por ciento de las adolescentes forzadas a la prostitución en Birmania son portadoras del VIH y muchas ya han desarrollado el sida. Sin servicios de salud, seguramente morirán

pronto.

Los testimonios recogidos por las organizaciones de birmanas exiliadas en Tailandia describen las violaciones en los desfiles militares, los casos de mujeres embarazadas de siete meses sometidas a jornadas de abusos por grupos de hasta medio centenar de soldados o las ejecuciones sumarias de víctimas que se resisten o ya no interesan a los militares. Durante los últimos cuatro años, las entrevistas se han

archivado con el nombre de pila o las iniciales de la mujer, adolescente o niña agredida, su fotografía con el rostro semioculto y el número de expediente. Resulta prácticamente imposible leerlas sin detenerse a llorar.

Dar la vuelta al mundo recorriendo fronteras por aire, tierra y mar me hizo comprender las verdaderas implicaciones de la corrupción y las facilidades que provee para el crimen organizado y el tráfico de personas. En pocas

palabras: Birmania es un campo de exterminio de mujeres. Si el país logra liberarse de la junta militar y transitar hacia la democracia, una vez que los medios muestren la realidad, el mundo se horrorizará ante estos hechos, que son lo más parecido al exterminio nazi y, aunque las dimensiones son diferentes, no son menos dramáticos e imperdonables. Birmania se ha convertido en un paraíso del crimen organizado especializado en drogas y esclavitud humana.

## LAS MAFIAS Y LA RESTAURACIÓN DE LA LEY Y EL ORDEN

En 1997 la junta militar de Birmania instituyó el Consejo de la Restauración de la Ley y el Orden del Estado (SPDC, por sus siglas en inglés). Han sido miembros de este consejo los propios oficiales que crearon varios campos de esclavas sexuales. Estos personajes se han vinculado con agrupaciones del crimen organizado, facilitando o

participando en el tráfico de personas, gemas, animales en peligro de extinción, maderas preciosas y otros artículos de contrabando que circulan por las rutas del sudeste asiático.

En los últimos años, la Interpol, la Oficina de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada y el Congreso de Washington han informado de un incremento en las actividades del crimen organizado en Birmania, protegido bajo el amparo de la impunidad del

gobierno militar. Con todo, los informes son cautelosos y afirman que no se conocen datos específicos de miembros del gobierno en asociación directa con el crimen organizado. Según informes de Transparencia Internacional, Somalia y Birmania son los dos países más corruptos del mundo.

El bloqueo económico que le impuso Estados Unidos durante la administración de George W. Bush, así como el aislamiento generado por fuertes movimientos de los

derechos humanos, exacerbaron la necesidad del gobierno birmano de obtener recursos, armas y más poder para legitimarse por cualquier vía. Una de ellas ha sido el cobro de «impuestos» paralelos ofreciendo el servicio de comandos militares para proteger a los grupos del crimen organizado transnacional en el transporte de drogas, personas y armas en la ruta Asia-Pacífico. La ingenuidad de debilitar a Birmania con bloqueos de turismo o mercantiles es monumental. El

aislamiento no sólo ha empobrecido aún más a la población en general, sino que ha fortalecido y enriquecido a la junta, sin que exista la posibilidad de ejercer controles internacionales.

En Birmania se han creado negocios de «entretenimiento» dedicados a los «desfiles de modas»; sin embargo, éstos constituyen tapaderas como las que utilizan en otros países asiáticos con los «clubes de karaoke», que no son más que sitios que ocultan la

trata de mujeres para fines de prostitución forzada. Se ha logrado informar de casos sobre este tipo de establecimientos cuyos dueños resultan ser los propios militares. Además, se sabe que el gobierno de la junta ha invitado a miembros de las mafias a invertir dinero negro en Birmania, particularmente en negocios de infraestructuras y transportes. Los bancos, controlados por la junta militar, manejan depósitos que facilitan el lavado de dinero de los cárteles

desde Bangkok y Singapur.

El contrabando que mayores recursos proporciona al gobierno de Birmania es, en este orden, el del opio, las metanfetaminas, las maderas preciosas, las especies animales exóticas y las personas. Sus mayores mercados los componen China y Tailandia, que también son países de tránsito. Otros destinos incluyen a la India, Laos, Bangladesh, Vietnam, Indonesia, Malaisia, Brunei, Corea del Sur y, por supuesto, Camboya.

Según informes de la DEA, las mafias también han logrado introducir en Estados Unidos grandes cantidades de pastillas de metanfetaminas fabricadas en Birmania.

Birmania es uno de los países más pobres de la región: según el Banco Asiático de Desarrollo, el 27 por ciento de su población vive en la extrema pobreza. Como en otros países —México, por ejemplo —, la pobreza ha incrementado la participación de las comunidades

rurales en la siembra de drogas, la cacería de animales prohibidos y la tala ilegal para obtener maderas preciosas. Cada vez más campesinos, el eslabón más débil de las cadenas del crimen organizado, están dispuestos a trabajar en el cultivo del opio y en la esclavitud de niñas y mujeres para utilizarlas en la cosecha. Los servicios de inteligencia muestran un incremento en la gente dispuesta a conseguir niños para venderlos como soldados a la junta y mujeres

para los prostíbulos.

## EL TRIÁNGULO DORADO REVISITADO

Las estadísticas son abrumadoras. Según la DEA, Birmania produce el 80 por ciento de toda la heroína que circula en Asia. Después de Afganistán, es el segundo país sembrador de semillas de amapola que se transformarán en drogas ilícitas. En los últimos tiempos, la producción de metanfetaminas y la

siembra de opio para la elaboración de heroína ha aumentado considerablemente: tan sólo la exportación anual de drogas genera entre 1,000 y 2,000 millones de dólares. Según la Oficina de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada, tan sólo en 2007 el precio de reventa de las cosechas de opio de Birmania era de 220 millones de dólares, y una vez refinado como heroína y puesto en el mercado consumidor las ganancias ascendieron a 1,800

millones de dólares.

Sin el menor inconveniente, los traficantes de droga de Birmania conducen sus viejos camiones a lo largo del «triángulo dorado», una zona montañosa entre Birmania, Laos y Tailandia que abarca aproximadamente 350,000 kilómetros cuadrados, casi tres veces la extensión de Inglaterra. Mientras otros países de Asia se comprometieron a abatir la producción de opio, Birmania, fuera de esos acuerdos, se convirtió

en el líder de la venta de heroína y de metanfetaminas; tanto es así que en 2010 el «triángulo dorado» se rebautizaría con el nombre de «triángulo de las metanfetaminas» («*The Ice Triangle*», en inglés).

En noviembre de 2003 el Grupo de Acción Financiera en Contra del Lavado de Dinero (FATF, por sus siglas en inglés) calificó a los bancos Birmania Mayflower y Asia Wealth Bank como centros especializados en lavar dinero de los cárteles de la droga. Después de

muchas presiones, la junta militar revocó los permisos de esas dos instituciones bancarias, autorizando paralelamente, al igual que Tailandia y Camboya, la creación de *hundis* o *hawalas*, que son bancos para efectuar transacciones pequeñas. Estas entidades son utilizadas por la gran mayoría de los inmigrantes que hacen pequeños envíos de dinero, pero también por los traficantes locales y los tratantes de personas que diariamente pagan y cobran por esta

vía sin ser detectados. Tal como narro en el capítulo de Camboya, hice la prueba de realizar un envío a través de un *hundi*. Sin pasaporte y con el nombre de otra persona, logramos perder la pista del origen y el destino de 600 dólares.

Un agente de la Interpol que por el momento se encuentra investigando un caso de lavado de dinero español en Bangkok y Singapur arroja luz sobre el flujo de capital negro:

Una puerta se cierra y se abre una nueva ventana para el lavado de dinero. En los países en vías de desarrollo se incrementa la apertura de bancos pequeños como los *hundis* o *hawalas*, incluso por Western Union se puede enviar dinero negro. El capital que fluye por los microbancos —que a la vez son tiendas locales o casas de empeño— es impresionante una vez sumado. Eso es lo que permite que los eslabones de las redes criminales se mantengan oxigenados y reciban sus cuotas.

Tenemos el caso de un traficante

de niños esclavos en la región del «triángulo dorado». Un sujeto mueve entre 1,700 y 2,000 dólares semanales dividiendo las cantidades en tres remesas por semana. Cualquiera diría que un campesino así no representa nada para las redes criminales, pero al cabo de 50 semanas —suponiendo que se tome dos de vacaciones—, habrá movido 85,000 dólares sin que nadie imagine que es parte de un esquema de lavado de dinero negro producto de la compraventa de niños esclavos. Haciendo un cálculo moderado, si en Birmania hubiera solamente 1,000

traficantes intermediarios moviendo 85,000 dólares anuales, estaríamos hablando de un flujo de 85 millones de dólares, una cantidad nada despreciable para las mafias y sus colaboradores.

Un campesino vende a cinco niñas menores de once años por cinco dólares cada una. Un *broker* las revende por 30 dólares a un militar. A su vez, el soldado que las reúne las revende a los traficantes de opio, quienes ya han juntado a 50 niñas de diferentes reclutadores locales. El soldado tiene la facilidad de transportarlas como encuadernadoras

para las maquiladoras que imprimen libros a bajo precio en Tailandia, los cuales serán comprados por editores latinoamericanos. A cada niña le hacen cargar una pequeña bolsa personal con pasta de opio lista para preparar heroína. Al llegar a Tailandia los tratantes entregan la droga, por un lado, y a las esclavas, por otro. El negocio no podría ser mejor.

Después de dos días regreso a Tailandia con el primo de mi guía. Mis libretas, la grabadora y mi pequeña cámara nunca tendrán el

poder para revelar la verdadera profundidad del dolor humano que se descubre en la mirada apasionada de quienes creen en la libertad propia y ajena y están dispuestos a dar la vida por ella.

Camino por Mae Sot. Unas niñas corren hacia mí al ver que me quito la mochila de la espalda para sacar una botella de agua, creyendo que busco el monedero para comprar alguna baratija. No tienen más de seis años, son pequeñitas y la desnutrición se revela en su piel y

en el cabello ralo. Me agacho y compro pequeños elefantes de madera y plástico. Una pequeña sostiene su mirada en la mía, y como un látigo cae sobre mí la noción de que estamos solas. Yo, una mujer mexicana hincada en la terracería de la frontera entre Tailandia y Camboya, mientras en mi país trafican a centenares de niñas esclavas, y ella, sonriendo como si conociera algún secreto, vendiendo baratijas en las calles sin haber padecido afortunadamente

la suerte de miles de niñas de su edad encerradas en prostíbulos para satisfacer a hombres de todo el mundo. Acaricio su mejilla con el revés de la mano, ella hace lo mismo conmigo, y las dos quedamos sorprendidas ante la conexión. Un joven de unos veinte años, sonriente, flacucho, con la camisa rota, se me acerca: «Guadapochion», me dice. Lo observo y le comunico que no entiendo. Entonces repite lentamente, con la actitud de un

hombre de poder, y caigo en la cuenta de que en un inglés masticado me pregunta: «Want adoption?» («¿La quiere en adopción?»). Me levanto sin responder.

Respiro y sin pensarlo me dirijo a la caseta de migración del mercado. Un agente me mira con amabilidad y me ofrece una visa por un día para cruzar el puente. Muevo la cabeza y le pregunto si sabe de las atrocidades que los militares birmanos cometen contra

mujeres y niñas, de la prostitución forzada y las masacres. «Sí, terrible, terrible, aquí eso es un delito», responde. Sonrío levemente y suspiro para proscribir el miedo de mis pulmones mientras el hombre sigue hablando: «Pero usted sabe, madame, a muchas de ellas les gusta, estas muchachas son muy prostitutas, les gusta». Su voz suena involuntariamente cínica, como la de miles de millones de hombres en el mundo que repiten una y otra vez el argumento de que las esclavas

propician su esclavitud y a ellos, los clientes potenciales o concretos, no les queda más que ceder al deseo de las esclavas.

Doy media vuelta y en silencio me dirijo al punto en que encontraré a mi chofer. En ese instante, bajo el sol de Asia, no soy una periodista, ni una activista de los derechos humanos, sino una simple mujer que camina por el mundo a través de las rutas del mal buscando a alguien que tenga el secreto, acaso quimérico, para salvar a la


humanidad de su propia crueldad.

# 6

# Argentina-México: armas, drogas y mujeres

## Raúl Martins: el intocable

El color insólito del mar Caribe y el cielo transparente y luminoso acogen a los turistas que sueñan con

el paraíso terrenal. Los grandes hoteles de cinco estrellas reciben tanto a familias que añoran nadar con delfines en Xcaret como a hombres solos, particularmente extranjeros que buscan espacios de seguridad para tener sexo con jóvenes y niñas. Algunos han escuchado que México se ha convertido en la Tailandia de Latinoamérica. Estadounidenses y canadienses encuentran en Cancún y Playa del Carmen los lugares perfectos porque allí no se hace

efectiva la ley que castiga a los clientes de la prostitución forzada y la explotación sexual infantil.

En el corazón de la zona hotelera, Raúl Martins Coggiola —un ex agente de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) de Argentina acusado de pertenecer a los grupos responsables del genocidio llevado a cabo durante la dictadura— administra los prostíbulos y bares *table dance* conocidos como The One y Maxim. En esos sitios, mujeres jóvenes, no

mayores de veintitrés años, de origen argentino, colombiano, cubano y brasileño, bailan y venden servicios sexuales bajo la cautelosa mirada de un fuerte dispositivo de seguridad. Supuestamente, la oferta de prostitución en el área está vetada por la ley municipal; sin embargo, las amistades y las redes de protección de Martins rebasan incluso el poder del actual gobernador del estado, Félix González Canto. The One y Maxim están protegidos bajo el amparo de

jueces federales que impiden a las autoridades locales clausurar los establecimientos.

Era octubre de 2005 y el huracán Wilma acababa de arrasar el Caribe mexicano. Cancún quedó temporalmente paralizado. Unas semanas después sólo algunos restaurantes y bares habían abierto. La reconstrucción de los hoteles se llevaba a cabo con rapidez, pero todos los turistas habían huido del

desastre. Una tarde, luego de reunirme a comer con un grupo de amigos, todos hombres, les pedí que fuésemos al The One. Yo ya había estado en el Maxim de Playa del Carmen —propiedad de los mismos empresarios—, donde pude corroborar la presencia de jóvenes de diecisiete y dieciocho años trabajando como bailarinas. Ahora necesitaba hablar con las chicas de Cancún, pero era del todo imposible que entrara yo sola en el lugar.

Mis amigos aceptaron de buena gana. En cuanto llegamos, descubrí que un arquitecto de sesenta y cinco años que venía en nuestro grupo era cliente asiduo del lugar. Subimos las escaleras metálicas hacia una puerta oscura. El arquitecto saludó a algunos empleados y enseguida lo trataron como un cliente distinguido. Entramos de inmediato, los guardias apenas me prestaron atención, lo cual agradecí en silencio. The One también estaba pagando las consecuencias del

huracán, y sólo había un cliente con una chica cerca de la pista.

Cuando mis acompañantes pidieron una botella de 300 dólares, tres mujeres se nos acercaron. Rápidamente pusieron la mirada en el más atractivo de mis acompañantes, un hombre alto y atlético de cincuenta años que inventó que estábamos celebrando nuestro aniversario. Me levanté y comencé a hablar con ellas, les di un nombre tan falso como el suyo; a continuación me invitaron a bajar a

la pista, y comprendí que era mi oportunidad para establecer un vínculo de confianza, así que acepté.

La sordidez del lugar era evidente. Los proxenetas, normalmente agitados y suspicaces, estaban fuera fumando, a excepción de uno que estaba sentado en el bar y bebía con un par de mujeres que parecían trabajar en el lugar. Mis amigos pidieron que subieran la música y el arquitecto, como si fuera el dueño, tomó el micrófono

para anunciarnos. Más en broma que en serio inventó un nombre y una nacionalidad para mí, advirtiendo que estaría como invitada en la pista. Yo vestía jeans, tacones y una blusa púrpura. Incómoda pero alentada por las jóvenes, bailé un poco a su lado, me agarré del tubo y luego de un aro circense que colgaba al frente, una tarea nada fácil.

Rompimos la tensión y les pedí a las bailarinas que me enseñaran algunos movimientos. Mis años de

practicar ballet clásico y las clases de hawaiano me ayudaron a no hacer el ridículo al mover las caderas y levantar la pierna. Una hora después regresamos arriba y empezamos a conversar al lado de mis amigos. Ellos seguían bebiendo el whisky más caro de la casa, y pagaron una botella de champán que pedí para compartir con las chicas. Les conté que escribo historias sobre mujeres, sobre el amor y la vida sexual, cosa que además es cierta. No tardamos en hablar como

si fuésemos amigas desde siempre. «¿No las van a regañar?», les pregunté. Dijeron que cumplían con su trabajo mientras los clientes estuvieran bebiendo y todas estuviésemos juntas con ellos. En ningún momento se sentaron y yo tampoco. A ratos bailaba con ellas cerca de los sofás donde mis solidarios y semialcoholizados amigos se hacían cómplices de mi trabajo periodístico.

Como en otras ocasiones, pude corroborar que la mayoría de esas

chicas se sienten más seguras con otras mujeres que con los hombres, incluso en el plano erótico. Las cuatro mujeres con quienes hablé durante casi tres horas eran muy jóvenes. Una colombiana que era amiga del gerente siempre supo que trabajaría como bailarina y prostituta. Una brasileña de veintidós años había sido llevada a México a los diecisiete bajo la falsa promesa de convertirla en modelo. Llegó al The One enviada por los dueños de los bares que

controlan el circuito desde la ciudad fronteriza de Tijuana. Una chica de diecinueve años de rostro aniñado, que era hija de un colombiano y una argentina, llegó a Cancún de vacaciones y se quedó sin dinero. Entonces su tía le recomendó a una conocida que le daría trabajo y arreglaría sus papeles: esta mujer resultó ser la esposa de Raúl Martins. Otra joven cubana de veinte años dejó con sus padres a dos pequeños en la isla, y estaba convencida de que

comenzaría a mandar mucha plata a casa en cuanto le pagara su deuda a Martins.

Logré verlas dos veces más fuera del bar. Los días siguientes a nuestro encuentro, el bar cerró temprano. No había turistas y los lugareños estaban ocupados en reconstruir sus casas y negocios. La seguridad de The One bajó la guardia y las chicas pudieron encontrarse conmigo antes de volver al apartamento donde vivían bajo una vigilancia poco eficaz.

Martins les había retenido todos sus documentos, pero ellas no mostraban signos de querer rebelarse ante un contrato verbal que, a pesar de considerar injusto, les parecía mejor que estar en las calles de sus países sumidas en la pobreza, sin opciones. Ninguna de las jóvenes había terminado secundaria, y en sus familias prevalecía la violencia doméstica. El equipo de abogados de Raúl Martins les arregló los papeles, incluidos el pasaporte y los

permisos de inmigración: no sabían si eran falsos o legales, pero tampoco les preocupaba. Me dijeron que el único hombre agradable que habían conocido entre los que las recibían para el papeleo se llamaba Claudio.

Me llamó la atención que tres de las cuatro mujeres que entrevisté de ese grupo tenían hijos pequeños que eran producto de embarazos no deseados, aunque me aseguraron que habían aprendido a amarlos. Dos de ellas se habían quedado

embarazadas durante la adolescencia. Las cuatro afirmaron que les desagradaba su trabajo, excepto bailar y conocer de vez en cuando a personas interesantes. Tener sexo por dinero era un tema que se negaban a analizar poque su consuelo era que se trataba de algo temporal y la mejor manera de salir rápido de la deuda contraída con Martins. Smira, la joven de origen cubano, dijo que los hombres que iban al The One le daban asco. Las otras coincidieron: «Los clientes

son inseguros, borrachos, se creen todo lo que les decimos. Algunos son muy groseros y creen que estamos allí para enamorarnos de ellos». Las chicas describieron su trabajo como una actuación y a sus clientes como unos tontos poderosos que pagaban para que alguien fingiera que disfrutaba de su presencia.

Al despedirnos, Nina, la brasileña, me pidió: «No vayas a dar nuestros nombres, dicen que Martins mató a su yerno, es un

hombre muy cruel». Según el jefe de la policía judicial, la joven decía la verdad. En 2004 el noruego Peterson Kenneth Turbjorn, alias Mike Arturo Wilson García, que era novio de Lorena Martins, apareció asesinado en la zona hotelera de Cancún. El informe policial demostraba que el principal sospechoso era el padre de Lorena, pero nunca se resolvió el caso y la joven se refugió en España. Fuentes de la policía local me aseguraron que los estudios

forenses revelaron que Kenneth Turbjorn fue torturado antes de ser asesinado. Ante la pregunta expresa, el jefe de la policía judicial me confirmó que uno de los sospechosos era Martins, pero que el argentino era intocable. Cuando inquirí a qué se refería con «intocable», la respuesta del policía fue: «Ni se meta, es la mafia».

«Y tú cuídate si escribes esto, Martins no te dejará viva», me dijo la bailarina cubana al despedirnos

con un abrazo. Nunca más supe de ellas. Tiempo después entendí la magnitud de sus palabras, cuando Claudio Lifschitz, el ex abogado de Raúl Martins, lo denunció públicamente. De acuerdo con Lifschitz, presunto cómplice en la trata de mujeres de Sudamérica y Centroamérica hacia México, Martins controlaba las redes de la trata de mujeres para fines de prostitución mientras era agente de inteligencia de la SIDE argentina. La historia tiene un trasfondo de

redes políticas que van desde Buenos Aires a Cancún, y llegan hasta Tijuana.

El 11 de enero de 2007 el prestigioso diario mexicano *Reforma* publicó en primera plana un titular que llamó la atención de las autoridades: «Regentea ex espía prostitución VIP». La nota —firmada por Alejandro Pairone, corresponsal en Argentina— revelaba la globalización de las

redes de tratantes y su acceso al poder político y judicial:

> Buenos Aires.– «Un ex espía de la dictadura militar argentina domina la prostitución VIP en Cancún y Playa del Carmen gracias a una red de protección de funcionarios públicos», denunció su ex abogado. El ex agente de inteligencia argentino Raúl Luis Martins Coggiola vive en México con el permiso de residencia vencido.
>
> El argentino actualmente es responsable de The One, en Cancún, y Maxim, de Playa del Carmen, en los que unas 150 mujeres ejercen la

prostitución de manera cercana al semiesclavismo, según acusa el ex abogado de Martins en México y Argentina, Claudio Lifschitz.

El abogado aseguró a *Reforma* que los mejores clientes de Martins son narcotraficantes, empresarios y políticos de Quintana Roo, que visitan sus locales o solicitan les sean enviadas jovencitas para fiestas privadas en mansiones, yates o cruceros.

«Martins se ufana de tener en su *handy* [celular] los números personales del delegado de la PGR en Cancún [Pedro Ramírez], porque

está bajo el ala protectora del poderoso empresario Isaac Hamui, de quien me dijo que era socio del ex gobernador Joaquín Hendricks», señaló el abogado.

Lifschitz afirmó que el actual gobernador, Félix González Canto, mantiene la protección que el ex mandatario Joaquín Hendricks le daba a The One para que sea el único prostíbulo de la zona hotelera.

«Siempre se ha especulado que los dueños del The One tienen protección estatal y municipal. Supuestamente, con el nuevo gobernador ya no tienen esa

protección, pero no los han tocado», dijo Raúl Poveda, apoderado del Plaza 21, lugar adonde siempre se ha pretendido reubicar los centros nocturnos de Cancún. *Reforma* consultó y confirmó con las autoridades locales, que pidieron permanecer en el anonimato, la protección que recibe el negocio del argentino.

Raúl Martins fue agente de la SIDE de 1974 a 1987, y durante la dictadura militar estuvo en una base operativa donde hacía seguimientos

y señalaba a las personas que luego serían torturadas y desaparecidas. Según informó Lifschitz, la tarea de Martins como espía consistía en perseguir y fotografiar a los disidentes que serían secuestrados y eventualmente desaparecidos.

Cuando Martins obtuvo su retiro del servicio de inteligencia se dedicó al negocio de la prostitución VIP. Administraba 11 establecimientos y era el capo del sexo en Buenos Aires. Sin embargo, un buen día el sistema policial,

judicial y político que lo protegía se derrumbó, así que tuvo que marcharse. En 2002 Martins llegó a México vía Tijuana, una ciudad que le permitía mantener distancia de la justicia argentina, que ya le pisaba los talones.

Además de una condena en suspenso de dos años de cárcel, Martins tiene abiertas cuatro causas penales que en conjunto suman cargos por 12 delitos; de acuerdo con fuentes del Ministerio Público Fiscal de la República Argentina,

enfrenta acusaciones por amenazas y agresiones, así como por estafa procesal en concurso real con defraudación y uso de un instrumento público falsificado. También ha sido inculpado por corrupción policial, proxenetismo, cohecho, robo, uso indebido y usurpación de la propiedad privada.

Claudio Lifschitz, que aún defiende a los represores de la dictadura en Argentina, fue abogado de Martins durante siete años en

Buenos Aires y México, hasta que se peleó con él y regresó a Argentina por temor a represalias. Para protegerse, reveló las operaciones de su ex cliente y dijo estar dispuesto a declarar ante la justicia mexicana si le daban garantías. Las diferencias comenzaron después de que Martins lo presionara para que «cambiara su testimonio en una investigación que involucra a altos funcionarios del ex presidente Carlos Menem». Martins quería que Lifschitz se

desdijera en la causa por un atentado contra la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), en la que el abogado había encontrado y denunciado el encubrimiento de los culpables de la matanza.

Por su parte, Sandro Ossipof, un ex socio de Martins, confesó a los jueces con lujo de detalles todos los lugares donde Martins ocultaba cámaras de video en sus locales para filmar a los clientes mientras tenían sexo con las prostitutas. En

el juzgado de instrucción número 28 de Buenos Aires se sigue el trámite de la causa 23799/04 por los delitos de amenazas y agresiones que inició una ex empleada administrativa de los prostíbulos. Cuando las autoridades mexicanas le otorgaron todos los permisos de operación a Martins, incluidos los de internación para bailarinas, seguía abierto el expediente en su contra denominado «Megacausa 103933/97», que investiga la corrupción policial y cohecho por

la protección a Martins y sus actividades como regenteador de una red de prostíbulos en Buenos Aires.

Martins decidió trasladarse a Cancún y Playa del Carmen después de ser denunciado por fraude en Tijuana. En el sudeste mexicano logró reproducir y fortalecer el sistema de prostitución VIP que había mantenido durante más de una década en Argentina: poco a poco fue tejiendo una red de protección a las agrupaciones de tratantes de

mujeres que se extienden desde el Cono Sur hasta México.

Los testimonios de las propias jóvenes y de algunos meseros a quienes logré entrevistar ponen de manifiesto que Martins, como muchos otros tratantes, sabe lo importante que es mezclar a mujeres que se consideran profesionales de la prostitución con víctimas esclavizadas. Mientras las primeras ya han pagado sus deudas y permanecen en el negocio del sexo con libertad de movimiento, a

las segundas las someten con amenazas, no tienen papeles y son vulnerables a la extradición en cualquier momento.

Hasta que leí las revelaciones de Lifschitz en el diario mexicano, no caí en la cuenta de que se trataba del abogado al que las jóvenes del The One y el Maxim se referían como Claudio, el amable gestor de los trámites «legales» ante los agentes mexicanos de migración. Lo busqué, sin suerte, para obtener sus declaraciones.

*Escándalo inútil: Martins reloaded*

El caso Martins puso al descubierto una red de complicidades que no fueron investigadas por las autoridades federales y estatales de México. Durante un mes, diferentes personajes públicos se dedicaron a inculpar a terceros. González Canto, el gobernador de Quintana Roo, incriminó a los jueces que otorgaron los seis amparos

judiciales para impedir el cierre y cateo de los centros nocturnos de Martins, pero también por el amparo para evitar su arresto judicial. Martins atacó a su ex defensor acusándolo de traición al código de ética y secrecía entre cliente y abogado. Por su parte, el Instituto Nacional de Migración culpó a la policía federal, y los federales a las autoridades municipales que habían concedido los permisos de venta de alcohol a Martins, y así sucesivamente. El

galimatías mexicano parecía una réplica del escándalo causado por el mismo hombre en Argentina.

Martins finalmente desapareció de la escena, sus prostíbulos cerraron y algunas de las jóvenes fueron detenidas por las autoridades, fotografiadas y deportadas a sus países sin pasar por interrogatorio alguno. Un agente federal me aseguró que Martins se había dado a la fuga, mientras que la propia directora del Instituto Nacional de Migración, Cecilia

Romero, declaró que tenían una orden de expulsión para Martins, que era una «prioridad para las autoridades migratorias y le seguirían muy de cerca por los casos de prostitución que son *vox populi*». Sin embargo, Romero también expresó que no podían hacer valer esas órdenes porque Martins estaba amparado legalmente por jueces federales. Si los jueces continuaban dándole amparo, nadie podría arrestarlo ni deportarlo. La razón es sencilla:

algunas instancias del poder judicial forman parte de las redes de corrupción, y algunos jueces también son clientes de la prostitución. Por un lado, los funcionarios temen estar grabados en esos ambientes y, por otro, consideran que la prostitución es un negocio «normal» y no encuentran motivaciones morales para castigar los delitos relacionados con ella. Así que pueden ser «cómplices de facto» o «cómplices morales» de los hombres que controlan la

prostitución.

«¿Nadie ha actuado en contra de Martins? ¿Ni por trata de personas, falsificación de documentos, fraude, sospechas de homicidio?», pregunté a todas las autoridades implicadas. «Nadie, ningún juez quiere tocarlo», respondieron.

La explicación a la repentina parálisis de las autoridades y al posterior silencio sobre el caso me la dio una de las jóvenes argentinas que fue llevada a Playa del Carmen con engaños para trabajar como

prostituta: «Aquí y en Buenos Aires, los gorilas de Raúl [Martins] controlaban el sistema de grabación de todo, incluidas nuestras visitas a las habitaciones de hoteles de cinco estrellas de Playa del Carmen y Cancún. Las visitas de los capos de la droga a los apartados, sentados al lado de políticos y empresarios, ése es su seguro de vida».

No fue complicado deducir que en alguno de esos videos debo de aparecer yo, mientras hago el ridículo intentando bailar con mis

jeans en el tubo o brindo con las jovencitas que me confiaron lo suficiente para seguir adelante con mi trabajo periodístico. No dejo de pensar que si fuera hombre habría podido entrar sin problemas en esos lugares, beber una copa y pagar por unas horas de compañía femenina mientras establecía vínculos de confianza con las entrevistadas. Ser mujer en este ámbito de investigación significa formar parte de las «consumibles», mientras que ser hombre equivale a estar del

lado de los «consumidores», que a su vez son carnada de las mafias.

El 9 de septiembre de 2007, ocho meses después del escándalo causado por las declaraciones de Lifschitz, y luego de que las autoridades federales me aseguraran que Martins se había fugado de México y nadie podía dar con su paradero, se inauguró Sex & Girls, un prostíbulo-bar. Entre los invitados de honor, cortando el

listón en la zona VIP, se encontraba un hombre calvo, vestido de negro, que lucía un vistoso Rolex Oyster en la muñeca derecha: era Raúl Martins, el zar de la prostitución. Fue presentado como el administrador del nuevo prostíbulo de Cancún, ubicado ahora en la zona roja a las afueras de la ciudad. La noticia pasó casi desapercibida.

En diciembre de 2009 Raúl Martins fue visto mientras cenaba al lado de un par de mujeres con aspecto de modelos o bailarinas en

el restaurante Rolandi's, uno de los más prestigiosos de la zona hotelera de Cancún. Aparentemente ya sin apuros legales, se ha asociado con empresarios del Distrito Federal, donde también tiene bares VIP en los que mujeres de Sudamérica y Europa del Este bailan, se desnudan y se ven *forzadas* a prostituirse para pagar su endeudamiento.

Cabe mencionar que cuando les pregunté a las mujeres que trabajaban en los prostíbulos de Martins si se consideraban

esclavas, la mayoría sonrieron con burla o inquirieron con fingida sorpresa a qué me refería. No obstante, cuando les pregunté si aceptarían la oportunidad de quedarse en México para trabajar con libertad como vendedoras, maestras, meseras, o cualquier otra cosa que imaginasen, todas dijeron que sí, absolutamente.

## Arely: rescatada de la muerte

Arely, de diecinueve años, es una venezolana de cabello rubio platinado. Abraza un conejito de peluche mientras está sentada en un sillón del refugio del Centro Integral de Apoyo a la Mujer (CIAM). A ratos se expresa como una mujer seductora, otros como una niña asustada. Su cuello muestra las marcas de unas manos masculinas que intentaron estrangularla. En el lado izquierdo se distinguen, con huellas purpúreas, el tamaño de los dedos

de su agresor. Habla sin detenerse, gesticula, se resiste al llanto:

> Yo quería estudiar, ser una empresaria importante, de esas inteligentes y que hacen plata y que tienen auto. Cuando mi madre se murió allá en Maracaibo, mi abuela me dijo que tendría que salir con ella a vender empanadas en las calles. Cuando los autos pasaban por allí, yo les sonreía y los hombres me decían: «Pero qué chiquitica rubia más linda». Yo pensaba que de qué me servía ser linda si no podía estudiar ni jugar como las demás

niñas. Un día, en la calle, conocí a Mariel, una mujer bien bella y elegante que me dijo: «Si tú quieres, podrías ser modelo y ganar muchos dólares, estudiar y sacar a tu abuela de las calles. En México hay mucho trabajo para chicas venezolanas como tú». Y yo pensé que ya estaba cansada de sacar la chincha todos los días en las calles, quería estudiar y no quedarme como la abuela: una cabeza de chola para siempre. Y México… pensaba, qué chévere, allí se vive a todo trapo. Yo veo las telenovelas mexicanas, ¡todo es tan emocionante, tan lindo allá!

Fui al cibercafé con Mariel, ella me dijo cómo buscar la página, yo no sabía antes cómo usar internet. Ella me enseñó y me decía: «¡Mira que es un negocio bien serio, si no, no estaría así en la internet!» Wow, pensaba yo… México, y se veía serio el negocio con su publicidad bien chévere y con su logo Prestige y escuela de modelos y cantantes.

Entramos en la web Divas.com y apunté mis datos, mandé la fotografía que me hice con el dinero que me dio Mariel y nomás pasó una semana cuando Mariel se comunicó conmigo a la casa. ¡Ya tenía mi

boleto de avión pa' México! Me llevó con mis documentos a sacar mi pasaporte y todo en regla. Todo era legal. ¿Cómo iba yo a saber que iba a terminar así, de puta? Las modelos no son putas, son lindas y salen en las revistas, y los hombres las adoran.

«Allá les pagas —me dijo— con tu trabajo.» Nunca imaginé que llegando a Monterrey me iban a quitar mis papeles y a decirme que les debía 5,000 dólares por el boleto de avión. Y yo sola, ni pensar en volver a la pobreza de mi casa; luego lo único que pude fue obedecer, y

para cuando miré ya estaba yo ensayando seis horas al día para bailar, luego conocí al *boss*, le decían el Diablo, un hombre de negocios bien rico, de Monterrey, tiene bares y restaurantes. Él me dijo que yo era su consentida, pero que me faltaban tetas. Me llevaron al doctor y me puso éstas [Arely se levanta los senos con implantes como si fueran dos balones]. Yo me sentía bella y supersexy, pero nunca puta.

El abogado se llama Luis, él me hacía firmar todos los papeles de la deuda y me guardaba mi pasaporte. Una noche, antes de salir a bailar,

don Luis me mandó llamar a la oficina y me llevó el chofer. Cuando entré nomás quedé allí fría, estaban dos agentes de la migra y pensé Dios, ¿qué hice? ¿Por qué me llevan? Pero don Luis me dijo que tranquila, que los agentes estaban allí para facilitar el trámite. En el escritorio estaban los papeles de otras siete muchachas, las más jovencitas eran de Brasil y otras de mi edad de Colombia. Me hicieron firmar y poner mi huella. Luego, ya vestidos normales [sin uniforme] fueron los agentes al bar a vernos bailar. Eran lindos y enamoradizos.

Un día vi que ya les debía más de 10,000 dólares por el boleto de avión, el hospedaje y la comida y el doctor y la ropa bella que me compraron y los trámites de migración. Por eso acepté la primera vez que me dijeron que me fuera al hotel con ese empresario tan importante de Nuevo León; para no alborotar el avispero obedecí. Luego ya no pude parar, eran los políticos y todos me decían lo mismo: que tengo carita de niña, de ángel, que les gusta mi voz suave y que soy obediente. En las noches yo hacía mis cuentas. Héctor, el chofer que nos cuidaba,

me compró una libretica y allí escribía mis cosas. Un día le pregunté a Héctor si cuando ya juntara el dinero me ayudaba a buscar otro trabajo; él me dijo que ni hablara de eso, que si don Luis se enteraba me iban a castigar. Aquí nadie se va sola. Fue Héctor quien me dijo que Luis era hermano del gobernador y que por eso manejaba estos negocios finos de muchachas y *escorts*. En el club tomaban video de todo, los clientes ni saben, pero toditos están allí grabados; si alguno hace algo, pues ya sabe que puede enterarse el mundo. Cuando

Carmen, la más profesional, me explicó cómo trabajar en las cabinas, me sentí incómoda. Es un lugar pequeñito y oscuro, con un sillón donde caben unas tres personas, yo les bailo, y yo sí puedo tocarles, pero ellos a mí no. Me dijo ella que no me preocupara porque todo se grababa; si algún cliente quería pasarse lo grababan y yo pedía ayuda, y para eso estaban los chicos de seguridad del lugar.

Yo, un día que estaba harta y llorando porque un cliente fue bien rudo conmigo… yo le dije al *boss*: «Pues si quieren mis tetas, se las

devuelvo». Agarré un cuchillo de la casa y le dije: «¡Me las corto, cabrón!». Se rieron de mí, me dieron un par de bofetadas y quedé castigada. Sin comida dos días. Sin ver a nadie. Entonces me porté bien; ellos tenían razón: ¿a qué me regresaba a Venezuela? A la pobreza, jodida en la calle, sin plata ni para estudiar… Si una no tiene oportunidades, pues decide lo que otros digan, ¿o no?

Le pregunto a Arely sobre su vida diaria en la mansión, una casa grande en San Pedro Garza García,

el municipio más rico de México ubicado en el estado de Nuevo León:

> Era bonita, muy cuidada y protegida, con un policía a la entrada. Teníamos un cuarto de televisión grandísimo. Allí nos ponían todo el día el canal ese de Playboy, y Marta, la ama de llaves, una señora como de cincuenta años, nos decía: «Miren chicas, ustedes deben cuidarse y hacerse mujeres de clase para ser como esas muchachas». Tú sabes, las de la mansión de Playboy, ésas sí tienen

> una vida buena, Hugh Hefner las trata tan bien, las respeta… y les da todo lo que quieren, pero nunca las hace bailar frente a borrachos a los que les huele la boca feo.

En esta narración existe una notable similitud con las historias de niñas y jóvenes de otros países. En las casas donde se hospedan las víctimas, la pornografía y las películas eróticas se emplean para crear una cultura de aceptación y normalización de la explotación. Los tratantes convencen a las

mujeres de que el sueño de ser estrellas porno es de ellas y de que es un deseo realizable. Así les hacen creer que la explotación será temporal y que pronto se podrán volver mujeres famosas y libres en el ámbito de la industria del sexo, que representa su única opción. Ellos les aseguran que las están entrenando para ser las mejores y que cuando obtengan una posición de poder tendrán la capacidad para elegir.

Las técnicas de inducción son

similares en todo el mundo, particularmente en los negocios de alto nivel, como los dedicados a promover *escorts*, masajistas y bailarinas para empresarios y hombres poderosos. Ellos no quieren estar con una mujer que parezca prostituta ni que les haga sentir que deben pagar por tener sexo, sino con una joven bella y obediente que juegue a estar enamorada o a ser su «cita especial». Por ello, Arely aprendió muy pronto a llamar a los clientes

«mi amor», «mi vida», «cariñito», «papirito», «papacito» o «mi rey», apelativos supuestamente afectivos que facilitan que la explotación se perciba como un negocio honesto y entre iguales.

## *Las rutas nacionales*

Arely narra cómo conoció en el bar a Juan Carlos, un joven de veintitrés años que aparentaba ser adinerado. Al principio él pagaba

por estar con ella y tener sexo, después comenzó a enamorarla y le llevaba obsequios. Era romántico, le daba joyas de bisutería cara y muñecos de peluche. Un día le regaló una película que dijo era su favorita: *Pretty Woman*, con Julia Roberts. Cuando la chica venezolana vio el filme quedó encantada. Juan Carlos sería su Richard Gere y seguro que le pediría que se casaran, ¿por qué no?

Una mañana mandaron llamar al

grupo de jovencitas que llevaban un año en Monterrey. El Diablo, el propietario de los bares, les dijo: «Ya son muy profesionales y esto se pone aburrido, así que les tenemos una sorpresa. Se van a Cancún, allí trabajarán en un lugar muy bonito frente al mar». Algunas irían al Black Jack, otras al Caribbean Escort Services, y varias terminarían en el The One. Arely estaba destrozada, pero cuando se lo contó a Juan Carlos él le dijo que era una idea estupenda, así la

podría visitar en Cancún y luego se irían juntos. No podía creer su suerte, por fin estaba en camino a la libertad.

Más tarde, hablando con otra chica de Brasil, Arely descubrió que Juan Carlos había hecho las mismas promesas a varias jóvenes. Él trabajaba con Luis para mantener a las chicas ilusionadas y hacer que sintieran cierta libertad. Estaba devastada, lloró toda la noche y rezó a su madre. ¿Cómo podían engañarla así? Bajo la oscuridad de

las sábanas, esa noche Arely decidió buscar la oportunidad de escapar en Cancún. Se sentía, dijo, como si fuese su esclava, como si todos esos hombres hubiesen tenido el poder de meterse en su cabeza, de ponerle unas cadenas, no en las manos, sino en la cabeza… para volverla loca.

> Sí, yo me sentí una loca. Me decían: «Mira que eres malagradecida y miserable». Ellos me sacaron de la pobreza en Venezuela y así les pagaba, con mis

berrinches. Y yo pensaba, ¿estaré loca? A mí no me gusta eso de que me hagan sexo a la fuerza, a veces me dan asco, estoy cansada, huelen mal. No me gustan los borrachos. «Si esto es un trabajo como cualquiera», me decía la señora que cuidaba la mansión. Yo nomás quería bailar y ya. Yo no sé si una está loca porque no le gusta obedecer.

Arely estaba en la cárcel municipal cuando el equipo del CIAM para las víctimas de la trata de Cancún la rescató. Un día antes

había intentado subirse a un avión sin su pasaporte —retenido por sus tratantes—, pero los empleados de la línea aérea le dijeron que no podría volar sin él y sin la forma migratoria llamada FM3. Después Arely vio a los agentes de migración que ella conocía y al instante salió corriendo. Luego de un periplo extraordinario, terminó dándose a la fuga en un taxi que no pudo pagar porque los policías del aeropuerto le habían robado el dinero para dejarla ir. El taxista de

Cancún se enojó con ella porque no le pagó y la llevó a la policía local. Los inspectores la vieron y de inmediato la clasificaron. Si tenía cabellera rubia platinada, senos grandes y evidentemente postizos, labios gruesos, shorts, tacones y piernas esculturales, entonces debía ser prostituta. Los criterios de las autoridades son claros: según el jefe de la policía de Cancún, las prostitutas son una lacra social y, de acuerdo con el presidente municipal Gregorio Sánchez

Martínez, esas mujeres son la basura del pueblo. Así que la llevaron a la cárcel, donde cuatro agentes la violaron. Mientras ella lloraba, el policía a cargo le preguntó: «¿De qué lloras? Si eres una puta y las putas para eso sirven».

Días más tarde entrevisté al director de la cárcel, que me dijo sonriente: «Usted no entiende, señora, estas muchachas viven de eso, provocan a los muchachos y luego se arrepienten. Seguramente

ella les ofreció sexo para que la dejaran ir, pero aquí se cumple la ley. Además, mis guardias me dicen que no es cierto, que no la violaron, que ya venía violada… virgen no era».

El equipo de rescate entró en la prisión de Cancún junto con dos paramédicos de la Cruz Roja: el médico de la cárcel había inyectado a Arely una sobredosis de narcóticos «para tranquilizarla, porque gritaba que la habían secuestrado y violado». Los

paramédicos la encontraron drogada y amarrada a una cama en la enfermería. Levantaron un acta y apuntaron los medicamentos utilizados: una sobredosis de benzodiazepina le había causado un shock psicótico. El director del penal aseguró a los paramédicos que la joven estaba loca, restando importancia a la historia que la víctima había intentado contar a las autoridades. Arely les dijo que había escapado de una red de tratantes y que la habían amenazado

de muerte porque conocía los nombres de todos los involucrados. No obstante, todos se concentraron en el hecho de que ella era una prostituta, así que su voz y su testimonio no tenían importancia.

Cuando la enfermera y la trabajadora social —dedicadas a cuidar a las víctimas las veinticuatro horas del día en el espacio de protección del CIAM— finalmente la acompañaron a darse un baño y la recostaron en una habitación del refugio, la psicóloga

le aseguró que estaría bien, que ya nadie podría hacerle daño. Sin embargo, Arely no podía creérselo: ¿por qué un grupo de desconocidas la habrían de proteger y salvar? Sus compradores la habían convencido de que su vida no valía nada para nadie más que para ellos. Las autoridades, los clientes y el personal de la línea aérea se lo habían demostrado con hechos. Establecer un vínculo de confianza fue la tarea más difícil para los miembros del equipo de rescate,

quienes debían encontrar la forma correcta de hacerle saber que tenía derechos y que su vida era importante por el simple hecho de ser mujer.

Las psicólogas del refugio explican cómo encontraron a la joven:

> Supimos que Arely no estaba loca. Ella, como miles de mujeres víctimas de la violencia y la trata para la explotación sexual, mostraba desesperación ante una situación enloquecedora. Los dueños de los

centros nocturnos de Monterrey la mandaron a trabajar a la plaza de Cancún. Ella ansiaba alejarse de esa forma de esclavitud y sabía que intentarlo podía costarle la vida, y sin embargo lo hizo. Pasó dos días en que vomitaba lo que comía; estábamos casi seguras de que la habían inducido a la adicción de alguna droga, ella decía que no, sin embargo tenía los síntomas de abstinencia. Luego pudimos entender que los síntomas que mostraba no estaban relacionados con una adicción, sino con la abrumadora realidad de la forma de victimización,

aunada al estrés postraumático y a la sobredosis de narcóticos inyectada irresponsablemente por el médico de la cárcel.

Los labios carnosos y el cuerpo voluptuoso eran sólo el cascarón que escondía a una mujer joven que, aun drogada, lloraba como una niña pequeña preguntando por su madre sin cesar. La enfermera pasó la primera noche a su lado hasta que se quedó dormida abrazando al muñeco de peluche que pusieron en sus brazos.

Mientras salía del estupor de la droga, Arely preguntaba entre sueños si estaba de nuevo en la mansión. Le llevó dos días asimilar que estaba libre de verdad, que allí nadie la utilizaría para ningún fin. Un par de semanas después, tras la terapia, de caminar por el jardín y hacer yoga en el refugio, Arely se sentó a contarme la historia de su viaje hacia la esclavitud. Juntas pudimos dibujar con claridad el mapa de la red que la llevó desde Venezuela hasta Monterrey y luego

a Cancún.

Ella, como una gran cantidad de las víctimas de la trata para la explotación sexual, recuerda con una claridad asombrosa los nombres y las fisonomías de los compradores, vendedores y los servidores públicos que hacen posible que una red internacional comercie con mujeres como si fueran objetos.

*Cara a cara con los cómplices*

Cuando la trabajadora social del CIAM le ofreció a Arely la posibilidad de solicitar ayuda al director de las oficinas de migración, la joven palideció. Ella los conocía, al menos a los jefes que recibieron a las chicas que viajaron desde Monterrey; las habían enviado en un jet privado hasta Cancún, donde aterrizaron en el área destinada a resguardar el avión del gobernador de Quintana Roo.

En una camioneta con cristales

ahumados la jefa de seguridad del refugio, una psicóloga y yo trasladamos a la joven al exterior del Instituto Nacional de Migración. Con una gorra que le cubría el cabello y lentes oscuros, Arely bajó con la psicóloga mientras yo entré para pedir hablar con el jefe de la oficina. Conforme aparecieron los sujetos, ella los identificó con su nombre de pila. La experiencia fue impresionante: todos, incluso los altos mandos, estaban involucrados, unos como clientes y otros como

protectores de la llegada y salida del aeropuerto.

Decidí pedir una cita con Fernando Sada, que recientemente había sido nombrado director de las oficinas de migración. En su oficina me limité a narrarle la historia de Arely. Él se miraba las manos y, conforme avanzaba en mi explicación, su frente se perlaba de sudor. El aire acondicionado de la oficina estaba a 18 grados centígrados: no era el calor lo que inquietaba a este funcionario

público originario de Monterrey.

«Pues que venga a las oficinas y declare, con gusto la ayudamos», me dijo Sada. Le expliqué que Arely aseguraba que la querían matar por lo que sabía. Conteniendo la burla inquirió: «Pero ¿quién querría matar a una bailarina?». «Ella dice que el Diablo, el dueño de los bares, un poderoso empresario de Monterrey, ¿lo conoce usted? También afirma que el abogado que coordina la entrada en México de las mujeres

extranjeras que mueven en el circuito de prostitución Monterrey-Cancún-Puebla es el hermano del gobernador. ¿Cree usted que pueda mandar un informe al secretario de Gobernación para proteger la vida de la joven hasta que logren repatriarla?», pregunté.

Sada se levantó inquieto, abrió una pequeña vasija de cristal llena de caramelos, me ofreció uno y lo acepté. Con aparente distracción, él abrió uno y se lo metió en la boca. Caminó en silencio por su pequeña

oficina. Yo me limité a escuchar el particular sonido que producía el caramelo al ser masticado por sus muelas. Parecía que estaba haciendo tiempo para buscar las palabras apropiadas. Finalmente, me miró de nuevo y me dijo: «Mire, Lydia, yo no sé nada de esto. Es mejor que se mantenga al margen. No está en mis manos. No se expongan. Esta plática no sucedió».

«¿Me está diciendo que esta red de tratantes rebasa a la autoridad?», protesté. Me observó incómodo,

desgarbado, con una mirada casi suplicante. Se acomodó los lentes, miré su cuello, la piel blanca se tornaba roja y pude leer signos de enojo controlado. «No he dicho eso, no he dicho nada.» No volvió a sentarse, pero siguió hablando. «Mejor hagan lo que saben hacer: ayuden a la jovencita a que se recupere.» «¿No cree usted que es mejor detener a los vendedores de mujeres que seguir rescatando mujeres indefinidamente?», le pregunté mientras me levantaba de

la silla para tomar el bolso y la libreta. Se limitó a contestar que seguramente sí, pero que tendría que evaluarse con la «autoridad competente». Cada vez que un funcionario público me da esa respuesta me pregunto si él se autodefine como una «autoridad incompetente».

La coordinadora del refugio envió a Santiago Creel —entonces secretario de Gobernación— una

carta acompañada por un listado de nombres de agentes de migración involucrados, varias fotografías y la narración de Arely. Tres semanas después los periódicos publicaron que Fernando Sada había abandonado su puesto para irse a trabajar como rector de una universidad privada.

La trabajadora social responsable del caso me explicó que la embajada de Venezuela se negaba a ayudar a la joven. Sin más, recomendaron enviarla a la

estación migratoria de Cancún, que en aquel entonces era lo más parecido a una prisión juvenil hacinada y maloliente. Los agentes vigilaban a las víctimas de la trata y el tráfico como si fuesen delincuentes. En 2009 las cosas cambiaron y por fin se construyó una instalación adecuada.

Entonces decidí llamar a Emma Toledo, la cónsul de Venezuela en la ciudad de México. El embajador se negó a recibir mi llamada para entrevistarlo. Toledo fue amable y

sucinta: «Mire, Lydia, entiendo que la gente del refugio hace un trabajo muy loable; no es que los servicios consulares se nieguen a proteger a la ciudadana venezolana, es simplemente que no tenemos el presupuesto ni el personal para hacer los trámites. Cada año miles de muchachas de Venezuela caen en manos de esos sujetos, y no hay presupuesto que alcance para repatriarlas con protección como me propone la trabajadora social. Haremos lo que esté en nuestras

manos». Su voz era de consternación, y en sus palabras se percibía una frustración real.

*Volver a casa*

El equipo del refugio logró contactar con la familia de Arely vía internet y por teléfono. De inmediato, los parientes enviaron copias de los expedientes de la joven para que la embajada venezolana en México le hiciera un

pasaporte nuevo. Los tratantes de Monterrey tenían los documentos originales en una caja fuerte, y ciertamente ninguna autoridad estaba dispuesta a rescatarlos. Seis semanas después, a través de un funcionario del Instituto Nacional de Migración y bajo total secreto (gracias a la ayuda de un individuo sensible y no de una institución del Estado), Arely fue conducida a la ciudad de México, donde pasó cinco días en la estación migratoria bajo estatus especial, y finalmente

voló de regreso a Venezuela, donde la recibiría su hermano mayor. Con gran emoción, la familia llamaba y enviaba correos de agradecimiento al refugio tras creer que jamás volverían a saber de Arely.

La mayoría de los casos no se resuelven con tanto éxito. El 60 por ciento de las mujeres inducidas a la prostitución forzada no son bienvenidas cuando regresan a casa. Esto puede deberse a los prejuicios familiares, pero también a que en muchas ocasiones hay un

miembro de la familia que es cómplice de los engaños para vender a las jóvenes. Por otro lado, algunas de las víctimas ya se han acostumbrado a otro tipo de vida y en sus hogares se sienten juzgadas o reprimidas. Por desgracia, han sido condicionadas para vender su cuerpo y creen que la prostitución es la única vía para obtener recursos.

Después de padecer la explotación sexual, muchas mujeres que vuelven a sus países se

convierten en parias y, como en Asia y Europa, en numerosas ocasiones se ven obligadas a regresar a los circuitos de la prostitución local. Al menos en ese ambiente, me dijeron, no se sienten juzgadas y se encuentran con las otras parias del mundo, las esclavas de un poder que las educó para desconfiar de todos y considerarse objetos en venta. Pertenecen a una categoría social diferente a la cual la antropóloga feminista Rita Laura Segato denomina «las otras, las

mujeres consumibles».

El último correo electrónico de Arely que recibí fue en octubre de 2008. Me contaba que estaba estudiando para ser trabajadora social en un refugio como aquel que la rescató en México. Luego desactivó su cuenta, espero que sea para rehacer su vida y olvidarse del pasado por completo.

Frente a la pantalla de mi computadora observo una fotografía

que le tomaron a Arely cuando la acababan de rescatar. En la piel blanca de su cuello se notaban marcas de violencia. Estaba desparramada en un asiento, adormecida de cansancio. No puedo sino sentir una desolación que invade mi estudio y se derrama en el teclado. Sólo espero que este libro caiga en manos de alguien a quien verdaderamente le importen las vidas de estas mujeres y niñas; hombres que se detengan a mirarse a sí mismos y en su humanidad

descubran a sus propias hijas, hermanas, sobrinas o nietas, es decir, a las mujeres, y que se percaten de que todas estas jóvenes cuyas historias cuento merecían una vida segura, digna y feliz, y que no la tuvieron porque no hay suficientes personas en el mundo preocupadas y ocupadas en prevenir la esclavitud sexual.

## MATAR AL MENSAJERO

Una mañana abrí el diario mexicano *La Jornada* y encontré una noticia sobre la supuesta desarticulación de una red de tratantes que contactaba con mujeres de diversos países a través de internet para trasladarlas a México con fines de explotación sexual y prostitución forzada. Según el tabloide, la página web que los delincuentes usaban se llamaba Divas.com. De inmediato fui a mis archivos y busqué en mi libreta la entrevista con la joven venezolana: era la misma red.

«La Procuraduría General de la República (PGR) decía la nota, investiga a funcionarios de la Policía Federal Preventiva (PFP) y del Instituto Nacional de Migración (INM) por su presunta participación en la red de protección que ha permitido a la organización Divas.com establecer desde México nexos con grupos criminales que operan en Europa del Este y Sudamérica, y convertirse en una de las organizaciones más activas en

lenocinio, tráfico y trata de personas en el país, de acuerdo con las pesquisas que lleva cabo la Subprocuraduría de Investigación Especializada en Delincuencia Organizada (SIEDO).

En octubre de 2001 Antonio Santoyo Cervantes (el Sony) y José Antonio Villeda (el Tony) Martínez abrieron una página web. La mercadotecnia era impecable, lograron contactar con mujeres de varios países y les ofrecieron contratos en Argentina, Chile y

México. En cinco años, Santoyo Cervantes y Martínez Villeda, junto con Diana Patricia Quintana, Mercedes Luján y Susana Arzamendia, consolidaron una red de prostitución por internet y ampliaron sus vínculos con organizaciones internacionales dedicadas a la prostitución individual y a la trata de personas.

Entre febrero y junio de 2007 Divas.com fue aparentemente desarticulada con la captura de dos personas; sin embargo,

inmediatamente la reactivaron como Zonadivas.com. Más tarde se asociaron con redes de tratantes en Argentina, Chile, Colombia, Brasil y España que administran páginas similares, las cuales permiten realizar «intercambios» de «mercancías». Con esas palabras explicaron los pormenores de la investigación algunos funcionarios de alto nivel de la SIEDO.

Los testimonios de las mujeres que entregaron a las autoridades los «contratos legales», realizados por

la empresa que las mueven de un país a otro, arrojaron una pista importante. La trata de mujeres se inserta en el negocio de la prostitución denominado *escort service*. Mientras usted lee este libro puede entrar en la página Zonadivas.com y contratar a una mujer de esos países. ¿Cómo sabe un cliente si la mujer está allí por propia voluntad o es esclava de una red de tratantes que la controlan con deudas impagables, amenazas y aislamiento? No lo sabe, porque los

dueños del negocio, una vez que arrestaron a sus jefes, entendieron que debían insertarse en la oleada de la prostitución «permitida» para seguir rotando a las mujeres en los circuitos de la venta de sexo.

Me dispuse a averiguar quién es el propietario real de este negocio. La procuraduría federal sospechaba de nexos con el crimen organizado y con uno de los cárteles del narcotráfico más poderosos en México, que compra y vende mujeres como obsequio, como

trofeo u ofrenda para cerrar negocios y para agradecer favores a hombres de poder. Una de las líneas de investigación se relacionaba con las estrategias que emplean los tratantes para encubrir sus actividades, como mezclar a mujeres adultas, adolescentes y niñas en los negocios de prostitución voluntaria y forzada.

Muchos de los datos coincidían con mi investigación de 2005, publicada en el libro *Los demonios del Edén: el poder que protege a*

*la pornografía infantil*, por el cual las mafias me torturaron y encarcelaron ilegalmente. Así que decidí buscar a la entonces fiscal especial para delitos contra las mujeres y la trata de personas en México, la doctora Alicia Elena Pérez Duarte. Cuando nos entrevistamos, ella no podía darme información más allá de lo que se había publicado en los diarios, pero me ayudó a armar el rompecabezas. Las dos coincidimos en que esas redes están conectadas, y hay un

vínculo invisible que las mantiene protegidas. Intuí que era la misma red de gobernadores que protegió a la red de pornografía infantil de Succar Kuri, pero hacía falta demostrarlo.

En abril de 2007 llamó a mi oficina Nemesio Lugo Félix, el secretario técnico de la Comisión Interinstitucional para Prevenir y Sancionar el Tráfico y la Trata de Personas. Solicitó una cita

conmigo. Anteriormente lo había entrevistado para una investigación sobre la pornografía infantil y algunos nombres coincidían con otras pesquisas que él mantenía abiertas. Un año antes, Lugo había visitado Cancún acompañado por agentes de investigación estadounidenses involucrados en una operación conjunta con agentes del Servicio de Inmigración y Aduanas de Estados Unidos (ICE, por sus siglas en inglés) en busca de delincuentes norteamericanos.

En esta ocasión el agente me pidió que nos encontráramos en un lugar público, así que le di los datos de un pequeño café en el centro de la ciudad, cuyos dueños son amigos míos y podrían ofrecernos privacidad para hablar. Durante la conversación el agente me preguntó dos veces cómo lo hacía para mantener la calma ante las amenazas de muerte. Le hablé sobre la necesidad de asistir a terapia y la importancia de las redes afectivas. Él dijo muy poco,

en realidad nunca supe siquiera si estaba casado o si tenía pareja. Coincidimos en el diagnóstico: la red Divas era la que había captado a Arely, la chica de Venezuela. Entonces su pregunta directa fue si yo tenía evidencia de la participación de los gobiernos de Nuevo León y Baja California, particularmente de la ciudad de Tijuana, en la red de trata de mujeres. Sólo el testimonio de las víctimas, respondí, y la probada protección gubernamental que

tienen los lugares en que ellas han trabajado y que siguen intocados por la policía. Le preocupaba haber encontrado el nombre de un lugarteniente de Joaquín «el Chapo» Guzmán, el líder más poderoso del narcotráfico mexicano.

El agente me aseguró que si lograba obtener las grabaciones de las supuestas conversaciones entre el hermano del gobernador al que inculparon las víctimas y el tratante arrestado, las entregaría a sus jefes

y me daría una copia para los medios en «caso de que algo malo sucediera». Evidentemente, el agente Lugo se refería a la posibilidad de un acto de corrupción política y a la muy común práctica de hacer desaparecer pruebas por parte de la propia autoridad mexicana.

Cuando nos despedimos me preguntó dónde estaba mi escolta. Yo los señalé con la mirada: estaban dentro del vehículo blindado echando una siesta. «¿No

le da miedo que la maten?», inquirió. Le respondí con una pregunta: «¿Y a usted?». «Que me maten no tanto, que me hagan sufrir, la verdad sí», confesó. Sonreímos levemente y nos despedimos con un apretón de manos. Aquélla fue la última vez que lo vi con vida.

El 14 de mayo de 2007, a las 7:05 de la mañana, Nemesio Lugo Félix fue asesinado de ocho tiros a escasos metros de su oficina. Me enteré de la noticia a las ocho de la mañana. Era martes y yo estaba

escuchando la radio. En ese momento una oleada de calor paralizante recorrió mi cuerpo, el sabor amargo de la angustia subió por mi esófago hasta la garganta. Llamé por radio al agente del ICE con el que Lugo había viajado a México, que estaba en Texas. «Hola, mataron a Nemesio ¿sabes algo?», pregunté nerviosa. «No, Lydia, pero salte de allí unos días, eso está muy caliente.» Busqué a mis fuentes de la procuraduría federal, quería saber si habían

rescatado la memoria USB especial que Lugo siempre llevaba consigo y donde tenía toda la información de sus casos. Dos días después, un perito en criminalística me dijo que no, que sólo llevaba su cartera y una pluma. Hasta 2010 el asesinato no ha sido esclarecido.

Antes de la muerte de Lugo, había decidido continuar con la investigación y viajé a Monterrey, Nuevo León, donde entrevisté a

algunas fuentes locales. Un colega periodista del diario *Milenio* me preguntó si sabía algo sobre los rumores de la red de tratantes que dirigían los familiares del gobernador. Le dije que estaba investigando pero que aún no tenía evidencias, sólo testimonios.

Posteriormente hablé con Gamaliel López, un joven reportero de TV Azteca muy activo y con afición a la adrenalina. Este experto en cubrir notas policiacas conocía todos los rincones de Nuevo León,

sabía los nombres de los policías encargados de dar protección a los tratantes de mujeres y menores y me había buscado hacía un año, después de que yo ganara el juicio contra la mafia de tratantes y del millonario Kamel Nacif. López tenía videos del intento de un secuestro similar al que hicieron conmigo los mismos policías enviados por un gobernador y Nacif. Algunos colegas me habían dicho que no confiara en Gamaliel, que le gustaba mucho el dinero,

pero al final nunca se pueden disminuir los riesgos a los que nos enfrentamos cuando investigamos en un ambiente tan opaco como el del crimen organizado y la corrupción.

Esta vez Gamaliel se ofreció a ayudarme. Tenía información que podría ser útil y que él no publicaría en Monterrey. Me dio fotografías de algunos centros nocturnos que explotaban a menores de edad: había chicas de doce y trece años, en su mayoría

mexicanas, pero también algunas brasileñas. Estaban produciendo pornografía infantil con una empresa de Río de Janeiro denominada Rua das meninas. Quedamos en que cada uno de nosotros seguiría investigando y hablaríamos por teléfono. Él ya había recibido un par de amenazas de muerte —como una gran cantidad de periodistas en México —, razón por la cual acordamos que en un par de semanas me llamaría desde un teléfono público.

El 4 de mayo recibí un correo electrónico de Gamaliel diciendo que me enviaría información muy importante sobre el caso. El 10 de mayo Gamaliel López Candanosa y su cámara Gerardo Paredes Pérez, del canal TV Azteca Noroeste, fueron secuestrados por un convoy. Inmediatamente Reporteros sin Fronteras (RSF) —la ONG de origen francés que defiende la libertad de prensa— hizo un llamado urgente. En ese momento creí que los reporteros reaparecerían con vida,

pero no fue así.

## NOVICIAS EN EL BARRIO DE LA MERCED

Con la colaboración de organizaciones no gubernamentales, unas defensoras de los derechos humanos y yo nos vestimos como novicias —con cofia blanca y traje negro—, y así caminamos por el barrio de La Merced, en las delegaciones Venustiano Carranza y

Cuauhtémoc, con el fin de corroborar algunos datos que me habían proporcionado. Tan sólo en esas dos áreas de la capital mexicana contabilizamos a 1,528 mujeres en situación de trata y resguardadas en prostíbulos protegidos por las mafias; 947 eran niñas menores de diecisiete años, y aproximadamente una tercera parte venían de Brasil, El Salvador, Guatemala y la República Dominicana. En el barrio chino de la capital se encontraron en

situación de explotación sexual a siete niñas de entre ocho y once años, originarias del norte de China.

Recorrer los barrios disfrazada fue una experiencia tremenda: algunos proxenetas me saludaban inclinando levemente la cabeza; las prostitutas mayores me decían «Rece por mí, madre»; incluso el dueño de un motel le dijo a una de mis acompañantes que acababa de hacer un gran donativo a la basílica de Guadalupe. En los ojos de la

gente había una mezcla de miedo y respeto hacia las religiosas. En definitiva, sólo había dos formas de que una mujer pudiera caminar en esos barrios controlados por la mafia sin despertar sospechas: vestida de novicia o de prostituta.

Tuve grandes dificultades para asimilar lo que escuché y observé en aquellos sitios. Yo crecí en la ciudad de México, en un barrio de clase media baja. Ya desde niña descubrí las condiciones en las que viven los desposeídos de mi país

por lo que la pobreza nunca me fue ajena. Sin embargo, tal vez porque un mes antes había entrevistado a varias mujeres de colectivos a favor de dignificar la prostitución, inconscientemente esperaba ver algo menos dramático de lo que presencié. Había entrevistado y escuchado atentamente a académicos, politólogos, activistas y sociólogos a favor de la regulación de la prostitución. Todos ellos me aseguraron que la confusión o mezcla entre las

víctimas de la esclavitud sexual y las prostitutas libres es un subproducto del pánico moral y de la obsesión malsana de activistas y periodistas por mostrar de forma morbosa y exagerada las historias de explotación sexual. Confieso que esperaba encontrarme en esos barrios algo distinto a lo que descubrí en Bangkok o en Camboya, pero no fue así.

Sé bien que para investigar el tema de la esclavitud sexual se necesita crear una coraza para las

emociones. Nadie puede negar el impacto emocional que generan los ambientes de mafias y prostitución forzada, y mucho menos cuando hay niños y niñas de por medio. De cualquier manera, en este paseo el impacto fue arrebatador. Las calles de los prostíbulos tienen su propio lenguaje, basta con advertir la forma en que los proxenetas se recargan en la puerta de una casa, de un pequeño edificio o de un hotel de paso. Las adolescentes, casi siempre en parejas, están

paradas en la calle con ropas que parecen disfraces. Se pintan los labios de color fucsia. Sus ojos, enmarcados con delineador negro y pestañas postizas, tienen sombras azules, verdes e incluso negras. Su actitud denota cansancio. Simplemente observan a los automóviles y esperan a los hombres.

Seguimos en nuestra peregrinación. Una niña de aproximadamente diecisiete años, vestida con mallas blancas de red y

zapatos muy altos de charol, se me queda mirando. Mis ojos se quedan atrapados en los suyos. Recuerdo que estoy vestida como una novicia, sonrío levemente, ella baja la mirada con un gesto de culpa y yo también. Seguimos caminando. En la esquina está aparcada una patrulla. Dentro hay dos agentes que miran a todos lados sin un interés particular. En la otra acera, afuera de un muro pintado de verde, tres mujeres de unos cuarenta años, con el rostro ajado, reseco y empastado

de maquillaje, hablan entre sí sin perder de vista a los transeúntes. Dos jóvenes se acercan a ellas y negocian. La de los senos grandes se va con el que no debe de tener más de veintitrés años. Dan la vuelta en una ferretería y se pierden en un hotel.

En el sillón de un hotel de paso cinco niñas de no más de doce años se toman una sopa sentadas en sillas de plástico. Una de ellas sorbe la sopa mientras sus ojos siguen a una pareja que entra en el motel. Mueve

las piernas columpiándolas, no reacciona, no opina, sencillamente observa la realidad. En ese edificio varias compañeritas suyas han subido a las habitaciones con clientes. «Llegará su turno», me dice una de las religiosas auténticas que me guía por los pasillos, a sabiendas de que las autoridades no intervendrán. Si la policía rescatara a todas las niñas y adolescentes, no habría un lugar seguro para enviarlas. Los pocos refugios para las víctimas de la trata están

hipersaturados. Poco a poco, estas monjas se han ganado la confianza de la comunidad y con una valentía extraordinaria de vez en cuando hacen rescates. Los tratantes las respetan más a ellas que a la policía. A veces logran negociar que les entreguen a algunas niñas, aunque también han sido amenazadas de muerte.

¿Qué pasaría si me acercara a una de las pequeñas para preguntarle si le gustaría tener otra vida? Tal vez me pondría a llorar si

me contestara que su madre está allí y que esa vida es la que es y así está bien; o si me dijera que su padre, sentado a unos diez metros, le ha dicho que la quiere más cuando lleva dinero a casa, y a ella, como a todas las personas, le gusta que la quieran sus papás. Eso fue lo que respondieron algunas niñas vestidas de terlenka rosa y con una medallita de oro colgada al cuello que lleva la imagen protectora de la Virgen María.

# 7

# Clientes: el secreto de la masculinidad

Entre un viaje y otro estaba de vuelta en casa, en Cancún, México. Sentada en el restaurante Puerto Madero disfrutaba de la hermosa vista de la laguna Nichupté

bebiendo una cerveza. Mis dos amigos llegaron juntos y pedimos unos tequilas para celebrar mi regreso. Entrada la sobremesa un mesero se acercó a nosotros con una botella de champán, se inclinó con la botella entre las manos y tras él otro joven trajo consigo tres copas alargadas de cristal para la bebida: «Señora Lydia, se lo manda el señor de la mesa de allá», dijo suavemente el mesero dirigiendo la mirada hacia un hombre. Yo ya había notado que el sujeto en

cuestión llevaba un rato observándonos. Era un tipo alto, fornido, que comía una pieza de carne y bebía vino acompañado por dos jóvenes con atuendos reveladores y tacones de plataforma de acrílico transparente, ambas rubias platinadas y de no más de veinticinco años. El hombre miraba hacia mi mesa con insistencia. Acostumbrada a vivir amenazada de muerte, suelo estar alerta todo el tiempo, particularmente en lugares donde se concentra mucha gente.

«Dígale que gracias, pero no acepto bebidas de desconocidos», respondí. El mesero se puso muy nervioso y en voz aún más baja insistió: «Señora, dice el señor que no acepta que lo rechacen». Miré a los ojos al mesero, mis compañeros de mesa casi en secreto me insistían en que aceptara la botella y me callara la boca, la tensión creció. «Dígale que se lo agradezco, pero que no, muchas gracias.» Con la botella en la mano, el mesero volvió a la mesa del sujeto, que

sospechábamos era algún tipo de mafioso; entonces el tipo me hizo una discreta seña desde la mesa, como un saludo militar poniendo la mano extendida en su frente y moviéndola en semicírculo hacia abajo. Yo simplemente bajé un poco la cabeza y di por terminado el asunto.

La propagación de los cárteles del narcotráfico en mi país ha incrementado el número de hombres implicados en sus redes operativas, por ejemplo la de Los Zetas,

conformados por ex militares del ejército nacional. Estos individuos están en todas partes. En los últimos años han incursionado en el mundo de la alta sociedad, a la que venden protección de la violencia derivada de la «guerra contra el narcotráfico» implementada desde 2006 por el presidente Felipe Calderón. Aquí se ha puesto de manifiesto que la violencia generada por las guerras y las dictaduras acaba favoreciendo a las mafias, que siempre buscan su

reacomodo en negocios legítimos que les permitan expandirse en tiempos de crisis.

Unos minutos después del incidente me dirigí al baño. Cuando salí, el sujeto del champán estaba parado esperándome al lado de un poste. En la distancia, mis amigos me veían. «Mire, señora Cacho, usted es la mujer más valiente de este país, y quiero que sepa que nosotros nos parecemos más de lo que piensa. Los dos estamos en contra de los mismos perversos,

porque hay cosas que están permitidas pero otras que rompen la ley de Dios y del hombre.» Yo lo miraba fijamente a los ojos. Alto y con porte militar, llevaba gafas Armani, un reloj lujoso, pantalones de mezclilla, zapatos italianos y una medalla de oro de la Virgen de Guadalupe colgada en el cuello. El tipo se veía confiado, y, aunque hacía un esfuerzo por usar un lenguaje correcto, hablaba como si lo hiciera del clima: «Si usted me lo permite, yo me encargo de

eliminar al *góber* precioso y al tal Nacif. Hay que limpiar este país de las ratas que tocan a nuestros niños».

Sentí que la sangre se me helaba, el estómago se me contrajo y sólo pude responder que le agradecía su ofrecimiento pero que no creía en la violencia. «No se trata de creer o no, nomás es y ya, no hay vuelta de hoja», dijo convencido. Fijó su mirada en la mía y me dijo que entendía mi desconfianza, pero que él era un hombre de palabra. Un

mesero pasó de cerca y a espaldas del hombre me miró angustiado, sin saber qué hacer, y siguió de frente. «Mire, doña, usted se va a su mesa y si antes de que yo me vaya deja caer la servilleta, pues ya sé que juntos vamos a cuidar a nuestros niños de esos cabrones. Mi palabra es de hombre de ley», insistió. «Le creo, buenas tardes», dije amablemente, fingiendo compostura, y me dirigí a mi mesa.

Mis amigos y algunos conocidos en otras dos mesas estaban

angustiados y no nos quitaron la vista de encima. Me senté y antes de nada les amenacé con evitar, a como diera lugar, que una servilleta de cualquiera de los tres cayera al suelo, y las pusimos en el centro de la mesa como símbolo de nuestro miedo a la violencia mortal. Con las manos heladas y la boca seca tomé un poco de tequila y les conté lo sucedido. Entendimos que el sujeto, un sicario del narcotráfico, estaba ofreciendo asesinar al gobernador Mario Marín y a su

socio Kamel Nacif, quienes en 2005 me torturaron y encarcelaron para intentar que me retractara sobre el contenido de mi libro de investigación sobre la red de pornografía infantil internacional de su cómplice Jean Succar Kuri. Me hice famosa no solamente por sobrevivir, sino porque surgió la evidencia de su complicidad en unas grabaciones impresionantes, a través de las cuales todo el país se enteró de cómo compraban y vendían niñas, hasta de cuatro años,

para el turismo sexual y la pornografía. Los denuncié y llevé el caso hasta la Suprema Corte, donde la corrupción ganó la batalla y quedaron libres ante la indignación de todo México.

Lo que este hombre me ofrecía era la esencia misma de las mafias: el uso de la violencia para la protección. En este caso y de primera mano, pudimos ver la aplicación de la «ética criminal». Confieso que me quedé con la curiosidad, si me hubiera atrevido,

de preguntarle si me ofrecería lo mismo en caso de que, en lugar de niñas y niños pequeñitos, esta red estuviera ejerciendo la trata de mujeres jóvenes como las que estaban en su mesa. Sé muy bien que las redes de tratantes de Cancún, Playa del Carmen y Yucatán subsisten bajo el manto protector de Los Zetas y otros miembros secundarios de los cárteles de la droga ya especializados en el secuestro y la venta de protección empresarial.

Gracias al periodista Misha Glenny descubrí a Diego Gambetta, un profesor de sociología de la Universidad de Oxford que escribió un libro que toda persona que quiera entender el funcionamiento del crimen organizado debe leer: *The Sicilian Mafia: The Business of Private Protection*. En él su autor explica que las mafias utilizan la violencia como un medio y no un fin, como nos han hecho creer durante años las autoridades

policiacas.

Generalmente, se dice que las mafias son la industria de la violencia; Gambetta rebate esa percepción y asegura que en realidad el producto que las mafias venden, a diferentes niveles, es la protección. La violencia es, en mayor o menor medida, un instrumento para asegurar la entrega efectiva de la salvaguardia: ya sea para un tratante local que quiere cubrir la salida de sus esclavas del aeropuerto hasta su bar; para un

narcotraficante colombiano o ecuatoriano que no quiere meterse en las luchas de poder entre un cártel y otro en el paso de su cargamento por México o el Caribe; para un productor de pornografía infantil ruso que está harto de la efectividad de la ciberpolicía inglesa; o para el operador de los nuevos hoteles prostíbulos de las islas del Caribe, como Dr. Nights, Charli’s Angels y otros *resorts* en la República Dominicana, que se han convertido en un oasis de

seguridad legal para turistas europeos y norteamericanos hartos de las leyes contra el consumo de la prostitución y el sexo con menores de dieciocho años.

Las mafias no necesariamente administran de forma directa la industria del sexo (a excepción de los yakuzas), pero sí permiten que ésta se fortalezca y busque nuevos caminos antes de que las leyes logren darle alcance. Debo decir que a lo largo de estos años y en mis diferentes viajes he encontrado

un patrón peculiar de lo que —con mayores estudios de por medio— podría considerarse una nueva raza de mafias hiperespecializadas en la esclavitud humana.

La gran debilidad de las organizaciones civiles que socorren a las víctimas de la trata radica en que las que más ganan son las mafias. Cuando se rescata a las mujeres explotadas, los empresarios que pierden a sus esclavas se ponen a trabajar con sus redes para volver a surtir el

mercado con «carne fresca», como dice un tratante nicaragüense. Comúnmente en setenta y dos horas sus *brokers* ya tienen a las suplentes. El empresario también necesita a la mafia para que le dé protección en caso de que sus víctimas testifiquen, y en el remoto supuesto de que se siga una investigación antes de que entren en acción las redes de corrupción policiaca. Desde luego, las mafias cobran un extra por su intervención en un juzgado. Algunas, como los

yakuzas, cuentan incluso con despachos de abogados especializados en pagar fianzas para empresas opacas como prostíbulos y casinos. Para entender cómo funciona la esclavitud humana, necesitamos aceptar que las mafias son empresas, que la prostitución es una industria y que las mujeres, las niñas y los niños son el producto que se vende.

LAS TÉCNICAS EMPRESARIALES DE

Subo al metro en la estación Ginza, a dos manzanas de mi hotel. Debo transbordar hasta llegar a Kabukicho, la zona roja de Shinjuku donde venden videos de pornografía infantil. Ahí me encontraré con mis fuentes y entraré en contacto con mis entrevistadas.

Concentro mi mirada en un afiche que prohíbe el uso de celulares en los vagones: «Evite molestar a los demás», pide la campaña en

japonés. Al lado del anuncio un hombre de unos cincuenta años va leyendo un libro. Su postura con la espalda recta y los movimientos leves del paso de las hojas me llama la atención. Noto algo en su mano, que observo con cautela mientras él se concentra en el texto. Descubro que la falange del dedo meñique está convertida en un muñón. «¡Yakuza, yubitsume!», pienso. Él me mira, oculta la mano y frunce levemente los labios en señal de desaprobación a mi

intrusión. Miro a mi alrededor: soy la única sorprendida. En Japón los yakuzas son tratados con una combinación de admiración, respeto y miedo.

La yakuza es la mafia tradicional de Japón, fundada desde el siglo XVII y conocida en todo el mundo porque en su modernización no ha perdido las tradiciones ancestrales. Yubitsume es el ritual que llevan a cabo los miembros de la mafia cuando cometen una falta o una traición menor. Este rito consiste en

cortar con una espada o cuchillo de un solo golpe la falangeta o punta del meñique y entregarla al oyabun o alto mando. Tiene su origen en los tiempos en que el sable era el arma de uso corriente entre los yakuzas. Como el dedo meñique resulta indispensable para su manejo, amputárselo significa renunciar al uso experto de la espada y someterse a la idea de que para sobrevivir debe hacer trabajo de grupo y depender de los colegas. Los actos de individualismo no son

bien vistos en la cultura nipona en general y en la mafia yakuza en particular.

Tres mujeres traficadas a Japón me ayudaron a comprender la rapidez con que las redes de tratantes se modernizan y transforman sus técnicas de esclavitud. Rodha la cantante, Carmen y Marcela —forzadas a la prostitución en Tokio— tienen algo en común: las tres lograron salir con vida y con suficientes pruebas (nombres, fechas, direcciones,

tácticas criminales) para inculpar a la mafia yakuza y sus brazos operativos en sus países de origen: Estados Unidos, México y Colombia.

Por desgracia, no sucedió nada, más allá de que las sobrevivientes pasaron por un infierno «legaloide» que duró años, con infinitos interrogatorios y malos tratos institucionales. La estructura quedó intocada, porque las mafias que ofrecen protección son parte de la estructura del Estado, porque las

leyes contra la trata de personas no van de la mano de los cambios culturales y, ante todo, porque el siglo XXI está viviendo un golpe de bumerán ante el feminismo: el sexismo viene de regreso, fortalecido y con nuevas estrategias de mercadotecnia; en realidad, nunca se ha ido en algunos países, simplemente se ha disfrazado de discursos políticamente correctos.

## TÉCNICAS CRIMINALES PARA EL

Cuando en el año 2000 entrevisté a una joven de Bielorrusia que en 1997 fue traficada bajo falsas promesas a México, pude corroborar que sus captores la habían hecho adicta a la morfina. Pequeñas dosis inyectadas con agujas infantiles para diabetes eran entregadas a las mujeres bajo la promesa de que gracias a la «medicinita» no sufrirían. Los sitios para inyectarse resultaban

inconcebibles, porque los tratantes debían asegurarse de que sus «modelos» no mostraran señales de adicción. Los buenos clientes de los prostíbulos VIP van allí porque les aseguran que tendrán mujeres sanas a su disposición.

A principios de la primera década de este siglo comenzaron a surgir libros, series de televisión y reportajes escritos sobre la esclavitud de las mujeres y las técnicas para trasladarlas. El periodista Victor Malarek reveló

pruebas claras en su libro *Las Natashas tristes: esclavas sexuales del siglo* XXI, donde explicó con detalle las estrategias de los traficantes y tratantes que llevaban mujeres de Rusia y países aledaños hacia Estados Unidos. Fue entonces cuando los tratantes de todo el mundo, que funcionan en redes de protección interconectadas, cambiaron sus técnicas. Entendieron que era preciso subirse a la ola de la modernización. Fue así como tratantes y lenones de

diversos países repitieron el mismo discurso de académicos y feministas que defendían el trabajo sexual como la liberalización real de la sexualidad femenina en la economía capitalista. Ya no había que drogarlas, golpearlas ni mantenerlas profundamente aterrorizadas, sólo había que fortalecer la cultura del sexismo, maquillada de sofisticación y riqueza aparente.

Es necesario educarlas en un sistema de premios y castigos,

como me dijo una tratante filipina en Camboya; someterlas a la normalización de la explotación sexual a través de la exposición sistemática a la pornografía; convencerlas de que ellas eligen lo que están haciendo, y recordarles constantemente que su vida no tiene valor y que la perderán si rompen las reglas del juego.

«Difficult choices are still choices» («Las elecciones difíciles todavía son elecciones»), dijo la tratante que se hace llamar

«madrina» por las niñas que controla en su prostíbulo. Ésa es una de las premisas centrales en el debate mundial sobre la prostitución: hay un momento determinado en el que las mujeres de dieciocho años en adelante eligen «libremente» entrar, quedarse y vivir en el ámbito de la prostitución. Las mafias se nutren e incluso se divierten con los réditos que les ofrece esta discusión entre intelectuales y activistas. La argumentación filosófica sobre el

significado de la libertad, de la elección y de la inducción ha pasado a formar parte del discurso de las redes de tratantes. Yo lo escuché de sus propias bocas.

El contraargumento de las abolicionistas se basa, justamente, en la esencia filosófica del concepto de libertad y en la capacidad de las mujeres para tomar decisiones en un contexto cultural de sometimiento y desigualdad profunda. Casi el 60 por ciento de las personas en el

ámbito de la prostitución ingresaron en ella entre los quince y los veintiún años, y lo hicieron bajo engaños, amenazas y coacción. Es importante dejar claro que la industria de la explotación sexual comercial ha sabido abrevar de este debate filosófico, intelectual, económico e incluso religioso. El secreto está en entender que el crimen organizado que compra y vende esclavas sexuales no está conformado por grupos aislados, perdidos y escondidos bajo la

tierra; lo reitero: son miembros activos de una industria, y como tal deben estudiarse. No hay que buscar bajo las piedras, sino entre abogados, dueños de bares, salas de masaje, cantinas y restaurantes, así como investigar a los dueños de productoras de pornografía adulta, empresarios de casinos y propietarios de maquiladoras y hoteles. Todos ellos pagan impuestos: en conjunto, la del sexo es una de las industrias que más dividendos arroja por permisos y

licencias oficiales, captación de turistas e incluso impuestos. Sin embargo, también es el sector en el que se lava más dinero, de la mano del narcotráfico y de las armas.

En su definición más elemental, una industria sería «el conjunto de operaciones materiales ejecutadas para la obtención, transformación o transporte de uno o varios productos que se realiza con ánimo de lucro y que genera puestos de trabajo». Como otras industrias, la esclavitud se potenció gracias a la

liberalización económica global. La explotación sexual es la máxima expresión de la industria de la esclavitud, y toma sus principios del modo de producción capitalista que procura la consecución de un beneficio aumentando los ingresos y disminuyendo los gastos. Si las mujeres o niñas trabajan gratuitamente durante dos años, las ganancias se potencian y los costos se amortizan con rapidez porque el nivel de vida de las esclavas es bajo.

## Bienvenido al nuevo siglo

Hasta principios de la década de 1990 los tratantes dirigían sus redes de manera aislada, aunque siempre con la ayuda de la maquinaria del Estado (policías y servidores públicos corruptos) y de las mafias locales. Conforme se abrieron los mercados y comenzó la era del pánico moral encabezada por el presidente George W. Bush respecto a la trata, los empresarios

de las mafias locales e internacionales encontraron un mercado que precisaba de protección y vinculación global. Esta protección cierra la pinza con aquella que proveen los propios clientes de alto perfil —voluntaria o involuntariamente—, como los agentes de la Interpol filmados en la fiesta con prostitutas en Cancún, o los gobernadores, senadores y magnates que son clientes asiduos de prostíbulos, karaokes y servicios de *escorts*.

Como la industria del turismo, que ha creado una cultura propia, la industria de la esclavitud sexual se alimenta constantemente de los estereotipos más populares que son reafirmados por los clientes alrededor del mundo. En cientos de páginas web encontramos anuncios que llaman a comprar sexo con «las japonesas, geishas silenciosas; las tailandesas, masajistas sumisas; las colombianas, desinhibidas y salvajes; las cubanas, ninfómanas insaciables; las rusas, abiertas a

perversiones; las dominicanas, enamoradizas y tiernas; las *play girls* norteamericanas, amantes del sexo rudo», etcétera.

Mientras las redes criminales se mueven como leopardos, los operadores internacionales contra el crimen son como elefantes viejos y pesados. Una de las diferencias nodales entre el funcionamiento de las redes de tratantes y la operatividad de las instituciones internacionales contra la delincuencia es que las primeras

carecen de burocracias y principios. Son *a*morales. Por lo tanto, cuando alguien en la línea de las redes mafiosas rompe las reglas o las traiciona, simplemente es aniquilado. En la Interpol, por ejemplo, un traidor que se venda debe ser investigado dentro del marco legal, un proceso que probablemente llevará uno o dos años para que el infractor sea sentenciado y pague por su falta. La mafia asesina a sus traidores y en dos horas ya tiene un suplente.

Quizá el secreto está en la declaración que me hizo un proxeneta en Guatemala: «No les tenemos miedo a los polecía [*sic*]. Nada, el miedo es a los jefes, ésos matan sin piedad y saben dónde vive la familia de uno. A los polis se les compra, a los jefes no». Mientras no se abata la corrupción a nivel local, país por país, los acuerdos internacionales contra la trata no quedarán más que en buenas intenciones.

Si algo he aprendido en este

viaje alrededor del mundo es que, al contrario de lo que los grandes especialistas han dicho y escrito, las mafias de tratantes —grandes o pequeñas— tienen reglas operativas muy claras y «códigos de ética», en muchos casos elementales, absurdos, inconsistentes, pero códigos al fin. Las policías de al menos 46 países estudiados para este libro no logran alcanzar los parámetros mínimos de capacitación, conocimiento, operatividad, profesionalidad y

transparencia.

## LA DISTRIBUCIÓN DEL MERCADO

Caminando a medianoche por el barrio de Shibuya en Tokio, nos topamos en medio de la calle con un negro alegre y sonriente que llama nuestra atención. Miro a mis dos acompañantes japonesas, una periodista y una activista de los derechos de las mujeres. Charlamos con él y sutilmente nos ofrece lo

que «necesitemos para ser felices». En inglés nos ofrece grapas y pastillas de metanfetaminas. Le hago una broma y pregunto su origen. Es nigeriano y lo suyo «es dar alegría a las mujeres». Según su versión, lleva cinco años en Tokio, es empresario y se considera un «hombre de la noche». Puede conseguir lo que una mujer necesite, placer incluido en un bar de karaoke donde los jóvenes dan alegría a las mujeres. Terminamos de hablar, se ríe un poco y nos hace

insinuaciones sexuales. Al despedirnos me pregunta de dónde soy, y yo le pido que adivine y me dice: «Colombiana seguro, las morenas más bellas son colombianas». Ése es un rollo desgastado que escucho sistemáticamente en Japón. «¿Qué le recomendarías a una colombiana para que esté tranquila en Tokio?», le pregunto acercándome. Con rostro de predicador responde: «Cuídense de los iraníes, ésos son malos por aquí». Se refiere a que la

mafia iraní es la responsable del mercado de heroína en Tokio. Él y otros nigerianos manejan las drogas sintéticas de la mano de la mafia china, mientras que los yakuzas son los reyes de la trata de mujeres y la prostitución. Las tres mujeres caminamos hacia una tienda, donde encontramos pornografía infantil en cómics y juguetes sexuales acompañados de muñequitas de Hello Kitty, ositos y figurines infantiles.

En la esquina, antes de entrar en

el bar para hablar con los jóvenes que se prostituyen, quedo semiparalizada: como si de una vitrina se tratara, una caseta de la policía está plenamente iluminada con cuatro agentes dentro de ella; en la esquina contraria, cuatro jóvenes colombianas «trabajan la calle» bajo la mirada silente de un guardián tratante. Esta escena ocurre justo seis horas después de que el jefe de la policía japonesa asegurara que en su país la trata de mujeres es prácticamente

inexistente.

Al día siguiente un colega reportero me muestra un informe sobre la ceremonia oficial de la toma de posesión del nuevo padrino de la mafia. El Yamaguchi-gumi —el sindicato más grande de la yakuza— había elegido oficialmente a un nuevo jefe: Kenichi Shinoda, de sesenta y tres años. El acto se realizó en Kobe, un feudo del clan al oeste de Tokio. Asistieron un centenar de jefes del Yamaguchi-gumi y delegados de

grupos afiliados procedentes de todo Japón y, como exige la tradición de la mafia nipona, los cómplices brindaron con tazas de *sake*. Según el informe que posteriormente fue publicado en la prensa nacional, varios policías vestidos de civil patrullaron por los alrededores del cuartel general del grupo criminal durante la entronización de Shinoda.

## LAS CIFRAS EN LA PIEL

Una y otra vez las mujeres y niñas prostituidas que entrevisté me dieron cifras concretas. Ellas no hacen cálculos, están condicionadas a llevar una suma exacta cada noche a su «madrina» o «padrino», un porcentaje a los mafiosos y policías que protegen las calles y los moteles donde tienen sexo. Las estadísticas están marcadas en sus cuerpos, en su memoria.

Las colombianas, mexicanas y rusas que entrevisté en Japón y se prostituyen en las calles,

esclavizadas por deudas millonarias con la mafia yakuza, tienen cuatro clientes en noches malas, seis clientes en las regulares y hasta catorce en las mejores. Una joven colombiana de veintiún años sacó de su bolso una libreta pequeña con un diseño de Hello Kitty en la que apuntaba cuántos clientes había tenido cada noche durante los once meses que llevaba en Tokio. Ansiaba pagar su deuda de 15,000 dólares a su tratante, quien la compró a través de una red

internacional y la hizo traer desde Medellín. Sólo entonces, al pagar su deuda, podría comenzar a juntar dinero para volver a casa. En el tiempo que llevaba como prostituta forzada había tenido sexo con 1,320 hombres. Las niñas de diez años, rescatadas en Pattaya, Tailandia, me narraron que tenían seis o siete clientes de *yum-yum* (sexo oral) todos los días del año. La joven de diecisiete años que huyó de sus tratantes en Ciudad Juárez, al norte de México, tenía hasta 20 clientes

al día, dos terceras partes nacionales y una tercera parte norteamericanos. Había sido forzada a tener sexo 6,570 veces, y sólo el 10 por ciento eran clientes cautivos.

¿Dónde están esos hombres? ¿Saben qué papel desempeñan en esta tragedia mundial? La respuesta es sencilla. Están en sus hogares con sus esposas e hijos, con sus novias o con sus parejas del mismo sexo; en sus empresas respetables y en las iglesias dando o asistiendo a

misa. Están haciendo política en los congresos y senados locales y nacionales. Están al frente de juicios en causas penales y civiles, e investigan historias para los diarios más renombrados. Los clientes de la prostitución, generadores de la creciente oferta de esclavas sexuales, trabajan en escuelas, universidades, como programadores de páginas web y futbolistas, están en todas partes. A la luz del día presumen de las hazañas sexuales con sus amigos, y

las describen en cientos de bitácoras electrónicas en más de 20 idiomas.

Tailandia, Camboya y Japón son los tres países asiáticos donde más se consume la prostitución: el 70 por ciento de los hombres pagan por sexo. Tailandia, a pesar de sus leyes contra la trata y la prostitución forzada, recibe 5.1 millones de turistas sexuales al año, y según ECPAT entre 450,000 y 500,000 hombres locales pagan por tener sexo con adultas y menores de

edad. En Europa, España encabeza la lista de países consumidores de prostitución.

En México, los centros turísticos como Cancún, Playa del Carmen y Acapulco reciben cada vez a más visitantes norteamericanos y canadienses en busca de sexo con mujeres jóvenes, dóciles y obedientes, como pude comprobar en una de mis noches de investigación en los centros nocturnos de Cancún. Mientras dos jóvenes bailarinas se reían

conmigo, un estadounidense de unos cuarenta años nos miraba ansioso por que nos volviéramos hacia él. Enseguida nos acercamos y le preguntamos: «¿Por qué tan solito?». Una de las chicas comenzó a trabajarlo, mientras nosotras nos alejábamos. No pude resistirme y me volví hacia ellos. Le pregunté al hombre qué es lo que más le gustaba de México. «Sus chicas lindas, son calientes y tiernas. Estoy cansado de las norteamericanas, son mandonas y peleoneras, en

cambio las latinas son, no sé…» «¿Obedientes?», pregunté con suavidad. «¡Sí, eso! Las latinas todavía creen en lo sagrado del matrimonio y en el respeto al hombre, ustedes son mujeres de verdad.» Sonreí lo menos falsamente que pude y me fui a la otra esquina del bar.

Dos años después de ese encuentro salió a la venta el libro *The Johns: Sex for Sale and the Men Who Buy It*, de Victor Malarek. En esta investigación por

fin un hombre se atreve a desentrañar los secretos de los clientes de la prostitución. Malarek revela el verdadero rostro de quienes generan el mercado de la esclavitud femenina. Algunos pasajes me recordaron los comentarios de algunos turistas y tratantes: mientras un joven español fumaba un cigarrillo a medianoche, me dijo sin el menor complejo que por ahorrarse el esfuerzo de tratar a una chica de su edad como igual, de hablar con ella en lugar de ligársela

para follar como si fuera una muñeca inflable, él prefería simplemente pagar por tirarse a una que no abriera la boca y le obedeciera. En aquella ocasión me encontraba en la Casa de Campo, el barrio de Madrid donde las prostitutas latinas y africanas trabajan vendiendo sexo bajo la mirada fulminante de sus tratantes y la suave mano protectora de las autoridades.

# 8

# El ejército y la prostitución

Es incuestionable, siempre hay violación sexual en la guerra.

GENERAL GEORGE PATTON, entrevistado durante la Segunda Guerra Mundial

«A» es joven, alto, de cuerpo escultural y tiene sólo veintiséis años. Fue entrenado por el ejército norteamericano para formar parte de un grupo de élite de las fuerzas especiales de combate en Irak. A los dieciocho años lo seleccionaron

por su pasión y conocimiento en sistemas cibernéticos de comunicación. En este momento se encuentra en Texas, sometiéndose a un tratamiento terapéutico por estrés postraumático severo. Ahora, en octubre de 2009, una de las preguntas que se hace para entender sus pesadillas es por qué sus compañeros se atrevieron con tanta crueldad a violar a niñas y mujeres iraquíes, si estaban allí para implementar la paz.

En cambio Jim, originario de

Nueva Jersey, sí sabe qué significa eso. Me siento frente a él en un café de Nueva York. Mientras vierte la crema, el azúcar, y las ve disolverse en la taza, observo su frente y sus mejillas ajadas por el clima y la edad, que no perdonan la delgadez de la tez blanca.

Jim, de sesenta años, está casado, tiene tres nietas y un nieto, y trabaja para una organización no gubernamental en su país natal. Cuando fue soldado en Vietnam se creía un verdadero patriota. La

edad le ha dado sabiduría y ahora se pregunta cómo pudo hacer las cosas que hizo sin siquiera cuestionarse nada:

> Ser soldado es obedecer. Ser patriota es no cuestionar a tus superiores e impedir que tus subordinados lo hagan. Te entrenan para hacer algo absolutamente antinatural: odiar a un pueblo que no conoces, odiarles tanto que seas incapaz de reconocerles como personas. A los niños debes verlos como enemigos potenciales, a las mujeres como objetos o rehenes; es

la única manera en que puedes estar en la guerra sin enloquecer. Despreciando, odiando a los otros. Todo el entrenamiento tiene que ver con desatar tu ira interna, entrar en contacto con ella, con lo más oscuro de tu ser.

El ejército te deshumaniza hasta el cansancio, y esa deshumanización se extiende al resto de tus actividades como hombre. Después de todos estos años de realizar un trabajo personal, de hacer yoga y haberme convertido en un activista por la paz, no me reconozco en ese joven que era yo, pero está en mí. Cuando nos

llevaron por primera vez a Tailandia, el general nos mostró una diapositiva de los burdeles aprobados por el ejército [U. S. *Army approved*]. Las puertas de los burdeles tenían unas calcomanías de una boina verde, lo cual significaba que eran prostitutas conseguidas por el gobierno tailandés, que había recibido fondos del gobierno norteamericano para asegurar que las chicas eran vírgenes y estaban sanas. Todas las veces que estuve en los prostíbulos vimos chicas muy jovencitas. Ningún soldado cuestionaba nada, simplemente las utilizábamos y ya

está. Pero no estamos solos en eso, todos los ejércitos han utilizado la prostitución como una suerte de terapia de relajación para sus soldados. No importa si las chicas lo deseaban o no, o si habían sido secuestradas o no, lo importante era que nosotros gozáramos de nuestros días de descanso y recreación. La fantasía era que ellas se enamoraban de nosotros y nosotros les decíamos lo que fuera necesario para que jugaran a ser nuestras esclavas, no sólo sexuales, ya que también nos daban masajes y hacían que nos sintiéramos los más hombres entre

los hombres.

En 1957, cuando comenzó la guerra de Vietnam, se calcula que había entre 18,000 y 20,000 prostitutas en Tailandia. Después de abrir siete bases militares, el ejército norteamericano invirtió 16 millones de dólares anuales en la economía tailandesa. En 1964 ya había generado una población de 400,000 mujeres en situación de explotación sexual para los soldados. Así, el Pentágono fue

responsable de crear lo que el senador James William Fulbright denominó «los burdeles norteamericanos de Asia».

L a s *comfort women* («las mujeres que dan comodidad o tranquilizan a los hombres», en su traducción literal) se hicieron famosas a partir de que grupos de mujeres en Corea y Japón sacaran a la luz la existencia de campos de prostitución o burdeles militares creados por el ejército japonés durante la Segunda Guerra Mundial.

En ellos se esclavizaron sexualmente entre 150,000 y 200,000 mujeres y adolescentes, en su mayoría originarias de Filipinas, China y Corea; algunas otras fueron traficadas desde Tailandia, Vietnam, Malaisia, Taiwan e Indonesia. El historiador Yoshiaki Yoshimi asegura que el ejército imperial de Japón temía que sus soldados se rebelaran ante la extenuante guerra, y por ello decidió crear los campos de esclavitud sexual con la finalidad

de «apaciguar a los soldados y entretenerlos con mujeres».

En un principio, el ejército contrató a las prostitutas locales y las llevó a un sitio controlado; pero muy pronto se necesitaron más mujeres, pues muchas enfermaban o caían agotadas de atender a tantos soldados. Así que el ejército imperial, por medio de contratistas, anunciaba ofertas de trabajo para enfermeras y servicio de limpieza. Después de reclutarlas, las mujeres eran llevadas por la fuerza para ser

convertidas en esclavas sexuales. Los testimonios de miles de víctimas han sido documentados por historiadoras y grupos de defensa de los derechos humanos. La gran mayoría de los testimonios de las mujeres sometidas en los últimos cincuenta años por diferentes cuerpos militares no hablan de sexo, sino de una forma más profunda de violencia, impregnada de «algún tipo de odio que se demuestra a través de la penetración con el pene o con

objetos, pero también con las palabras y los malos tratos», según una joven de Mozambique de diecisiete años. Los testimonios de los médicos que atendieron a mujeres en Mozambique y en Ruanda revelan una destrucción del cuerpo de las mujeres que resulta inenarrable. Human Rights Watch está entre las organizaciones que ha colaborado en la documentación de los casos.

El 17 de abril de 2007 Yoshimi e Hirofumi Hayashi descubrieron

documentos de los Juicios de Tokio,[1] en los que siete oficiales de la policía militar japonesa Toketai admitieron haber traficado con mujeres para trabajar en burdeles de China, Indochina e Indonesia con el fin de que sirvieran a los soldados nipones. En mayo de ese mismo año se descubrieron los documentos de 1944 que pusieron de manifiesto la estrategia militar de crear campos de explotación sexual masiva. Hasta entonces se había pensado muy poco en cómo el

cine ha explotado la imagen de las geishas y las *comfort women* como guapas jovencitas locamente enamoradas de los soldados norteamericanos, europeos o asiáticos, fascinadas y dispuestas a ser las prostitutas de los valientes soldados. Lo cierto era que las aterrorizadas jóvenes habían presenciado las matanzas de sus padres y hermanos, habían sido violadas y engañadas por esos soldados.

Hollywood y el cine asiático han

desempeñado un papel importante en la idealización de la prostitución forzada en tiempos de guerra. En realidad, Shanghai era el campo de explotación sexual más importante del ejército nipón, mientras que Tailandia y Filipinas lo eran para los ejércitos norteamericanos y europeos. En buena parte del cine y la literatura sobre este tema se han representado escenas en las que los soldados tienen fiestas con hermosas jóvenes asiáticas, bailes y románticos paseos por la playa.

Pero lo cierto es que las sobrevivientes reales han narrado historias de esclavitud, violaciones llevadas a cabo por más de 20 soldados al día, embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual que las mantenían aisladas y castigadas como si ellas fueran las culpables de que los soldados se negaran a usar condones (cuando los había). Miles de esas esclavas sexuales murieron en los campos sin que nadie pudiera reclamar sus cuerpos.

Muchos grandes autores de literatura clásica y contemporánea han colaborado con la idealización de la prostitución como un mero asunto de libertades sexuales.

El juicio moral contra el ejército japonés desde Washington duró muy poco. Se ha demostrado que, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, el gobierno nipón accedió a recibir dinero norteamericano para crear nuevos campos de prostitución forzada, pero en esa ocasión para los ejércitos de

ocupación. En 1945 se fundó la Recreation and Amusement Association (RAA, Asociación de Diversión y Recreación), que era un eufemismo para los campos de esclavas sexuales. Los japoneses y los estadounidenses, a pesar de ser enemigos, fueron capaces de negociar la creación de burdeles con las exigencias de calidad norteamericanas y la finalidad de «proteger a las mujeres japonesas de las urgencias sexuales de los soldados y para preservar la pureza

genética de la raza japonesa, evitando que las violaciones resulten en embarazos», según se consigna en los informes de la posguerra.[2]

En 1946 Eleanor Roosevelt, la primera dama estadounidense, logró ejercer presión para que se prohibiera el uso militar de las *comfort women*. Los informes revelan que en realidad el general Douglas MacArthur tomó la decisión porque más del 50 por ciento de sus soldados tenían

enfermedades de transmisión sexual y su estado de salud afectaba su operatividad. En esos burdeles los empresarios o los tratantes cobraban por adelantado a cada soldado 15 yenes (el equivalente en 1945 a un dólar, y en 2010 a nueve dólares) por una relación sexual. En Filipinas, Camboya y Tailandia, las familias enriquecidas por la prostitución desde esa época mantienen el monopolio del negocio y siguen intocadas por las autoridades de sus países.

A pesar de las pruebas y los testimonios de miles de mujeres que han sido sometidas a campos de esclavitud sexual para militares en Birmania, China, Japón, Filipinas, los Balcanes, e incluso en otros países europeos y latinoamericanos, pocas personas no especializadas entienden las implicaciones que la violencia sexual tiene en la educación militar del mundo entero y, sobre todo, sus posibles consecuencias en las mujeres y niñas de los países en situación de

guerra. Hoy en día, aun con la evidencia de investigaciones como las que ha llevado a cabo Linda Chávez para las Naciones Unidas y de los informes especializados,[3] hay quienes aseguran que a las adolescentes y adultas sometidas a la explotación sexual militar «les gustaba estar allí», «lo hacían por el dinero» o «estaban buscando marido entre los soldados».

En 2007, cuando los gobiernos de Estados Unidos, Canadá, el Reino Unido y la Unión Europea

fustigaron con dureza a Japón para que pidiera perdón públicamente por los campos de trata sexual de mujeres para sus soldados, sin duda se mordieron la lengua por sus propias acciones en los países que durante siglos han conquistado a fuerza de pólvora, esclavitud y violencia sexual. Por supuesto, los gobiernos y los medios se han afanado en impedir que se ponga en evidencia a sus propios ejércitos como actores fundacionales de la esclavitud sexual y la promoción de

la trata de mujeres. Por un lado, 175 países han declarado que están dispuestos a abolir la trata y la explotación y, por otro, ellos mismos han sido los actores principales en prohijar este mal de forma masiva.

## OCULTAR LA REALIDAD BAJO LA ALFOMBRA

Como quien barre la casa y no quiere que el vecino mire la basura

que ha producido y levanta la punta de la alfombra para ocultar la suciedad debajo del tejido, los ejércitos y cuerpos policiacos del mundo han elegido ocultar la filosofía que subyace en los bien documentados casos de trata sexual de mujeres para las tropas de ocupación. Negar la existencia de los hechos, empero, no significa que desaparezcan. La violencia sexual ha sido desde siempre un arma de guerra, y en el siglo XXI ha adoptado nuevas formas de extrema

crueldad y sexismo inusitado. No es casual que muchos expertos en derechos humanos se pregunten cómo pueden los soldados encargarse de luchar contra la trata sexual si ellos mismos son los perpetradores y los clientes; incluso se han documentado casos de miembros de los cuerpos de paz de la ONU involucrados en violaciones de mujeres.

Durante los conflictos armados por la división entre la India y Pakistán, las mujeres eran violadas

y vendidas como esclavas sexuales. Dos años después de la guerra, el 75 por ciento de las víctimas seguían sometidas a los circuitos de compraventa de esclavas sexuales. Muchas de ellas fueron marcadas como las esclavas africanas: con hierro candente, tatuajes y otras señales.[4] Tal como sucede en pleno siglo XXI, las mujeres de aquel entonces no podían volver a casa debido a que sus familiares y comunidades las despreciaban por haber sido «manchadas» por la

virilidad del enemigo. Ya convertidas en prostitutas, muchas de ellas simplemente se quedaron el resto de sus vidas como parias, sólo aceptadas por sus iguales, las otras mujeres violadas, las esclavas sexuales y las intocables. Después de cierta edad, muchas de ellas incursionaron en el negocio de la prostitución: de víctimas se convirtieron en victimarias, de torturadas en torturadoras.

Uno de los temas más abrumadores para los hombres

hindúes de la secta sij era que sus mujeres e hijas fueran violadas por el enemigo, que quedasen embarazadas a causa de esa violación y se creara una raza genética y religiosamente impura. Mientras los japoneses negociaron bajo el mismo principio la creación de prostíbulos, los hombres rurales de ciertas zonas sijs eligieron asesinar a sus mujeres antes de permitir que fueran «mancilladas» por el enemigo.

La violencia sexual se emplea

para demostrar quién manda, quién tiene el poder, pero también y tal vez principalmente, como una forma de venganza contra el otro, porque las mujeres son objetos que pertenecen al enemigo. En una cultura mundial que durante siglos ha considerado a las mujeres como propiedad de los hombres, los soldados queman casas, matan ganado y violan mujeres para demostrar su poder sobre las pertenencias de los enemigos. En ese contexto la prostitución no es

erotismo ni sexualidad, como algunos quisieran creer, es violencia sexualizada y una violación de los derechos humanos de las mujeres y niñas. Si bien es cierto que desde 1994 la violación como instrumento de guerra y colonización está considerada como un crimen de guerra por el Tribunal Penal Internacional, numerosos casos cada vez más dramáticos siguen revelándose en diversos rincones del mundo:

- La violación como táctica de guerra en Bosnia ha sido documentada por una comisión especial de las Naciones Unidas y organizaciones de derechos humanos, que demostraron cómo de 1991 a 1995 los grupos paramilitares serbios alentaron y promovieron la violación de mujeres bosnias musulmanas como estrategia para expulsar a los musulmanes de sus poblados y hogares.
- En África las tropas hutus

violaron a miles de mujeres tutsis durante la guerra genocida encabezada por los hutus en Ruanda en 1994.

• En Chiapas, México, durante el levantamiento zapatista de 1994, los soldados mexicanos violaron a varias mujeres indígenas en las zonas de resistencia de las montañas, para desahogarse y someterlas a la vez. Se lograron registrar 700 violaciones, pero el gobierno mexicano se resistió a reconocerlo como un crimen de

guerra.

• En 1997 decenas de mujeres argelinas acusaron a los rebeldes que peleaban desesperadamente en nombre de la revolución islámica de secuestrarlas y convertirlas en esclavas sexuales.

• En la República del Congo han sido violadas más de 500,000 mujeres, y cientos de hombres también han sufrido violencia sexual en los últimos catorce años de conflicto bélico. De acuerdo con la periodista Caddy Adzuba, la

violencia contra las mujeres se ha convertido en un arma de destrucción masiva.

- En el año 2006 cinco militares norteamericanos violaron a la niña iraquí Abeer Qasim Hamza al-Janabi, de apenas catorce años de edad, a quien asesinaron posteriormente ante sus familiares, entre ellos otra menor de seis años. De acuerdo con los informes oficiales, todos los implicados en este crimen ocurrido en Mahmudiya, cerca de Bagdad, lo

hicieron bajo el efecto de una «desenfrenada orgía de sangre y alcohol». Este caso revela de manera sutil la relación del alcohol como elemento inhibidor de la voluntad de los agresores, así como la violencia que se disimula en un «acto erotizado», con la palabra «orgía» empleada para describir el hecho. Ésta es una constante que se encuentra cada vez que se intenta atenuar las causas de los delitos de violación en casi todo el mundo.

- El 27 de septiembre de 2009 se

dio a conocer que en la Cuarta Brigada de Combate de la Cuarta División de Infantería, ubicada en Fort Carson, Colorado, una decena de sus efectivos fueron arrestados por delitos que van desde el asesinato, el intento de asesinato y los homicidios culposos. Todos ellos sufrían severos daños psicológicos y una «descontrolada propensión a la violencia» desde su retorno de Irak. Una vez que los medios lo hicieron público, al ejército no le quedó más que

admitirlo públicamente. Uno de los soldados, Kenneth Eastridge, que está preso cumpliendo una condena de diez años por ser cómplice de un asesinato, manifestó a un diario norteamericano: «El ejército lo mete en tu cabeza hasta convertirlo en un instinto: matar a todos, matar a todos. Y obedeces. Luego creen que simplemente puedes regresar a casa y parar». Lo mismo sucede con la violencia sexual, las situaciones de guerra normalizan el hecho de que un soldado quiera tener sexo y

sin más salga a buscar a una joven de su gusto y se la adueñe, la compre o la viole. Las declaraciones de Eastridge pusieron de manifiesto el doble discurso de los ejércitos, que en diversos países aseguran que a sus soldados se les entregan folletos para aprender sobre los derechos humanos. Sin embargo, la guerra es justo la antítesis de esos derechos, es la imposición del poder por medio de diversas formas de violencia. La muerte y la violencia

sexual son parte intrínseca de los rituales militares aceptados e inducidos que reivindican la masculinidad y son utilizados por casi todas las culturas para celebrar a los vencedores por encima de los vencidos.

En un estudio realizado en Tailandia entre estudiantes, militares y trabajadores sobre el comercio sexual, se comprobó que los soldados son los clientes más

frecuentes: el 81 por ciento admitieron haber frecuentado en los últimos seis meses un prostíbulo. Los estudiantes admitían haber ido un promedio de dos veces en seis meses y los soldados cinco. Por otra parte, una encuesta entre militares del norte de ese mismo país reveló que el 73 por ciento de los soldados perdieron su virginidad en prostíbulos y el 97 por ciento visitan prostíbulos regularmente.[5]

Los informes sobre el comercio

sexual y la trata de mujeres y niñas demuestran que en general son miembros de las fuerzas del orden, policías y militares quienes protegen a los tratantes y son clientes de prostíbulos a la par que los turistas. ¿Cómo podrían luchar contra algo que a ellos no sólo les parece normal, sino que les beneficia?

Una vez más, descubrimos que las leyes y tratados internacionales no son aplicables si no se han consolidado con las leyes locales

de los países que los firman. La globalización de ciertas leyes es en realidad una fantasía de la ONU. Sólo así puede explicarse que el líder de un país se siente en la ONU, tome el micrófono y predique contra la violencia sexual perpetrada en 1943, mientras su propio ejército, en ese mismo instante, está siguiendo estrategias de guerra con violaciones masivas de las mujeres propiedad de sus enemigos.

La mayoría de los países que han

aprobado leyes contra la trata y la explotación sexual comercial dan entrenamiento técnico sobre la trata de mujeres y niñas a los cuerpos policiacos y agentes de seguridad del Estado (que en varios casos son militares o ex militares), pero no se hace un trabajo de concienciación sobre violencia sexual y masculinidad con los propios policías, agentes de migración y militares que son consumidores y han asumido la prostitución y la violencia contra las mujeres como

algo normal.

## EL TRABAJO SUCIO EN IRAK

La razón por la cual el gobierno japonés pudo negar durante mucho tiempo la existencia de los campos de esclavas sexuales es la misma por la cual el gobierno estadounidense ha negado el papel que ha tenido en Tailandia, Filipinas, Panamá y actualmente en la ocupación de Irak: los burdeles

especiales para los soldados son empresas independientes de contratistas que, como buitres, viven alrededor de los ejércitos para llevar a cabo el trabajo sucio.

John Perkins, autor de *Confesiones de un gángster económico* y de *La historia secreta del imperio americano*, explica claramente cómo los ejércitos se vuelven aliados de corporaciones que hacen los trabajos sucios durante las guerras, siendo uno de ellos el de la captura y la compra

de mujeres y niñas para los prostíbulos militares. Con todo, a partir de 2006, cuando George W. Bush hizo un gran alarde de su ley para abolir la trata de personas en el mundo, el ejército estadounidense se ha visto forzado a manejar con mayor sutileza el periodo llamado *R&R* (*rest and recuperation*, «descanso y recuperación») de sus soldados.

En una serie de reportajes titulada «Pipeline to peril», el diario *Chicago Tribune* publicó

información sobre los canales de tráfico de personas, tanto para el trabajo ilegal como para la explotación sexual:[6] el periodista David Phinney investigó a los contratistas kuwaitíes que trabajaron en la construcción de la nueva embajada norteamericana en la Zona Verde (*Green Zone*) —donde viven los estadounidenses en Bagdad—, y descubrió que también se dedicaban a traficar mujeres y ya habían montado burdeles disfrazados de salones de estética,

restaurantes chinos e incluso uno que aparentaba ser un albergue para mujeres. Las autoridades militares aseguraron que habían prohibido a los soldados pagar por sexo. No obstante, mientras la secretaria de Estado norteamericana, Condoleezza Rice, hacía de líder moral de la abolición de la esclavitud en el mundo, los contratistas —también responsables de la seguridad privada en la Zona Verde y los terrenos aledaños— se anunciaban en internet y algunos

presumían de haber conseguido mujeres de Bielorrusia, China e Irán. En 2005, cuando regresó de Irak, el soldado Patrick Lackatt declaró que en Bagdad podías «tener a una prostituta durante una hora por un dólar». Sin embargo, para los soldados resulta mejor ir a los Emiratos Árabes, ya que en este país las leyes respecto a la prostitución y la trata de mujeres de Asia central y Rusia son muy laxas. Sin duda, el nuevo *R&R* norteamericano está en los grandes

hoteles de Dubai. Algunas jóvenes que entrevisté en Uzbekistán en 2009, que habían sido traficadas para la explotación sexual en los Emiratos Árabes, me hablaron de soldados jóvenes a quienes atendieron bajo las órdenes de sus tratantes.

En su informe de 2005 sobre los Balcanes «Barracas y burdeles», Sarah Mendelson explica que: «Aunque varios programas y protocolos del gobierno norteamericano se han

implementado para disminuir la trata de mujeres, si no son aplicadas las leyes, esto se convierte en un mero ejercicio de relaciones públicas. Las autoridades militares frecuentemente miran hacia otro lado en lo que se refiere a la explotación sexual de las mujeres por parte de militares y contratistas porque quieren subir la moral de sus soldados».

## La violación sexual como castigo y destino

«¿Qué subyace en la violencia sexual? ¿Por qué las mujeres parecen obsesionadas con ese tema? ¿De verdad es tan grave?» Estas preguntas me las hizo un periodista mexicano cuando hablé con él sobre esta investigación. Sus cuestionamientos me hicieron explorar más a fondo cómo se edifican los valores de la sexualidad en la construcción de la

masculinidad. ¿Por qué tan pocos hombres en el mundo, aunque sean sensibles y compasivos, entienden las implicaciones de la violencia sexual?

Las conquistas de pueblos indígenas desde África y Asia hasta Latinoamérica evidencian la colonización de las tierras, de las mujeres y, a fin de cuentas, de la raza. Las conquistas tienen incontables historias de rapto de mujeres. De hecho, buena parte del mestizaje del mundo es producto de

la violencia sexual de los conquistadores. Carolina González, historiadora y feminista chilena, explica por qué se ha normalizado la violencia sexual:

> Para comprender cabalmente las persistencias culturales que legitiman las violencias sobre las mujeres, es fundamental pensar sobre la concepción misma del poder que las sustenta. En ese sentido, es importante orientar la reflexión hacia la sexualidad. Y es que, si bien sabemos que ésta es un producto

cultural, que ha sido entendida y vivida de diferentes maneras a través de la historia, se la sigue comprendiendo como resultado de algo establecido únicamente por la naturaleza —o por «Dios»— y, entonces, como algo normal, universal y atemporal… Inmutable.

La violencia sexual, cuyas principales víctimas han sido las mujeres y los principales victimarios los hombres, evidencia una de las paradojas más brutales de la dominación masculina. Y es que, de una parte, hay una tradición histórica judeocristiana donde el ideal

femenino está marcado por el deber de sumisión y castidad de las mujeres, pero, de otra parte, se insiste en que los hombres ejerzan su masculinidad a través de ellas: las hazañas sexuales de los varones deben ser demostradas ante el resto de la comunidad masculina para reafirmar su virilidad, uno de los ejes constituyentes del ser hombre de verdad.

Muchas veces, los casos de abusos sexuales a mujeres se explican a través del eje de la «virilidad». Se nos ha enseñado que los hombres están naturalmente programados para

ceder a sus «impulsos» sexuales o imposibilitados para rechazarlos. Si bien ese «descontrol» es repudiado públicamente, en la práctica las fronteras entre la percepción de una violencia sexual y una relación consentida son, a veces, difuminadas estratégicamente. Sobre todo cuando son agresiones producidas dentro del hogar o por varones conocidos. Por ende, se termina tolerando la violencia contra las mujeres en general y la sexual en particular, sobre todo en espacios privados.

De manera más amplia todavía, si bien *a priori* la violación es

condenada, también es representada como algo perfectamente posible.

González abunda en cómo desde niñas a las mujeres de todo el mundo se las enseña a vestir de ciertas formas y a no salir sin un hombre que las proteja. Aquí hemos recordado el mismo análisis que hacen las feministas de Irak e Irán sobre los cuerpos tapados de la cabeza a los pies para cubrir el cuerpo provocador:

El cuerpo que tenemos y que somos es sospechoso de producir la violencia que sobre él se puede ejercer. Son estas formas de instalación de temores y culpas propias a las mujeres y que se reflejan en los retraídos gestos «femeninos» que esmerada y meticulosamente debemos ser capaces de incorporar a nuestros hábitos «mujeriles» desde la infancia.

Esta noción del miedo de las mujeres a ser violadas no es producto de la imaginación, sino un

aprendizaje empírico. ¿Bajarían las tasas de violación si se legalizara la prostitución? El simple hecho de que policías, sociólogos, psiquiatras y periodistas hayan dedicado miles de horas de estudio para responder esta pregunta revela que persiste la creencia de que los violadores utilizan a las prostitutas en lugar de abusar de una mujer no reconocida como tal. La experta chilena asegura que

la violencia sexual se convierte,

entonces, en un derecho de los varones, o de algunos varones, un tributo que las mujeres nos arriesgamos a pagar en la sociedad patriarcal. La violencia sexual ha sido ignorada históricamente, a pesar de dejar marcas en el cuerpo y en lo más íntimo de las víctimas y de la sociedad, como en el caso de la tortura. Por ello en sociedades heterosexistas, en las que el mandato del deseo sexual es la relación entre un hombre y una mujer, y en las que las mujeres son menospreciadas por ser tales, la sexualidad ha de ser comprendida como un sistema de

poder. Sistema que se refleja, patente e invisible a la vez, en las violencias sexuales.

## PODER Y MASCULINIDAD

En el discurso de los clientes del comercio sexual hallamos claras constantes, como la práctica de la sexualidad para reafirmar su poder en el mundo y obtener reconocimiento de otros hombres que piensan igual que ellos, como

«hombres de verdad». También encontramos una resistencia de muchos para aceptar los cambios culturales que han surgido a partir del feminismo. El derecho de las mujeres a elegir —cuándo, cómo y si quieren sexo con los hombres— implica para muchos varones de diferentes países una afrenta, llegando incluso a adoptar la falsa idea de que lo único que ellas quieren es ganar poder sobre ellos. Como respuesta a esa lectura errónea, esos hombres ejercen más

violencia contra las mujeres y niñas en el comercio sexual como una manera de reivindicar su hombría o su machismo. El antropólogo Ralph Bolton demostró en su artículo «Machismo en movimiento» —un estudio sobre los valores y las actitudes de un grupo de camioneros peruanos— que el machismo se basa en valores que tienen que ver con las dimensiones del poder, la envidia, la autoglorificación y la sexualidad.[7]

El machismo existe en casi todo

el planeta y no solamente en los países en vías de desarrollo. Lo que he podido descubrir a lo largo de mis cuarenta y siete años, así como en los viajes alrededor del mundo en los que he escuchado a hombres de toda condición para escribir este libro, es que la mayoría son en realidad esclavos de una cultura de la masculinidad que no ha sido cuestionada ni por ellos mismos, pero tampoco por los que detentan el poder para impulsar transformaciones culturales, tales

como los líderes religiosos o los editores de medios electrónicos y prensa escrita. Directores, guionistas y productores de cine y televisión perpetúan en mayor o menor medida los valores del machismo y la violencia sexual, que siempre se manifiesta de manera sutil o evidente. Incluso la propia Academia, en términos generales, no ha sido capaz de revisar sus valores patriarcales, sus reivindicaciones de roles y conductas de género.

Las élites intelectuales y políticas dialogan entre ellas, imponiendo una sola forma de pensar. Así, las diversas culturas asumen los valores de los más poderosos y los incorporan a sus propios valores tradicionales. Sólo así puedo explicarme por qué en Filipinas hay toda una generación de niñas de doce a dieciséis años —educadas por mujeres que hace treinta años fueron forzadas a la prostitución en un proceso de colonización— que han crecido en

un entorno hostil donde se da por hecho que las mujeres nacen para ser violadas y vendidas. O por qué las 23 niñas que entrevisté en Vietnam —de entre las 200,000 esclavas sexuales que hay actualmente—, cuyos padres están sometidos al vicio de las cartas y las apuestas callejeras, en la adolescencia no encuentran ninguna otra salida para mantener a su familia que aceptar un par de dólares de un holandés que controla a grupos de chiquillas para la

prostitución. Ellas vuelven a casa a dormir cada noche, y cada mañana son enviadas por sus padres a ver al Dutch, en espera de que vuelvan con más dinero. Su tratante sabe que no tienen opciones, así que no necesita tomarse la molestia de conseguirles cama y comida, o de encerrarlas. Sus aliados son la pobreza y la cultura de la normalización de la prostitución y la violencia sexual contra mujeres y niñas, que comenzó con la guerra y siguió después de que los soldados

extranjeros dejaran el territorio.

En los ejércitos se entrena a los soldados para no ser cobardes o sentimentales, es decir, para no expresar emociones de «mariquitas», «putos» o «viejas». Constantemente se les exige que demuestren que no son mujeres, sino hombres. Con la llegada de las mujeres al ejército en diferentes países —criticada por los sectores más conservadores—, las mismas prácticas se aplican a ellas: han de masculinizarse para ser buenas

soldados. También ellas deben pasar la prueba, como han demostrado las decenas de denuncias de mujeres piloto, marineras y tenientes que fueron violadas por sus colegas soldados en el ejército y la armada norteamericana: aunque sean soldados siguen siendo vistas como objetos sexuales, como inferiores, particularmente en un ambiente que promueve las formas más tradicionales de la masculinidad machista, sexista, violenta y carente

de sensibilidad. Aunque no en todos los militares del mundo se verifican estas características, los más poderosos son aquellos que afianzan y reproducen los valores patriarcales violentos y misóginos. El entrenamiento militar consiste en desarticular la empatía hacia el dolor ajeno, y eso hace que la prostitución sea perfecta para entretenerlos: su principio es justamente evitar vínculos de cualquier tipo, más allá de los genitales.

En el contexto de desensibilización de los soldados, se les expone a los encuentros sexuales, ya sea por violación o en burdeles, como el único espacio en que tienen derecho a expresar sus emociones. Ellos mismos, según las anécdotas en recuentos de veteranos de guerra, se convencen de que las niñas de quince o dieciséis años camboyanas, filipinas, peruanas o salvadoreñas que «les tocaron» están allí por gusto, que «se enamoraron de ellos» porque «les

gustan los soldados» o que en definitiva «nacieron para ser putas». Ciertamente, el ejército desempeña un papel importante en la formación de sus soldados, en el fortalecimiento de los valores sexistas y de cosificación de las personas, pero hay otro factor que casi siempre se ignora: el que juega cada individuo al elegir la violencia sexual como parte de su personalidad. Las estadísticas de los soldados que consumen sexo comercial en el mundo hablan por

sí mismas. Luego de la guerra, más allá del campo de batalla, siguen eligiendo ir con mujeres en situación de vulnerabilidad, donde ellos mandan y controlan la situación al pagar por obediencia y sumisión. Ken Franzblau, que ha rastreado la explotación sexual de las mujeres desde su organización neoyorquina Equality Now, asegura que la violación se extiende en la guerra por su efecto devastador, particularmente en las comunidades religiosas donde la virginidad y la

fidelidad de la mujer son la fachada principal de esa sociedad. Franzblau afirma que la violación es una granada psicológica arrojada en medio de la vida cotidiana para provocar el máximo terror posible.

Kathryn Farr, investigadora y profesora emérita de sociología de la Universidad de Portland, autora de diversas investigaciones sobre la trata sexual de mujeres y niñas, asegura que la «violación militar y la esclavitud sexual se sostienen, al menos indirectamente, por un

sistema patriarcal dentro de todas las culturas, el cual legitima el control sexual sobre las mujeres, así como el acceso que a ellas se puede tener. Una parte importante de ese sistema lo conforman las principales religiones del mundo, que han tenido un tremendo impacto en la construcción del pensamiento social a lo largo de la historia y son referentes para reafirmar las normas y reglas sociales en lo que se refiere al comportamiento y las relaciones entre el género

masculino y el femenino».[8]

# 9

# Lavado de dinero

Los chicos malos ya no roban bancos, ahora los compran.

JEFFREY ROBINSON, *The*

Siempre me ha llamado la atención la expresión *offshore*, una manera linda de nombrar lo que está más allá de las costas, más allá de las leyes locales, acaso en una isla del Caribe o en algún país con estrictos niveles de confidencialidad en su sistema bancario. Un caso ejemplar de estos lugares donde se ejercen las finanzas *offshore* son las islas Caimán, un territorio británico situado al sur de Cuba y al noroeste

de Jamaica que esconde tesoros no solamente en el fondo del mar, sino tierra adentro. Para los que lavan dinero representa la región sagrada donde pueden encubrir las ganancias de la venta de drogas, armas y personas. Allí, como en otros paraísos fiscales, circulan bajo el radiante sol, entre yates y hoteles de lujo, los impuestos ocultados al Estado, las fortunas producto de la especulación en bienes raíces y el capital de todo tipo de políticos que han decidido

abrir sus cuentas en bancos fiables y capaces de producir intereses sobre un dinero conseguido ilegalmente.

Muchas veces he tenido curiosidad acerca de los métodos que las autoridades emplean para calcular cuánto dinero ganan, producen y hacen circular las grandes mafias. La primera vez que un agente de la DEA me dijo, mientras lo entrevistaba en la ciudad de México, que los traficantes de drogas ganaban

*tantos* miles de millones de dólares al año, ingenuamente le pregunté por qué no congelaban sus cuentas, por qué no investigaban a los bancos suizos, a los de las Bahamas y las islas Caimán, así como sus acciones en Wall Street. Me explicó que el sistema bancario internacional sí cuenta con reglas claras, pero que las investigaciones sobre el lavado dependen en gran medida de la buena voluntad de los banqueros. En casi todo el mundo la cifra promedio que se puede

depositar sin necesidad de investigar el origen de los recursos es de 10,000 dólares. Personas como los propios banqueros, los vendedores de automóviles, los inversionistas de la Bolsa o los propietarios de casinos y bienes raíces deben informar a las autoridades de cualquier «cliente sospechoso» que intente pagar en efectivo, pero rara vez lo hacen. El poder del dinero es mayor que el de la ética, según el agente antidroga. Lo cierto es que hay negocios

nacidos *ex profeso* para lavar dinero, como los casinos.

La respuesta del agente sembró en mí la obsesión por entender cómo funciona en realidad el lavado de dinero y por qué las autoridades de los países más poderosos juegan a la gallinita ciega con bancos en los que circulan capitales negros. En la década de 1980 el caso Irán-Contra en Estados Unidos demostró que la CIA desviaba y lavaba dinero en bancos dudosos para las

operaciones de guerra sucia que el Pentágono llevaba a cabo con el fin de controlar a otros países o territorios. «La policía del mundo», como se hace llamar ese país de América del Norte, comete sus propios delitos internacionales de lavado de dinero, en asuntos convenientemente etiquetados como de seguridad nacional. Sin embargo, el gobierno estadounidense es el más exigente cuando se trata de investigar a las mafias y a otras naciones.

¿Cómo se mueven a grandes rasgos los mecanismos del lavado de dinero? Imaginemos el caso de un argentino que es propietario de prostíbulos y bares en su país, México y Florida. En los dos primeros sitios explota a mujeres con deudas bianuales y en Florida tiene dos restaurantes a nombre de su esposa, en los cuales no aceptan tarjetas de crédito, sólo dinero en efectivo. Este empresario necesita lavar su dinero, así que habla con su representante legal, y éste a su

vez contacta con un banco en Suiza.

Sentados en una elegante oficina, ambos vestidos con traje oscuro, camisa blanca y corbatas Hugo Boss y Armani, respectivamente, el abogado del tratante y un agente del banco hablan sobre la importancia de tener clientes distinguidos en su cartera. Sonríen. A continuación el agente le entrega al abogado un documento oficial que dice lo siguiente:

Los banqueros suizos tienen la

obligación de mantener de un modo estrictamente confidencial cualquier información sobre usted o su cuenta.

Este secreto bancario se encuentra entre los más estrictos del mundo y tiene su origen en una antigua tradición histórica. Está establecido en la legislación suiza. Cualquier banquero que revele información sobre usted sin su consentimiento, se arriesga a pasar varios meses en prisión.

Las únicas excepciones a esta norma están relacionadas con delitos graves como el contrabando de armas o el tráfico de drogas.

El secreto bancario no se levanta por la evasión de impuestos. Esto se debe al hecho de que no declarar unos ingresos o unos activos no se considera un delito en Suiza. Así pues, ni el gobierno suizo, ni cualquier otro gobierno, puede obtener información sobre su cuenta bancaria. Primero han de convencer a un juez suizo de que ha cometido un delito grave que puede ser penado por el código penal suizo.

El secreto bancario no se levantará por cuestiones privadas como la herencia o el divorcio si ha mantenido su información bancaria

de un modo estrictamente confidencial. Los demandantes son los que han de demostrar que la cuenta existe si desean que un juez acepte la demanda. A este respecto, las cuentas numeradas ofrecen el grado máximo de confidencialidad.

El abogado no miente cuando le asegura al agente que no hay manera de que a su cliente se le finquen responsabilidades por la venta de drogas, armas o por financiar el terrorismo. Él simplemente se limita a comprar, explotar y vender

mujeres de entre diecisiete y veinticinco años para el comercio sexual.

Las cuentas numeradas son aquellas que carecen del nombre de su propietario. Todo se maneja a través de claves. El saldo mínimo para tener una cuenta numerada y protegida bajo estricto secreto bancario es de 250,000 francos suizos (aproximadamente 237,000 dólares). El banquero le explica al representante legal del tratante que, según las regulaciones de la Unión

Europea y de la ONU en contra del lavado de dinero, el cliente debe identificarse oficialmente en el banco aunque al final la cuenta se archive con un código numérico. El abogado sabe que su cliente no sólo consigue pasaportes reales y falsos para las mujeres que pone en venta en sus prostíbulos, sino que él mismo cuenta con cuatro pasaportes: uno mexicano, uno argentino, uno venezolano y otro italiano; todos tienen sellos oficiales y la misma fotografía,

aunque ostentan diferentes nombres. Como respaldo, el tratante también posee una licencia de conducir del estado de Florida, que es legal pero está elaborada a partir de los datos de un pasaporte falso.

John Christensen es un ex banquero que en algún momento se descubrió operando las cuentas secretas *offshore* de políticos y mafiosos. Un día se atrevió a revelar con todo lujo de detalles cómo funciona el

doble discurso sobre el dinero negro y por qué el lavado de dinero de los bancos es tan exitoso. Gracias a él pude dirigirme al lugar correcto para indagar acerca del dinero de los vendedores de esclavas.

Otros expertos también han arrojado luz sobre este tema. Muchas veces llevo mi Biblia bajo el brazo, pero no la de los Evangelios cristianos, sino el libro más importante que se ha escrito en el mundo para explicar el lavado de

dinero, *The Laundrymen*, cuyo autor es Jeffrey Robinson. Cuando lo descubrí en 1998, entendí que el fenómeno del lavado de dinero no se puede explicar si ignoramos sus orígenes. Después del cambio de divisas y de la industria petrolera, el lavado de dinero es el tercer negocio más exitoso del mundo. Se calcula que en 2009 se lavaron en el mundo 1,000 trillones de dólares, el equivalente al 6 por ciento del producto interior bruto de Estados Unidos.

Los poderosos son los que han puesto el ejemplo. Así como en el siglo XIX la reina Victoria se transformó en una influyente traficante de opio chino para fortalecer su reino ante la estrepitosa caída del mercado negrero, en el XX el presidente estadounidense Richard Nixon y su equipo elaboraron estrategias de lavado de dinero en cuentas *offshore* para financiar la campaña de reelección. El fiscal general John N. Mitchell y el secretario de

Comercio Maurice Stans eran parte del comité de reelección de Nixon (CRP, por sus siglas en inglés). Ellos fueron los que orquestaron un impecable sistema de lavado de dinero que hasta la fecha centenares de políticos, empresarios y delincuentes continúan reproduciendo. Por supuesto, las grandes y pequeñas mafias de tratantes de personas también han aprendido de ese modelo y sus vericuetos:

Cuando Mitchell y Stans consiguieron que American Airlines donara 100,000 dólares a la campaña, George Spater, entonces director ejecutivo de la línea aérea, se enfrentó al dilema de cómo transferir fondos corporativos sin dejar huella. Entonces logró que la compañía libanesa Amarco entregara una factura fraudulenta por una comisión sobre refacciones vendidas a Middle East Airlines. American Airlines pagó a Amarco, ésta depositó el dinero en un banco suizo y posteriormente transfirió los 100,000 dólares a su cuenta de

Nueva York, de donde retiró la cantidad en efectivo y la entregó en mano a Spater, quien su vez se lo dio a Mitchell y Stans.

Así es como el autor de *The Laundrymen* describe cada una de las transacciones de las líneas aéreas y grandes empresas norteamericanas que descubrieron nuevas vías para escapar de la mirada de la ley. Después de todo, estos empresarios estaban aportando a la democracia electoral del país que se erigía como la

policía del mundo. El mismo Robinson nos recuerda la famosa cita de Nixon durante el escándalo del Watergate: «Cuando lo hace el presidente, no es ilegal». Sin duda, esta doble moral de los gobiernos es la que ha nutrido la constante renovación de las tácticas para lavar capitales.

De acuerdo con *The Laundrymen*, existen cuatro factores centrales en el lavado de dinero, y hasta 2010 siguen vigentes:

1. Siempre debe mantenerse oculto el nombre del propietario del dinero; el capital no se podría lavar si se sabe de dónde sale y en manos de quién termina.

2. El cine nos ha hecho creer que en un maletín cabe un millón de dólares, pero eso no es cierto. Aunque los billetes sean de alta denominación, amontonados y apretados podrían hacer una columna de dos metros con un peso considerable. Por ello la regla número dos consiste en cambiar la

forma para que el dinero se mueva sin ser detectado.

3. El proceso de lavado debe ser tan oscuro como sea posible, de tal forma que nadie pueda seguir los pasos de principio a fin.

4. El cuarto factor consiste en arreglárselas para que el interesado tenga control sobre el lavador, ya que en caso de que intentaran robárselo, el propietario original no podría hacer un reclamo legal sobre un dinero aparentemente inexistente para las autoridades.

Toda la gente que participa en el lavado —banqueros, abogados, contadores y administradores— sabe o sospecha cuándo hay dinero negro en alguna operación. Por eso los empresarios, los criminales menores o los políticos que lavan capitales necesitan protección. Y esa defensa contra cualquiera que intente engañar, robar o romper las reglas del juego es proporcionada por la compleja estructura de las mafias.

En casa, usted sabe que para dejar la ropa como nueva necesita prelavar, lavar, secar y planchar. Pues bien, los expertos en lavado de dinero precisan de una cantidad similar de pasos para *consolidar* su efectivo.

Veamos un ejemplo: un productor de pornografía infantil a quien investigué en México requería lavar un millón de dólares que había obtenido como ganancia en efectivo de sus negocios de producción de

videos, así como de turismo sexual, en los que cobraba 2,000 dólares por cada relación sexual de una adolescente de trece años con un político o empresario turista. El sujeto tenía un restaurante en el aeropuerto, una joyería en un hotel de cinco estrellas y un hotel frente al mar. Para consolidar el dinero (que no podría llevar en efectivo dentro de una maleta) cambiaba una parte en cheques de viajero de American Express a nombre de él; su esposa, tres de sus hijos y su

administradora canjeaban otra parte en cheques de viajero Visa en diversos bancos. En las casas de cambio locales, su chofer, identificado como un guía turístico, compraba 500 euros cada tercer día. Otra parte la enviaba en dosis medianas de dinero rápido (Western Union, Banco Azteca, etcétera) a Los Ángeles, Arizona y Miami, donde sus socios recogían el dinero. Una cantidad más la reciclaba en su propio hotel, con huéspedes fantasmas. Según sus

vecinos, las habitaciones frente al mar permanecían vacías durante largas temporadas; sin embargo, el libro de reservas siempre estaba ocupado con clientes como John Jefferson o Jane Jackson, quienes casualmente pagaban en efectivo. En treinta días, con una ocupación total de 25 habitaciones, a razón de 400 dólares diarios, reciclaba 300,000 dólares.

Este delincuente transportaba con fines de explotación sexual a jóvenes desde Arizona, Miami, El

Salvador y Venezuela hacia Cancún. Todas compraban sus boletos de avión en primera clase en la agencia de viajes de un socio del tratante, y pagaban a la misma el alojamiento en las suites de un hotel que era propiedad del productor de pornografía infantil.

El efectivo que era producto de un negocio ilícito se depositaba en cuentas bancarias de Los Ángeles como dinero limpio. Con estos procedimientos «caseros», en cuatro meses el millón de dólares

estaba reubicado y las ganancias pasaban como lícitas.

Por si lo anterior fuera poco, otro socio, propietario de casinos y maquiladoras de ropa, le hizo dos préstamos al tratante por un millón y medio de dólares cada uno para que remodelara su hotel. El respaldo de esos préstamos estaba en un banco de Hong Kong, al cual iba pagando poco a poco, con los ingresos del hotel.

Otro tratante mexicano —asociado con un poderoso político que ha fungido como asesor de tres presidentes, como responsable del espionaje del Estado y como congresista— logró lavar más de 50 millones de dólares a través de bienes raíces. Este sujeto compró un megayate que se hundió frente a las costas de Belice y se declaró pérdida total. Dos años después, cuando la aseguradora repuso una parte del precio del yate, los propietarios ya tenían dinero limpio

en su cuenta bancaria. En México la Subprocuraduría de Investigación Especializada en Delincuencia Organizada (SIEDO) cuenta con esa información, pero argumenta que no puede demostrar cabalmente de dónde surgió el dinero original, razón por la cual el personaje ha quedado intocado. Sus hijos y su esposa tienen una gran cantidad de propiedades en la Riviera Maya, pero se desconoce la procedencia de los recursos que usaron para comprarlas.

## LA PAJA EN EL OJO AJENO

A principios de 2009 el gobierno estadounidense, a través de su Servicio de Impuestos Internos (IRS, por sus siglas en inglés), exigió a varios bancos suizos que revelaran los nombres de una serie de clientes que habían cometido enormes fraudes fiscales de evasión de impuestos, según investigaciones del FBI. El golpe fue brutal para la banca suiza: sus clientes se

sentirían más vulnerables que nunca si aceptaba semejante cooperación con el IRS.

Después de largas negociaciones diplomáticas, en algunos casos sí se accedió a revelar la propiedad de las cuentas bancarias. En aquel momento Washington hizo grandes aspavientos sobre la inmoralidad de la banca suiza, pero lo que no dijo a la comunidad internacional es que el sistema norteamericano de bancos centrales especializados en transferencias internacionales es

también uno de los grandes responsables de la inestabilidad económica mundial. Éste es un señalamiento clave que ha hecho James Petras, profesor de sociología de la Universidad de Binghamton en Nueva York. El alcance de las transferencias para consolidar el dinero en pequeños bancos *offshore*, el lavado que se realiza en los bancos centrales de ambos lados del Atlántico, así como la complicidad de los gobiernos, sugiere que la dinámica

de crecimiento de las naciones poderosas está íntimamente relacionada con una forma de capitalismo construido alrededor del pillaje, la criminalidad y la corrupción.

Los europeos no son los enemigos de la honestidad estadounidense, sino sus competidores en el manejo de dinero negro. Por un lado, las grandes empresas norteamericanas moralizan y fustigan la corrupción y, por otro, se nutren de sus jugosos

dividendos. Un caso paradigmático es el escándalo de Citibank. Hace casi diez años las investigaciones del Congreso estadounidense demostraron que Citibank proveyó servicios de lavado de dinero por casi 400 millones de dólares a por lo menos cuatro políticos corruptos: Raúl Salinas —hermano del ex presidente mexicano Carlos Salinas —, entre 80 y 100 millones; Asif Ali Zardari —esposo de la ex primera ministra de Pakistán—, 40 millones; El Hadj Omar Bongo —

dictador de Gabón—, 130 millones; y finalmente los hijos del general Abacha —ex dictador de Nigeria— lavaron a través de ese banco la escandalosa cantidad de 110 millones de dólares.

## CIERRAN PUERTAS, ABREN VENTANAS

En febrero de 2010 circuló en los principales diarios de México y Estados Unidos una nota de Jonathan Stempel: Western Union

Co. acordaba pagar 94 millones de dólares para resolver una investigación de una década por supuesto lavado de dinero ilegal en México, en el que estaban involucradas transferencias de dinero realizadas por la empresa. Los investigadores federales creen que entre 18,000 millones y 39,000 millones de dólares son transferidos ilegalmente cada año a México desde Estados Unidos.

El fiscal general de Arizona, Terry Goddard, cuyo estado lideró

la investigación, dijo en un comunicado: «Éste es un gran paso en nuestra capacidad para tomar medidas firmes sobre los cárteles de la droga y el crimen fronterizo organizado. […] Atacar el flujo de fondos ilícitos desde Estados Unidos a los cárteles de contrabando en México es nuestra meta para aplastar a los cárteles». El acuerdo refleja el compromiso de la empresa «en asegurar que sus servicios no sean utilizados abusivamente por personas

involucradas en la actividad criminal, y en la ampliación de la lucha contra la actividad ilegal en toda la frontera de Estados Unidos con México», dijo Western Union entonando el *mea culpa*.

La «conciliación» requiere que Western Union desembolse 50 millones de dólares para establecer y financiar una alianza contra el lavado de dinero en la frontera sudoeste de Estados Unidos, la cual ayudará al cumplimiento de la ley en los estados fronterizos que

persiguen el blanqueo de capitales, el contrabando de armas y las actividades criminales relacionadas. Además, Western Union invertirá 19 millones de dólares para actualizar su programa contra el lavado de dinero, proveerá 4 millones para el monitoreo, y pagará 21 millones para cubrir los costos de la investigación de Arizona.

Quitarle 50 millones de dólares a Western Union fue como quitarle un pelo a un gato de angora. Esta

empresa —subsidiaria de First Data Corporation—, cuya central internacional está en Nueva Jersey, cuenta con 3,500 bancos en 240 países, y mueve más de 5,000 millones de dólares anuales. En el sudeste asiático, estos servicios financieros, así como los de sus equivalentes hindúes y africanos, son los medios ideales para los tratantes de mujeres y niñas que cada día transfieren dinero proveniente del turismo sexual y la prostitución forzada.

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York constituyen un hito en la lucha contra el terrorismo e incidieron a nivel mundial en la adopción de políticas contra el lavado de dinero.[1] De resultas del trágico acontecimiento, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó la resolución 1373 por medio de la cual se exhortó a los estados a «encontrar medios para intensificar y agilizar el

intercambio de información operacional». Además, hizo énfasis en «la estrecha conexión que existe entre el terrorismo internacional y la delincuencia organizada transnacional, las drogas ilícitas, el blanqueo de capitales» y otras formas criminales. Asimismo se acordó que el Grupo de Acción Financiera Internacional (GAFI) ofrecería su experiencia para luchar contra el blanqueo de activos y la financiación del terrorismo. Este organismo se creó en 1989 durante

una cumbre del G-7 en París. Vale decir que entre esas siete naciones más industrializadas del mundo se encuentran los bancos que prácticamente inventaron las cuentas secretas.

Es innegable que en el seno de la ONU existen individuos que creen fervientemente en la posibilidad de erradicar el lavado de dinero; sin embargo, hasta ahora son una especie de pequeños héroes con arco y flecha luchando contra enormes dragones financieros,

dueños de la aplastante maquinaria que ha prohijado un capitalismo salvaje y dogmático.

Las autoridades cierran una puerta y las mafias abren una ventana, ayudadas por las empresas financieras. Los acuerdos internacionales contra el lavado de dinero tienen las mismas debilidades que los acuerdos contra el narcotráfico y la trata de personas: las leyes internas se anteponen y muchas veces se contraponen a los tratados globales.

La corrupción de los aparatos de justicia, políticos y financieros impiden la transparencia: algunas industrias difícilmente sobrevivirían sin el flujo generado por el blanqueo de capitales.

Está claro que el lavado de dinero, además de darse por medio del sistema financiero, utiliza canales no financieros mediante operaciones en efectivo, con la intención de que éstas no sean detectables. A nivel mundial, las autoridades saben muy bien que

debe existir un seguimiento puntual de las actividades de ciertos giros y empresas particulares que puedan ser utilizadas para lavar capitales. En México, por ejemplo, desde enero de 2006 las actividades desarrolladas por inmobiliarias y servicios profesionales como abogados, notarios y contadores, entre otros, fueron incorporados al régimen de prevención, detección y combate de conductas relacionadas con el blanqueo de activos mediante la obligación de informar

al Servicio de Administración Tributaria (SAT) sobre las contraprestaciones recibidas en efectivo en moneda nacional o extranjera, así como en piezas de oro y plata, cuyo monto sea superior a 10,000 dólares. De igual forma, se incluyeron las actividades de todos aquellos internacionalmente identificados como *gatekeepers* («negocios fachada»): casinos, comerciantes dedicados a la compraventa de metales y piedras preciosas,

comerciantes de arte, subastas, casas de empeño y asociaciones de beneficencia.

Lo más destacado es la extensión de dichas obligaciones, mediante los ingresos, tanto a notarios, abogados y contadores con el fin de que éstos informen, en virtud de estar en una posición única para la identificación de criminales. Desde luego éste es un tema delicado, ya que, según abogados y banqueros, pone en riesgo la confidencialidad de la relación profesional entre el

prestador de servicios y los clientes, que siempre pueden encontrar vacíos legales para defenderse.

## LAS DROGAS Y LAS MUJERES: EL MERCADO MUNDIAL

Desde Costa Rica hasta Estados Unidos, desde Rusia hasta Japón, desde Vietnam hasta Qatar, escuché el mismo razonamiento: la explotación sexual comercial es un

asunto no de placer, sino de dinero.

La globalización ha permitido la creación de un mercado para el cual hay una oferta y una demanda inagotables. Bajo el mismo principio del negocio de las drogas, la esclavitud humana aumenta y quizá seguirá creciendo hasta superar la venta de narcóticos, por el simple hecho de que hay comunidades enteras y países que dependen del turismo sexual y de la trata y el sexo comercial.

El paralelismo de la trata de

mujeres, niñas y niños para fines sexuales con el negocio del narcotráfico va más allá de que los tratantes utilicen las rutas de los narcos y que éstos hayan incursionado en el negocio del sexo comercial, desde hace décadas, con bares, cantinas, prostíbulos y casinos, además de especializarse en brindar protección a ciertos grupos. La principal similitud reside en el tipo de economía local que promueven.

En muchos países la gente se

pregunta quién va a convencer a un adolescente de clase media baja de que si estudia afanosamente puede llegar a trabajar en una empresa que le pagará entre 3 y 11 dólares la hora, si vendiendo crack o heroína en la escuela o en su barrio puede llegar a ganar desde 100 hasta 2,000 dólares a la semana. La respuesta es nadie.

La economía de las drogas se sostiene gracias a los exportadores que generan el consumo, los adictos que dan estabilidad al mercado, los

narcomenudistas que lo popularizan y expanden, así como a los bancos y empresas dispuestas a lavar ese dinero para convertirlo en parte del flujo económico legal. En la trata para fines de explotación sexual sucede algo parecido. Según la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, por sus siglas en inglés), en su Informe Mundial sobre la Trata de Personas, recabado en 155 países, el 79 por ciento de la trata tiene como finalidad la explotación

sexual. Cada vez más mujeres en situación de pobreza, hambre y desigualdad entran en el comercio sexual.

## La madame de Hollywood

En 1987 Heidi Fleiss, una californiana de veintidós años, conoció a madame Alex, una mujer de sesenta años originaria de Filipinas que había amasado una fortuna derivada de la prostitución

ilegal y era considerada la proxeneta más poderosa de California.

Alex contrató a Heidi, que trabajó durante un corto periodo como prostituta pero rápidamente se convirtió en asistenta de la madame. En 1990 Fleiss se independizó y llegó a dirigir la red de prostitución más cotizada del sur de Estados Unidos. Por una noche con una de sus «chicas especiales» la tratante cobraba hasta 10,000 dólares. Ellas recibían el 40 por

ciento de comisión por cada trabajo.

Fleiss estaba registrada en Hacienda como agente de bienes raíces. En 1992 declaró al IRS ganancias por 33,000 dólares, si bien compró la casa de Michael Douglas, valorada en 1.6 millones de dólares. Las autoridades conocían perfectamente su negocio, pero la señora resultaba intocable. Arrestarla significaba abrir la caja de Pandora y revelar nombres de actores, empresarios y políticos

poderosísimos. Naturalmente, la madame contaba con una sólida red de protección política y policiaca. En 1995 el FBI y el sheriff local la arrestaron al contratar a varias prostitutas y pedirles que llevaran consigo cocaína. Fleiss fue sentenciada a tres años de prisión por lavado de dinero y evasión de impuestos.

Esta mujer se convirtió en un ejemplo para los proxenetas por la forma en que lavó los millones de dólares que había obtenido en el

negocio. Las cuentas bancarias a nombre de sus familiares, las reinversiones en bienes raíces y los préstamos bancarios le permitieron manejar de tal forma su riqueza que al salir de prisión se declaró en bancarrota y en un par de meses ya conducía un Porsche y vivía en una mansión. Ella siempre argumentó que su familia tenía ahorros y la mantenía.

Fleiss ganó otros tantos millones de dólares por venderle a la cadena HBO los derechos de la película de

su vida, y años después se convirtió en madame de un prostíbulo legal en Nevada, cerca de Las Vegas. A ella se le adjudica la revitalización del glamour en la prostitución de mujeres de entre dieciocho y veinticinco años en Estados Unidos. Heidi Fleiss se convirtió no sólo en una experta lavadora de dinero sino en la vocera del comercio sexual de las nuevas generaciones.

## LAVADORES PARA TRATANTES

«Pitufos» es el apodo asignado por un policía de Florida a los administradores que se dedican a visitar de 10 a 15 bancos al día para hacer pequeños depósitos de dinero en efectivo en bancos medianos, hasta que logran reciclar el dinero recibido de los clientes de la prostitución. «Parecen pequeños e inofensivos, pero son un peligro para el mundo financiero», asegura un agente federal.

Los casinos funcionan como los bancos: cambian moneda de

diversos países, aceptan cheques de cajero, cuentan con cajas de seguridad y ellos mismos expiden cheques de caja a sus clientes. Un tratante puede dejar sus ganancias en un casino de Las Vegas y recogerlas la semana siguiente en Naga World en Camboya, para luego mover el dinero a Londres. La ley exige a los propietarios de casinos que informen de los clientes sospechosos.

Las loterías también son un objetivo frecuente para blanquear

capitales. Los lavadores tienen sabuesos que buscan a los ganadores de los billetes de lotería, a quienes les cambian la papeleta por el dinero en efectivo. Para pagar el monto total, muchas loterías lo dividen en mensualidades que depositan en un banco. Este mecanismo permite que los delincuentes tengan una cuenta en la que entra dinero de forma legal; mientras tanto, el comprador original del billete guarda su patrimonio bajo el colchón.

Las autoridades de todos los países que he visitado me aseguran que saben con certeza cuánto dinero produce la industria de la esclavitud sexual, pero que no pueden rastrear el dinero ni detener a sus dueños. ¿Por qué? El argumento que me dio M. Álvarez, un agente de la Interpol, es que resulta muy complicado saber qué dinero procede de la prostitución —que, aunque no es legal, no está criminalizada—, y cuál de la esclavitud sexual, que sí es un

delito, en algunos países.

La única manera en que podría controlarse el lavado de dinero, y paralizar la economía de la trata para evitar que sigan comprando personas, sería a través de la unificación de criterios y leyes al respecto en todos los países del mundo, de tal manera que se pudiera obtener una prueba legal de quién envía y quién recibe el dinero, y así conocer su verdadero origen. Cada día se llevan a cabo en el mundo más de 500,000

transferencias de dinero con un valor de un trillón de dólares. Registrarlas y escanearlas —sobre todo las de pequeños montos— resultaría imposible, y a ningún país le interesa invertir más dinero del que puede requisar por investigarlo. Además, como ya se ha dicho, hay regiones e industrias enteras que subsisten gracias a la economía del crimen y a la movilización oculta de los capitales que produce.

# 10

# El oficio de ser padrote

En el padrote se sintetizan una serie de elementos de la cultura patriarcal que permiten suponer que existen mecanismos de poder incorporados

al cuerpo, tanto masculino como femenino, que son usados por el mismo padrote en un contexto más amplio, que posee estructuras socioeconómicas e históricas que privilegian este tipo de prácticas.

ÓSCAR MONTIEL TORRES

Millones de personas aseguran que la prostitución es el oficio más antiguo del mundo, pero si escuchamos a quienes dan vida a la industria del sexo podemos descubrir que en realidad el oficio más antiguo es el de proxeneta, padrote, chulo o tratante. Padrote es un término popular mexicano cuya versión femenina es madrota (con algunas diferencias). En ambos casos se usa para designar a quienes manipulan, administran, entrenan, explotan y controlan a las

mujeres en el comercio sexual. Los apelativos padrote y madrota implican una suerte de padre o madre alternativa que «educa y protege» a las mujeres adultas y niñas en situación de prostitución. En el lenguaje popular «padrotear» a alguien significa engañarle y sacarle dinero.

En México, por ejemplo, la región sur del estado de Tlaxcala se caracteriza por la elevada presencia de estos padrotes dedicados a reclutar, colocar y

vender a mujeres con fines de explotación sexual en la capital del país, otras ciudades de provincia, e incluso en Estados Unidos. En múltiples aspectos, las actividades de los padrotes en esta región latina —al igual que en la frontera de Guatemala con México— tienen similitudes asombrosas con las de quienes explotan a mujeres y niñas en las zonas rurales de Camboya, Tailandia y Vietnam que visité para esta investigación.

Mientras las leyes contra la

explotación sexual avanzan a nivel mundial, los padrotes o tratantes de zonas rurales operan de manera tan similar que, desde mi punto de vista, han creado una cultura dominante que se ha arraigado en gran medida a través de los usos y los costumbres de diferentes grupos sociales y étnicos.

El trabajo titulado *Trata de personas: padrotes, iniciación y modus operandi*,[1] de Óscar Montiel Torres, es uno de los estudios de campo más nuevos y

significativos sobre la filosofía del tratante, en el que encontramos una amplia explicación del oficio en voz de sus actores en México. Con su autorización, publicamos un resumen muy esclarecedor.

## LAS FORMAS DE CONVERTIRSE EN PADROTE

### 1. *Por apadrinamiento*

El apadrinamiento es una forma de

acceder al conocimiento de ser padrote. El que desea ser padrote busca a algún padrote ya iniciado para que lo apadrine. Cuando el varón acepta, éste transmite conocimientos acerca de la prostitución, estrategias para conseguir e iniciar a mujeres en la prostitución y, sobre todo, mecanismos de poder sobre el cuerpo femenino. El Chulo nos cuenta las causas y el proceso que siguió para convertirse en padrote por apadrinamiento:

Antes me dedicaba a vender paletas de sol a sol, eso cuando me iba más o menos, porque cuando llovía […] no ganaba ni un quinto, y tenía que mantener a mi familia, mi esposa y dos nenitas. En esos tiempos me acuerdo de que varias veces llegué a golpearme la cabeza en el carrito de las paletas y me ponía a pensar: ¡Dios mío! ¿Qué hago para salir de esta pinche situación? Hasta que me decidí y fui a buscar a unos compas de «La Meca» para que me echaran la mano. Había unos que conocía desde que éramos chavos, cuando

> cotorreábamos con la banda. Sí aceptó uno, y es de los buenos porque sí me apadrinó bien chingón, me dio buenos consejos. Soy, gracias a él, porque sin su apoyo seguiría igual de jodido que antes.

El Chulo justifica su ingreso en el mundo de la prostitución por las carencias económicas que padecía y por el afán de sobresalir y sacar adelante a su familia. La alternativa que tenía era buscar a un padrote para que compartiera con él sus conocimientos sobre el oficio y «le

echara la mano». Él se apadrina con un amigo de la infancia, que «es de los buenos», de los que son considerados «machines».

Después de hallar a un padrino, empieza el proceso de enseñanza. Existen diversas maneras de aprender a ser padrote que dependen del padrino que elija el aprendiz. Los principales puntos sobre los que se basa la instrucción son: la forma de vestir; la forma de conseguir a las mujeres; la forma de convencerlas para que trabajen en

la prostitución y entreguen el dinero que ganen a su padrote; y la forma de mantenerlas «comiendo de tu mano», es decir, controladas.

El padrote no es un cónyuge, porque no establece una relación que busque alianzas matrimoniales o políticas. Se trata de un mecanismo para dominar a las mujeres. Ellos no se enamoran, pero ellas sí. Las mujeres piensan que existe una relación afectiva, pero a los padrotes sólo les interesa la relación de explotación.

2. *Por tradición familiar*

La enseñanza dentro de un grupo familiar es otra de las modalidades de iniciación. Esta forma es transmitida y enseñada por varones, parientes consanguíneos o políticos. Mientras realizaba mi investigación encontré los mismos patrones que Montiel Torres describe: en Camboya, Tailandia, China, Vietnam, Sudáfrica, Brasil y Guatemala, por nombrar algunos

países, existen familias que a lo largo de tres y cuatro generaciones se han dedicado a la explotación sexual de mujeres y niñas, desde hijos que «administran» a su madre hasta novios, esposos, abuelos, tíos y primos.

En España, varios testimonios de las integrantes del Colectivo Hetaira,[2] que son defensoras de los derechos de las prostitutas, revelan que la discriminación hacia las prostitutas es tal que la policía ha llegado a arrestar a sus parejas que

no son tratantes, sino simplemente compañeros. Éste es el mismo alegato de una gran cantidad de mujeres que ejercen la prostitución callejera en México, Guatemala, Venezuela y Colombia, que presuntamente fueron inducidas por «tradición familiar».

El problema se vuelve muy complejo cuando consideramos la pregunta que recurrentemente se hacían los especialistas y policías que entrevisté: «¿Cómo distinguir a un proxeneta de un familiar, que no

la explota pero sí vive de su trabajo?». La interrogante tiene validez no porque las mujeres no tengan derecho a expresarse o sean mentirosas, sino porque innumerables víctimas rescatadas han confesado que se encuentran bajo amenaza de muerte y que su proxeneta las ha instruido para que digan que él es su esposo, pareja o tío.

ELEMENTOS PARA INICIARSE EN EL

*Tecnología de vanguardia*

Los tratantes están al día en el uso de las nuevas tecnologías y siempre van un paso por delante de las autoridades. Saben que ya no se puede amenazar tan fácilmente a las mujeres y que hay «demasiada» publicidad en contra de la explotación sexual comercial, de modo que han buscado nuevas estrategias. Entre ellas encontramos

a proxenetas que entran en las redes sociales para contactar con los clientes, y mandan a las jóvenes como acompañantes durante dos o tres días a diversas ciudades.

A este respecto, Montiel Torres le da voz a un tratante apodado el Santísima Verga: «En este juego, como en cualquier otro, si quieres ser el mejor tienes que aprender bien las reglas y estar actualizado sobre las nuevas tecnologías para poder competir y estar a la vanguardia». Con relación a cómo

se formó en el oficio de proxeneta, dice: «Es como un aprendizaje de maestro a alumno. Para aprender el oficio debes elegir a un buen maestro que te guíe y enseñe de la mejor manera». Una de las reglas aplicable a todos los tratantes es «matar el sentimiento. El que tiene corazón de pollo no sirve para esto».

Los argumentos de estos hombres mexicanos son prácticamente idénticos a los que emplean los tratantes en Camboya, Nicaragua,

Nigeria, Filipinas y Tailandia, donde un gran porcentaje de lenones son hermanos, primos, novios o esposos de las mujeres prostituidas.

*Somatización de la dominación*

En el estudio de Montiel Torres se explica «cómo sobre los cuerpos y las mentalidades descansa toda una serie de visiones y concepciones del mundo». Los proxenetas han

desarrollado mecanismos de enamoramiento que provienen de prácticas culturales tradicionales, adaptadas en beneficio propio como estrategias de reclutamiento de las mujeres para el trabajo sexual. Este objetivo se cumple gracias a un entrenamiento que crea una disciplina del cuerpo y una somatización de la dominación. Para profundizar en este punto, Montiel Torres cita a Pierre Bourdieu:

El trabajo de transformación de los cuerpos, a un tiempo sexualmente diferenciado y sexualmente diferenciador, que se realizó en parte a través de los efectos de la sugestión mimética, en parte a través de las conminaciones explícitas, y en parte finalmente a través de toda la construcción simbólica de la visión del cuerpo biológico (y en especial del acto sexual, concebido como un acto de dominación, de posesión), produce unos hábitos sistemáticamente diferenciados y diferenciadores.

La masculinización del cuerpo

masculino y la feminización del cuerpo femenino, tareas inmensas y en cierto sentido interminables que, sin duda actualmente más que nunca, exigen casi siempre un tiempo considerable y un gran esfuerzo, determinan una somatización, de ese modo naturalizada. A través de la doma del cuerpo se imponen las disposiciones más fundamentales, las que hacen a la vez sujetos *propensos* y *aptos* para entrar en los juegos sociales más favorables al despliegue de la virilidad: la política, los negocios, la ciencia, etcétera.[3]

Montiel Torres advierte que la «doma» —en el sentido de reprimir las pasiones y conductas desordenadas— del cuerpo femenino, esto es, convertirlo en un cuerpo *de* y *para* los otros, requiere de un trabajo inmenso en el que las relaciones sociales y de género que privilegian a la actuación masculina se «naturalizan». Cuando los proxenetas buscan «mercancía» para el trabajo sexual, esta somatización de la dominación ya ha ocurrido; se trata de un proceso

en el que participan hombres y mujeres, muertos y vivos, que han configurado históricamente las concepciones del «ser hombre» y el «ser mujer». Este hábito interiorizado e incorporado en las creencias de los individuos y en su vida cotidiana es el terreno sobre el cual actúan los proxenetas.

*«Ser bien verbo»*

Hay que tener carisma, buena

presencia y sobre todo usar un lenguaje que le permita al varón «enamorar a las mujeres». Entre los proxenetas en México, esta forma de trato con las mujeres es denominada «ser bien verbo», que es la capacidad para hablar y seducir a «las chavitas». Esto se aúna con la ostentación de automóviles último modelo que utilizan para recorrer las escuelas, parques, fábricas o lugares adonde las jóvenes acostumbran pasear. Cuando ella le «da entrada» al

proxeneta, éste utiliza todo su conocimiento para convencerla de tener una relación sentimental. Al lograr enamorar a la chava, la capacidad del padrote es puesta a prueba, porque «un buen padrote […] no debe tardarse más de dos semanas en convencer a la chava para que trabaje de prostituta». El trabajo de convencimiento debe ser lo más corto posible para que las mujeres no tengan tiempo de saber el verdadero oficio de su nueva pareja ni las intenciones de éste

sobre ella. Así lo recomienda un proxeneta llamado el Compa:

> No, mi buen, cuando andas buscando mercancía se sufre, pero una vez que robas algo, debes ser bien astuto. Más astuto que las mujeres, porque ellas son bien inteligentes, a veces más que los hombres, por eso no debes dejarlas pensar, no hay que dejarlas ni respirar. Porque si te tardas mucho tiempo empiezan a hacer preguntas y conjeturas. Ahí es cuando tienes que demostrar el verbo que tienes. Por ejemplo, una ocasión anduve con

> una chava bien guapa que se enamoró bien rápido, es ahí cuando el verbo te debe servir para terapear a las chavas. Le decía que era lo mejor que me había pasado en la vida, que me gustaría darle muchos lujos, hacerle una buena casa y comprarnos un coche último modelo. Debes hacer que comparta tus ideas y que se acostumbre a la buena vida, ése es el primer paso.

Pero el proceso no concluye ahí: el proxeneta debe seguir «usando su verbo» para convencer a la joven de que trabaje como prostituta:

Después de que la chava acepta irse a vivir contigo, la tienes que empezar a trabajar. La tienes que convencer de que su futuro está en otro lado. Por ejemplo, tú le dices que eres comerciante y que hay una buena oportunidad en Guadalajara para que vendas ropa o lo que le hayas inventado, así la sacas de los lugares que conoce. Como las chavas tienen quince o dieciséis años, todavía están cerradas de ojos, entonces cuando llegan a un lugar que ni conocen, como no se saben ni mover, las empiezas a hacer que

dependan de ti para todo.

El Compa ahonda en los pasos para inducir a una joven:

> La dejas en el cuarto adonde la llevaste, mientras tú sales, dizque a trabajar, pero no, tú te vas con los cuates que estén por esa ciudad a divertirte o incluso puedes seguir buscando mercancía. Cuando regresas le empiezas a decir que te fue de la chingada, que no pensaste que iba a ser tan duro. Otra vez utilizas el verbo, ahora para que ella caiga y acepte ser prostituta. En el

lapso de una semana empiezas a no llevar dinero, les falta de comer, pero tú tienes que seguir terapeando a la chava: «No, mi amor, yo creo que ya nos llevó el carajo, pero no quiero regresar como un fracasado a mi casa». Mientras la chava se vaya creyendo tus choros, vas bien. Incluso las chavas te dicen que están dispuestas a trabajar para que te ayuden, pero al principio tú te niegas y les dices que tú eres el hombre y es tu obligación mantenerla. Después de una semana le llegas con el cuento de que encontraste a un amigo tuyo y le contaste tus problemas, le dices a tu

chava: «¿Qué crees, mi amor? Me encontré al Rolas. A él le va bien, está haciendo mucha lana, ¿tú crees que su mujer está trabajando de prostituta?». Tú no le propones nada, sólo le pintas lo bien que le va a tu amigo. Entonces otra vez el verbo, le dices: «No, mi amor, lo que tiene uno que hacer por salir de pobres», y así le sigues con el cuento de que te va de la fregada. A los quince días, cuando la situación económica ya es insoportable, le dices que ya no aguantas más y que ya no sabes qué hacer. Entonces hay veces que las mujeres caen solitas y

te dicen: «Oye, mi amor, ¿y tu amigo no nos podría ayudar para que trabaje en donde su esposa?». Si eso pasa, ya la hiciste.

«Ya la hiciste» es un momento clave, es el punto donde el discurso del proxeneta ha dado resultado, la mujer ya está «dispuesta a todo, por amor». Sin el uso de la violencia física logran inducir a las mujeres al trabajo sexual: ésa es una de las características que distingue a los proxenetas. Aunque también hay veces que no es tan fácil

convencerlas y tienen que ser muy hábiles, como cuenta el Compa:

> En una ocasión, un cuate ya tenía a la mujer, pero no aflojaba, no quería trabajar. Entonces mi cuate nos pidió un consejo […] y decidimos ponerle un cuatro. El rollo estuvo así: llegó mi cuate a decirle: «Mi amor, ya ves, ahora sí ya nos llevó la chingada, tengo que pagar a fuerza la lana que me prestaron y voy a vender mi coche». Entonces el otro amigo le iba a comprar el coche y yo iba a ser el que le iba a cobrar la lana. Por la mañana él y su mujer

fueron a un tianguis de autos en Puebla a vender su carro; entonces llega el otro cuate y le da 100,000 pesos por su carro, pero el carro costaba 150,000, y su vieja le dice: «No, mi amor, ¿cómo vas a malbaratar el coche?». Y él le responde: «Ya sé, mi amor, pero ¿qué le hacemos? Si no pago lo que debo me van a meter a la cárcel». […] Al llegar a su casa, juntó otro dinero y fueron a mi casa dizque a pagarme una deuda, todo estaba arreglado. Después mi cuate nos contó que su mujer le dijo: «Está bien, viejo, no quiero verte triste, no

te preocupes, me voy a ir a trabajar como tú dices, pero nada más recuperas el carro que acabas de vender y me salgo de trabajar». Pero después que las mujeres ven que se hace dinero fácil, ya es difícil que se salgan del negocio. Nos contó mi cuate que cuando juntaron dinero para comprarse un carro, él le dijo a su mujer: «Bueno, vieja, ya tenemos el carro, ya salte de trabajar», y la mujer le dijo: «No, mi amor, nada más hacemos nuestra casita y ya». Y ya ves, la mujer sigue trabajando en el talón.

Hay hombres que incluso fingen ser tíos de algunos padrotes para «pedir a la muchacha» como novia en algún pueblo, o para «pedir perdón» cuando se han «robado a alguna muchacha». Sin embargo, una vez que las mujeres se dan cuenta de que han sido engañadas, ¿qué pueden hacer? El Compa lo ilustra de la siguiente manera:

> No, compa, una vez que las mujeres entran al negocio es difícil que lo dejen. Imagínate, nunca en su vida habían ganado tanto dinero. A

veces las chavas te dicen: «Eres un desgraciado, me engañaste», pero tú debes ser inteligente y decirles que no las estás obligando, que ellas quisieron ayudarte. Cuando tienes broncas, a veces la mujer se quiere pasar de lista y al regreso de su trabajo te avienta el dinero y te dice: «Ten el dinero, a ver qué me haces de comer». Tú debes estar tranquilo, aplicar la psicología inversa y decirle: «¿A poco crees que por tu dinero me vas a mandar? Si ya no estás a gusto conmigo, ahí está tu dinero, yo no lo necesito; además tú trabajas porque quieres, y mejor regreso a mi casa

para que no me estés reprochando a cada rato». Como las chavas ven que hablas en serio, si te vas a ir te dicen: «No, mi amor, perdóname, es que tuve un día muy pesado», pero tú te tienes que dar tu taco y sigues dizque enojado hasta que se te humille. Eso sí, tienes que dejarle claro que ella no es indispensable en tu vida.

En este contexto, Óscar Montiel cita *La nueva esclavitud de la economía global* (2000) de Kevin Bales, que destaca, en relación con

Tailandia, que «la nueva esclavitud se apropia del valor económico de las personas y las mantiene bajo control con amenazas, pero sin reivindicar su propiedad ni hacerse responsable de su supervivencia. El esclavo es un objeto de consumo que se añade al proceso de producción cuando hace falta pero que ya no supone un costo elevado». En el caso de la explotación sexual, esta nueva esclavitud se manifiesta en las enormes ganancias que obtienen los

proxenetas al ejercer mecanismos de poder sobre el cuerpo femenino que aseguran su docilidad y subordinación; las mujeres simplemente se vuelven entidades comerciables, intercambiables y desechables.

Por otro lado, Montiel Torres también hace referencia al libro *El año que trafiqué con mujeres* (2004), de Antonio Salas. Este periodista español se hizo pasar por traficante de mujeres durante un año, con una videocámara oculta,

para armar el rompecabezas del mercado del sexo en España. Investigó desde los lugares más marginales donde las prostitutas ofrecen sus servicios hasta la prostitución de famosas por catálogo, en bares, hoteles y casas de masaje. Salas destaca cómo los proxenetas utilizan diversas estrategias para enganchar a las mujeres, desde matrimonios, falsos empleos, hasta deudas, brujería, etcétera. Sin los proxenetas y los tratantes no se podría entender la

prostitución forzada. El español lo dice así: «El negocio del sexo de pago es un gigantesco iceberg, de colosales dimensiones, en el que las prostitutas no son más que un insignificante pedazo de hielo que aflora sobre la superficie».

## LAS VIEJAS VIOLENCIAS RENOVADAS

A lo largo de estos años de investigación me he preguntado a qué se debe el aumento del número

de niñas y mujeres jóvenes en el comercio sexual a nivel mundial. Las primeras consideraciones ya las he analizado en el capítulo dedicado a los clientes. Tanto la citada investigación *The Johns*, del periodista Victor Malarek, como el trabajo de Montiel Torres, nos muestran, en voz de los hombres proveedores y consumidores de la explotación sexual, una constante que no debemos desestimar: hay un *backlash* de la liberación femenina que ha causado gran ira en millones

de hombres cuyos paradigmas tradicionales de la masculinidad jamás habían sido cuestionados. En casi todas las culturas existen valores sexistas que han permanecido inamovibles y que han perpetrado relaciones patriarcales que precisan de la obediencia y la violencia como elementos de control sobre las mujeres.

Óscar Montiel nos proporciona así la clave sobre la renovación de usos y costumbres en la trata para fines de explotación sexual adulta e

infantil. Su exposición bien podría extrapolarse para entender cómo se conducen en Camboya los jovencitos que llevan a los clientes en su *tuk-tuk* a tener sexo con sus hermanitas y primas; o aquellos investigados por famosos periodistas de las cadenas NBC, BBC y ABC que se ven en YouTube, donde se observa que los muchachitos apenas adolescentes negocian el precio de pequeñas de cuatro y cinco años con el investigador que pasa como cliente

con una cámara oculta.

Los varones en comunidades rurales e indígenas históricamente han dominado colectiva e individualmente a las mujeres. En este contexto hay prácticas culturales que permiten el monopolio sexual del varón sobre éstas, por ejemplo, «el robo de la novia», «el pago de la novia» y la poliginia. Una posible explicación sobre el aumento y mantenimiento del proxenetismo en estas comunidades es que han adaptado las prácticas culturales «tradicionales» de poder sobre el

cuerpo femenino para el trabajo sexual, promovido como un oficio y una forma de vida.

Ser padrote es parte de un proceso de aprendizaje y construcción de una forma particular de masculinidad que podría entenderse como un privilegio que otorga el sistema patriarcal. El dominio que ejerce el varón sobre el cuerpo femenino permite aventurar la hipótesis de que la relación padrote-prostituta está basada en un desequilibrio de poder fundado en las diferencias de género.

Tras estudiar a cientos de

tratantes y clientes de la prostitución, Victor Malarek concluyó:

> Si en realidad queremos hacer algo respecto a la prostitución, debemos reconocer el papel de los clientes ( *johns*), y ellos tienen que asumir la responsabilidad de sus actos. Si la prostitución es un asunto de oportunidades y decisiones, las oportunidades son siempre las del cliente que elige pagar a una mujer por sexo. Los clientes «eligen» ir con una «chica trabajadora» antes que invertir en una relación

[interpersonal]. Ellos eligen ir a centros de turismo sexual en naciones empobrecidas porque se sienten desilusionados o atemorizados por las mujeres occidentales. Deciden no mirar la dolorosa realidad de las mujeres y niñas que tienen que alquilar sus cuerpos, e imponen su voluntad a mujeres extremadamente vulnerables.

Los clientes son los que en realidad tienen la oportunidad de elegir, y son ellos quienes ganan si la prostitución se legaliza. […] La sociedad debe confrontarse con el

deterioro de la masculinidad, y con el carácter destructivo que ha adoptado el comportamiento masculino. La prostitución limita seriamente la posibilidad de crear relaciones con equidad, respeto y honestidad entre hombres y mujeres en todos los aspectos de la vida. Educa a los hombres y niños para creer que las mujeres y niñas son objetos sexuales para su utilización, en lugar de seres humanos iguales a ellos.

En ese sentido, sin olvidar que un porcentaje menor pero real de mujeres no entra en la prostitución

de manera forzada, merece la pena retomar una reflexión que hacen las activistas de la Coalición Contra el Tráfico de Mujeres y Niñas para América Latina y el Caribe (CATWLAC, por sus siglas en inglés) sobre la violencia y el poder de los proxenetas y clientes en la prostitución:

> La prostitución institucionaliza las suposiciones de la dominación masculina. El proceso de socialización de los hombres está construido sobre la certeza de que su

sexo les otorga el derecho a disponer de su entorno, del espacio y del tiempo de otros y, en primer lugar, otras. Este derecho se extiende también al cuerpo y a la sexualidad de las mujeres; de ahí la consideración de que —tratándose de un derecho— es legítimo conseguirlo y preservarlo, aunque sea con violencia.

Es esto lo que la prostitución institucionaliza, ya que el cliente consigue de la persona prostituida algo que de otra manera no podría conseguir sino con violencia. El cliente (y con él la sociedad) oculta

ante sí mismo el hecho de la violencia, interponiendo una infraestructura (manejada por los proxenetas) y el dinero.

Tanto en la cooptación como en el control sobre la vida cotidiana de las mujeres en la prostitución forzada, encontramos los mismos mecanismos que acaecen en la violencia doméstica o intrafamiliar (como se denomina en las leyes de algunos países). Según el Unifem,[4] seis de cada diez mujeres en el

mundo padecen violencia en su hogar —física, sexual, psicológica, económica y patrimonial—, la cual es ejercida por sus esposos, novios o concubinos. Las mujeres inducidas al comercio sexual a través de relaciones amorosas, familiares o afectivas, al igual que las mujeres maltratadas que no venden sexo, a menudo niegan la violencia que sufren si no se les ofrecen verdaderas alternativas.

Las vivencias de explotación y discriminación de manos de

clientes, tratantes, policías y sociedad en general han dejado tal huella en algunas mujeres que después de escapar de la esclavitud se han convertido en fuertes y exitosas abolicionistas. Entre ellas se encuentra la activista Norma Hotaling, fundadora de SAGE,[5] en San Francisco. Norma —a quien conocí unos años antes de que muriera de cáncer de páncreas— logró que se sentenciara a los proxenetas de niñas y adolescentes como abusadores sexuales, y fue la

responsable del primer programa para educar a clientes de prostitución arrestados. No obstante, una de las quejas más importantes, y con razón, de los grupos de mujeres adultas en el comercio sexual es que los grupos abolicionistas interfieren en sus vidas hasta el punto de organizar redadas policiacas en las que ellas son maltratadas, culpabilizadas, deportadas y, en muchas ocasiones violadas y encarceladas por los policías.

En los incidentes de violencia doméstica o familiar —en los países en que se aplican leyes al respecto—, generalmente la policía detiene al agresor y no a la mujer agredida. Entonces, ¿por qué arrestan a las mujeres que ejercen la prostitución? ¿Y por qué los proxenetas y clientes quedan libres en un 90 por ciento de los casos? La respuesta es clara: esto sucede en casi todo el mundo por la discriminación hacia las mujeres, acompañada de la permisividad

sexual de los hombres, por la manera en que están elaboradas y escritas las leyes sobre la trata para fines de explotación sexual, y por los prejuicios y doble discurso que subyacen en su lenguaje y las políticas públicas que acompañan a su aplicación.

## UNA CRUZADA RELIGIOSA

Cuando Condoleezza Rice, la ex secretaria de Estado

estadounidense, declaró en su informe de 2008 que abolir la esclavitud era «el gran imperativo moral de nuestros días», encendió el debate entre abolicionistas y reglamentaristas del comercio sexual y la prostitución. No había forma de pisar territorio neutral: según el gabinete de Bush, en este tema «estabas con Dios o con el diablo». En 2009 el discurso fue suavizado por Hillary Clinton, que sucedió a la señora Rice. Para empezar, la administración de

Obama admitió que no todo está escrito sobre la trata de personas y que el lenguaje —impuesto por Washington casi unilateralmente— debía ser revisado.

En los tiempos de la esclavitud africana, mientras la discusión jurídica se concentraba en pensar si los esclavos eran personas o terceras partes de personas, los comerciantes, patrones y explotadores parecían invisibles ante el mundo, al igual que las leyes creadas por ellos mismos para

favorecer a sus intereses. Pues bien, algo muy similar ocurre en la actualidad con el doble discurso de las autoridades. Por ejemplo, en Estados Unidos ser cliente de la prostitución está penado por la ley; sin embargo, miles de centros nocturnos, casas de masaje y servicios de acompañantes se anuncian en los diarios más prestigiosos y operan con permisos gubernamentales, aceptan tarjetas de crédito y circulan entre la legalidad y la ilegalidad.

Lo cierto es que en el debate mundial sobre la trata de personas y la prostitución son muchos los que ignoran qué leyes existen y qué es lo que dicen, qué y a quién protegen. Ésa es una de las razones por las que hay más discusiones desinformadas —cargadas de emociones religiosas y morales sobre la libertad sexual— que diálogos serios, en los que se analicen los impactos de la transculturización occidental y el papel que desempeñan las leyes

estatales y nacionales, así como los tratados internacionales ratificados por la mayoría de los países.

La otra razón, más clara para la mayoría de los activistas que entrevisté alrededor del mundo, es que la gente en realidad no puede —o no quiere— ver la conexión entre la trata y la prostitución. Los mercaderes de la industria del comercio sexual son los grandes ganadores de esta confusión e inacción social: mientras la gente siga defendiendo la prostitución

como un tema de filosofía liberal, sin desentrañar el fenómeno de la trata, ellos, los dueños de las esclavas, seguirán ganando millones de dólares anualmente, como el grupo que administraba exitosas *sex shops* en Cartagena, Colombia, y que había financiado la defensa de los derechos de las prostitutas. En 1998 la policía colombiana logró arrestar a 29 proxenetas y rescató a 370 niños y niñas de entre doce y dieciséis años que estaban sometidos a la

prostitución forzada y a la pornografía infantil por dichos empresarios.

## LEYES Y CONVENIOS

De 175 naciones investigadas, las estadísticas ratificadas por The Protection Project 2009 son las siguientes:

- Cincuenta y nueve países tienen leyes nacionales contra la trata y la

prostitución.

• Setenta y seis países tienen previsiones criminales al respecto.

• Trece países ya cuentan con un borrador para una ley nacional.

• Seis países mencionan la trata en leyes de inmigración y otras locales.

• Seis países tienen una ley solamente en contra de la explotación sexual infantil.

• Diecisiete países no cuentan con ningún tipo de ley a este respecto (pero sí discriminan la

prostitución).

Revisemos cuáles son esas leyes. La primordial existe desde finales de la Segunda Guerra Mundial; se trata del Convenio para la Represión de la Trata de Personas y de la Explotación de la Prostitución Ajena, que surgió en la Convención de 1949 de la ONU. Nueve de cada diez personas a quienes les pregunté sobre su existencia la ignoraban.[6] Ya en esa época se habló de erradicar la prostitución,

pero no se habló de los clientes y lenones, fuera de las menciones especiales sobre el mercado de la prostitución especializado creado y fomentado por los ejércitos de Japón y Estados Unidos, que han sido los más notables y escandalosos, pero no los únicos.

Este convenio es un tratado legalmente obligatorio que considera que «la prostitución y el mal que la acompaña, así como la trata de personas para fines de prostitución, son incompatibles con

la dignidad y el valor de la persona humana y ponen en peligro el bienestar del individuo, de la familia y de la comunidad». A continuación citamos algunos de sus artículos más importantes:

*Artículo 1*

Al ser parte del presente convenio, el gobierno firmante se compromete a castigar a toda persona que, para satisfacer las pasiones de otra:

1) Concertare la prostitución de otra persona, aun con el

consentimiento de tal persona.

2) Explotare la prostitución de otra persona, aun con el consentimiento de tal persona.

*Artículo 2*

Las partes en el presente convenio se comprometen asimismo a castigar a toda persona que:

1) Mantuviere una casa de prostitución, la administrare o a sabiendas la sostuviere o participare en su financiamiento.

2) Diere o tomare a sabiendas en

arriendo un edificio u otro local, o cualquier parte de los mismos, para explotar la prostitución ajena.

*Artículo 6*

El gobierno conviene en adoptar todas las medidas necesarias para derogar o abolir cualquier ley, reglamento o disposición administrativa vigente, en virtud de la cual las personas dedicadas a la prostitución o de quienes se sospeche que se dedican a ella, tengan que inscribirse en un registro

especial, o poseer un documento especial.

*Artículo 16*

Las partes se comprometen a adoptar medidas para la prevención de la prostitución y para la rehabilitación y la adaptación social de las víctimas de la prostitución, o a estimular la adopción de tales medidas, por sus servicios públicos o privados de carácter educativo, sanitario, social, económico y otros servicios

conexos.

*Artículo 17*

Al ser parte en el convenio, el país se compromete a adoptar o mantener, en relación con la inmigración y la emigración, las medidas que sean necesarias para combatir la trata de personas de uno u otro sexo para fines de prostitución.

Tales medidas pueden incluir:

1) Promulgar las disposiciones reglamentarias que sean necesarias

para proteger a los inmigrantes o emigrantes, y, en particular, a las mujeres y a los niños, tanto en el lugar de llegada o de partida como durante el viaje.

2) A adoptar disposiciones para organizar una publicidad adecuada en que se advierta al público el peligro de dicha trata.

3) A adoptar las medidas adecuadas para garantizar la vigilancia en las estaciones de ferrocarril, en los aeropuertos, en los puertos marítimos y durante los

viajes y en otros lugares públicos, a fin de impedir la trata internacional de personas para fines de prostitución.

*Artículo 20*

Las partes en el presente convenio, si no lo hubieren hecho ya, deberán adoptar las medidas necesarias para la inspección de las agencias de colocación, a fin de impedir que las personas que buscan trabajo, en especial las mujeres y los niños, se expongan al peligro de la

prostitución.

Otros pactos y leyes son:

- La Convención sobre los Derechos del Niño (CDN).
- Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW, por sus siglas en inglés).
- Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer de 1994, «Convención

Belém do Pará».

• Protocolo Facultativo de la Convención sobre los Derechos del Niño Relativo a la Venta de Niños, la Prostitución Infantil y la Utilización de los Niños en la Pornografía.

• Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional.

• Convención Internacional sobre la Protección de los Derechos de todos los Trabajadores Migratorios y de sus Familiares (CPDTM).

- Protocolo contra el Tráfico Ilícito de Migrantes por Tierra, Mar y Aire.
- Convención Americana de Derechos Humanos, «Pacto de San José».
- ILO 105. Convenio sobre la Abolición del Trabajo Forzoso.
- ILO 182. Convenio sobre las Peores Formas de Trabajo Infantil.
- Declaración y Plataforma de Acción de Pekín (Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, Pekín, 1995), adoptada por

las representantes de 189 gobiernos.

De esta última cabe anotar que la segunda reunión de seguimiento de la Conferencia de Pekín, también conocida como Pekín + 10, tuvo lugar en marzo de 2005 en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York. Durante las sesiones se adoptó una resolución específica sobre la «Eliminación de la demanda de mujeres y niñas que son objeto de trata con todos los

fines de explotación». La resolución enfatiza el aumento de la trata a nivel mundial, especialmente para fines de explotación sexual, y cómo afecta de manera desproporcionada a mujeres y niñas. Manifiesta su preocupación por el hecho de que la explotación sexual de las mujeres y las niñas a nivel internacional y la trata se han convertido en una actividad propia del crimen organizado. Insta a los gobiernos a adoptar y reforzar las medidas legislativas y de otra

índole, como las educativas, sociales y culturales, incluyendo la cooperación bilateral y multilateral para atrapar a los explotadores y para eliminar la demanda, incluyendo la tipificación de la trata de personas en los códigos penales, la cooperación judicial y la implementación de la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional y su Protocolo para Prevenir, Reprimir y Sancionar la Trata de Personas.

Concretamente, la resolución en su apartado 2 insta a la sociedad civil y a los gobiernos a que «adopten medidas apropiadas para aumentar el nivel de conciencia de la sociedad respecto de la cuestión de la trata de personas, en particular de mujeres y niñas, incluso para abordar el aspecto del problema relacionado con la demanda, dar a conocer las leyes, reglamentos y sanciones que se aplican y subrayar que la trata es un delito a fin de eliminar la demanda

de mujeres y niñas que son objeto de trata, incluso por parte de quienes practican el turismo sexual».

En el punto 3 alienta a los gobiernos a que «aumenten la colaboración con las organizaciones no gubernamentales para elaborar y aplicar programas amplios, inclusive programas para proporcionar cobijo y líneas de asistencia a las víctimas o posibles víctimas de la trata, y para el asesoramiento efectivo, la

capacitación y la reintegración socioeconómica de las víctimas en la sociedad».

En el punto 4 exhorta al sector empresarial, en particular a la industria del turismo y a los proveedores de servicios de internet, a que «elaboren códigos de conducta con miras a impedir la trata de personas y proteger a las víctimas de la trata, especialmente contra la explotación sexual comercial, y se adhieran a ellos, y a promover sus derechos, dignidad y

seguridad, incluso mediante la colaboración con organizaciones gubernamentales y no gubernamentales».

Ahora bien, a pesar de la existencia de todos estos instrumentos de derecho internacional y compromisos políticos, muchas veces las presiones que imponen tanto la ONU como el Departamento de Estado estadounidense pueden representar un peligro en la polarización de la sociedad

respecto al comercio sexual, y quienes más siguen perdiendo ante la situación actual son las esclavas y los esclavos.

# 11

# Las mafias y la globalización

Después de investigar a las mafias y las formas en que actúan sus integrantes, entendí que la trata de personas no es un delito estático, sino un proceso en constante

evolución, como la globalización. Una de las preguntas que más me hacían mis amistades cuando se enteraban de que estaba preparando este libro era: «¿De verdad las mafias están metidas en la trata?». Los seres humanos vivimos de percepciones y no de realidades: para muchas personas la mafia es una entidad que se hace presente sólo a través de las series televisivas. Si leemos en el periódico que la Camorra mató a siete policías en Italia, quizá no le

demos mayor importancia; sin embargo, si vemos en la televisión a Tony Soprano discutiendo con su terapeuta acerca de las razones de su insomnio y la necesidad de matar a sus enemigos, nos parecerá algo real y cercano. La humanidad del mafioso nos inquieta, pero también nos seduce. Soprano mata y extorsiona, comete delitos y lava dinero, pero también es un buen padre y un amantísimo esposo aunque sea infiel.

Entre las mujeres que entrevisté

había algunas ex parejas de mafiosos de altos vuelos: cuatro de narcotraficantes y tres de tratantes internacionales que son dueños de bares en grandes ciudades. Ellas fueron capaces de ver precisamente la humanidad de esos hombres, y se sentían queridas y atraídas hacia ellos. Como hemos visto en el capítulo dedicado a los proxenetas, hay individuos que conocen muy bien el trabajo de la seducción y la manipulación emocional.

La ficción por medio de la cual

muchos individuos se acercan a las mafias no ayuda a entender cómo funcionan verdaderamente; tampoco sirven de mucho las campañas de prevención que muestran a los delincuentes como unos malvivientes pistola en mano en lugares oscuros y con música tétrica. El verdadero jefe —como me dijo una venezolana rescatada de las redes de prostitución en Nuevo León, México— es un empresario «superdandy», bien vestido, que usa buenos relojes,

zapatos elegantes y tiene un automóvil último modelo.

Lo que la mafia vende es un poder transgresor y el encanto del dinero. En este mundo superficial donde todo está en venta, lo que las jóvenes quieren es no sólo dinero rápido y en grandes cantidades —que nunca es dinero fácil—, sino también el glamour que les ofrecen las mafias. Así, los propietarios de casinos en Nevada, Camboya y el Reino Unido, al igual que los de elegantes prostibares en México,

Colombia y España, tienden sus redes entre las clases adineradas, hacen donativos a campañas políticas y proporcionan bienestar. Cuando arrestaron a un lugarteniente del capo más poderoso de México, Joaquín «el Chapo» Guzmán, éste dijo que el jefe les había prohibido secuestrar para mantener la paz social. Diversos narcotraficantes mexicanos controlan poblados enteros donde reclutan jóvenes vendedores de droga, pavimentan

calles, erigen iglesias y centros educativos.

Los grandes empresarios y políticos prohíben el aborto e invierten dinero para legalizar la prostitución, pero en los guetos, «fuera de la mirada de las mujeres de bien». Las quieren ocultas no porque sean mujeres del mal y «ensucien la ciudad», sino porque la esclavitud precisa de controles de poder.

Mientras esto sucede, la industria del sexo se moderniza, se globaliza

e implementa nuevos discursos mercadotécnicos y políticamente correctos. Las mafias siempre intentarán convencernos de que somos libres cuando esclavizamos a otras personas para nuestro consumo, y de que las mujeres son libres porque pueden elegir ser esclavas de sus clientes. Pero no solamente la izquierda y las feministas posmodernas compran este discurso, la derecha que bajo el crucifijo o la sotana goza de la prostitución más refinada también

está encantada.

## SUBIDOS EN LA POLÍTICA

¿Por qué la globalización ha dejado a Tailandia, Camboya y algunos países de Latinoamérica en tales condiciones de desigualdad que favorecen a las mafias? A finales de la década de 1980 y durante la de 1990 gran parte de los países en vías de desarrollo sufrieron fuertes presiones para integrarse de manera

más intensa en los circuitos financieros y comerciales internacionales.

La globalización es una fantasía que permite a los mafiosos esconderse en las entretelas de su apariencia, y que ha convencido a la clase media e ilustrada de que estamos en un mundo intercomunicado donde podemos compartir intereses comunes. Si esta falsa percepción prevalece, será imposible desentrañar el recalcitrante racismo, clasismo y

sexismo que las políticas neoliberales han provocado desde hace muchos años. Las mafias lo tienen claro: ellas abrevan de las profundas iniquidades y de los vacíos legales e informativos que ha generado la ideología capitalista. Muchos aceptan el daño atroz que imposiciones económicas como el Consenso de Washington hicieron al mundo, pero pocos lo reconocen en el tema de la esclavitud moderna.

Tal vez las mafias estén más

globalizadas y consolidadas que los principios democráticos, sobre todo en las democracias simuladas, esas que fueron impuestas desde las cúpulas mundiales hacia abajo. Sólo así se explica la imposición de sistemas políticos «democráticos» en países que deben cubrir las apariencias para ser respetados por los grandes dueños del planeta, que pretenden imponer leyes «globales» contra la trata de personas donde los aparatos de justicia están

seriamente fracturados o sumidos en la corrupción.

Los mafiosos realizan acuerdos económicos abiertos con políticos ambiciosos que deben mejorar sus números para no ser castigados por el flamígero dedo de Washington. Esos acuerdos y la constante presión social contra la trata de personas han creado una nueva generación de proxenetas o tratantes políticamente correctos con nuevas técnicas de actuación.

En Tailandia, algunas

organizaciones civiles aseguran que las mafias donan dinero a los refugios para las víctimas. El Estado tai opera en más de 200 refugios de todo tipo, entre ellos para inmigrantes ilegales y víctimas de la violencia. Me fue imposible visitarlos, ya que los periodistas no son bien recibidos para husmear en un problema que el gobierno está desesperado por ocultar ante la comunidad internacional. Según AFESIP, la mayoría de las víctimas son mujeres menores de treinta años

originarias de Vietnam, Indonesia, Rusia, Birmania, China y Uzbekistán. Algunos expertos locales aseguran que los tratantes deciden cuándo se quieren deshacer de las víctimas desgastadas y dan aviso para que la policía haga una redada y se las lleve para deportarlas o «repatriarlas».

Éste es exactamente el mismo patrón que revelaron los policías en Turquía, México, Guatemala, Filipinas, Singapur, Colombia, Brasil y Estados Unidos: los

mafiosos saben que aunque Washington o la ONU les haga recomendaciones, en los sistemas judiciales la carga de la prueba recae sobre la víctima, y es a ella a la que le toca demostrar que ha sido esclavizada.

## NUEVOS TIEMPOS, NUEVAS ESTRATEGIAS

Actualmente hay muchos tratantes que en un principio sí dan dinero a

sus víctimas, aunque poco a poco las endeudan con las prácticas tradicionales; también ejercen menos violencia física, a pesar de que las iniciaciones sexuales siguen siendo las mismas en casi todo el mundo. En México, Colombia, Estados Unidos, Guatemala y Tailandia, en los últimos cinco años, los tratantes han generalizado la práctica de dar éxtasis a las jóvenes que bailan en los bares y karaokes. «Eres una puta y adicta —le dijo un tratante argentino a una

cubana esclavizada en México—. ¿Crees que la policía te va a creer a ti o a mí, un empresario exitoso?» En sus oficinas tiene una fotografía en la que aparece él al lado del gobernador de Quintana Roo y de un famoso periodista mexicano mientras departen con una copa de vino.

El grupo de ex militares conocido como Los Zetas es el que actualmente controla la distribución de pornografía ilegal, adulta e infantil en México y Guatemala.

Una fuente que vivió con uno de los líderes del sudeste mexicano asegura que los programas para pasarse los videos por computadora los trajeron de Singapur; para no ser descubiertos emplean servidores situados en Holanda y países nórdicos, donde la pornografía es legal.

Otra muestra de que las mafias están a la vanguardia son los teléfonos vía satélite de uso militar que el comisario de Arizona encontró cuando arrestaron a Jean

Succar Kuri, un tratante de niñas en México, El Salvador y Estados Unidos que operaba en Cancún. Estos teléfonos se los había proporcionado un húngaro que representa a la mafia rusa en México y Guatemala.

Algunos periodistas junto con la policía internacional realizaron investigaciones encubiertas en Tailandia —la escuela mundial de tratantes— durante varios años. Por

eso ahora se exige ser «socio» para entrar en los prostíbulos bajo la fachada de bares de karaoke. Los socios se inscriben previamente por internet, de tal forma que las mafias controlan su información de tarjetas de crédito y correo electrónico.

Según me explicaron la ciberpolicía británica y la española, el uso que las mafias hacen de la tecnología compite con el de las autoridades, e incluso van un paso por delante. Para comprobarlo, hace más de un año

abrí una cuenta para entrar en un chat de clientes del mercado sexual. Inicialmente lo hice desde mi propia computadora con buenos filtros antivirus. Me registré como hombre y en una semana recibí el amable mensaje de que ese espacio no era para mí. A manera de advertencia, abajo había dos archivos adjuntos: uno de ellos era una imagen pornográfica en forma de virus, y el otro un *tag* con el número de mi dirección IP y mi nombre completo. La dirección IP

es la «huella digital de cada computadora personal y servidor, se precisa saber de tecnología para hacer un rastreo tan preciso, además de que es ilegal; cuando la policía lo hace es sólo con órdenes judiciales, pues de lo contrario no sirve como prueba en un juicio. Mis investigaciones subsiguientes sobre los llamados *whorists*, *sexmaniacs* y *realmen* las realicé con el portátil de un buen amigo en el que bajo ninguna circunstancia utilicé mi nombre.

## Lo que no dicen las autoridades

Las mafias de tratantes tienen más poder que nunca: el número de tratantes arrestados y sentenciados es el más bajo de todos los delitos existentes.

En la frontera entre Malaisia y Singapur muchos compran niñas para venderlas y torturarlas. Los testimonios de AFESIP son inenarrables; se sospecha que filman pornografía de esas torturas,

una especie de *snuff light*. Me fue imposible obtener algún video, pero pude entrevistar a una joven refugiada que tenía cicatrices impresionantes en el cuerpo. Sus fotografías aparecen en una página web como si ella fuera una «prostituta sadomasoquista». La llevaron con «un norteamericano como de treinta años» que pagó 7,000 dólares por ella. El sujeto se puso una máscara negra, pero a ella no le cubrió el rostro; la filmó y le tomó fotografías con dos cámaras

que montó en tripiés. Posteriormente, el cliente le pagó al tratante para «asegurarse de que fuera llevada a una clínica privada», y que nadie investigara los latigazos, punciones y desgarres. Al final, el tratante le dio a la víctima 200 dólares y la dejó en una calle de Malaisia el día que salieron de la clínica. Ella se sentía agradecida de que no la hubiera dejado morir por alguna infección.

En Tailandia, algunas mujeres jóvenes que han escapado y han

sido rescatadas de estas redes que algunos llaman *private porno* pueden quedarse en los refugios de las organizaciones civiles sólo si son nativas. Las organizaciones hacen un arduo trabajo para que las víctimas puedan sanar y sentirse seguras, aunque en el ámbito legal poco se pueda hacer. «¿Cómo denunciar la pornografía que es producto de la tortura, si no se puede probar que a ella "no le gustó"? —me pregunta Anne, la psicóloga de una asociación de

ayuda a las víctimas—. Se supone que son libres para ser sadomasoquistas, que la pornografía es normal, ¿cómo explicar lo que está pasando?», reclama con los ojos llenos de lágrimas a causa del agotamiento, la ira y el cansancio emocional.

Las mafias conocen la respuesta: no hay manera, porque la pornografía es una fantasía, un producto popular. La nueva pornografía, no la de Hustler o Playboy Channel, sino la que

circula en internet de manera gratuita, la que se compra en Shanghai por 30 dólares o en Tokio por menos de 20 dólares, pertenece en gran medida a grupos de tratantes que invierten en la nueva *pop slave culture*. Jean, una joven norteamericana que fue violada en Tijuana, recibió una golpiza que le dejó dos meses hospitalizada. Un año después, su hermano encontró fotografías de ella en una web pornográfica denominada deputaspormexico.com. También

existen webs como www.slavefarm.com, que nos dan un baño de realidad. La pornografía de la esclavitud es un hecho que está aquí para quedarse. Mientras se defienda como libertad de expresión, nadie podrá imponerle límites, excepto los consumidores y la sociedad.

En el Centro de Convenciones Sands de Nevada, la industria del sexo realiza anualmente una feria

que atrae a 22,000 personas: la Adult Entertainment Expo (AEE). Durante la reunión de 2009 propietarios de prostíbulos, administradores y productores de pornografía asistieron a un curso de ventas y mercadotecnia. Al terminar, dos empresarios mexicanos, tres de Singapur, una colombiana que opera en Tokio, y uno de los más poderosos dueños de casas de masaje de Nueva York y Chicago, se reunieron en una suite, donde intercambiaron tarjetas

de presentación y cerraron negocios para renovar sus rutas operativas y de «contratación de chicas nuevas». La fuente que estuvo presente me asegura que la propuesta de la colombiana fue asociarse para abrir una agencia de viajes en Chicago con filiales en los países de los participantes en la reunión, con el fin de facilitar la internacionalización de los shows con sus chicas.

Algunos de los cursos que se imparten en este evento son: «Poder

e influencia: la creciente presencia de mujeres en la industria del entretenimiento adulto»; «Negocios basados en modelos tecnológicos: los modelos que debes conocer», y «Creando los mejores equipos de ventas: educación sexual para tu *staff*». Uno muy famoso es el seminario legal de Arthur Schwarts, al que asisten respetables policías y abogados para explicar las nuevas leyes y cómo respetarlas. Mientras, en los pasillos, los verdaderos mafiosos acuerdan cómo evadirlas.

En la AEE conviven los aficionados que ven la industria del sexo como una fuente de educación para liberar el erotismo y los tratantes nacionales e internacionales que operan desde los ámbitos de la libertad creativa para vivir de la esclavitud destructiva. Cualquiera que se atreva a cuestionar a estas mafias y sus vínculos con la industria sexual *mainstream*, se topará con una oleada de ataques de quienes creen que —como la pornografía *snuff*

producida con víctimas de Ciudad Juárez, Tijuana y Tailandia— eso es una fantasía.

## ¿PORQUÉ HAY TAN POCAS DENUNCIAS?

Los escépticos se preguntarán que si hay tal cantidad de esclavas en el comercio sexual, por qué hay tan pocas denuncias. Antes que nada es una industria que se sostiene dentro de su propia cultura liberal. Se dice

que es un delito, pero esto no ha sido asimilado por el sexismo y el clasismo de las autoridades en general. El jefe de la policía especializada en Bangkok me aseguró que es muy difícil hacer algo a este respecto, «sobre todo cuando las jóvenes rescatadas quieren regresar con sus tratantes, supongo que les gusta… pobrecitas».

Cuando la policía se lleva a alguna víctima por denuncias de turistas o personal de las embajadas

que colaboran con organizaciones civiles, los tratantes van a la cárcel, se identifican como familiares de la víctima y pagan su fianza. Una empleada de la limpieza de las oficinas del centro de detenciones de Bangkok me aseguró que los policías conocen la verdadera identidad de esos hombres. En una semana un tratante a quien apodan el Perro pagó la fianza de nueve «sobrinas», y la policía no preguntó nada.

En la medida en que aumentan las

campañas de prevención, los tratantes les explican a las esclavas su propia versión sobre las organizaciones civiles, les dicen los nombres y les advierten que si piden ayuda y declaran a la policía que son víctimas de la trata, quedarán encerradas durante un año o más sin ver a sus familias y sin poder enviarles dinero; también las amenazan con matar a algún familiar si rompen las reglas del «contrato».

En Camboya, una mujer

explotada de veintiséis años se escapó y la red de cuidadores (los conductores de *tuk-tuks*) la localizó. El tratante le dijo que si quería comprar su libertad le llevara a una niña de su pueblo. Como otros miles de víctimas, ella accedió a la petición. Lo mismo sucede en México y Guatemala. La participación de las mujeres en las redes de tratantes crece de manera exponencial, y no es una casualidad. Las mafias han hecho su trabajo: estudian las leyes (una

tratante filipina que entrevisté se sabía de memoria el Protocolo de Palermo) y hacen acuerdos con las autoridades.

## LOS NUEVOS COLONIZADORES

Según los expertos locales, los tratados regionales del libre tránsito sin pasaporte han facilitado la vida de los tratantes que se mueven entre Laos, Birmania, Tailandia, Camboya y Vietnam.

Pero casi nadie habla de los europeos que han colonizado pueblos enteros para la explotación sexual y doméstica de mujeres y niñas. Ellos son en gran medida corresponsables de la normalización de la cultura del proxeneta.

En 2007 un suizo se casó con una adolescente tailandesa en Pattaya, Tailandia. Posteriormente llevó a otros suizos y todos se casaron de inmediato con jóvenes nativas, que más tarde trasladarían a Suiza.

Nadie reclamó nada, simplemente quedó el registro en las oficinas de migración de ambos países.

En la provincia de Surin, al nordeste de Tailandia, un hombre inglés que vivía en Pattaya se llevó a una niña de once años. Decidió casarse con ella para establecer un vínculo comunitario. Después abrió un restaurante y ha creado lo que la gente del lugar llama «la comunidad internacional».

Apenas pude ir a las inmediaciones, ya que las redes de

*tuk-tuks* están totalmente controladas por la comunidad de extranjeros y «hasta los policías tienen miedo de entrar», me dijo la dueña de un pequeño hostal a dos kilómetros del restaurante del Brit. Todos conocen la historia y piensan que la economía ha mejorado con la presencia de los europeos, a quienes llaman *farang* («blancos»). Las autoridades sienten agradecimiento hacia estos europeos que han creado mafias de pederastas que disponen de

esclavas sexuales y domésticas, pues donan dinero para escuelas y templos budistas. Actualmente, hay miles de europeos casados con adolescentes y mujeres tailandesas en situación de esclavitud doméstica y sexual. Los hombres son, en su mayoría, noruegos, alemanes, ingleses, franceses, japoneses y holandeses.

Alemania, donde la prostitución está legalizada, y Holanda son los países que más pedófilos expulsan. Existen cerca de 15,000 holandeses

registrados viviendo en Tailandia, particularmente en Pattaya; pero en realidad, según fuentes del gobierno holandés, hay hasta 50,000, algunos de ellos con antecedentes penales, hombres mayores de sesenta años retirados. La mayoría de los pedófilos a quienes las redes de tratantes les venden servicios con niñas y niños menores de diez años son originarios de Estados Unidos, Francia, Noruega y Canadá.

Los mafiosos operan en agencias de viajes desde Noruega y Pattaya.

Ante las estrategias de los gobiernos de Estados Unidos y Canadá para alertar a las autoridades migratorias cuando un ciudadano vuela solo con frecuencia a Tailandia y Camboya, los agentes de viajes organizan vuelos chárter con paradas técnicas en rutas regionales como Qatar o Kazajistán, evitando así el registro del viaje.

En todos los sitios que he visitado, desde Sudamérica hasta Asia, Europa e incluso África, la migración global es un fenómeno paradójico: miles de personas, ilusionadas por la promesa de una vida mejor, buscan oportunidades en otros países donde existe una amplia oferta laboral pero donde al mismo tiempo se ejerce la discriminación, el racismo y la exclusión.

Para nadie es un secreto que la naturaleza capitalista de los

tratados de libre comercio impulsa, de manera estratégica y abierta, la explotación laboral. En diversos lugares encontré a empresarios convencidos de que su apertura para contratar inmigrantes temporales o ilegales está relacionada directamente con la posibilidad de pagar bajos salarios sin garantizar derechos laborales. Todos parten de la misma premisa: sus trabajadores vienen de países pobres, y sin ese empleo morirían de inanición. A propósito de esto,

un empresario de maquiladoras de Silicon Valley en California dijo: «Sólo me fijo en tres cosas cuando contrato operarios de manufactura: que sean mujeres, bajas de estatura y extranjeras. Cuando encuentras esas características, prácticamente has garantizado la fuerza de trabajo idónea. Esas pequeñas extranjeras estarán muy agradecidas de haber sido contratadas, sin importarles nada».[1]

Para investigar los mecanismos ocultos de los aparatos del Estado,

me dediqué a entrevistar a funcionarios de migración responsables de las áreas de aprobación de contratos temporales para trabajadores extranjeros. En Canadá y el sur de Estados Unidos encontré un sinfín de historias de personas que tenían permisos de trabajo para jornaleros del campo, pero el caso más sobresaliente de cómo funcionan las redes interinstitucionales de explotación y corrupción lo hallé en México.

Un alto funcionario de la

Secretaría de Gobernación me contó cómo se otorgan algunos permisos masivos para las maquiladoras mexicanas. Este responsable del área de inmigración me pidió que no publicara su nombre, dado que el sujeto del que habla ha demostrado ser capaz de emplear la violencia como venganza ante quienes le han investigado:

> Estaba en mi oficina. Por la mañana recibí una llamada del presidente de la República, Vicente

Fox. Me dio aviso de que un importante empresario de maquiladoras de origen libanés vendría a verme más tarde para solicitar un permiso de internación temporal para casi 200 personas de origen chino, quienes trabajarían en sus maquiladoras en diversos puntos del país. Su nombre es Kamel Nacif. La recomendación implicaba que sería necesario un trato preferencial. El presidente consideraba que se trataba de un empresario ejemplar, puesto que había abierto maquiladoras de ropa en el sudeste, el centro y el norte de México,

aumentando de manera importante la oferta laboral en las regiones. El nombre me era familiar; a Nacif se le denominaba el Rey de la Mezclilla por sus numerosas fábricas de jeans en México.

Unas horas después llegó Nacif con tres sujetos cargando portafolios. Con una actitud arrogante, entraron en mi oficina para solicitar los permisos de ingreso de los trabajadores provenientes de China. Nacif puso sobre mi escritorio un largo listado de nombres. Le eché un vistazo, y amablemente le expliqué que para llevar a cabo el trámite era

preciso que llenaran los cuestionarios por cada individuo. Alargué la mano con uno de los formularios. Nacif, con los ojos abultados y una mirada de enojo evidente, me dijo que era amigo del presidente Fox: «¿Que no le habló Fox?», espetó con un tono de desdén. Respondí que, efectivamente, había recibido la llamada del mandatario, pero que yo no podía evitar los trámites legales; lo más que podía hacer por la recomendación presidencial era tener la deferencia de que llenaran los documentos en mi despacho en lugar de hacerlo por la vía normal en las

oficinas generales. A pesar de mi explicación, el empresario seguía molesto, amenazando con llamar al presidente si no le facilitaba los trámites. Luego de un ríspido intercambio de palabras, le ofrecí que sus acompañantes, aparentemente abogados y un contador, llenaran los documentos en mi oficina.

Nacif les dio la orden y, viendo que las amenazas no surtían efecto, cambió su tono de voz. Me dijo: «Mire, licenciado, si lo que le preocupa es que estos chinos se me escapen, ni se preocupe, los tendré

encerrados en unas galeras los seis meses que trabajarán para mí. No tienen posibilidad de salir y nosotros guardamos sus documentos. Le aseguro que ninguno se va a escapar y los regresamos completitos a China».

El hecho de que este empresario, socio y amigo de gobernadores y senadores mexicanos, se sintiera con la libertad de expresar los métodos de la trata de personas utilizados por su empresa para someter a los trabajadores chinos

en México, revela los altos niveles de impunidad y la sutileza con que operan las redes de protección. En 2006 se dio a conocer la grabación de una conversación entre Nacif y uno de sus socios en Estados Unidos —un hombre de origen francés—, que le recomendaba que proporcionara a sus trabajadores alimentos en un comedor, a lo que Nacif respondía: «Que se mueran de hambre». Los obreros de otros países «importados temporalmente» se convierten en esclavos de un

sistema que los cosifica sin reconocer sus derechos laborales y humanos.

Los triunfos de la lucha sindical en casi todos los países considerados en vías de desarrollo se desvanecen con los tratados de libre comercio y las políticas migratorias del mercado global. Desde Vietnam hasta Nicaragua, pasando por México y Asia central, cada vez que un grupo de obreros explotados por las maquiladoras se reúne para crear sindicatos y

reivindicar sus derechos, se topa con una empresa que elige cerrar antes de aceptar las leyes locales.

Por ejemplo, ex obreros de Matamoros Garment y Tarrant México estuvieron en Toronto, Canadá, el 28 de mayo de 2004 para contar su experiencia ante una audiencia pública realizada por la Oficina Administrativa Nacional (OAN) canadiense, encargada de recibir y responder a los reclamos en materia laboral de los países del TLCAN. Pero todo quedó en

informes sobre la violación de los derechos humanos que no se pueden aplicar directamente a los propietarios de las empresas. Los gobiernos no parecen atreverse a condicionar a los empresarios a mejorar sus políticas internas. Prefieren sostener la inversión que aumenta las cifras de oferta laboral —sin importar las condiciones— y no exponerse a que se lleven la maquiladora a otro país.

El ex canciller mexicano Jorge Castañeda explica las

complejidades de estas políticas esquizofrénicas en su análisis sobre la exclusión de inmigrantes en los procesos de globalización:

> Los flujos migratorios son el gran excluido, porque mientras todo lo demás se encuentra legalizado y exaltado, las corrientes migratorias, los millones de migrantes que cada año arriesgan o pierden la vida buscando una mejor vida, no son objeto de la misma glorificación globalizadora. Incluso hoy quienes con años de retraso reconocen que […] el movimiento irrestricto y

desregulado de capitales por el mundo entero ha sido excesivo, apenas aceptan que la discriminación conceptual y humana que se ejerce contra la libre circulación de la mano de obra es contradictoria en el mejor de los casos, o francamente repulsiva, en el peor de ellos.

Cada país tiene a los suyos, y cada país mira la viga en el ojo ajeno cegándose ante la propia, pero todos, sin excepción, rechazan, excluyen, maltratan, explotan y discriminan a los migrantes que les tocan. La Unión Europea, tan solidaria, noble y generosa en otros aspectos, ha

adoptado, y de manera selectiva ha puesto en práctica una política antimigrantes odiosa y vergonzosa, que de haber sido aplicada en el pasado a muchos de los países que hoy la integran hubiera provocado indignación y estancamiento económico.[2]

Hasta la fecha, las conquistas más importantes de la defensa de los derechos de los trabajadores de las maquilas globales se deben a las organizaciones no gubernamentales, que a través de

fuertes campañas y redes sociales han logrado presionar a ciertas marcas y firmas (Adidas, Tommy, Puma, Disney, etcétera) para que exijan que sus productos elaborados por mano de obra barata no estén manchados por la explotación y la trata de personas. Sin embargo, la movilidad empresarial y las facilidades de los tratados de libre comercio van más rápido que cualquier organismo a favor de los derechos humanos.

## La mafia y la pobreza

La mayoría de las organizaciones que rescatan víctimas insisten en que hablar de prostitución es hablar de política, pobreza, desigualdad, racismo y explotación.

En octubre de 2009, con motivo de la conmemoración del Día Internacional por un Trabajo Decente, activistas de 12 países europeos denunciaron los bajos salarios que reciben los trabajadores que confeccionan la

ropa que se vende en las grandes superficies. En este contexto, la Campaña Ropa Limpia[3] europea presiona a las cadenas de distribución como Carrefour, Tesco, Aldi o Lidl para que tomen en consideración la propuesta de la Asia Floor Wage Campaign.

Asia Floor Wage Campaign es una propuesta de organizaciones no gubernamentales y sindicatos asiáticos que responde a las prácticas de una industria, la textil, en la que la competencia entre

mercados laborales precarios e injustos ha mantenido los salarios a un nivel de miseria durante décadas. El salario medio de una obrera de la confección en Asia es de unos 2 dólares por una jornada oficial de ocho horas, aunque el horario se incumple sistemáticamente y llega a superar las catorce horas según el volumen de trabajo. Es verdad que los precios en Bangladesh, la India o China son más bajos que en Europa y Estados Unidos; sin embargo,

organizaciones y sindicatos calculan que una obrera bengalí debería cobrar unos 8 dólares diarios para equiparar su poder adquisitivo al de una obrera media de la Unión Europea. Las organizaciones de la Asia Floor Wage Alliance no exigen llegar a esta cifra, pero han establecido una metodología basada en el indicador de paridad del poder adquisitivo del Banco Mundial, a partir de la cual se ha calculado el salario que deberían recibir las personas

trabajadoras para poder adquirir una canasta básica de productos y servicios: 475 dólares en paridad de poder adquisitivo mensuales.

Recibir un salario digno es un derecho reconocido internacionalmente, a pesar de lo cual las personas trabajadoras de la industria textil no lo reciben en la mayoría de las ocasiones. Las trabajadoras —la gran mayoría son mujeres— que producen la ropa para las cadenas internacionales de distribución viven en una situación

de pobreza extrema. A menudo ocupan viviendas insalubres, sin agua corriente, y no disponen del dinero en efectivo suficiente para alimentar adecuadamente a sus familias.[4]

¿Qué es un salario digno para una joven en Tailandia responsable de mantener a su familia? ¿Y para una adolescente colombiana convencida de que sin tetas no hay paraíso? Sin duda, un salario mínimo calculado no es lo que las mafias ofrecen. Éstas ofrecen lo que los gobiernos

no están dispuestos a prometer: riqueza, equidad y libertad para obtenerlas, aunque en ello te vaya la vida, la salud y la integridad emocional. Las mafias de tratantes en varios países y regiones han entendido que ellos hacen no sólo negocio, sino política social: deshumanizante, humillante y violenta, pero política al fin y al cabo.

Después de este viaje entre las mafias, algo me queda muy claro: sólo el poder de la sociedad y de

las organizaciones civiles podrá impulsar un giro cultural, desde abajo, desde las raíces. Una ética de la alteridad en la que exista un pleno reconocimiento de lo que quiere y desea el otro, diferente de mí pero humano al fin.

Durante el juicio que me impusieron, al mirar a los ojos de los tratantes de niñas de México, me quedó claro que su poder no es tan real: no son monstruos, son seres humanos de espíritu pequeño. Su mayor poder es nuestro miedo, y

el nuestro es justo la capacidad para combatirlos y eliminarlos de nuestras calles, no con policías, no con la severa mano policiaca de Washington, sino matándolos de inanición.

Una nueva revolución masculina es imperativa. Una nueva generación de hombres, no guerreros, no armados, no amenazando con castigos celestiales, no violentos, sino poseedores de una sólida idea de equidad y progreso. En los últimos

años me he encontrado con muchos de ellos. El poder masculino tiene que reinventarse antes de que las mafias y la sociedad global irresponsablemente desinteresada logren convencer a todas las niñas de que ser esclava sexual es la única vía para estudiar, comer, tener bienes y servicios; antes de que otra generación crea que comprar esclavos es algo progresista y moderno.

# 12

# La danza de las cifras, el pánico moral y qué debatimos

Durante esta investigación me encontré con tratantes, clientes de prostitutas, políticos, académicas, productores de pornografía,

actrices porno, prostitutas y feministas, cuya premisa principal, en contra de las organizaciones abolicionistas que rescatan y protegen a las mujeres y las niñas sometidas a la esclavitud sexual, es que con frecuencia se falsean las cifras sobre el número real de víctimas existentes en el mundo. Al mismo tiempo, consideran que sí es posible diferenciar claramente entre la prostitución voluntaria y la prostitución forzada. Casi todas las reglamentaristas coinciden en que

la medición debe hacerse partiendo de la libertad de movimiento que tenga la persona estudiada y de su percepción de si está o no esclavizada.

Hay un consenso generalizado en que la explotación sexual comercial es la forma de trata de personas más frecuente en todo el mundo (el 79 por ciento) y la más registrada, sobre la cual se sostiene la industria internacional del sexo. Le sigue el trabajo forzado en todas sus formas, con el 18 por ciento. El

3 por ciento restante lo constituyen: la servidumbre doméstica, una de las actividades más subregistradas; el matrimonio forzado, que en algunas naciones es una costumbre religiosa; la extracción de órganos, que se practica en los circuitos de las mafias médicas y sobre la cual las autoridades de los países con mayor incidencia han mostrado poco interés en documentar; la explotación de niños y niñas para la mendicidad y los niños soldados no está suficientemente documentada.

Es posible reconocer a diversos grupos con diferentes niveles de explotación, y el resultado dependerá mucho de la metodología para conseguir la información. En este libro he intentado mostrar ese resultado con toda la honestidad que puede tener quien escucha cientos de historias humanas de violación, encierro, asesinato, engaño, humillación, crimen y miedo. Aunque mi metodología es objetiva, mi sensibilidad fue transformándose a medida que cada

persona —víctimas y victimarios— me contaba su historia, mientras le miraba a los ojos y observaba sus gestos y emociones. He intentado mostrar la diversidad de todas esas vivencias y visiones del mundo. Por ejemplo, un sociólogo francés insistía en que si las adolescentes de los pueblos de Vietnam que visité van y vienen por sí solas al prostíbulo, entonces son prostitutas libres. Pero luego de pasar varios días comiendo y durmiendo en su comunidad, fui testigo de los

niveles de violencia doméstica y sexual que padecen y del aleccionamiento que reciben de sus padres para llevar a casa dinero «del holandés». Desde mi perspectiva, ellas son esclavas de la explotación, pero también están esclavizadas por los valores culturales de la violencia contra las mujeres: son víctimas concretas de la violencia estructural.

A pesar de ser un debate tan encendido —y en algunos casos virulento y descalificador—, creo

que ha contribuido a hacer una reflexión con mayor profundidad, ha impulsado a todos los actores a hacernos más preguntas antes de creer que podemos hallar respuestas en las que o todo es blanco o todo es negro. Me siento profundamente agradecida por haber tenido la oportunidad de escuchar durante estos años a especialistas de «ambos bandos», y de ser escuchada también, puesto que ello me impuso un reto y significó un gran aprendizaje para

mí.

Hablemos ahora de las cifras, de las dudas y los argumentos del debate mundial sobre el comercio sexual, no sin antes hacer algunas acotaciones. Resulta fundamental correr el velo para conocer todo lo *no dicho* que rodea este debate, eso que hace tan difícil que la gente no dispuesta a entrar en una batalla campal sobre la prostitución se mantenga al margen de este tema tan vital para los ciudadanos de todo el mundo. En la confusión está el éxito

de los tratantes, o como dicen popularmente, «el diablo está en los detalles».

## Cómo y desde dónde se mide

Es cierto que la danza mundial de las cifras ha contribuido de manera determinante a que se distorsionen ciertas realidades locales. También es verdad que las estadísticas delictivas encuentran su talón de Aquiles en el tipo de mediciones

posibles y en las técnicas de extrapolación que se utilizan para crear cifras negras. Se calcula que por «X» número de delitos denunciados, hay otro «Y» número que nunca ha sido denunciado, que es difícil de corroborar, aunque eso no significa que no exista. Por ejemplo, los delitos relacionados con «el honor», como la violación y el incesto, siguen ocultándose en todo el mundo, desde Suecia hasta Nicaragua. En buena parte, ese ocultamiento se debe a la vergüenza

que implicaría para la víctima si se hicieran públicos, y por la humillación que supondría para ella dar un testimonio ante terceros de manera sistemática y mecánica. Para la víctima, la violación no es una experiencia mecánica como lo percibe la policía, sino una vivencia compleja y dolorosa de diversas formas de violencia que con dificultad se puede verbalizar ante extraños, sobre todo en un mundo donde la sexualidad, la violencia y el tabú están

interconectados con la intimidad de las personas. En prácticamente todos los países, sólo a finales del siglo XX se comenzó a tratar la violencia sexual como una especialidad para la que se están creando nuevos paradigmas y modelos de atención y de intervención profesional, tanto judicial como clínica-terapéutica y social.

En este libro he explorado ampliamente las paradojas a las que nos enfrentamos con la

globalización, el libre mercado y sus políticas antagónicas con el libre tránsito; he examinado los defectos, debilidades y contradicciones de algunas leyes internacionales inaplicables en ciertos países; también he señalado los problemas de los diversos flujos migratorios enraizados en la pobreza y la búsqueda de libertades y esperanzas de pueblos y grupos sociales específicos. Nada de lo anterior facilita los estudios comparativos en temas tan

complejos como la trata de personas. Es preciso crear categorías de análisis nuevas para documentar y desentrañar los vicios que generan errores cuando se aborda este fenómeno. Por ejemplo, de los 155 países documentados por el informe de la UNODC, en una gran mayoría de los estados que tienen leyes sobre la trata de personas, la policía entregó informes con altos índices de mujeres presas bajo el cargo de traficantes y tratantes de mujeres y

niñas. Si bien es cierto que muchas mujeres dirigen burdeles y que muchas víctimas se transforman en victimarias, hay un peligroso sesgo. En los países en vías de desarrollo la prostitución es ilegal, aunque esté permitida en «áreas especiales», y generalmente las mujeres arrestadas son el eslabón más débil de la cadena de explotación. Por un lado, las cifras de clientes arrestados siguen siendo irrisorias en todo el mundo y, por otro, los hombres más poderosos en

la industria de la esclavitud sexual han logrado permanecer invisibles en las estadísticas oficiales.

Es preocupante que las autoridades sigan sin estudiar adecuadamente el crimen organizado. De mis entrevistas con autoridades policiacas en diversos países se podría concluir que los cárteles de la droga no están vinculados con la trata de mujeres y menores. Sin embargo, en el resto de la investigación, desde la frontera de Afganistán hasta las

rutas de Colombia y Cuba hacia México, y de allí hacia Estados Unidos, los datos, nombres y métodos de los narcotraficantes involucrados tanto en la protección de los tratantes y los empresarios como en la venta de esclavas son irrefutables.

La solución no será fácil. Para distinguir como tratante a un gran empresario de Monterrey, México, o a un hotelero de Punta Cana en la República Dominicana, las autoridades deberían tener claro

que en sus negocios promueven la prostitución, la compra y la venta de mujeres; que «importan y exportan» personas con permisos migratorios, boletos de avión y visas legales en muchos casos. El gobierno estadounidense, por citar un caso, debería calificar a todos sus bares de nudistas y *lap dance* con el mismo criterio que califican a los de Tailandia, Filipinas, Surinam o Mozambique. De acuerdo con el Protocolo para Prevenir, Reprimir y Sancionar la

Trata de Personas, Especialmente Mujeres y Niños, de la Convención de las Naciones Unidas, el 80 por ciento de las mujeres involucradas en este tipo de negocios en el mundo califican como víctimas de la trata; por lo tanto los clientes, operadores y propietarios califican como tratantes.

Hace varios años se emprendieron campañas contra la violencia a las mujeres en las que se pedía a las víctimas que «no se dejaran maltratar», obviando la

presencia del maltratador. Hasta principios del año 2000, las campañas comenzaron a dirigirse a los agresores: así, en lugar de decir «Cada quince segundos una mujer es maltratada», se dijo «Cada quince segundos un hombre elige maltratar a una mujer». Las actuales campañas contra la trata de personas en Bolivia, Rusia y otros países convocan a las mismas con la frase «No te dejes engañar». La mayoría de las víctimas del mundo se sienten culpables por «haberse

dejado engañar».

## DIVERSIDAD CULTURAL

Si algo he aprendido durante este viaje alrededor del mundo es que no se puede medir con el mismo rasero a una sociedad de posguerra —como la camboyana, que aún vive el trauma social del genocidio del régimen de lo jemeres rojos— y a otras sociedades de países como México, Guatemala, Pakistán y

Kenia, aunque sus índices de pobreza extrema rural sean tan similares y los indicadores de la trata de niñas y niños muestren paralelismos tan asombrosos. Hace falta investigar cuál es la situación socioeconómica de las mujeres y las niñas en cada región, así como la percepción cultural de la sexualidad y la violencia. También es preciso advertir, en cada caso, cómo la globalización y la asimilación de valores religiosos y culturales afecta a la vivencia de la

sexualidad en personas de todas las edades. Es necesario buscar la validación de los fenómenos recurrentes; para ello son imprescindibles las voces de los expertos locales y regionales. Necesitamos encontrar un lenguaje común: *globalizar* las categorías de análisis, por decirlo de alguna manera. Los millones de clientes nos han dado una pauta importantísima: ellos responden a la sexualización de estereotipos racistas; deben ser estudiados con

detenimiento, al igual que los proxenetas, pues con la implementación de leyes contra la explotación sexual comercial, son los responsables de grandes flujos migratorios predominantemente turísticos a países con débiles sistemas de justicia, donde «están las mujeres amorosas y sumisas», como ellos mismos me dijeron.

Hay que revisar cómo funciona la jerarquización racial y étnica de las víctimas de la trata en el recuento que las autoridades hacen en todos

los países, particularmente en los desarrollados. Los tratantes que surten el mercado español captan a sus víctimas principalmente en Brasil, Surinam, Colombia, la República Dominicana y las Antillas. Cerca de 50,000 mujeres (negras y latinas) son traficadas a Holanda y Alemania para el comercio sexual, que está legalizado, y por su situación ilegal, son las más maltratadas, encarceladas y deportadas por las autoridades de la Unión Europea.

Por otro lado, la investigadora Susana Chiariotti pudo contabilizar 3,000 mujeres mexicanas traficadas a Japón para la trata sexual, y yo me encontré con una gran comunidad latina en Tokio sometida por los yakuzas en el mercado del sexo comercial.

Desde luego, no podemos olvidar el papel central que las mafias desempeñan en este fenómeno. Los mafiosos grandes y pequeños se aprovechan de la confusión que genera este debate, y en muchas

ocasiones lo alimentan haciendo cabildeo político y social para normalizar la esclavitud de las personas en aras de una visión capitalista deshumanizante. La Oficina de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada tiene que presionar a los países firmantes para investigar a los empresarios de la industria del sexo y a sus redes de abogados y administradores que, como pude corroborar en muchos casos, están también vinculados con otros

delitos graves como el narcotráfico y el lavado de dinero.

## La experiencia de las víctimas

¿Cómo y cuál es el rasero para medir si una mujer o una adolescente, un niño o un joven son víctimas de la trata? En una veintena de casos mundialmente conocidos, las víctimas de violación sistemática han defendido a sus captores en la corte. Si las

entrevistas para documentar el fenómeno de la trata no incluyen preguntas para detectar el síndrome de Estocolmo y de adaptación paradójica, así como un cuestionario básico sobre la violencia familiar en la infancia, difícilmente entenderemos la vivencia integral de las víctimas. Muchas de ellas han asimilado a base de malos tratos la violencia psicológica y sexual como algo natural y merecido por su condición de género, raza, nacionalidad o

clase (en algunos casos todas a la vez).

Las historias personales resultan fundamentales para medir la magnitud del fenómeno social y criminal. Necesitamos entender a fondo cómo interioriza emocional y psíquicamente el sufrimiento y la supervivencia una niña salvadoreña que ha sido expuesta a varias violaciones al día en un prostíbulo; de la misma manera, hace falta comprender cómo interioriza el miedo una pequeña de seis años de

Brasil que ha sido utilizada desde los cuatro años para producir pornografía infantil y, aunque no le gusta lo que le hicieron, cree que eso es normal en todas las niñas porque así se lo dijeron sus violadores. También debemos reflexionar cómo vive y qué argumenta el hombre de negocios o el sacerdote que paga por mirar esos videos en México, España o Estados Unidos, sustrayéndose por completo de la idea de que detrás de esa niña hay una red criminal

que la esclaviza. Asimismo debemos escuchar a la tratante filipina que construye un discurso liberal sobre la prostitución, hasta que, ya en una charla amena, logra contar cómo abusaron de ella sexualmente durante la infancia, mucho antes de incursionar en la vida de un burdel para turistas coreanos en su país natal. El hecho de que ella haya normalizado el abuso hasta el punto de ya no sentirse víctima le permite victimizar a otras niñas y jóvenes

sin sentir culpa alguna.

Sólo así podremos armar el rompecabezas que nos permita ver que el problema más serio de la normalización de la violencia es que se logra invisibilizar hasta tal punto que se arrebata a las víctimas la posibilidad de reclamar su derecho a vivir fuera de un contexto de agresiones dirigidas. De pronto, como me dijeron varias prostitutas organizadas, particularmente en Europa y Estados Unidos, asumir que se es víctima de un delito

resulta casi un insulto; más incluso que la propia humillación causada por la golpiza de un cliente borracho o una violación anal. Esto es el resultado de que la violencia sexual se observe desde una perspectiva liberal como algo aislado. Por ese motivo, una prostituta española de Barcelona puede decir: «Yo no vendo mi cuerpo, vendo un acto sexual concreto, como una secretaria vende sus conocimientos para escribir una carta».

Fina Sanz es una extraordinaria psicóloga española, experta en psicoerotismo y creadora de la «terapia de reencuentro», cuyos aportes al abordar la sanación de las sobrevivientes de la violencia sexual es inconmensurable en el mundo hispano. Ella argumenta que lo que se daña con la explotación sexual no es sólo el cuerpo, sino la persona dueña de ese cuerpo y la entidad emocional. También hay que entender que, desde el punto de vista del proxeneta, del cliente e

incluso del violador, la experiencia sexual en el contexto de la prostitución y la trata es percibida como un acto erótico, de placer sexual para él, no para ella, además de ser un ejercicio de poder, como ellos mismos han reconocido.

Según Sanz, «el erotismo puede considerarse como una reproducción de los valores socioculturales. Se vive en el cuerpo entendido como totalidad sexual, sensitiva, emocional, mental, espiritual y social, [y

además] se vive con placer»,[1] cuando lo hay. Éstos son algunos matices que suelen olvidarse al discutir si se debe abolir o regular el comercio sexual en el que subyace la trata de personas. Detrás del acto concreto, hay todo un proceso previo de socialización que permite que la persona en situación de prostitución considere que hablar de salud psicosexual implica adoptar una moral religiosa que impide a las mujeres ejercer la sexualidad con libertad. Para esa

mujer que entrevisté en Barcelona, vender un acto sexual puede ser equivalente a preparar y vender un bocadillo en un bar. Pero para un cliente, penetrar un cuerpo, someterlo y tratarlo como un objeto, definitivamente no representa lo mismo que comerse un bocadillo. Esto último es un acto alimenticio mecánico, y la venta del acto sexual tiene una carga sociocultural que reivindica el derecho de comprar personas y maltratarlas por dinero.

Otro hecho que debemos tener en

cuenta es que si contabilizamos a todas las mujeres en el mundo que pertenecen a colectivos de prostitutas (o trabajadoras del sexo, como se autodenominan algunas), ni siquiera suman medio millón de personas. ¿Significa esto que no tienen derechos por pertenecer a una minoría? Por supuesto que sí tienen derechos. Pero el debate se vuelve más complejo cuando examinamos la validez de reivindicar los derechos de una minoría si la consecuencia de ello

es la promoción de valores socioculturales y delitos concretos que afectan a las mayorías.

Carmela, una ex prostituta mexicana que trabaja para prevenir la violencia en Miami, señala:

> Antes las mujeres decíamos «Mi marido me pega porque me quiere», porque desde niñas nos habían dicho que eso significaba el amor, hasta que entendimos que es justo lo contrario. Ahora resulta que debemos decir «Los clientes me violan y humillan porque soy libre».

> ¡Es una estupidez monumental! Ser sexualmente libre es decidir no ser explotada y tener sexo con quien te dé la gana, pero no para beneficiar a una industria promotora de la indignidad femenina, de la violencia normalizada.

Pensemos en el debate sobre los posibles daños que la pornografía hace a la sociedad. Catharine MacKinnon sugiere que cuanto más se legitima y populariza la pornografía, más se normaliza la violencia contra las mujeres y la

sociedad es menos sensible ante la explotación sexual. Además, según esta activista, quienes critican y analizan la pornografía y sus efectos socioculturales reciben ataques beligerantes y se les califica como enemigos de la libertad de expresión, se les insulta y ofende. Es importante recordar que una buena parte de las terapeutas abolicionistas proponen que la explotación sexual comercial en todas sus formas se vea como una violación de los derechos

humanos. Estos factores son fundamentales para entender el comercio sexual y la prostitución.

Un filósofo que desde una universidad elitista del Reino Unido pontifica sobre la libertad de prostituirse casi siempre es incapaz de entender las implicaciones que tienen sus propias aseveraciones en personas concretas que en las redes de la prostitución padecen una gran violencia, no sólo sexual, sino también racial y de género. Se trata de una violencia estructural cuyas

raíces son profundamente misóginas y sus resultados tienen efectos individuales y colectivos.

En el otro extremo, lo mismo se aplica para una religiosa católica o cristiana que rescata jóvenes en situación de prostitución. Normalmente, ella y sus compañeras tienen serios problemas para aceptar la sexualidad como algo sano. Su rabiosa perspectiva abolicionista parte de prejuicios, miedos y valores ortodoxos que no dan lugar

a diálogo alguno, ni siquiera con las propias víctimas, a quienes casi siempre les imponen discursos dogmáticos de fe, lo que acaba por ocultar las complejidades de la hipersexualización que viven las víctimas en un contexto de síndrome de estrés postraumático severo.

## LAS VOCES Y LAS POSTURAS

Carolina Hernández, una mujer española que pertenece al

Colectivo Hetaira de trabajadoras del sexo, escribió:

> Ser trabajadora del sexo es algo muy importante. Trabajar en el sexo, la prostitución como hoy día se llama, nos lleva a pensar en proxenetas, prostituidas, mafias, marginadas, etcétera, pero no se tiene en cuenta que es algo que se escoge libremente, tomando tus propias decisiones. Sí, a la mayor parte de mis compañeras nadie las ha obligado a trabajar en la calle ni han venido engañadas, la gran mayoría de las mujeres que están en la calle

son libres de tomar sus propias decisiones. […] Sucede con las chicas de Europa del Este: conviviendo con ellas me han contado y he visto que necesitan de un amigo para que las cuide, porque hay hombres que quieren aprovecharse. Quienes las cuidan no les piden nada a cambio; sin embargo, ellas, por ser solidarias, les hacen obsequios que muchas veces ellos no aceptan. A ese sujeto que las ayuda la gente le llama proxeneta, chulo, y en realidad no es así. Hay muchas de ellas que se han casado con esas personas y después han

tenido que dejar la calle. Nuestro trabajo se ha convertido en un estigma para la policía y los habitantes del vecindario, quienes nos acusan de rodearnos de cómplices y ser sinónimo de droga y delincuencia… pero no es así. Todo esto es erróneo y absurdo. […] Aprendamos a convivir educada y cultamente para lograr que las trabajadoras del sexo formen parte de todo lo cotidiano del mundo.

Laura «N», una mujer de veintisiete años rescatada en Navarra de una red de tratantes,

explica:

> A mí me dijeron en Paraguay que sería bailarina exótica en un lugar de lujo en Madrid; que si había clientes yo misma los escogería. Me trajeron a Navarra y tuve que aguantar sexo con treinta hombres al día. Fue espantoso, mi vulva estaba toda inflamada. Un tipo me mordió los pezones y me lastimó. Otro muchacho quería ahogarme con su pene en mi boca y tomarme fotografías con su celular. Otro me hizo sexo anal a la fuerza y me dijo que lloraba porque me había

gustado… el maldito. Yo creí que ser prostituta en España era mejor, me dijeron que aquí los clientes sí respetaban, pero no es cierto, es igual que en mi país y en Panamá, adonde me llevaron primero: pagan para humillarla a una.

Millones de mujeres y niñas de los países más pobres conocen su destino: más pobreza y más hambre que la que han vivido sus madres. Niñas y mujeres vietnamitas a quienes entrevisté me contaron que cada tres meses una mujer de

Filipinas llamada Estrella y dos hombres japoneses —que dicen ser sus primos— viajan a los poblados de Dong Tham, An Giang y Kien Giang para reclutar jóvenes que irán a trabajar a Tailandia, Hong Kong, Macao y Camboya como meseras o prostitutas. Cuando les pregunté si entendían lo que significa prostituirse en Camboya, las jóvenes se miraron en silencio. Sólo una de ellas se decidió a hablar. Bi'nh (su nombre significa «paz»), de dieciséis años, me

contó: «Estrella dice que el primer año podemos ganar mucho dinero y después regresar a casa para comenzar un negocio familiar». «¿Por qué sólo un año?», inquirí. «Porque a los clientes les gustan las vírgenes.» Mientras escribía en mi libreta, revisé las páginas de entrevistas con la policía de Camboya. Según su informe, 50,000 niñas menores de dieciocho años son traficadas desde Vietnam para ser explotadas sexualmente en condiciones de esclavitud,

extorsión, hambre y explotación. A una niña menor de diez años sus tratantes le dan un euro por hacerle *yum-yum* a un europeo, pero el tratante cobra 40 euros. Según los testimonios de las niñas rescatadas, las exponen a entre 15 y 20 clientes al día para hacerles *yum-yum*. Un tratante puede ganar hasta 600 euros al día con una sola niña. Suponiendo que sólo las explotaran cinco días a la semana, y partiendo de la cifra más baja, cada menor produce 3,000 euros semanales.

Cada año, la explotación de 50,000 niñas vietnamitas en Camboya reporta a los tratantes 150 millones de euros. Este dinero se reparte entre propietarios y arrendatarios de bares y hoteles, entre taxistas y *bellboys* de hoteles, entre mafiosos que ofrecen protección y policías que alertan sobre las investigaciones que llevan a cabo las organizaciones que luchan por los derechos de la infancia. Además, las ganancias nutren a los bancos y movilizan la economía

local.

Dando voz a reconocidas feministas en favor de la legalización de la prostitución, la antropóloga mexicana Martha Lamas explica su perspectiva reglamentarista:

> Estoy convencida de que sí hay un mercado para el trabajo sexual al que se entra por razones económicas, sin más violencia que la que el propio sistema capitalista aplica a todas las personas que venden su fuerza de

trabajo, y que es totalmente distinto de la trata.

La explotación se diferencia de la esclavitud por el margen de movimiento que permite. Dentro del capitalismo todo es explotación. Para mí la lucha de fondo, la central, es contra toda forma de explotación. Y la estrategia que me convence es no «abolir», sino reglamentar. Entiendo que dentro del comercio sexual hay distintas condiciones de trabajo, y quien trabaja debe tener derechos y obligaciones: seguridad social, crédito de vivienda, la posibilidad de sindicalizarse, pagar impuestos,

etcétera.

Creo que es necesario diferenciar entre la trata y el trabajo. Es indispensable dejar de hablar de prostitución y resignificarla como trabajo cuando no es forzada. Las actividades clandestinas deben sacarse a la luz y reglamentarse, como se debería hacer con el negocio ilícito de las drogas.

No existen soluciones fáciles que se puedan aplicar de manera homogénea a los distintos grupos de trabajadoras sexuales, pero estoy convencida de que las mujeres que asumen su situación y luchan por el

reconocimiento de sus derechos, entre los cuales se encuentra el de trabajar en este oficio, deben ser apoyadas y respetadas. Ellas mismas asumen que no todas son víctimas y que eligen el menor de los males.

La gran pregunta ante esta postura de defensa del trabajo sexual es si los tratantes, las mafias y los clientes, con su perspectiva sexista y misógina, están dispuestos a respetar las reglas de las mujeres, a pagar lo que cada una considera justo, a no explotarlas, a respetar

sus decisiones y a no ejercer la violencia contra ellas. Pues bien, las estadísticas sobre la violencia contra las mujeres y los feminicidios dicen que eso es prácticamente imposible, lo cual no significa que las mujeres no tengan derecho a plantear públicamente la opción de vivir del comercio sexual libre.

Martha Lamas expone:

> La victimización *a priori* de quienes se dedican al comercio sexual (no por la trata, sino por una

decisión económica) no me parece correcta políticamente hablando. Creo que los seres humanos tenemos que ser más cuidadosos y respetuosos con las diferencias. En especial, las feministas podríamos tratar de deslindar nuestros deseos y necesidades (incluidas las psíquicas) de las de otras mujeres. Si no, es fácil caer en una especie de «maternalismo» con la intención de «salvarlas» de algo de lo que no quieren ser salvadas. Esto remite a la responsabilidad sobre los propios actos, y finalmente, a la libertad, puesto que las propias mujeres lo

argumentan.

Catharine MacKinnon responde:

En el pasado el movimiento de las mujeres sabía que la elección de ser maltratada por un hombre a cambio de su supervivencia económica no era una elección real, a pesar de las apariencias facilitadas por el contrato matrimonial en el que la mujer accedía libremente a ese tipo de relación [violenta]. Ahora se supone que en nombre del feminismo debemos creer que la elección de ser fornicada por cientos de hombres

para sobrevivir económicamente debe ser reafirmada como una verdadera elección. Y si la mujer firma un contrato para ser «modelo» no hay coerción alguna.[2]

Respecto a las cifras de las mujeres que practican la prostitución voluntaria u obligatoriamente, la activista española Beatriz Gimeno Reinoso dice:

En los debates de esta naturaleza suelo estar en contra de aferrarse a

las cifras, porque éstas son siempre manipulables, difíciles de comprobar, dependen de muchos factores y cada bando da las que quiere. Las cifras no convencen más que a los convencidos. Baste decir que en los últimos meses las partidarias de la legalización han declarado que el 5 por ciento de las mujeres son engañadas, mientras que las partidarias de la abolición dicen que el 5 por ciento la ejercen voluntariamente. Éste no es un problema de cifras, sino un problema social, ideológico y político: el sufrimiento es único en cada ser

humano.

Está claro que el comercio sexual no quiere abrir un mercado libre para que las mujeres adultas que elijan vender sexo por hora o por minuto, como plantea Lamas, lo hagan sanamente y pagando impuestos. El negocio está estructurado para controlar y explotar. Por un lado, provee a los hombres del mundo lo que las mujeres y adolescentes se niegan a darles libremente —sexo sin reglas,

con obediencia y sometimiento— y, por otro, enriquece a unos cuantos a costa de muchas. Peca de ingenuo quien crea que si se legaliza la prostitución, las mafias dejarán el negocio de la explotación sexual infantil, adolescente y adulta a nivel transnacional.

En todo el mundo el turismo sexual ha generado un gran mercado y una cultura con ciertos valores y cánones, donde las adolescentes, las niñas y los niños son la mercancía que se demanda con

mayor frecuencia y que la pobreza ofrece. Se trata de un producto deshumanizado por el sexismo y la cosificación de las mujeres, y mistificado por los grupos ultraconservadores, que aprovechan el pánico moral sobre la trata para volver a expropiar el cuerpo de las mujeres en manos del Estado y de los grupos religiosos. Entre ambos mundos las que más pierden son las mujeres, las niñas y los niños.

# 13

# Conclusiones

## ¿Legalizar la prostitución?

Hoy en día, muchas feministas consideran que el mejor antídoto contra la trata de menores y mujeres para la explotación sexual es legalizar la prostitución. Sin

embargo, las evidencias me dicen que la legalización puede abrir la puerta a las mafias y facilitar la esclavitud. Además, existe una relación directa entre la prostitución de mujeres adultas y la violencia sexual contra niñas cada vez más pequeñas. Espero que mi recorrido por tantas tierras, así como los testimonios aquí reunidos sobre las infamias que se cometen contra las víctimas, puedan aportar consideraciones importantes para el debate.

Sería magnífico que un sólido cuerpo de leyes permitiera acabar con tantos siglos de opresión y tantas historias de mujeres y niñas despojadas de sí mismas, pero en ningún país se hacen esfuerzos para crear verdaderas condiciones de igualdad. En una cultura regida por los valores misóginos y patriarcales, el cuerpo femenino es visto como un objeto que puede ser comprado, vendido, utilizado y desechado. Las mujeres son educadas para someterse a ciertas

reglas, y los hombres son instruidos para reproducirlas sin cuestionarlas.

En los países islámicos se castiga a las prostitutas con la pena de muerte. En Holanda, Alemania, Suiza y Australia es legal prostituirse, administrar casas de citas y anunciarse. En Estados Unidos la prostitución está prohibida, pero a los dueños de los burdeles en realidad no se les persigue. En España algunos grupos de ultraderecha aportan dinero para

que las prostitutas se sindicalicen y mantengan viva la industria que les enriquece y fortalece, mientras que con su brazo político les arrebatan sus derechos sexuales y reproductivos. En este mismo país las mafias de la prostitución forzada dirigen 4,000 burdeles que arrojan unas ganancias de 18,000 millones de euros al año.

Resulta abrumador observar hasta qué punto están normalizadas las condiciones más intolerables de la violencia sexista. Las mujeres

que se dedican a la prostitución normalmente no podrían explicar su capacidad para desarticular la identidad psicosexual de su cuerpo cuando están con un cliente desagradable que las humilla y agrede; simplemente, se someten. Los clientes tampoco son capaces de dilucidar qué mecanismos culturales y psicológicos ponen en marcha para separar sus genitales de sus emociones psicoafectivas y psicosexuales. Sólo así se puede entender lo que escribe Thommo, el

autor de una bitácora web llamada «Whorist»: «Veía su carita en la casa de putas de Birmania. Su madre me cobra por adelantado y me dice que el sexo anal está prohibido. Yo la veo y quiero meter mi pene en su boca. Entramos en el cuarto y está asustada, temerosa, me gusta eso porque puedo enseñarle… Así, la próxima vez que venga sabrá abrir las piernas». El hombre evita violar analmente a la niña tan sólo porque se percata de que en la puerta hay un hombre al que

describe como «un gran gorila fuerte y alto».

Las reglamentaristas dicen que no podemos considerar a todas las mujeres adultas prostitutas como si fueran víctimas incapaces de tomar decisiones. En eso tienen razón, pero no debemos olvidar ciertas consideraciones, como las planteadas por Somaly Mam:

> Para las feministas posmodernas y las defensoras de la prostitución, hablar de la vulnerabilidad de las mujeres parece un insulto. Sin

embargo, es importante aclarar que no somos débiles o tontas por ser vulnerables; somos esclavizadas porque otras personas son incapaces de sentir empatía por esa condición en que la sociedad nos ha puesto. La prostitución no tiene nada de sofisticado ni de libre. Se cree que el ejercicio de la prostitución está basado en el intercambio de placer por dinero, pero ésa es una tergiversación de la realidad que oculta el desamparo de las mujeres.

Después de preguntar a numerosas prostitutas cómo se ven

a sí mismas, descubrí que la gran mayoría de ellas no se perciben como personas plenas. Muchas sienten cierto poder llevando a cabo pequeñas venganzas contra sus clientes: se burlan de ellos —no frente a ellos— y tienen un falso sentido de la dominación. En ocasiones ellas son las mejores promotoras del discurso falocéntrico: «¿Y qué si soy machista?, ésa es mi elección», me dijo una de las mujeres que entrevisté. La violencia contra las

prostitutas está bien documentada para percatarse de la absoluta desigualdad que existe entre ellas y los clientes; y aunque es posible que estén esclavizadas en un nivel simbólico, no necesariamente son víctimas de la trata, a menos que un proxeneta las controle.

En la infancia las cosas son muy diferentes. Muchos niños que sufren abusos sexuales y que son obligados a ejercer la prostitución creen que «así es la vida y que para eso se nace», tal como ellos

mismos me lo revelaron. Muchas ciudades y pueblos tienen entre sus habitantes dos o tres generaciones de mujeres y hombres mayores víctimas de la explotación sexual que ahora reproducen todo lo que aprendieron. Allá afuera, en la fantástica aldea global, hay un ejército de personas adultas convencidas de que esclavizar sexualmente a otros para vivir de sus cuerpos extorsionándoles sistemáticamente es normal.

Para aquellos que desean

simplificar los hechos y consideran que las estadísticas son satisfactorias, en el ámbito de la explotación sexual sí se puede separar a las adultas de las niñas, pero en la realidad eso es prácticamente imposible. En varias de las redes de pornografía que investigué había mujeres de veintidós años que convivían con niñas de cuatro años. Todas interactuaban mientras eran instruidas por los proxenetas para cuidarse y odiarse, admirarse y

envidiarse. Asimismo conocí algunos burdeles donde las compañeras de las prostitutas cuidaban a sus hijas; las niñas lo presenciaban todo mientras sus madres trabajaban. En Tokio es posible tropezarse con adolescentes vestidas de lolitas en la calle, y a la vuelta de la esquina encontrar a varias adultas vestidas de *geishas*. También están las «masajistas» tailandesas de veintiocho años en Nueva York que se dedican a entrenar a unas jovencitas recién

llegadas de catorce años bajo la mirada supervisora de su jefe.

Quienes argumentan o prefieren creer que la explotación sexual adulta, la adolescente y la infantil están quirúrgicamente separadas por la condescendencia de los tratantes y la libre voluntad de las prostitutas, se llevarán una verdadera sorpresa si llegan a realizar un trabajo de campo serio y extensivo.

Cuando escucho los argumentos a favor de legalizar la prostitución

para «restituir a las mujeres» el control de su cuerpo, viene a mi mente la mirada perdida de las niñas que nunca tuvieron el poder de decidir. Algo me dice que la aplicación de leyes para legitimar una actividad execrable en un mundo tan desigual terminará favoreciendo a los victimarios y no a las víctimas.

## EL PAPEL DEL HOMBRE

La esclavitud —particularmente la sexual— es un reto pendiente para la humanidad del siglo XXI. Las complejidades que entraña su comprensión son mayúsculas.

A la creencia de una prostituta de que su actividad es lo único que el mundo puede ofrecerle, debemos oponer la lucha para que las mujeres tengan opción a un trabajo digno, seguridad social y derecho a la vivienda y a la salud; para que se apropien de su cuerpo y su sexualidad y decidan libremente,

sin estar condicionadas a emplearse como una mercancía para subsistir. Pero también es indispensable que los hombres descubran nuevas formas de convivencia en las que la pornografía, la violencia y el sexismo no sean la única guía de su vida erótica y su relación con las mujeres u otros hombres.

Por otra parte, son muy pocos los hombres que trabajan contra la violencia hacia las mujeres y contra la trata, y tampoco hay muchos que se pronuncien sobre la inminente

necesidad de transformar la masculinidad para volverla más humanizada y menos cosificada y cosificadora. En contraste, el número de clientes del mercado de la pornografía infantil y de los prostíbulos donde se esclaviza a adolescentes va en aumento; cada vez buscan mujeres más jóvenes porque éstas no saben defenderse y resulta fácil inducirlas a la prostitución. No obstante, como señala Victor Malarek, «en la mayoría de las investigaciones e

informes sobre esta tragedia, ellos, los grandes consumidores de la prostitución, son ignorados, y al final se convierten en el eslabón perdido».

La trata de personas sigue aumentando debido a la dinámica de la globalización capitalista, los tratados de libre comercio y la porosidad de las fronteras, pero sobre todo a causa de la creciente demanda de seres humanos producida por el deterioro de las relaciones interpersonales. En este

sentido, resultaría fundamental preguntarse, por ejemplo, por qué nunca se critica a la llamada «prostitución congregacional», a la que se refiere el libro *Business Miscellany* —publicado por la renombrada revista *The Economist*— al recomendar a los altos ejecutivos que durante sus viajes sigan la etiqueta empresarial, que consiste en ir a prostíbulos y bares de *strippers* para cerrar negocios. De esta manera, la normalización de mandatos como

«allí adonde fueres haz lo que vieres» incrementa la demanda de prostitutas.

¿Qué medidas concretas se pueden tomar ante este fenómeno generalizado?

- Que los empresarios de cualquier ámbito dispuestos a participar elaboren códigos éticos para que ningún empleado de su empresa cierre negocios y descuente como «gastos de empresa» consumos en clubes

nocturnos donde se ejerza la prostitución.

- Que las empresas, sobre todo las turísticas, ofrezcan a todos sus empleados un curso anual donde se analicen las implicaciones de la trata sexual en su comunidad.
- Que las empresas aporten un porcentaje de sus impuestos deducibles a organizaciones dedicadas a educar a los niños en proyectos de masculinidad no violenta.
- Que cada quien elija, pero que

sea consciente de que cuando consume pornografía en los medios impresos, la televisión o internet, muy probablemente esté aportando recursos a los tratantes de mujeres, niñas y niños.

- Que los propietarios de periódicos se nieguen a publicitar la venta de mujeres y la prostitución, en los que, por otra parte, muchas veces se denuncia en primera plana la esclavitud sexual.

## La responsabilidad de los estados

En un planeta aparentemente hipercomunicado por la tecnología, millones de esclavas resultan invisibles, y su voz carece de valor para la sociedad global en general y para sus gobiernos en particular. La gran mayoría de las víctimas se mueven —o son movidas— de pueblos pobres a ciudades menos pobres; de países con altas tasas de desempleo a países con más

oportunidades. Normalmente, las víctimas desconocen sus derechos y carecen de documentación legal.

Unicef calcula que el 18 por ciento de los menores de cinco años en América Latina y el Caribe no han sido legalmente registrados. En Brasil hay 25 millones de personas sin acta de nacimiento. Durante los últimos años, en Colombia 3 millones de recién nacidos no han sido debidamente registrados en actas oficiales. En México, en las zonas indígenas del estado de

Chiapas, existen 25,000 niños y niñas que no tienen actas de nacimiento. El promedio de personas no identificadas en los países del África subsahariana es aún mayor que en los países latinoamericanos.

Una persona sin identificación no puede tener acceso a servicios básicos ni declarar ante una autoridad, por no hablar de tener un empleo formal, solicitar créditos o recibir una herencia. Si alguien les roba o se los lleva a una ciudad,

serán incapaces de identificarse plenamente y sus familiares no podrán recuperarlos. Sólo quienes «no existen» por falta de papeles saben que su vida y libertad está en manos de sus captores, puesto que si se rebelan se quedarán en la calle, irán a prisión o tendrán que volver a la pobreza de la que buscaban salir y que originalmente les ha llevado hasta allí.

La emigración provocada por las guerras también ha dejado a millones de personas sin

identificación, como en los casos de Serbia, Georgia, Camboya, Birmania, el Congo, Guatemala, El Salvador y Nicaragua, entre otros países. Existen incontables delincuentes que ofrecen a los emigrantes documentación falsa —o real, pero ilícita— sólo para comenzar el vía crucis de la esclavitud. Las mujeres expulsadas por la guerra, en situación de estrés postraumático, se ven atrapadas en redes europeas de mafias especializadas en la compraventa

de esclavas procedentes de países donde la violencia ha fracturado o destruido las redes sociales. En las guerras también se esclavizan a niños para convertirlos en carne de cañón. Tan sólo durante 2009, en 12 países las fuerzas armadas gubernamentales y sus enemigos rebeldes por igual reclutaron a miles de niños soldados. Además, el número de niñas soldados también se ha incrementado considerablemente, y muchas de ellas son utilizadas como esclavas

sexuales, tal como ocurre actualmente en la República Democrática del Congo.

Mientras aquellos que dictan las leyes en el mundo se nieguen a discutir abiertamente el funcionamiento real de la industria del sexo en todas sus variantes, el mercado de las esclavas seguirá aumentando. Lo que para unos es un delito y para otros una tragedia de la humanidad, resulta ser un gran

negocio para un grupo específico de hombres que cotiza en las bolsas de Nueva York y Tokio, construye y dirige hoteles de cinco estrellas, compra aviones y entretiene a políticos, policías, militares, empresarios y líderes religiosos. El administrador de un bar mexicano que ha sido cerrado tres veces por prostituir a niñas de doce y trece años, pero que se ha vuelto a abrir gracias a su poder político, lo explica así: «Éste es un negocio, un negocio, un negocio… y dejen de

joder».

El tráfico ilegal de personas indocumentadas necesita ser llevado a un debate internacional más honesto. Las leyes ambiguas y las visas de trabajo temporales —que arrebatan a los trabajadores los derechos mínimos— deben ser revisadas, al igual que los operativos anticorrupción entre agentes de migración. Se debe descriminalizar a las personas que se encuentran en un contexto de prostitución, y penalizar a los

compradores y a los propietarios de negocios donde se crea y fomenta un ambiente propicio para la trata.

En los últimos quince años se ha dado un gran impulso mediático al tema del rescate de las víctimas en situación de trata, particularmente de quienes han estado sometidas a las redes de explotación sexual comercial y abuso infantil. Sin embargo, en muchos lugares la trata sigue sirviendo para desplegar un espectáculo policiaco morboso, siempre lleno de epítetos y de

adjetivos moralistas que no hacen más que horrorizar a la sociedad y desvincularla de un asunto que le parece absolutamente lejano y aislado.

En diversas ocasiones, los cuerpos policiacos han manipulado a los medios de comunicación, y a la sociedad en general, haciendo pasar como rescates las redadas en los burdeles donde se maltrata a las mujeres. En realidad, son arrestos que pretenden simular operativos a favor de la protección de los

derechos humanos.

Algunos policías de países como Estados Unidos, México, España, Turquía, Francia, Sudáfrica, Colombia y Japón, tratan como ilegales a las víctimas y violan casi todos sus derechos. Aunque esto va cambiando poco a poco, es imprescindible un análisis serio para detectar cuándo los policías actúan desde la doble moral y los prejuicios sexistas en aras de proyectar una imagen de efectividad, y cuándo han recibido

un entrenamiento positivo y proceden correctamente. Esas prácticas correctas son indispensables para demostrar lo que sí es posible.[1]

Mientras no se defina la abolición de la prostitución en su conjunto, existen diversas acciones concretas que pueden realizar las autoridades que quieren abatir la trata y que han firmado los Protocolos de Palermo y otros acuerdos contra la

esclavitud. Las enumero a continuación:

- Investigar las finanzas de los prostíbulos, bares y agencias de modelos bajo sospecha. (Si yo pude detectar el lavado de dinero, estoy segura de que los agentes especializados lo harían mucho mejor.)
- Infiltrar policías en las empresas productoras de pornografía; es notable la cantidad de mujeres extorsionadas y

adolescentes destinada a trabajar en ellas.

• Mantener un registro de los policías que acuden a prostíbulos y bares nudistas como actividad lúdica personal; su lealtad está casi siempre con la industria del sexo y no con su corporación. Los tratantes buscan siempre captarles como clientes selectos y hacerles cómplices naturales.

• Crear políticas de prohibición y castigo para los funcionarios públicos que acuden a prostíbulos.

Si se encontrara a un policía, un militar o un secretario de Estado bebiendo con un narcotraficante o drogándose, inmediatamente se le arrestaría, ¿por qué entonces las leyes que prohíben el proxenetismo, el lenocinio y la trata no se aplican de la misma forma?

- Contabilizar e investigar la cantidad y el origen de los videos de pornografía infantil y adolescente que se encuentran sistemáticamente en las publicitadas incautaciones de las

propiedades de narcotraficantes y vendedores ilegales en todo el mundo.

## EL TRABAJO FUNDAMENTAL DE LOS REFUGIOS

No cabe duda de que los múltiples testimonios de las personas rescatadas de situaciones de trata no existirían sin los refugios y albergues que se han abierto en todo el mundo. En la misma acera

donde ocurren los crímenes, también hay espacios seguros donde las víctimas duermen, comen, trabajan y eventualmente reconstruyen su vida. En los refugios se documentan las historias humanas y se tejen futuros libres.

En Guatemala visité un refugio en el que me vi rodeada por 43 niñas de entre doce y catorce años cargando a sus bebés —producto de violaciones—; todas eran pequeñas que habían sido rescatadas de prostíbulos en la frontera con

México. Algunas niñas me mostraban a sus criaturas como si fuesen bebés de plástico desvinculados de su cuerpo y sus emociones; otras las acariciaban como si fuesen su propia niña interior que creció sola y abandonada. En un lugar de la frontera china, una mañana nevada a 10 grados bajo cero, amanecí en mi saco de dormir al lado de unas pequeñas amorosas que se reían de mis calcetines de colores, y con quienes compartí el arroz hervido

más sabroso que he comido en mi vida. En Sri Lanka quemé en el fuego mis miedos en una fogata junto con mujeres hindúes que estaban reconstruyendo sus vidas después de veinte años dedicándose al comercio sexual. En Burkina Faso pasé la noche en vela con tres pequeñas que se metieron en mi catre para que las abrazara y les contara historias acerca de las niñas de México. En Cuba escuché a las «jineteras» que buscaban su libertad de la esclavitud sexual a

través de la poesía y la música. En Japón documenté la inteligencia emocional de las adolescentes filipinas que querían ser pintoras y nunca más tener sexo por la fuerza. En Nueva York jugué al baloncesto con siete adolescentes mexicanas rescatadas que habían sido vendidas por sus hermanos a una red de prostíbulos de las mafias. En México, junto a un sacerdote, preparé tortas de cochinita pibil para 23 adolescentes chiapanecos y salvadoreños que habían sido

traficados como esclavos de la construcción; después de jornadas de doce horas diarias, dormían en el suelo de tierra y no recibían alimentación adecuada. En Barcelona pasé una noche helada escuchando a las inmigrantes que soñaban con una vida feliz, y que ésta fuera legal para las excluidas de África. En Francia escuché a siete adolescentes chinas rescatadas de las mafias parisinas que planeaban hacer una escuela para niñas libres donde nacer mujer no

fuera pecado.

Cada víctima rescatada de la esclavitud que reivindica sus derechos humanos me recuerda la grandeza de la vida y la importancia de defender la libertad humana y el derecho de toda persona a reclamar su brújula personal, a trazar la ruta de su propia aventura terrenal. Un buen refugio logra eso: da a las personas la oportunidad de revisar su vida, de comprender, elegir, perdonar o no, y seguir adelante. A veces,

como me dijo una adolescente en Suecia, «lo único que te hace falta es que otro ser humano te mire a los ojos y te reconozca como igual, que te dé un espejo y te haga un rinconcito de paz para mirarte y hurgar dentro de ti quién eres y adónde quieres ir».

Mientras no se erradique la trata, estos espacios de seguridad resultarán indispensables, particularmente en los países de mayor incidencia de la explotación sexual.[2] Las personas que llevan a

cabo los rescates y dirigen los refugios se han convertido en figuras heroicas. Por desgracia, la sociedad no siempre colabora en la medida de sus posibilidades para ayudar a la rehabilitación de las víctimas: se necesita un heroísmo colectivo y no excepcional.

*Los tipos de organizaciones*[3]

De 176 países, entre ellos Estados Unidos, sólo 133 cuentan con

refugios y albergues para víctimas de la trata, tanto sexual como laboral. De éstos, en 53 países los refugios están dirigidos por organismos de la sociedad civil, el 82 por ciento por mujeres. En 36 países las instalaciones fueron fundadas y son mantenidas por los gobiernos locales. Solamente en 29 países el gobierno colabora con la sociedad civil en esquemas de coinversión: la asociación se hace cargo de conseguir entre el 30 y el 60 por ciento de los fondos y el

gobierno aporta el resto. En cuatro países el gobierno prohíbe entregar recursos públicos a los organismos civiles, que únicamente pueden colaborar con organizaciones internacionales asumiendo grandes precauciones políticas y diplomáticas. En Turquía, por ejemplo, los burdeles son operados por el Estado y las organizaciones no pueden recibir dinero público. En 17 países el gobierno no sólo se abstiene de colaborar con las organizaciones que rescatan

víctimas, sino que además persigue a los defensores de los derechos humanos.[4] En todo el mundo hay siete veces más refugios para animales maltratados que para víctimas de la trata para la esclavitud.

Los recursos son fundamentales para que cualquier organización civil pueda soportar el oneroso costo de mantener a cientos de personas en situación de crisis en un hogar temporal. Las organizaciones cuentan con

especialistas a jornada completa en áreas de salud mental y física, abogadas y trabajadoras sociales, maestras, cuidadoras, paramédicas y médicas, expertas en seguridad, choferes y secretarias, asistentes administrativas y contables, personal de mantenimiento para cuidar edificios de 30 o 40 habitaciones. A las víctimas se les deben dar tres comidas al día; la mayoría de ellas tienen serios problemas de salud relacionados con la desnutrición, y en algunos

casos adicciones inducidas por los tratantes. Los medicamentos y los suplementos alimenticios pueden implicar gastos impresionantes, particularmente para las organizaciones en países en vías de desarrollo donde la cultura de la ayuda humanitaria y los donativos sociales es inexistente. La mayoría de los países en vías de desarrollo carecen de políticas públicas efectivas de colaboración entre el Estado y la sociedad civil. En México y Guatemala, por citar dos

casos, para recibir recursos públicos las organizaciones civiles deben estar registradas ante las instancias del Estado y someterse a mecanismos de transparencia y rendición de cuentas, lo cual no les impide librarse de una carga fiscal cercana al 30 por ciento, más que a muchas empresas con fines de lucro.

En términos generales, existen básicamente cuatro tipos de refugios para las víctimas de la trata, cuya misión es albergar y dar

atención terapéutica, legal y migratoria a las víctimas rescatadas. La calidad profesional es muy desigual: se pueden hallar sitios que cuentan con modelos integrales y un manual operativo con principios éticos; también hay espacios que han surgido de manera improvisada y funcionan de puro milagro; otros han encontrado en el tema de la trata para fines sexuales un buen caldo de cultivo para evangelizar a personas en situación vulnerable.

1. Refugios fundados y dirigidos por sobrevivientes de la prostitución forzada y por feministas

Estos refugios se caracterizan por haber nacido de la experiencia vital de sus fundadoras. La mayoría de ellos comenzaron con posturas radicales y con los años han desarrollado modelos integrales que han demostrado tener un gran impacto en las sobrevivientes. Se

han distinguido por su capacidad para colaborar con las agencias del Estado y descriminalizar a las mujeres en situación de prostitución. Varias de estas organizaciones han dejado atrás el entusiasmo por las nuevas leyes antitrata porque se han dado cuenta de que someter a las mujeres a interrogatorios insufribles y a juicios en los que la carga de la prueba recae sobre ellas significa revictimizarlas. En muchas ocasiones documentan

exhaustivamente los casos y evalúan si es apropiado entregar la información a la Interpol o a otra autoridad con credibilidad que pueda investigar de manera autónoma.

Numerosos albergues, incluso los más conocidos, tienen serios problemas económicos para operar, ya que la demanda de servicios los rebasa. Las especialistas que trabajan en estas organizaciones reciben sueldos muy bajos y pocas o nulas prestaciones. El promedio

de tiempo de estancia de las víctimas puede ir de seis meses a tres o cuatro años, dependiendo de la edad y los conflictos. Ofrecer ayuda terapéutica, alimentaria, habitacional, médica, educativa, de servicios sociales y capacitación laboral, tiene un costo aproximado de 45 dólares diarios en los países en vías de desarrollo y de entre 200 y 300 dólares en los países desarrollados.

Algunas asociaciones emblemáticas de este tipo son el

Somaly Mam en Camboya, la Casa de las Mercedes en la ciudad de México y los Girls Educational & Monitoring Services (GEMS) en Nueva York.

## 2. Refugios dirigidos por organismos internacionales

Entidades como la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) tiene un gran impacto en los países y las regiones donde

colabora para incrementar la capacidad operativa y de las organizaciones civiles. En determinados casos —al igual que el ACNUR, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados—, la OIM dirige refugios para rescatar a todo tipo de inmigrantes sometidos a la trata o el abuso. Mis entrevistas con diversos sobrevivientes de la trata revelan que tanto la OIM como la Organización Internacional del Trabajo (OIT) han desempeñado un

papel vital en el apoyo y la protección de las organizaciones locales, aportando ayuda teórica, estadística y metodológica.

La gran debilidad de estas organizaciones es que siempre deben proceder con cautela y diplomacia ante los gobiernos corruptos o abusivos, aunque en muchos casos sus intervenciones logran salvar vidas y evitar la cárcel a las víctimas de la trata laboral, sexual y por tráfico de órganos. A pesar de todo, algunas

han logrado incursionar en ciertos países muy conservadores y con poca tolerancia hacia la liberación femenina; por lo tanto tienen que trabajar con un bajo perfil y a veces incluso con una etiqueta diferente de la de la trata de personas. Sus presupuestos están asegurados, pero su efectividad depende en gran medida de quién encabece las oficinas locales y regionales, pues estos organismos son grandes burocracias que se mueven lentamente. Se han convertido en

una sombrilla muy útil para las defensoras de los derechos humanos de países con gobiernos dictatoriales o que criminalizan los movimientos civiles y sociales.

3. Refugios dirigidos por grupos religiosos

Casi todas las organizaciones más poderosas del mundo en materia de la trata son de diversas denominaciones cristianas; le

siguen las católicas como Cáritas, y las musulmanas, que en la última década han encontrado un espacio para atraer a niñas y mujeres en situaciones vulnerables para adoctrinarlas.

Algunas instituciones como Hagar en Camboya realizan un trabajo extraordinario. Sus terapeutas son sumamente respetuosas con las creencias de las niñas y las adolescentes. Otras, como la red internacional de la Iglesia Restaurada de los Perfectos,

encabezada por el poderoso millonario Jorge Erdely, fue descubierta traficando niños rescatados en Asia y Latinoamérica para darlos en adopción ilegal a familias de su congregación.

Las comunidades ortodoxas representan un problema creciente a nivel global, excepto en los casos en los que las propias víctimas buscan un espacio dentro de su propia religión donde se puedan sentir seguras. En 13 países, principalmente africanos, los

líderes religiosos utilizan su condición para reclutar víctimas de la trata y explotarlas ellos mismos. Entrevisté a varias víctimas rescatadas de escuelas coránicas en Senegal, Mozambique, Irán, Irak, Afganistán, Uzbekistán y Kirguizistán, que eran utilizadas para mendigar y mantener a sus maestros. En mis viajes encontré un centenar de pequeñas iglesias, cristianas y católicas, desde Vietnam, Tailandia y Filipinas hasta México, cuya misión es catequizar a

toda costa, instaurando el miedo y el castigo. Los resultados de este tipo de rescate en las víctimas han sido devastadores: la culpa, el sexismo y el tabú sobre la sexualidad se reinstalan en la psique de las niñas y las mujeres haciéndolas más vulnerables que nunca.

Tuve la oportunidad de reunirme con niñas que habían sido doblemente traficadas. Cuando la OIM las rescató de un morabito,[5] ellas mismas dijeron que estaban

aprendiendo «a ser siervas de Alá y a obedecer a sus amos y señores en el islam». El testimonio de una activista musulmana revela que en los morabitos se educa a las niñas para obedecer y posteriormente casarlas con hombres adultos y volverlas esclavas de matrimonios serviles.

Los fanáticos no quieren abolir la prostitución forzada, lo que pretenden es subirse al carro del negocio para captar a niñas y mujeres que en otras circunstancias

no podrían sino ser secuestradas. En algunos lugares, las víctimas también han sido carnada de sacerdotes católicos y protestantes que, después de abrir albergues para menores, han abusando sexualmente de ellas. En febrero de 2010 el papa Benedicto XVI se vio obligado a viajar a Irlanda para pedir perdón por setenta años de abusos sexuales de sacerdotes católicos a niños y niñas en escuelas y orfanatos religiosos. Desde luego, habría que revisar

caso por caso; por ejemplo, en el estado de Chihuahua, en México, el sacerdote Antonio Urrutia hace un trabajo extraordinario y respetuoso con las prostitutas de lo que se denomina el «corredor bilateral» entre Estados Unidos y México.

## 4. Los albergues de paso para la extradición

Algunos gobiernos han abierto este tipo de albergues. En varias

ciudades de Estados Unidos los albergues retienen a las víctimas dos semanas y después las extraditan. Para que puedan otorgarles una visa humanitaria de trata, ellas deben demostrar que han sido víctimas. Sin duda, las fuerzas de tarea conjunta o *task forces* deben ser más proactivas para investigar a los tratantes.

*Refugios y defensores de los derechos humanos en un contexto*

*hostil*

Como ya hemos visto, los países con mayor corrupción en el Estado y con menor grado de democratización son aquellos donde la trata de personas aumenta de manera exponencial. De los 175 países investigados en The Protection Project 2009, 67 muestran una consistente complicidad con los agentes del Estado en los actos delictivos, ya sea en su comisión o en su

ocultamiento. La corrupción de las autoridades, que deberían colaborar con las organizaciones especializadas en el rescate de las víctimas, está documentada.[6] A pesar de las leyes y los acuerdos internacionales firmados por los gobiernos, en estas naciones reina la opacidad que favorece la corrupción policiaca y la debilidad de la justicia penal.

Las organizaciones civiles que pretenden copiar modelos internacionales, como las *task*

*forces* estadounidenses, españolas y británicas, se topan con un muro infranqueable porque los sistemas no les permiten tener una participación real y directa. Una y otra vez, desde Colombia hasta Filipinas, nos encontramos con defensoras de los derechos de las víctimas amenazadas y perseguidas por la propia policía, que debería ser su aliada. Basta revisar los informes de Human Rights Watch.

Desde el mafioso asesor del ministro de Economía en Camboya,

pasando por el jefe de la policía japonesa aliado con los yakuzas, hasta el juez mexicano vendido a los herederos del cártel de los Arellano Félix que controlan la prostitución en Tijuana y la frontera, todos forman parte de esa fina telaraña que rodea a las organizaciones civiles que atienden a las víctimas de la trata. Por esta razón muchos refugios se encuentran en gran desventaja, con pocos recursos, pagando impuestos insostenibles y bajo la presión de

los donantes para demostrar que su trabajo tiene impacto en una gran población.

Para entregar recursos, muchos estados y fundaciones internacionales obligan a las organizaciones civiles a desarrollar un modelo de atención con protocolos profesionales y estándares empresariales de «excelencia» y capacidad de «autosostenibilidad». Este absurdo modelo capitalista exige que las organizaciones se conviertan en

empresas sociales que generen dinero en economías débiles y con políticas de desarrollo fracasadas. Así que el panorama no es alentador: las organizaciones civiles pequeñas no cuentan con recursos propios, y sus integrantes deben estar dispuestas a jugarse la vida en un ambiente de corrupción policiaca con un fragmentado Estado de derecho. En varios países se aprueban leyes contra la esclavitud y la explotación, pero no se implementan porque eso

significaría sacrificar grandes sumas de dinero que el comercio sexual aporta a la economía.

## Y SIN EMBARGO…

Mientras escribía este libro, me detuve cientos de veces a mirar las fotografías, los dibujos o los pequeños obsequios que me dieron las víctimas a quienes visité y escuché: unos pendientes hechos de alambre y trocitos de madera que

me hizo una pequeña en Guatemala; un dibujo de Dany, un niño utilizado para la pornografía infantil en Arizona que me dijo que se quería casar conmigo cuando fuera grande porque me gustan el beisbol y Harry Potter.

A veces, después de transcribir veintenas de entrevistas, no podía seguir escribiendo. Las emociones en mi cuerpo eran oleadas de escalofríos, hambre, falta de apetito, sed, insomnio, sueño. La indignación fluía a través de largos

suspiros y charlas conmigo misma: ¿Qué más se puede decir ante esto? ¿Cómo doy a conocer estos testimonios sin hacer una exaltación pornográfica del dolor? En aquel momento venía a mi mente la sensación del calor de las manitas de las niñas uzbekas que me «acariñaban» en el frío de la noche, o recordaba las sonrisas y el asombro de los soldados afganos a quienes les obsequié una bolsa de galletas, que aceptaron como si fuera un kilo de oro molido.

En ocasiones miraba la pantalla de mi computadora y me sentía harta. Entonces salía al jardín a jugar con mis perritas y, acariciándolas, intentaba quitarme de la cabeza las preguntas punzantes: ¿hasta cuándo evolucionaremos? ¿Qué carajo le pasa a nuestra raza que resulta incapaz de usar su poder para aliviar el dolor? Nada, ni las perras, ni las hortalizas, ni los árboles respondían.

Volvía a mis apuntes y

grabaciones y leía en mi diario: me quedaba asombrada ante la capacidad de las personas para reconstruir los hechos, para narrar su experiencia y darle un nuevo significado con el fin de enfrentarse al dolor y el sufrimiento. Me sentía azorada por los mecanismos empleados por las sociedades para normalizar una de las formas más poderosas de violencia: la colonización del cuerpo a cambio de unas monedas para tener comida; un moderno, sutil y efectivo

dispositivo de exterminio del derecho al amor y al erotismo de millones de mujeres y niñas.

Durante la realización de este trabajo recibí constantes amenazas de las redes criminales, por lo que incesantemente tuve que buscar el equilibrio emocional y la paz interior. No podía dejarme contaminar por la abrumadora corriente de ira y miedo que rodea a ciertas agrupaciones empresariales, ni por las organizaciones que defienden a las

víctimas de la trata que adoptan posturas desesperadas y se toman la licencia de exagerar las cifras para atraer la tibia atención de la sociedad.

Entiendo que el *burnout* o agotamiento emocional por empatía es un factor que debe abordarse. Resulta imposible no indignarse y sufrir tras escuchar cientos de historias horripilantes de violaciones sistemáticas a niñas y jovencitas, mujeres y hombres que lloran sin detenerse, preguntando:

«¿Por qué a mí?».

En condiciones de *burnout* encontré a muchas personas que atienden a las víctimas: desde policías, investigadores y legisladoras, hasta periodistas especializados, abogadas de los derechos humanos, hombres y mujeres de la política que se atrevieron a levantar la voz y sólo han recibido insultos.

Muchos líderes de opinión simplistas y radicales consideran que cualquier persona que se atreva

a cuestionar el poder dañino de la pornografía, de la prostitución y del clientelismo del comercio sexual es retrógrada, ignorante, conservadora, mojigata, frígida, lesbiana u homosexual. A una diputada guatemalteca que debatió la prohibición de la prostitución, mientras yo estaba en su ciudad, le entregaron un mensaje anónimo que le advertía que si se metía con el negocio de la prostitución iba a morir violada «con palos y con machos», para que se le quitara la

frigidez. Asombrosamente, ella sabía que la nota venía de un militar de alto rango que controla la explotación sexual de adolescentes. No pudo hacer nada al respecto, más que guardar el papelito como un recuerdo de su atrevimiento al retar a los patriarcas a los que Gabriel García Márquez llama «alegres viejos putañeros».

El problema es que desde la ira y la constante descalificación difícilmente se puede defender la libertad y la autonomía de las

personas. De este modo, puedo decir que los más rabiosos abolicionistas que pertenecen a grupos religiosos, así como los reglamentaristas más intolerantes, fueron mis maestros para entender cómo el resentimiento y la necesidad de controlar las vidas de otras personas, así como la falta de empatía hacia el dolor de los demás, puede limitar o destruir el diálogo e incitar al fanatismo. En una ocasión Octavio Paz señaló que la gran miseria moral y espiritual

de las democracias liberales es su insensibilidad afectiva. El dinero ha acabado con el erotismo porque las almas y los corazones se han secado. Acaso la tarea pendiente de la sociedad sea reinventar el amor y el erotismo sin atavismos violentos.

Hace una década, mi labor como defensora de los derechos humanos me llevó a fundar un refugio de alta seguridad. En él se ayuda a mujeres, niñas y niños a iniciar un proceso de sanación tras sufrir diferentes formas de violencia. Esta

experiencia ha marcado profundamente mi vida: aprendí que las víctimas son las únicas expertas en su propio caso. Son ellas, acompañadas por las técnicas y procesos adecuados, las que encuentran el camino hacia la sanación emocional y trazan la ruta de un destino diferente. Descubrí que para convertirse en sobreviviente es preciso hacerlo en libertad. Únicamente de esa forma se puede tomar la elección de salir del dolor. Sólo así, las niñas y los

niños rescatados de la esclavitud pueden amanecer un día con la certeza de que estar vivos entre humanos significa algo diferente. Entonces renacen ante nuestras miradas para darnos lecciones sobre cómo reinventar el alma. Para que esto suceda, quienes les acompañan en el camino deben partir de una noción clara de respeto a la autodeterminación de las víctimas. Sus grandes enemigos son los consumidores del mercado de esclavas, y sus grandes aliados

pueden ser millones de hombres dispuestos a cuestionar la esclavitud desde una ética de la alteridad.

# 14

# Terminología: de qué hablamos y cómo lo decimos

Lo que sigue a continuación es un repertorio de los términos, definiciones y conceptos básicos utilizados en el presente libro. He

elegido las palabras que considero fundamentales para que pueda existir un entendimiento entre los lectores y todas aquellas personas a quienes doy voz. Asimismo incluyo las expresiones que más se ajustan a mis conocimientos y reflexiones. En diferentes países se usan distintos términos locales con el fin de explicar el mismo fenómeno. Para simplificar, hasta donde fue posible, elegí utilizar los términos legales de los tratados y las convenciones internacionales

firmados por la mayoría de los países que visité.

ESCLAVITUD: el ejercicio de los atributos del derecho de propiedad sobre una persona que, al estar bajo el dominio de otro, pierde la capacidad de disponer libremente de sí misma.

EXPLOTACIÓN SEXUAL COMERCIAL: fenómeno social que implica el abuso sexual de mujeres, niñas y niños con ventajas financieras para

una o varias de las partes que intervienen en el proceso. Involucra la transferencia de dinero, o el canje de bienes en especie o servicios, de una persona adulta a otra, a cambio de sexo con una mujer, una niña o un niño. Las formas más comunes de explotación sexual, en las que está involucrada la trata de personas, son: la prostitución, el turismo sexual y la pornografía.

LAVADO DE DINERO O BLANQUEO DE

CAPITALES: la conversión o transferencia de la propiedad, a sabiendas de que deriva de un acto criminal, con el propósito de esconder o disfrazar su procedencia ilegal, y ayudar a cualquier persona involucrada en la comisión del delito a evadir las consecuencias legales de su conducta.

También se entiende por «lavado» ocultar o disfrazar la naturaleza real, fuente, ubicación, disposición y movimiento de bienes a sabiendas de que derivan de algún

acto criminal.[1]

MAFIA: término utilizado a nivel mundial que se refiere a una clase especial del crimen organizado extendido, desde su origen en Italia, a cualquier grupo con características similares, independientemente de su procedencia o lugar de acción. Existen la mafia turca, la rusa, las triadas chinas, los cárteles mexicanos, la yakuza japonesa, etcétera.

PÁNICO MORAL: concepto empleado por las antropólogas norteamericanas Carol Vance y Gayle Rubin para hablar de los temores acumulados en relación con la seguridad y la moralidad pública. Este tipo de pánico tiende a reunir movimientos sociales a gran escala en torno a ansiedades generadas por cuestiones sexuales.

PROSTITUCIÓN: del latín *prostituere*, que literalmente significa «exhibir para la venta».

Actividad a la que se dedica quien mantiene relaciones sexuales con otras personas a cambio de dinero. Se trata de un negocio que otorga ganancias a todo un conjunto de intereses, y forma parte de una industria que incorpora todas las características de la explotación social, racista, étnica y sexista vigentes en nuestras sociedades.

El término «prostitución» aún se utiliza de manera ambigua en casi todos los países. Su uso está sometido a debate: algunos grupos

buscan erradicarlo y en su lugar proponen la expresión «trabajo sexual». Otros se niegan a ello a causa de la implicación que la trata para fines sexuales y la prostitución tienen en todo el mundo. En este libro se opta por el vocablo prostitución.

- ABOLICIONISMO DE LA PROSTITUCIÓN: movimiento que propugna la anulación de leyes, preceptos o costumbres que promuevan y avalen la

prostitución, por considerar que atentan contra los derechos humanos. El término «abolicionismo» se aplica principalmente a una corriente que defiende la abolición de la esclavitud, y que considera a toda persona «sujeto de derecho» en oposición a «objeto de derecho».

- REGLAMENTACIÓN DE LA PROSTITUCIÓN: movimiento cuyo objetivo es controlar y ordenar la prostitución de acuerdo con

reglas emitidas por el Estado, como pago de impuestos, derecho a seguridad social, a pensión, etcétera. Dicha reglamentación considera la prostitución como un trabajo legítimo cuyo instrumento es el cuerpo de la persona considerada trabajadora sexual.

PROXENETA O LENÓN: intermediario entre el cliente y la persona sometida a la esclavitud sexual o a la prostitución. También se le

conoce como mánager, padrote, padrino, madrina, chulo y alcahuete.

SÍNDROME DE LA MUJER MALTRATADA: se compone en realidad de tres síndromes que se desarrollan a lo largo de situaciones continuas de violencia psicológica, física y emocional. No significa que las mujeres estén enfermas, sino que presentan traumas resultantes de la violencia, los cuales pueden superarse una vez que han salido de la situación

adversa.

- Síndrome de Estocolmo: este término explica las razones psicológicas que motivan a las personas esclavizadas o secuestradas a defender a sus captores. En la mayoría de los casos, los tratantes promueven esta conducta en las mujeres para aumentar sus posibilidades de salir ilesos ante una posible demanda; se pueden llegar a establecer falsas relaciones

afectivas o románticas.

- Síndrome de indefensión adquirida: condición psicológica en la que la víctima aprende a creer que está indefensa, que no tiene ningún control sobre la situación en la que se encuentra y que cualquier cosa que haga es inútil. Su victimario lleva a cabo actos intimidatorios cíclicos que le demuestran que él ejerce el poder sobre su vida; muchas veces lo hace por medio de premios y castigos. Como

resultado, la víctima permanece pasiva frente a una situación desagradable o dañina.

- Síndrome de estrés postraumático: este conjunto de síntomas puede aparecer después de sobrevivir a guerras, torturas, desastres, accidentes, ataques terroristas o situaciones de esclavitud. Una persona forzada a la prostitución que ha padecido maltratos puede sufrir dicho trastorno. En este caso, la víctima llega a tener *flashbacks*,

a revivir la pesadilla y a desarrollar fobias. Otros síntomas son la dificultad para concentrarse, la irritabilidad, los desórdenes alimentarios, los intentos recurrentes de suicidio, las automutilaciones y los trastornos límite de la personalidad.

SOBREVIVIENTE: persona que recuerda los sucesos violentos, sin vivir sus efectos paralizantes. Puede llevar a cabo procesos

emocionales y terapéuticos que le permitan retomar el control de su vida y percatarse de sus emociones y pensamientos relacionados con los delitos cometidos en su contra, teniendo además la capacidad de mirar al futuro y abrigar esperanzas.

TRABAJO FORZOSO U OBLIGATORIO: todo trabajo o servicio exigido a un individuo bajo la amenaza de una pena cualquiera y para el cual no se ofrece voluntariamente.

TRÁFICO ILEGAL DE PERSONAS: es el transporte y la facilitación de la entrada ilegal de una persona dentro de un Estado del cual no sea nacional o residente permanente. Esta labor se realiza siempre con el fin de obtener, directa o indirectamente, un beneficio financiero o de orden material. El traficante, a diferencia del tratante, pierde el control sobre la persona después de llegar al destino final o cuando recibe su pago.

TRATA DE PERSONAS: es la captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza, al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño, al abuso de poder o a una situación de vulnerabilidad, así como la concesión o la recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, todo ello con propósitos de explotación.[2]

La expresión «trata de personas» en castellano encuentra su equivalente inglés en *trafficking in persons*. El hecho de que la mayoría de los estudios y tratados publicados en la última década hayan sido escritos en inglés ha generado una confusión, sobre todo mediática; en muchos países, por ejemplo, *trafficking* se ha traducido literalmente como «tráfico», palabra utilizada desde hace décadas para señalar el contrabando de inmigrantes

ilegales.

Trata para fines sexuales: práctica que implica el traslado de personas dentro y fuera de su propio país para explotarlas sexualmente. Puede ser el resultado del uso y el abuso de la fuerza, la coerción, la manipulación, el engaño, el abuso de autoridad, las presiones familiares, la violencia familiar y comunitaria, la privación económica y otras condiciones de desigualdad de mujeres, niños y

niñas. Algunas autoras la llaman «prostitución forzada».

TRATANTES: personas que participan en una o más prácticas relacionadas con la trata de personas. Pueden ser:

- Grupos de delincuencia organizada: asociación de tres o más personas que se forma durante cierto tiempo y que actúa concertadamente con el propósito de cometer uno o más delitos

graves o tipificados, con el fin de obtener, directa o indirectamente, un beneficio económico o de carácter material.

- Estructuras familiares: personas cercanas a la víctima como padres, madres, tíos, hermanos, abuelos, etcétera.
- Personas con autoridad sobre otras: jefes, patrones, funcionarios públicos, líderes comunitarios o sacerdotes.
- Empresarios: dueños, gerentes y operadores de

negocios de la industria del sexo (moteles y hoteles, bares de *table dance*, salas de masaje, bares, cantinas y establecimientos que ocultan y avalan la prostitución forzada).

VÍCTIMA: se considera así a la mujer o a la niña que, estando o no cautiva de sus tratantes, sufre activamente todos los síntomas del síndrome de la mujer maltratada, y no encuentra por sí misma herramientas para salir de su

profundo sufrimiento.

VIOLENCIA CONTRA LA MUJER O LA NIÑA: todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o un sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción y la privación arbitraria de la libertad, tanto si se produce en la vida pública como en la privada.

VIOLENCIA SEXISTA INTRAFAMILIAR (DOMÉSTICA): se ha llegado a entender como una serie discreta de actos violentos, pero en realidad es un sistema de poder y control que el agresor instituye y mantiene sobre su pareja, esposa, ex esposa o hija. El aislamiento, la intimidación y las amenazas, así como el abuso emocional, económico y sexual, son estrategias interrelacionadas que el hombre emplea para victimizar. Las mujeres y las niñas que sufren la violencia sexista intrafamiliar

aprenden a normalizar el control coercitivo y son más frágiles ante los tratantes.

# Anexo

## LAS TAREAS PENDIENTES

Erradicar la trata de mujeres, niñas y niños con fines de esclavitud sexual es una misión tremendamente compleja. Lo fundamental es iniciar la tarea con metas concretas que permitan a cada grupo social y a los líderes políticos esclarecer uno por uno los retos y sus posibles

soluciones. Es condición *sine qua non* admitir que la trata de personas pertenece a la industria global del sexo comercial; como tal, las enormes ganancias que genera no son sacrificables para sus propietarios ni para las redes que sostienen este negocio estratégicamente posicionado alrededor del mundo. Asimismo es importante saber que esta industria recibe protección de diferentes niveles: desde funcionarios del Estado hasta miembros de grupos

de la delincuencia organizada a quienes las discusiones filosóficas les dan exactamente igual.

Resulta indispensable conocer cuáles son los factores de riesgo para las víctimas potenciales:

- La pobreza y la pobreza extrema.
- La falta de educación sexual.
- La falta de educación para el amor.
- La falta de oportunidades de educación, empleo, etcétera.

- La promoción de la prostitución dentro del círculo familiar o social.
- El traslado de mujeres, niñas y niños procedentes de países subdesarrollados a países desarrollados.
- Problemas de adicciones, aislamiento y discriminación.
- Haber sufrido abusos sexuales o maltrato en la infancia.

De la misma forma, debemos ser conscientes de las consecuencias de la explotación sexual:

• Enfermedades e infecciones de transmisión sexual.

• Traumas causados por las relaciones sexuales violentas con hombres.

• Aislamiento de mujeres y niñas que, alejadas de sus familias, establecen una relación de dependencia con los proxenetas y los dueños de los prostíbulos.

• Dificultades de las víctimas para pedir ayuda debido a su situación migratoria ilegal, así como por ejercer la prostitución y

utilizar documentos falsos.

- Rechazo familiar y social contra las víctimas que logran regresar a sus hogares después de ser deportadas.
- Imposibilidad de las víctimas para apropiarse de su cuerpo.

*Y yo, ¿qué puedo hacer?*

- Aportar un porcentaje de su salario a organizaciones que rescatan niñas esclavas y que les

dan oportunidades para estudiar y ser libres (véase el listado de organismos en la sección dedicada a *Esclavas del poder* en www.lydiacacho.net).

• Buscar equipos de futbol, tenis y baloncesto profesionales que implementen programas de masculinidad no violenta y no sexista con niños.

• No dar monedas a los niños que mendigan en la calle, pues generalmente están en manos de tratantes. Es preferible elegir una

organización local que les eduque y ofrezca opciones, así como comprometerse a hacer donativos anuales.

- Hablar abiertamente de erotismo y sexualidad con nuestros hijos; hacerles saber el poder que se adquiere con la apropiación del cuerpo y las emociones; hablarles sobre la importancia de la igualdad, así como del daño que la violencia hace a hombres y mujeres.
- Negarse a consumir productos fabricados por esclavos laborales

(véanse páginas *w e b* como www.oit.org, y la sección dedicada a *Esclavas del poder* en www.lydiacacho.net).

• Participar en movimientos de activismo contra la esclavitud humana en su país.

• Viajar como turista responsable, asegurarse de que el hotel donde se hospeda tenga políticas contra la trata de personas, particularmente contra el turismo sexual infantil. Para saber cuáles son esos establecimientos se

recomienda entrar en www.ecpat.org y www.savethechildren.org.

- No hay que generalizar: millones de hombres no están dispuestos a esclavizar ni a explotar sexualmente a mujeres y menores. Pídales a los varones de su comunidad que tomen una postura a este respecto.
- Escribir a diarios, revistas y semanarios que hablen sobre el tema de la esclavitud humana, así como participar en las campañas de

prevención.

- Si está dispuesto a comprometerse con la causa, pida material de las campañas contra la trata de personas y compártalo en el colegio de sus hijos.
- Consumir productos que ayuden a prevenir la trata de niños y niñas. The Body Shop y Oxfam, por ejemplo, tienen productos cuyos recursos se destinan a salvar niñas y niños esclavos.
- Recuerde que usted tiene poder para participar en la transformación

social. Elija, usted que puede: en el mundo hay millones de personas sin opciones para hacerlo.

## ALGUNOS MITOS Y REALIDADES SOBRE EL ABUSO INFANTIL

En junio de 1998, un grupo de pederastas se reunió, primero en persona y después en internet, para crear el Día Internacional del Amor al Niño (IBLD, por sus siglas en inglés), que se celebra el 24 de

junio. Según ellos, esta fecha la aprovechan para reivindicar «sus derechos como hombres adultos a tener relaciones sexuales con niños pequeños». La campaña viaja por la red y en cada país —desde Holanda, Bélgica, Egipto y Sudáfrica, hasta Argentina, México, Canadá y Estados Unidos— ese día los pedófilos encienden velas azules para reconocerse en las ciudades y pueblos.

Las reacciones ante el IBLD no se han hecho esperar. Una parte de

la sociedad ha elegido alejarse del tema por considerarlo desagradable; algunos grupos de jóvenes, particularmente en Europa, en aras de preservar sus tendencias progresistas, argumentan que toda la gente debe tener derecho a expresar sus creencias políticas, sexuales e ideológicas. Sin embargo, varios organismos de la sociedad civil y defensores de los derechos de la infancia han analizado las consecuencias negativas de forzar a los niños a

esclavizarse para delectación de adultos inconformes y poderosos.

El 30 mayo de 2006 un grupo de pedófilos registró ante las autoridades holandesas un partido político denominado Partido de la Caridad, Libertad y Diversidad (CFDP, por sus siglas en inglés). Basado en los movimientos de legalización de la prostitución, este organismo reclama que su libertad constitucional de pensamiento y expresión se anteponga a los tratados internacionales que

defienden los derechos de los niños. Los miembros del CFDP aseguran que entre ellos hay importantes políticos holandeses, empresarios, padres de familia, maestros, sacerdotes y «todo tipo de hombres libres que han elegido expresar su sexualidad y vida erótica en relaciones libres con niños y niñas».

En su manifiesto, el CFDP exige que legalmente se reduzca de los dieciséis a los doce años la edad de las relaciones sexuales

consensuadas, que se legalice la bestialidad sexual, la pornografía infantil y, por supuesto, todas las formas de violación sexual de menores de edad. Cada vez se unen a este movimiento más hombres de países desarrollados, entre ellos España, Noruega, Estados Unidos, Canadá, Australia, Inglaterra y Alemania.

*Pederastas o pedófilos*

Siempre es necesario volver a las definiciones. Pederasta proviene del griego *paiderastós*; de *paidós*, que significa «niño», y *erastós*, «amante». La pederastia es la práctica sexual con niños y niñas menores. En cambio, la pedofilia, derivada de la palabra *paidofilia*, es la atracción sexual de los adultos por los niños.

Históricamente, Freud y Lacan establecieron las claves para que en nuestros días en psiquiatría y psicología se considere al abusador

de menores como una persona enferma o con patologías producto de situaciones traumáticas. Algunos investigadores consideran —sin argumentos muy sólidos— que los pedófilos responden a un trauma que arrastran desde la infancia, ya que ellos fueron víctimas de abuso sexual. También científicos como R. J. Kelly y R. Lusk apuntan que la activación sexual del pedófilo puede ser una reminiscencia de la infancia, cuando los primeros escarceos sexuales ocurren

normalmente con otros niños pequeños. Según la teoría del aprendizaje social, los pedófilos pueden haberse activado sexualmente en ese momento, por lo que sólo les excitan las condiciones físicas de los niños o las niñas, como la falta de vello o el tamaño de los genitales. Estos especialistas omiten explicar que el pedófilo se puede encontrar en una situación de responsabilidad, confianza ante su víctima, y de poder sobre ella. Por otra parte, se ha demostrado que la

mayoría de los pederastas son hombres y mujeres que funcionan socialmente de manera normal y que son capaces de asumir responsabilidades en todas las áreas de su vida.

*Los especialistas en abuso infantil*

El psicólogo clínico argentino Jorge Garaventa, uno de los más reconocidos especialistas en abuso sexual infantil en Latinoamérica,

asegura que «el maltrato y el abuso sexual hacia la niñez se dan en una situación desigual en la que un adulto tiene el poder y utiliza su superioridad para el placer que le proporciona su víctima, que es aniquilada y sometida». El terapeuta asegura que «el abuso sexual de un adulto a un menor, así como la violación, no responden a una necesidad o a un impulso sexual, sino a un acto de poder y sometimiento que se expresa a través de una expresión erotizada».

Varias especialistas de las nuevas corrientes de psicología humanista que atienden a menores que han sido víctimas de la violencia sexual opinan respecto a los viejos argumentos de la pederastia como una patología incontrolable, y aseguran que no es correcto pretender que quienes incurren en tales prácticas sean considerados como prisioneros de la cultura, ya que hay un momento de definición subjetiva en el que, con dolor o sin él, toda persona

elige un camino. Es cierto que en las culturas griega y romana la pederastia era socialmente aceptada, y que durante siglos la dominación patriarcal ha silenciado esta forma de violencia, pero es indispensable cuestionar el pensamiento hegemónico y escuchar a las especialistas de los países «del sur» que están generando liderazgos teóricos y de atención efectiva a las víctimas.

*¿Sanar a los pederastas?*

Hasta la fecha no existe un solo estudio científico que demuestre que los tratamientos psiquiátricos contra la pedofilia funcionen a largo plazo. La cárcel tampoco ha demostrado ser eficaz: muchos de los casos más sonados en Estados Unidos, y el más reciente en Austria, son de hombres que estuvieron encarcelados por delitos sexuales, y que al salir de prisión siguieron cometiendo el mismo tipo

de crímenes, pero con mayor encono y violencia. Varios países han elegido la castración química para desactivar el área del cerebro que controla la libido; sin embargo, aún no está demostrado que controlar el impulso libidinal impida las agresiones a menores.

Mientras los pedófilos organizan su partido político y fomentan las redes de abuso sexual infantil a las que se suman algunos «hombres normales», se calcula que únicamente uno de cada 36 casos de

violación es denunciado. Los informes de Unicef[1] dicen que alrededor de 1.2 millones de niños y niñas son sujetos de explotación infantil en el planeta. Imaginemos qué puede suceder si no se detiene el movimiento que pretende normalizar la violación de niños y niñas menores de edad.

# Agradecimientos

Este libro es mucho más que sólo unas páginas que en unos años desaparecerán de las librerías para dar paso a otra novedad periodística.

Detrás de él hay una aventura de búsqueda, un reencuentro con la raza humana y sus complejidades. Se oculta, o acaso se derrama en

cada palabra, el aliento, el impulso y las energías vitales de cientos de personas que me escucharon, me hablaron, confiaron en mí e incluso me protegieron en momentos peligrosos. Tal vez a mi pesar también se oculte un poco de aquellos mafiosos que intentaron hacerme pasar malos ratos durante estos años de investigación. A pesar de que intenté no darles cabida, hay enemigos que se ganan a pulso cuando se arroja luz periodística sobre sus acciones.

Más que un cúmulo de palabras, este libro es un flujo de voluntades para desentrañar la esclavitud de nuestros días, y apenas un esbozo de sus multifacéticas formas de coexistir entre nosotros. Éste no hubiera sido posible sin el cuidado amoroso y nutricio de mi hermana Myriam, mi sanadora de cabecera, y la solidaridad inagotable de mis hermanos José, Alfredo y Paco, así como de mi padre Óscar y su sonriente compañera Olga.

Quiero dar las gracias a Lía, mi

otra hermana, que me cuidó en la enfermedad y en la alegría; a María Guadarrama, mi médica experta en bajar el estrés; a Nubia y Ángela, que escucharon mis reflexiones para retroalimentarme y hacerme reír un poco; a mis compañeras de CIAM, en Cancún, inagotables constructoras de paz que atienden diariamente a mujeres, niñas y niños con voluntad de renacer.

A mis colegas y maestras, con quienes aprendí, discutí y disentí; sus palabras y trabajos

compartidos, así como sus reflexiones poderosas y sabias, me permitieron avanzar en mi tarea. A Melissa Farley, Kathryn Farr, Alicia Leal, Marta Lamas, Montse Boix y Marcela Lagarde. A Mónica Díaz de Rivera, que leyó con interés estas páginas y corrigió con paciencia algunos errores; a Malú Micher; a Cecilia Loría, que murió antes de ver este libro terminado; a la increíble y tenaz Tere Ulloa; a la ejemplar Norma Hotaling; a Rafaela Herrera, por hacerme

entender el poder de la justicia restaurativa; a Marco Lara Klahr, por sus consejos y cariño de colega solidario; a Sanjuana Martínez, Lucía Lagunes, el equipo de CIMAC y Paka Díaz Caracuel, amigas y maestras de la investigación; a Zlatko Zigic y Marinka Franulovik, por los cuidados que me prodigaron durante mi viaje a Asia central y su entrañable amistad desde entonces; su labor profesional en la región para la OIM tiene un impacto

monumental en muchas personas.

A Roberto Saviano, Victor Malarek, Ricardo Rocha y Javier Solórzano, cuatro colegas que hicieron que me sintiera acompañada en tiempos difíciles; a Somaly Mam y su equipo en Camboya; a las mujeres de ECPAT Tailandia, que me dieron el abrazo más necesitado que he recibido en años; a Debby Tucker; a Sue Hannah de Australia; a Maki Kubota y Ritsuko Kudo, las fantásticas colegas que me

acompañaron durante las aventuras nocturnas en Japón; a Daniel Garret; a las mujeres del Asian Woman Center en Tokio; a Michiko Kaida, que desde Tailandia trabaja por la infancia asiática; a la doctora Jean Nady Sigmond; al entrañable y congruente Mark Lagon; a la paciente Claudia Hill del Buró Federal de Correccionales de Estados Unidos; a Elina, mi amiga croata que me ayudó a disfrazarme y sobrevivir entre tratantes; a Sonya K., que me enseñó a pronunciar

ruso y a comprender a las mafias; a John Perkins, por permitirme entender el pensamiento de los empresarios mafiosos; a Alberto Islas, por su paciencia para ayudarme a no perder de vista a los narcos mexicanos y sus redes; a Victoria Thian de Kirguizistán; a M. M. de Italia, que me enseñó cómo se renace en la alegría; a Stephanie Urdang de Sudáfrica; a Philo Nikonya, mi hermana en Kenia; a Malalai Joya, por su entereza para transformar Afganistán, su tierra

natal; a Bermet Moldovaeva de Kirguizistán, Madhu Bala Nath de la India, y la doctora Charlotte Faty de Senegal, todas guías y expertas; a mi querida maestra Chivy Sock en Los Ángeles; a Jürgen de Francia y Bangkok, por arriesgarse a mostrarme la ruta de las mafias regionales; a Maria Shriver, Marianne Pearl y Carmen Aristegui, por su honestidad y su compasión.

A los agentes de la Interpol, la SIEDO, el extinto KGB, el ICE y el FBI, cuyos nombres no puedo

revelar, pero su honestidad me fue inmensamente útil; a mis entrañables Fernando Espinosa, Francesc Relea y Fran Sevilla; a mis cobijas emocionales y económicas, Alicia Luna y mis hermanos y hermanas de la Fundación LC; a Bertha Navarro y Luis Mandoki; a Cristina del Valle y la Plataforma de Mujeres Artistas Contra la Violencia de Género, que unen voluntades y esperanzas; a la ministra Bibiana Aído y a Nuria Varela, por su tenacidad y apertura;

a Eve Ensler, por recordarme que soy una criatura emocional y que eso es maravilloso; a mi maestra Jean Shinoda Bolen.

A Lino y doña Carmen, que se aseguraron de que estuviera protegida y bien alimentada en mis noches de desvelo frente a la computadora; a Karla, por cuidarme de mi desorden con una alegre profesionalidad; a Leda y Pita, que me aseguraron cariño, alegría y buen tequila para las noche aciagas.

Un especial agradecimiento a

Eduardo Suárez, mi amigo-hermano y compañero de disertaciones, que resistió largas horas de monotemática conversación, por ayudarme a entender el ritmo de mis palabras, por su cuidadosa lectura y su tenaz crítica. A Cristóbal Pera y el equipo de Random House, que pagaron con desvelo su necedad de creer en este trabajo.

Una se acostumbra a vivir bajo amenazas, pero es más llevadero cuando se hace acompañada de un equipo legal que no se doblega ante

la corrupción y la impunidad de las mafias (las del Estado y las criminales): Darío, Cynthia, Mario y todo el equipo de Artículo XIX, gracias por reivindicar mi derecho y libertad para expresarme.

A Anna Politkóvskaya, con quien reí y lloré antes de que la asesinaran; nunca creímos que la mataran, pero sabíamos que valía la pena jugarse la vida por los ideales.

Y claro, a Jorge, por reivindicar una masculinidad dulce, amorosa,



cachonda y esperanzadora.

Edición en formato digital: diciembre de 2010


Av. Homero núm. 544, col. Chapultepec Morales,
Delegación Miguel Hidalgo, 11570, México, D. F.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 978-60-7310-417-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.


www.megustaleer.com.mx


RANDOM HOUSE
MONDADORI

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:
Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID
España
Tel.: +34 91 535 81 90
Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com







Electa Grijalbo Lumen MONDADORI montena

PLAZA JANÉS ROSADELSVENTS *Editorial Sudamericana*

1. Para la definición del término «trata», véase al final del libro el capítulo «Terminología: de qué hablamos y cómo lo decimos».

1. Siglas en inglés de la organización Eliminemos la Prostitución Infantil, la Pornografía Infantil y la Trata de Niños y Niñas con Fines Sexuales.

1. «Trafficking and Forced Prostitution of Palestinian Women and Girls: Forms of Modern Day Slavery», Sawa/Unifem, junio de 2008.

1. Para pedir perdón a su jefe de la mafia cuando cometen un error, los yakuzas se cortan el meñique y lo entregan en señal de fidelidad. Sólo así son perdonados.

2. En todos los prostíbulos y salas de masajes de Japón, los hombres se bañan antes de tener sexo con las prostitutas.

1. Siglas en francés de Acción por las Mujeres en Situación Precaria.

1. Después de un golpe de Estado en 1988, Birmania fue rebautizada como Unión de Myanmar. Los opositores a la dictadura de la junta militar no aceptan el cambio y siguen llamándola Birmania (Burma, en inglés); sin embargo, la ONU y la Unión Europea sí han admitido el apelativo. En este texto utilizo el nombre Birmania con el fin de evitar confusiones.

2. «Licencia para violar», Shan Women's Action Network (SWAN) y Shan Human Rights Foundation, www.shanwomen.org.

1. Tribunal militar que se estableció contra los japoneses cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial.

2. Cf. Herbert Bix, *Hirohito and the Making of Modern Japan*, Harper Perennial, 2001.

3. Cf. Gay J. McDougall, «Contemporary Forms of Slavery», Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, 22 de junio de 1998.

4. Urvashi Butalia, de los registros de Anis Kidwai en Delhi, 1997.

5. Justin Hall, «Prostitution in Thailand and Southeast Asia», 1994, http:// www.links.net/vita/swat/course/prosthai

6. Cf. Debra McNutt, «Military Prostitution and the Iraq Occupation», 2007, http://www.counterpunch.org/mcnutt07

7. Cf. Kenneth Reinicke, «Los hombres frente al tercer milenio: una comparación europea», Centro Nacional Danés de Investigación y Documentación sobre la Igualdad de Género, 2002.

8. Kathryn Farr, *Sex Trafficking: The Global Market in Women and Children*, Worth Publishers, Nueva York, 2005.

1. Aquí sigo algunas líneas generales del artículo «Políticas contra el lavado de dinero…», de Jorge Anaya Ayala, *et al.*, publicado en el *Boletín mexicano de derecho comparado* (http://www.juridicas.unam.mx/publica/r art2.htm).

1. Ganador en México del concurso de tesis en género Sor Juana Inés de la Cruz 2008.

2. www.colectivohetaira.org.

3. Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2007.

4. www.unifem.org/gender_issues.

5. Standing Against Global Exploitation.

6. Entrevistas con 430 mujeres y 312 hombres.

1. Karen J. Hossfeld, «Hiring Immigrant Women: Silicon Valley's "Simple Formula"», Maxine Baca Zinn y Bonnie T. Dill, eds., *Women of Color in U.S. Society*, Temple University Press, Filadelfia, 1994.

2. Jorge Castañeda, «Las migraciones: el gran excluido de la globalización», en Felipe González, ed., *Iberoamérica 2020, retos ante la crisis*, Fundación Carolina y Siglo XXI, Madrid, 2009.

3. www.ropalimpia.org.

4. www.amecopress.net/spip.php?article2576.

1. Fina Sanz, *Psicoerotismo femenino y masculino para unas relaciones placenteras, autónomas y justas*, Kairós, Barcelona, 2003.

2. Dorchen Leidholdt y Janice G. Raymond, eds., *The Sexual Liberals and the Attack on Feminism*, Teachers College Press, Nueva York, 1990.

1. Para conocer estas prácticas en el mundo, véase la sección dedicada a *Esclavas del poder* en www.lydiacacho.net.

2. Véanse los mapas del cuadernillo titulados «Trata de personas con el propósito de la explotación sexual comercial» y «Trata de personas con el propósito de la explotación sexual comercial infantil».

3. Para conocer un listado de los refugios en el mundo, véase la sección dedicada a *Esclavas del poder* en www.lydiacacho.net.

4. The Protection Project 2009 / Universidad Johns Hopkins, con datos de la investigación de la autora.

5. Especie de ermita, situada en un despoblado, donde viven musulmanes que profesan cierto estado religioso parecido al de los anacoretas cristianos.

6. Véase el mapa del cuadernillo titulado «La corrupción relacionada con la trata de personas».

1. Estas definiciones fueron emitidas por el Grupo de Acción Financiera Internacional, con sede en París y formado en 1989 por el G-7 para unir esfuerzos contra el lavado de dinero.

2. Fuente: Protocolo para Prevenir, Reprimir y Sancionar la Trata de Personas, Especialmente Mujeres y Niños, que complementa la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional.

1. Manual contra la explotación infantil de Unicef y la Organización Internacional del Trabajo (OIT): www.unicef.org/protection/index_exploi